Javier Banchii

Ranchos, travesías, monarcas y otras hierbas

Javier Banchii

Ranchos, travesías, monarcas y otras hierbas

Libro editado (con amor) por su autor.

ISBN: 978-987-33-6663-5
Título: Ranchos, travesías, monarcas y otras hierbas
Autor: Javier Banchii

Libro editado por su autor en Argentina, 2015

Derechos de autor

Esta obra está licenciada bajo la Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional. Para ver una copia de esta licencia, visita http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/.

La misma ha sido registrada en el sitio www.safecreative.org

Contacto

Javier Banchii (Autor)

Banchii_libros@outlook.com
https://www.facebook.com/javier.banchii

Por copias físicas de esta obra o para apoyar económica o espiritualmente al autor o al ilustrador, contactar directamente al autor por correo electrónico.

A mis papás
y mis hermanos,
por darle sentido
a mi vida.
(Ufff, que trillado)

I.
Despierta

Despertó como siempre cerca de las siete de la mañana y se quedó inmóvil en la cama. La confusión vespertina solía durarle sólo un instante o dos, pero hoy era uno de esos días en que su cuerpo, su espíritu y su mente, coincidían los tres en que no había nada de interés más allá del umbral de su puerta. Era uno de esos días, y a la vez, uno como jamás había tenido antes.

Se llamaba Gerug y vivía solo. Tenía ya suficientes años como para que esa situación fuese de improbable solución pero eso ya no le hacía perder el sueño. No, no era la soledad lo que lo retenía en su lecho, tampoco lo eran sus labores diarias que le esperaban para ser realizadas de la exacta misma manera que el día de ayer, o el anterior a ése o a cualquier otro. Los puercos esperaban ser alimentados, pero eran poco exigentes, y su aroma era poco discernible al que imperaba en gran parte de la provincia. El suelo pedía ser labrado, la vaca ordeñada y la madera cortada, pero todos los hacían con calma y cortesía y él, solía complacerlos sin sufrir por ello. En rigor a la verdad, los cerdos podían llegar a dar problemas, sus buenos modales eran algo volátiles debido a sus cambiantes humores, y su tamaño hacia que convencerlos de hacer lo que no quisiera fuese, como mínimo, complicado; mas Gerug se desenvolvía muy bien en la granja y tenía suficiente fibra, y carácter, como para contenerlos (siempre y cuando se le revelasen de a uno). Si bien los cerdos de Gerug eran inusualmente grandes no eran, *exageradamente* mayores que otros cerdos de granja; podían mirarle a los ojos al granjero sin plegar sus patas traseras pero no mucho más que eso. Todos los animales de la zona eran algo más grandes de lo común sin que nadie supiese bien por qué; su vaca, por ejemplo, era un poco más alta que él, a pesar de que Gerug era un hombre de estatura superior a la habitual entre la gente de su especie.

En un primer momento no le prestó mayor atención a la inusual pesadez de su ser, hizo un esfuerzo sólo ligeramente mayor de cualquier otro día, se levantó de la cama e inició el arduo y a la vez reconfortante proceso de preparar el desayuno. No era que preparar el desayuno fuese particularmente difícil, pero la noche anterior, después de la cena, había notado que no quedaba en su casa nada que comer la mañana siguiente. Los frascos de conservas estaban vacios; el estofado

sólo había alcanzado para una comida; y el pan y la miel habían desaparecido hace ya cuatro días. Por todas estas razones preparar el desayuno implicaba salir de la casa; ordeñar la vaca; recolectar los huevos; y, tal vez, matar algo que no deseaba que se interrumpiese su existencia para extender con ello la de Gerug.

La prolongada preparación del desayuno le provocó un inesperado lapso de reflexión. Inesperado pero no indeseado, le gustaba pensar y mantener su mente entrenada, aun si solía ser difícil encontrar temas que no hubiese agotado ya. Después de todo, existe un número limitado de análisis que se pueden explorar sobre la personalidad de los animales de una granja, los destinos celestiales de las nubes o los caprichos vegetales. En efecto, esta mañana tenía un nuevo tópico de reflexión, su tenue pero claramente presente latencia matinal. Más aun, la persistencia de dicha latencia más allá del abandono de su aposento.

Sentir una conexión mayor a la usual con el lecho nocturno no es algo particularmente raro, pero Gerug no lograba recordar ninguna instancia pasada en la que el hechizo no se hubiese roto al verticalizar su cuerpo. Tras un periodo de reflexión que se extendió más allá del desayuno, la asistencia alimentaria a los cerdos y la comunión con el vacuno, llegó a la ineludible conclusión de que la gravedad de su ser no era sopor, era algo más. Una sensación conocida pero con algo distinto que la hacía difícil de identificar; como intentar reconocer a un primo lejano que ha sido abandonado por su cabellera desde la última vez que se lo vio. Continuó con sus labores diarias hasta bien entrada la tarde y finalmente, en un cuasi estrepitoso instante de lucidez, identificó la sensación que lo acompañaba desde el despertar: era deseo.

Ciertamente identificar la naturaleza de su situación, no le era de mayor ayuda si no podía vislumbrar cuál era el objeto del deseo que lo afligía, pero ése era, de momento, un desafío máximo y de extenuante abordaje. Extensos años de idénticos días le dificultaban cualquier actividad fuera de la rutina, y la introspección era algo que había abandonado en un tiempo inmemorial. Fue así que decidió dejar sus cavilaciones de lado y esperar que el malestar desapareciese de la misma manera que había aparecido, por sus propios medios. Su plan, sin embargo, fue poco fructífero; la pesante sensación de deseo seguía ahí al día siguiente, y al otro, y durante los cinco que le siguieron a ése.

Había pasado ya una semana del extraño despertar, y había llegado el día de ir hasta la plaza central de la provincia para entregar a los

servidores del Señor de la Tierra la cosecha de la temporada, y vender (a quien le fuese indicado) la parte que le asignasen como suya esta vez. Cargó agua del pequeño arrollo que atravesaba el rancho y emprendió la marcha. El camino fue particularmente penoso, las lluvias de verano combinadas con el ir y venir de los carros habían dejado la ruta en ruinas, por lo que el tirar del carro requería un gran esfuerzo. Ningún peón de la zona tenía los medios como para poseer o mantener un burro, mucho menos un caballo; de hecho, Gerug no poseía ningún bien terrenal, todo lo que tenía le era cedido por el Ministerio para que labrase la tierra. A lo largo de los ocho kilómetros que separaban su morada del centro de la provincia y la Plaza Cívica, por el maltratado camino el campesino tropezó repetidas veces, y por ende, al entrar en la reducida urbe se encontraba, mayormente, cubierto de barro.

En realidad, al detener la marcha todavía no había entrado al poblado; una larga cola de peones y sus carros se extendía desde la plaza hasta los límites del burgo. Evidentemente tendría una extensa y poco excitante espera hasta poder terminar su jornada, hubiera expresado su fastidio pero, incluso cuando había alguien para oírle, la queja le parecía una empresa infructuosa y agotadora. La localidad era, si bien algo más grande, muy similar a cualquier otro asentamiento mediano de la provincia (del reinado inclusive); una colección más o menos ordenada de casas bajas, en torno a una plaza central cercada por edificios del gobierno: barracas, ayuntamientos, ministerios, templos y demás. No muy lejos se podían encontrar varias canteras y los bosques de la zona eran poco amigables, por lo que la piedra y el adobe predominaba sobre la madera en las construcciones.

–Ese rostro me resulta conocido –dijo una voz desde el otro lado del puente que daba entrada a la ciudad/pueblo– Sí, no es nada más y nada menos, que el ya no tan joven Gerug.

–Hola Manolo, gusto de verte.

–Gusto de oírte. Hace mucho que no vienes por aquí. Desde la última cosecha no creo haberte visto más de un par de veces.

–Tú mismo lo has dicho, ya no soy tan joven –respondió el peón con una ligera mueca desprovista de reproches.

–Ya nadie lo es –agregó el amigo ahogando una distendida risotada–; ni siquiera los niños.

Manolo era un comerciante de la plaza, tenía un puesto de chucherías que vendía a viajeros y a los padres adinerados de niños adinerados. Era bastante más alto que la mayoría de los transeúntes de la plaza, aun sin contar sus refinados cuernos, y tenía un rostro

afable pero chato, ligeramente menos equino que el resto de su gente. Conocía a Gerug desde su juventud, cuando ambos habían sido reclutados para patrullar el Páramo y reportar los movimientos de las manadas de ñus pardos. El paradero de las manadas de ñu pardo era de gran importancia económica para la región, ya que sus estampidas solían prolongarse por muchos kilómetros destrozando cualquier cultivo (o desgraciado transeúnte), que se interpusiese en su camino. La carne del animal era de fino sabor y quedaba muy bien si se la cocía lentamente a la brasa, pero nadie se atrevía a cazarlos debido a su carácter fuertemente rencoroso. Carlos el Poderoso había intentado exterminarlos hacia algo más de dos siglos, pero varias manadas de ñus se confabularon para explicarle, mayormente con sus pezuñas, que varios cientos de miles de animales grandes como carruajes pueden más que cincuenta mil soldados, una fortificación de roca viva, edificaciones ancestrales, doce puertas y una cama (sin importar de qué lado de la cama se encuentre uno). Desde entonces se instauró la Patrulla del Páramo, para avisar a los habitantes de la provincia de la proximidad de las manadas, y así evitar el contacto visual que tanto irritaba a los ñus. Dicha labor parecía impedir que hubiese más estampidas de las estrictamente providenciales, permitiéndole a las provincias de la zona ahorrarse los pesantes gastos de las periódicas reconstrucciones de sus edificaciones. La marcada caída en las probabilidades de ser atropellado por una estampida de ñus hacía que, si bien nadie deseaba unírseles, la Patrulla de Páramo fuese cariñosamente apreciada por la gente del Sur; a excepción, se rumoreaba, de los grandes clanes de edificadores de la zona, cuyas grandes arcas eran ahora mucho más difíciles de llenar. Incluso, se rumoreaba también que eran las otrora opulentas familias, quienes fogoneaban las estampidas actuales.

–Hay menos delegados del Ministro este año, por eso la espera –retomó la conversación Manolo–. Aparentemente hay problemas en la Capital, dicen que todos los nobles han sido convocados por el Consejo Real.

–Mmm… No recuerdo cuando fue la última vez que sucedió eso pero creo que no nos afectó de mayor manera –respondió Gerug mientras contaba los fardos de los tres carros previos al suyo.

–Cierto. Estamos demasiado alejados de la Capital. Aquí al borde del Páramo pocas cosas de por allí nos alcanzan, y para cuando lo hacen suelen haber perdido importancia. Cuando el otro Rey fue destronado la noticia tardó casi dos meses en llegar por aquí y para

entonces, Eduardo el Cauto ya había jurado fidelidad al nuevo Rey y todo fue igual que siempre.

–Bueno no fue tan así. Creo que el día del anuncio vinimos todos a la plaza a festejar –comentó el memorioso peón volviendo a mirar a su amigo–, creo recordar festines.

–Sí, es cierto. Me acuerdo que había mucha gente vitoreando; algo de: "el tirano a muerto".

–Sí, sí. El festejo duró toda la noche, no fue hasta bien entrada la mañana siguiente que las cosas volvieron a ser como siempre. ¡Mi Dios, como quisiera otro derrocamiento! Hace años que no como nada decente –dijo Gerug con su mente perdida en recuerdos–. Aunque preferiría uno sin tanta guerra previa –se corrigió rápidamente.

–¿Sí? –preguntó el comerciante, rememorando por su cuenta– No recuerdo haber visto un sólo soldado por estas tierras.

–No, pero seguro que hubo muchos en otras y no me gustan los soldados –respondió Gerug, no sin mirar a su alrededor para ver si alguien más que ellos dos escuchaba sus decires.

– Y no, a nadie le gustan los soldados –coincido Manolo, sin importarle quien escuchase.

Luego de eso la conversación se desvió hacia banalidades del día a día: el clima, la gente que transitaba las calles de la poco elegante *ciudad*, la esperanza de que esta vez permitiesen a los peones retener un fardo (o medio), y otras tantas cosas por el estilo. Manolo no parecía en mayor prisa por volver a la plaza a continuar su trabajo; llevaba toda su mercadería en una manta que traía a sus espaldas y, de ser propicio, podía abrirla con presteza para intentar captar algún comprador, allí mismo donde se encontraban. En realidad, el Día del Tributo traía muchos servidores del Señor de la Tierra y comerciantes, interesados en comprarles las sobras a los peones, hasta el centro cívico, por lo que Manolo ya había vendido casi toda su provisión. Siempre podía ir hasta su casa y buscar más, todas sus chucherías eran hechas por su mujer e hijo y había de sobra para reponer el contenido de la manta, pero el caballeresco vendedor no tenía prisa, ni necesidad. Además, en el Día del Tributo, los delegados del Ministro traían a sus guardaespaldas, y ellos seguramente le alivianasen los bolsillos si intentaba salir del poblado antes de que se fueran.

Finalmente, luego de agotar varios temas de conversación y tras varios silencios contemplativos, llegaron hasta uno de los cuatro puestos ministeriales, donde un enardecido delegado les esperaba impaciente.

***

–¡Rápido, rápido, que no tengo todo el día! –gritó el hombre que inspeccionaba los carros de los peones para llevar la contaduría tributaria.

La orden no pareció tener mayor efecto en el calmo Gerug que siguió avanzando al paso que su ánimo le sugería. Cuando llegó hasta el puesto de control, comenzó a descargar el carro observando de la misma manera que antes las ordenes-grito del cada vez más iracundo inspector. Manolo, por su parte, se había apartado de la fila, habiendo tomado la comprensible decisión de no involucrarse en el poco placentero proceso de bajar los fardos, acomodarlos y, peor aún, interactuar con las autoridades.

–¡¿Otro más?! –preguntó el delegado incrédulamente– ¡No traes ni la mitad del año pasado! ¿A qué se han dedicado todos ustedes durante el otoño? Han traído poco más que miserias, mañana mismo comenzaremos a investigar que ha pasado. Si llegamos a descubrir que han escondido parte de la cosecha, o peor aún, que la han VENDIDO, juro por Dios que quemaremos toda esta mugrosa pradera, y a todos sus mugrosos peones.

Gerug contempló por un instante detallar al inspector los pormenores del viaje desde su chacra, con la lluvia, el barro y los tropiezos para esclarecer la cuestión de la mugre, pero perdió rápidamente el ímpetu. Los comentarios del inspector habían disipado bruscamente todas sus esperanzas de poder vender parte de la cosecha para sí. A decir verdad, él sabía desde hace tiempo que no existía posibilidad de que le permitiesen conservar ni un ápice de su cosecha; era agricultor hace ya muchos años, y sabía el volumen de cosecha que se esperaba de cada hombre de campo, y que dicho monto no variaba nunca en sentido decreciente, sin importar la situación.

–La temporada de lluvias se adelantó este año –comenzó a explicar el cansado peón– y ha sido inusualmente fuerte. Muchos de los campos se inun…

–¡¿Pero es que no os sabéis otra cantaleta?! –vomitó una interrupción el hombre del ministerio– ¡Todos con lo de la "*lluvia*"! ¡"Qué la lluvia", "qué la lluvia"! ¡Todos con lo mismo! ¡¿Me creéis un imbécil?! Ayer mismo estuve en Monte Curtido, y su cosecha ha estado perfectamente dentro de los requerimientos del Ministerio.

–Monte Curtido son terrenos elevados, nunca se inundan –respondió Gerug, ahora con marcada firmeza.

–¡¿Acaso me tomas por ignorante?! ¡¿Te crees que no sé dónde queda Monte Curtido?! –gritó el delegado fuera de sí al escuchar la insolencia del insignificante peón.

Mientras los dos hombres discutían, Manolo observaba atónito el espectáculo casi macabro ¿Qué había poseído a su amigo para discutir con el hombre del Ministro? Sabía que tenía que intervenir pero sus piernas estaban petrificadas. Con ese mismo estupor observó como un grupo de toscos guardaespaldas, de rostros poco amigables, se percataban de la situación.

–Si lo sabes o no lo sabes importa tan poco como importas tú –planteó Gerug, enojado por primera vez en años–. En el monte no se inunda y aquí sí, es tan simple como eso.

–¿Y a ti quién te preguntó? –dijo con voz ronca el encorvado capitán de la guardia por detrás del peón, sólo un respiro antes de golpear de lleno la cara de Gerug con su mano abierta.

La mano del capitán tenía gran experiencia en la diplomacia de caminos. Había servido a su majestad en la manutención del orden a lo largo y a lo ancho del Reino; de hecho, era utilizada para poco más que calmar a los desaforados. Era de un tamaño descomunal para ser la mano de un hombre ya entrado en años, y de una contundencia tal que quien la portaba, rara vez recurría a sus armas manufacturadas. Tan eficaz era la mano en su labor que, tan sólo impactando la cara del campesino, desplazó toda la humanidad de éste, varios pasos hacia la izquierda, sin que él diera ninguno. Aun así, el peón permaneció de pie; era hombre duro, realizaba todas las labores de la granja por sí solo, incluyendo lidiar con la ciclotimia de sus animales que vivían en constante estado de alerta, por la proximidad con el Páramo. Además, había pasado su juventud en la Patrulla y su infancia rodeado de críos mayores que él. No. Por más pétreo que fuese el agresor, ni él ni su manaza iban a derribarlo con tan poco. En un relámpago de irreconocibilidad Gerug se alistó para hacer frente al capitán. Para hacer frente al capitán, su mano, su armadura, su otra mano y todas sus armas, no para hacer frente a los otros tres miembros de la brigada que estaban allí. Ellos sí lograron, sin mayor esfuerzo, derribar al aguerrido Gerug. Derribarlo y patearlo, Dios sabe cuántas veces, antes de que el humilde campesino lograse, haciendo gala de su férreo instinto de supervivencia, hacerse a un lado, incorporarse y empezar a correr sin rumbo fijo ni mayor propósito, que la voluntad de sus órganos internos de alejarse tanto como fuese posible del calzado de los guardaespaldas.

Ciertamente el capitán y todos sus hombres tenían toda la intención de continuar su pacificación del peón. Sin embargo, la macizidad de sus personas, sumada al peso de sus armaduras no los hacía aptos para persecuciones, y habían dejado sus monturas en el campamento de la guardia en las afueras del poblado, por ende, desistieron de su acoso sin siquiera haber llegado a los límites de la plaza, tras notar lo extenso y vertiginoso de las instintivas zancadas del veloz campesino. Prefirieron en cambio pacificar a unos transeúntes, que tuvieron la curiosa decisión de mirarlos directamente en su momento de humillante derrota.

Mientras tanto, Manolo seguía en el exacto mismo lugar que había ocupado durante la discusión, golpiza y persecución, mirando lo que pasaba, con sus pies clavados al suelo y su mente intentando gallardamente comprender qué era lo que estaba ocurriendo. Afortunadamente para él, nadie que le hubiese visto llegar en compañía del flamante fugitivo, se vio interesado en dar alerta de ese hecho a las autoridades, y su involuntario sedentarismo extremo no le puso en el camino de los hombres del Ministerio y su furia.

Los eventos recién ocurridos no eran por si mismos particularmente extravagantes, la Plaza Cívica era un lugar que se prestaba regularmente a grescas, levantamientos y revoluciones, pero Gerug era una persona razonable con una gran inteligencia práctica y un sabio entendimiento de las realidades ciudadanas. La respuesta correcta a "trabajo para el Señor de la Tierra y te digo que él, merece más de lo tuyo que esto que has traído" era siempre: "Tiene usted toda la razón, perdone mi ineptitud, discúlpeme por favor con su majestad". Y cualquiera con cabeza por encima de los hombros lo sabía. Después de todo, los reclamos de los delegados del Ministerio de Tributos importaban aun menos que los delegados mismos; gritaban, pataleaban, hacían promesas que jamás cumplirían, y luego se iban y no se los volvía a ver hasta la siguiente vez que venían a recolectar. Y hacían todo eso sin importar lo que encontrasen; el trigo siempre era escaso y los cerdos siempre eran flacos. El día anterior, en Monte Curtido, habían hecho el mismo escándalo y había importado exactamente lo mismo que aquí. Entonces ¿Por qué su amigo había reaccionado de esa manera? Que imbécil.

Tras esta última reflexión Manolo sintió que su piernas se desagarrotaban y que su cuerpo le devolvía la toma de decisiones; rió en voz alta, decidió que su jornada laboral había concluido, y se acercó a un grupo de lúgubres montaraces para intercambiar noticias y

esperar que la Guardia del Ministerio abandonase la ciudad, y él pudiese volver a su casa sin pagarles *peaje*.

Los montaraces resultaron ser menos informativos de lo que había esperado, habían llegado a la modesta urbe muy temprano por la mañana y habían hecho, rápidamente, buenas migas con el tabernero local y su cerveza casera. Para ser justos, los otrora buenos y respetables nómades estaban llenos de noticias, pero éstas eran difíciles de seguir, y aun más difíciles de creer. Más que nada hablaban de las provincias del Oeste combatiendo criaturas salvajes, pero las criaturas cambiaban constantemente de tamaño, naturaleza y número (huestes un momento y acosadores nocturnos al siguiente). El astuto comerciante no pudo siquiera determinar si el combate se daba, para resistir una invasión, o para conquistar nuevos terrenos. Como sea que fuere, Manolo se entretuvo en su espera y hasta logró vender sus últimos adornos de montura a los sugestivamente acaudalados hombres de camino; cuestión que mejoró aun más su día y le puso de un humor rebosante. Cuando finalmente la comitiva de los representantes del Ministerio abandonó el poblado, el buen Manolo se puso en camino hacia su hogar y hacía sus amados esposa e hijo.

***

Manolo no vivía dentro del pueblo/ciudad pero sí, muy próximo a ésta. De hecho, por esas épocas, modestas construcciones comenzaban ya a rellenar el espacio entre su casa y el rio que abrazaba el flanco occidental de la urbe, haciendo difícil separar geográficamente su hogar del poblado. Caminó el último trecho tratando de no detenerse, saludando cordialmente a sus vecinos pero haciéndoles notar que no tenía tiempo para conferencias. El humo ya manaba dulcemente de la chimenea de su casa, haciéndole saber que la dulzura acabaría en el portal si se demoraba mucho más en cruzarlo.

La sonrisa del agotado comerciante se extendió todo a lo ancho de su rostro al ser recibido por su hijo, antes de ingresar por completo a su morada. El niño se abalanzó hacia la puerta casi al galope al escuchar que ésta se abría. Claramente extrañaba a su padre; había pasado la primera parte del verano en el monte con la familia de su madre, ayudando con sus recién llegados primos. Cuatro de sus tías habían agrandado el árbol genealógico a la vez y había hecho falta toda la ayuda posible. También se acercó al alegre padre su esposa, Delmía,

con una sonrisa entremezclada con una expresión que exigía explicaciones.

–¿Qué tan roto está? –preguntó Manolo devolviendo la sonrisa con un gesto, que intentaba ser de complicidad, pero no podía esconder algunas notas de alivio ante la cálida (y no del todo anticipada) predisposición de su mujer.

–No mucho –respondió la mujer levantando primero las cejas y después los hombros–, podría haberse vuelto a la casa pero estaba con ganas de cenar con nosotros. Parece que las botas de acero lo ponen de buen humor ¿Quién lo entiende a tu amigo?

–¿Hoy? Yo diría que ni Dios.

La casa de Manolo no era particularmente grande, pero si lo suficiente como para tener un comedor separado de la alcoba, y un pequeño recibidor a la entrada donde la gente podía dejar su vestimenta más pesada y su calzado embarrado (siempre y cuando fuese poca gente). Gerug estaba en el comedor sentado en el piso jugando con el gato. Manolo nunca le había dado entrada formal al pequeño animal a la casa pero esto no parecía importarle al felino y, desde que Camato, el hijo de Manolo, había empezado a alimentarlo regularmente, parecía cada vez más reacio a aventurarse fuera de la morada.

–¿Sabes? Tenemos sillas –saludó el recién llegado al hombre en el suelo.

–¿Sabes? Las piernas me están matando –respondió el dolorido peón como si la aclaración no fuera necesaria. Tenía un hematoma grande cerca de la oreja derecha y en todos los agujeros de sus ropas, que no habían estado allí esa mañana, se podían observar fragmentos de su cuerpo, rojos, morados y negruzcos.

La risa de Manolo todavía perduraba en el aire cuando acercó una silla al hombre sentado en el suelo y se posó sobre ella.

–Todavía me cuesta creerlo –dijo retomando la conversación–, cuando te vi empezar a discutir con el pobre idiota pensé que estaba soñando.

–Sí, yo todavía no estoy seguro de que no lo esté. –¿Por qué lo hiciste?

–No lo sé bien –dijo Gerug sonriendo reflexivo–. He estado pensado mucho en eso mientras me lamía las heridas. Simplemente lo hice. Sentí ganas de responder y lo hice. Sentí ganas de pelear y lo hice.

–¿Pelear? –interpeló Manolo con la voz cargada de ironía– La verdad, nunca en mi vida vi a nadie pelear de esa manera, desde el suelo sin arrojar golpes y recibiéndolos todos.

–¡Vete a la mierda! –ladró Gerug con una expresión entre el fastidio y la risa– Eran como diez y me agarraron por sorpresa.

–Eran cuatro borrachos –corrigió el dueño de casa–, en otras épocas les habrías enterrado la cabeza en la grava y el culo en la cabeza.

–¿Otras épocas? ¿Qué? ¿Me estás diciendo viejo?

Manolo irrumpió en una carcajada tal, que se escuchó en varias casas vecinas y no tan vecinas.

–¿Escucharon eso? –gritó hacia su mujer e hijo que estaban a no más de dos metros terminando de preparar la cena– ¡El *infante* Gerug me pregunta si creo que está viejo! ¡El *niñajo* con el que, TRES reyes atrás recorrí el Páramo de punta a punta, se ha ofendido de que le diga anciano!

–Déjalo en paz, Manolo, que el pobre ya ha tenido bastante por un día –ordenó contenidamente Delmía.

–¿Pero le has escuchado tú? El bobo se cree un crio.

–El "bobo" es más joven que tú y no más viejo que yo –anuncio la mujer dejando entrever los primeros chispazos de su ira.

El cuarto pareció tornarse muy silencioso a pesar de los balbuceos del marido que gesticulaba irracionalmente con las manos hacia su mujer.

–Bueno, bueno –logró decir en tono conciliador–, no. Claro que no somos viejos, lo que quise decir es que somos grandes ¡Claro que no viejos, ni mucho menos! Ni siquiera grandes en realidad, *adultos* –hizo una pausa mirando a su mujer para ver si su subterfugio había dado resultado–. ¡Vamos! ¡Caramba! Que tampoco somos niños.

–Aja –se limitó a acotar sin abrir la boca su mujer mientras volvía a la preparación de la cena, que ya entraba en sus etapas finales.

Manolo volvió la vista a su amigo y le dedicó un gesto de alivio, similar al de un hombre que ha visto una estampida de elefantes salvajes virar a metros de su poco solida presencia. Gerug respondió sacudiendo la cabeza con una sonrisa chueca. Una vida de coloquios en dos miradas fugaces.

–Igual, para ser un enterrador de culos en cabezas y cabezas en culos no me ayudaste mucho –señaló el sagaz campesino mirando a su amigo fijo a los ojos.

–¿Acaso la locura se contagia? –preguntó retóricamente el otro– OBVIO que no hice nada. No había nada para hacer. Todos los pájaros se te habían volado y lo único que se podía intentar era rogar que volvieses a tus cabales y escapases. Además de esos cuatro, del otro lado de la plaza había otros cincuenta, armados hasta los dientes.

–Buenos, podrías haber por lo menos gritado algo –agregó Gerug decidiendo dejar pasar la evidente exageración en la defensa propia de su amigo.

–¿Le estas sugiriendo al padre de mi hijo que empiece a buscar camorra con los esbirros de su Majestad? –preguntó Delmía que, tras dejar la comida en el caldero, se había incorporado con una silla a la pequeña tertulia.

–No, no. –replicó el invitado rápidamente con una sonrisa y un ademán.

–Mejor así.

–Al final no me has dicho que extraño embrujo te llevó a la barbarie –retomó la conversación Manolo.

–Dice que se ha sentido raro toda la semana, que no sabe que es, pero que lo que hizo hoy tiene algo que ver con eso –respondió su mujer, que había charlado un buen rato con el maltrecho amigo antes de la llegada de su marido.

–¿Raro como enfermo? ¿Tienes fiebre? –preguntó Manolo volviendo la vista a Gerug.

–No, bobo, raro por dentro, intranquilo, apesadumbrado –volvió a responder por el campesino Delmía.

–Mmm… tal vez estas necesitando una buena mujer. Ya sabes, una a la que le guste deliberar sobre las maquinaciones ocultas de los cerdos y sus alianzas temporales con los patos.

–Sí, puede ser, pero no creo. No quiero ofender a nadie pero el temor siempre presente no es lo mío –contestó Gerug, y ninguno de sus dos interlocutores pareció percatarse de que asentían con la cabeza–. La verdad no se que sea, es como que quiero algo pero no se qué. Me siento pesado, con poco impulso. Hago las mismas cosas de todos los días pero se sienten distintas, más extensas. Me descubro a mi mismo mirando con atención cada uno de los carros que pasan por mi puerta tratando de encontrarles algo distinto con el carro anterior. Cuando hablo con la gente les hago preguntas raras y se me quedan mirando.

–Cosa rara –fue lo único que supo responder su amigo.

–Para mí está aburrido –acotó Camato incorporándose momentáneamente a la conferencia desde el otro lado de la habitación.

La pareja volvió la mirada hacia el hombre en el suelo y asintieron con las cabezas elevando las cejas y torciendo el cuello. El magullado campesino se sumió en reflexiones, sólo por un instante antes de volver a hablar:

–Vamos a la mesa. Manolo ¿Por qué no te sirves unas cervezas?

Un paseo por la cocina después, cuatro jarras de cerveza engalanaban la intrincada mesa del comedor, escoltadas por los cuatro ocupantes de la morada. La trama interna del magullado visitante no volvió a formar parte de la charla, a pesar de que ésta fluía alegremente de jarro en jarro. Y así como llegó, así se fue la cena. Tras mandar a Camato a dormir, los tres amigos extendieron la velada por alguna que otra hora más sin incidentes dignos de mención y finalmente, tras rechazar varias veces los ofrecimientos de acilo nocturno, Gerug decidió emprender la marcha. Argumentó que era la primera noche sin nubes en casi dos semanas, lo que la hacía irresistible para una caminata estrellada; saludó afectuosamente a Delmía, recibió un inquietante abrazo de su amigo y se hizo al camino. Tras unos pasos, recordó que había llegado al pueblo muñido de su fiel carro y decidió ir a buscarlo a la plaza. El carro no se encontraba allí, eso era malo; los guardias tampoco, eso era bueno. Por último hizo un rápido recuento de los gustos y disgustos de su ajetreado día, concluyó que era un hombre afortunado y retomó la marcha.

Lejos estuvo la caminata de apaciguar el espíritu del peón de campo. Cierto era que el astuto crio le habida dado nombre a sus pesares, pero éstos, al ser identificados, no habían menguado si no todo lo contrario, habían adquirido una índole mucho más real y apremiante. No era que nunca antes hubiese experimentado cosa parecida, mas aplacar el tedio le había sido siempre relativamente sencillo, de hecho, éste solía marchitarse solo si no le prestaba mayor atención. Las tareas diarias, las frecuentes intrigas entre los animales de su rancho y los patos del vecino, las maquiavélicas incursiones de los subversivos zorros de pradera, o las amenas charlas con los viajeros sobre tareas diarias, intrigas porcinas y zorros taimados solían mantenerle entretenido. Le gustaba su vida, o por lo menos, eso había entendido siempre.

También había un hecho desconcertante sobre su malestar; le había sido imposible identificarlo por sí mismo, para ello había necesitado opiniones ajenas. El hastió es de identificación sobradamente sencilla, toda persona lo experimenta por vez primera durante sus primeros ensayos de vida, casi a la par de la algarabía; después de todo, no es otra cosa que la añoranza de aquélla. Esto era distinto, más profundo, más revelador.

Más allá de haber perdido su carro, y del solido estado del camino, Gerug tardó bastante más en llegar a su hogar de lo que había demorado en arribar a Plaza Cívica (en realidad, a la pausada hilera de carros que conducían a la plaza). La razón de la lenta peregrinación

fue que a cada rato se detenía a observar las estrellas y que, el reiniciar la caminata aun sumido en su contemplación astronómica, le hacía tropezar con las innumerables protuberancias y depresiones del arruinado camino. Tropiezos que no parecían causarle gracia a su maltratado físico. A pesar de lo accidentado de su regreso éste tuvo el efecto deseado: la claridad. Mientras daba de comer a sus indignados puercos, la enervante incertidumbre dio paso a la innegable realidad, el remedio a su etérea aflicción yacía del otro lado del portal de su morada, lejos del páramo, la pradera y el monte. Lejos incluso de la provincia. Lejos.

–¿Dónde? ¿Y como se supone que lo sepa? ¡Cerdo entrometido! –le gritó a uno de los animales que había parado de comer por un momento y le miraba de reojo.

II.
El primer paso

Ciertamente la empresa se dejaba entrever complicada. Había una serie de detalles no menores que esclarecer antes de siquiera considerar emprenderla. Primero estaba la cuestión de "a dónde ir"; por más extensas reflexiones que reflexionase, Gerug no lograba discernir si sus entrañas clamaban por alejarse sin rumbo fijo, o si su espíritu sabía algo que él no, impulsándole en una dirección especifica hacia un destino único que hacía de cualquier otro final, una catástrofe.

También existían otros pormenores de naturaleza más práctica que amenazaban con socavar todo el proyecto, necesitaba dinero para comida durante la travesía; necesitaba financiar de alguna manera una vestimenta más propia que la suya para los múltiples escenarios que encontraría a lo largo de su viaje; no tenía capital disponible para muñirse de los trastos típicos de todo expedicionario; el hospedaje iba a ser caro y seguramente habría peajes y *peajes* que tributar, para cruzar los caminos del Reino; las largas jornadas de éxodo serían mucho menos tortuosas si dispusiera de transporte, que no podía pagar; y le sería de extrema utilidad disponer de los consejos de algún viajero experimentado o versado cartógrafo que, de seguro, iba a esperar dinero a cambio de su sabiduría. Y, por sobre todas las cosas, estaba el peliagudo asunto de los puercos y la vaca, no esperaba mayores quejas de parte del trigo. Al parecer, haber entendido que era lo que tenía que hacer no le había acercado ni un respiro a poder realizarlo. No obstante era un hombre decidido, aun sin haber dado un paso, su viaje había comenzado ya.

La mañana del martes, tres días después de haber regresado a su hogar, pasado el desayuno, el resuelto campesino celebró un concilio con todos los integrantes de su rancho para discutir el asunto.

–Al fin de cuentas la pregunta más urgente por responder es de donde saco el cobre necesario –resumió tras explicar las particularidades de la situación.

–Podría buscarme otro trabajo –prosiguió mientras los cerdos se olfateaban entre ellos– pero para cuando haya juntado oro suficiente, el otro lado del mundo va a haber venido ya a visitarme.

–Definitivamente no pienso andar robando –dijo mirando a la vaca que pastaba disimuladamente–. Bueno, nunca digas nunca.

El criador de cerdos concluyó su exposición con un abatido “mmm” y se dedicó a otras cosas. El campo estaba lleno de malezas que debían ser extirpadas antes de alcanzar la madurez suficiente como para afectar los procederes de la quinta; tarea que le demandó el resto de aquella jornada.

Otro día más vino y se fue, y con un nuevo despertar, Gerug sintió que comenzaba a acostumbrarse a su omnipresente desazón, y hasta empezó a preguntarse si no sería más fácil darle tiempo al asunto, hasta que su alma aceptase su nueva realidad y dejase de quejarse. Sí, de seguro era sólo cuestión de tiempo hasta que todo pasase, pensó. Entusiasmado por entrever ahora una posible solución a sus pesares, el granjero realizó las tareas del campo con renovadas energías; se sentía más joven, más ligero, listo para todo. Tan rejuvenecidos eran sus ímpetus, que terminó con todas sus tareas mucho antes de la caída del sol y se fue a sentar en la entrada de su granja, a ver pasar los carros y saludar a los viajeros.

Mantuvo varias charlas animadas con distintos pasajeros; discutió la cosecha con un grupo de peones que no tenían animales a su cargo, y por ende eran prácticamente libres hasta la próxima siembra; probó las especias de una circular comadrona, y luego le comunicó que no tenía como pagarlas; le arrojó piedras a unos chiquillos que merodeaban la chacra de su vecino; y le cuestionó a un hechicero ambulante la conveniencia de conjuros de protección que, según él, presentaban una reducida eficacia contra ñus pardos. Así pasó su tarde hasta que vio llegar por el camino, un gran carro tirado por caballos que era manejado por un hombre del monte. Era bastante fácil determinar que el conductor venía de aquella tierra al oeste de la pradera; aun a la distancia, tenía el pelo de ese típico color rojo amarronado con tintes de dorado, estaba vestido enteramente de blanco (seguramente con tejidos de lana de oveja de montaña) y, por supuesto, venia cantando a viva voz. La gente de Monte Curtido era conocida por sus incesantes entonaciones, que únicamente detenían para dar paso a ocasiones oníricas. A pesar de la naturaleza ininterrumpida de dicho cantar, la mayoría de la provincia recibía de buena gana la llegada de algún habitante del monte; por más que trovasen continuamente, tenían la consideración de no hacerlo siempre sonoramente e incluso, por las noches, cantaban en susurros para no interrumpir el descanso de ningún proximal. Por otro lado, lo hacían dulcemente y tenían grandes repertorios que hacían de la repetición, algo notablemente inusual.

–Saludos buen hombre ¿Por qué no detiene su marcha y me dedica unas palabras? Tengo agua fresca para ofrecerle a usted y a sus caballos si interrumpe su andar por algún que otro minuto –invitó Gerug al prospero montaguez.

–Encantado estaría de ser su invitado – respondió entusiasmado el hombre–. Larga ha sido la jornada, y lejana está la llegada.

–Espéreme un momento y le traigo el agua.

Gerug se ausentó unos instantes, fue hasta el rebuscado arroyo que partía en dos la granja, y volvió con jarras en las manos y grandes baldes colmados de liquido colgándole de los codos. Después de convidarle una de las jarras al viajero fue a posar los contenedores de agua en el suelo, cerca de los hocicos equinos.

–Mil gracias le confiero, bondadoso estanciero. A cambio del suyo, le ofrezco mi nombre, que es Juan Alombre. De ganado soy hombre con cierto renombre –retomó la conversación Juan después de un gran trago que vació por completo la otrora imponente jarra.

–Mi nombre es Gerug, como verá soy peón de campo al servicio del sembrado y de mi humilde rebaño. Dígame mi buen hombre ¿qué noticias se dejan traer del oeste? Escuché, no hace una semana, que la cosecha de este año ha sido buena, por no decir suntuosa.

–¿Suntuosa la cosecha? –dijo extrañado el ganadero– bastante estrecha, yo diría, si me da la derecha. Las lluvias no han dado descanso, y haciendo crecer el remanso, han hecho de laderas, líquidas correderas. El agua se ha llevado, casi todo lo sembrado.

–¡Qué calamidad! Y yo que pensaba que la altura les protegía de los estragos de tormentas imperecederas. Y encima es usted hombre de ganado, no quiero ni imaginar que es lo que le pasó a sus animales –comentó el campesino con voz pesada.

–Pues mire buen peón, no es esa la razón, de la dura desazón, de mi actual posición. A mis animales, ni bien hubo señales de próximos vendavales, con sabio tino, aleje del camino del flujo asesino. Pero sin cosecha que tributar, para el Ministerio apaciguar, todo tuve que entregar. Y ni una cabeza, le digo con certeza, ha quedado en mi empresa.

–¿Quién hubiera pensado que a un propietario como usted le quitaban lo suyo sin mayores miramientos? –comentó Gerug con un tono y una expresión que denotaban más obviedad que indignación, mientras su interlocutor canturreaba por lo bajo un añejo himno a la desgracia.

–Ser como usted dice, “propietario”, no me eximió del calvario. Pero he de confesar, que no fue exactamente “quitar”, el deshonesto

accionar de los amigos del “colectar”. Más bien me han insinuado, en tono bastante pesado, que sería de su agrado, que venda mi ganado. Sin por supuesto olvidar, sobre la renta tributar.

Al escuchar la explicación del montaguez algo se revolvió en las sagaces profundidades de Gerug. Una idea nació, creció, maduró y demandó ser escuchada. Parecía estar absolutamente convencida que quien se había hecho presente esa tarde en la entrada de la humilde chacra, no era un cantarín hombre de negocios, sino la mismísima providencia. La efímera ave de la oportunidad batía con fuerza sus alas y exigía ser atendida o levantaría el vuelo para ya nunca regresar.

–Así que viene usted de vender sus animales, y no le queda ninguno con cual prolongar su prospera empresa –dijo el campesino, con una inflexión en su voz que nunca antes había atravesado las palabras que navegaban desde su garganta hacia la desembocadura de su labios, y se quedó mirando fijo a su interlocutor.

–Así parece que acontece –respondió el viajero un poco descolocado por el repentino brillo en los ojos de simple peón de campo.

–Sabrá usted que además de crecer trigo, tengo yo varios cerdos, buenos cerdos. Y hasta una vaca, buena vaca.

Hubo casi silencio (casi, el montaguez cantaba por lo bajo una cantata sobre encuentros y desencuentros), mientras los hombres se contemplaban uno a otro, al mismo tiempo esperanzados y cautos.

–Yo estoy sin animales y usted los tiene a raudales –comenzó a decir el hombre del monte entrecerrando ligera, casi imperceptiblemente los ojos–. Pero mire que dispares, que son nuestras realidades. Le diré amigo, que yo creo, está dando usted un rodeo. ¡Diga ya lo que piensa! Sin ninguna vergüenza.

–Me parece que ya se dijo todo. Usted necesita animales y yo tengo animales. Allí los tiene a todos, mírelos, analícelos, cuéntelos y dígame cuanto me da por ellos.

El ganadero visitante sonrió a Gerug con una ligera y chueca inclinación de cabeza y se acercó al corral de los cerdos, no sin antes dar una larga mirada a la vaca que pastaba a pocos metros. Tanto al vacuno como a los puercos intentó revisarlos en detalle, mirándole los dientes y apretándole las zancas y los lomos, pero sus intentos no fueron bien recibidos por las criaturas de campo. Todos mostraron una absoluta falta de disposición a colaborar con los procesos del recién llegado, y éste pronto comprendió que si intensificaba sus sondeos, los animales le harían saber, y nunca olvidar, su interpretación de la situación. Aún así el hombre pareció bastante satisfecho con lo que

podía observar, y volvió hasta el campesino gesticulando su satisfacción, al son de una trova sobre los designios de los astros.

–Pues le diré que lo que he mirado, me ha dejado interesado –dijo sin dar más vueltas.

–Cuanto me alegra escucharlo, dígame cuanto trae y si es justo se los puede llevar en este preciso instante.

–No es cuestión de lo que tengo, si no de lo que pagar pretendo. Esperé ya le digo, mi buen amigo.

Fue así hasta su carro y volvió con dos bolsas y una sonrisa. Le extendió las bolsas al peón y le dijo:

–Una de plata y una de cobre, seguramente esto le sobre.

El tamaño de las bolsas no pareció impresionar a Gerug que revisó un buen rato el interior de cada una y las balanceo en sus manos repetidas veces, como si tuviese la esperanza de que en un intento se volviesen más pesadas. Finalmente miró a su interlocutor, que no había dejado, ni por un momento, de sonreírle ni cantarle coplas de fiesta. Lo miró con amistosa faz de negociación.

–No le voy a negar que no está nada mal, pero creo yo que podría estar mejor –dijo sacudiendo las bolsas–. Mis animales están muy saludables y de seguro son de mayor porte que cualquiera que se haya criado en los escabrosos terrenos del monte.

–Grandes verdades las suyas, y no quisiera dar bulla. Mas es menester entender, que no son suyos para vender –el montaguez elevó tanto las cejas que casi se fundieron con el nacimiento de su cabellera.

Gerug supo que las palabras sobraban, hizo una leve reverencia la cual acompaño apuntando la mano a los puercos con la palma hacia el firmamento.

–Son de excesivo metraje, para mi humilde carruaje –agregó el montaguez–. Pero no se preocupe, tengo quien de eso se ocupe. Espéreme sólo un momento y volveré con el viento.

***

De esa manera, y tras un fuerte apretón de manos, el montaguez se subió de nuevo a su carro, azuzó los caballos y se despidió separando ligeramente los dedos índice y pulgar. Al otro lado de la transacción, el campesino lo observó alejarse en silencio; lo observó un largo rato, mucho más de lo que dictan las normas de buenos modales o de lo propio a un hombre interesado en cosas interesantes. Lo vio hacerse pequeño en la distancia, e incluso cuando el carro viró a la derecha y se

perdió entre los árboles del bosque lindero, se quedó un buen rato mirando los árboles como si esperase que el hombre reapareciese o que la arboleda misma emprendiese la marcha. Por supuesto no estaba contemplando nada con sus ojos, contemplaba con su mente un evento futuro que lo perturbaba más con cada momento que dejaba atrás. Una realidad que deseaba contra toda esperanza, abandonase el porvenir para instalarse en el pasado sin jamás hacer escala en el ahora. Todo el jaleo con el hombre del monte seguramente había puesto a los animales sobre aviso de que algo estaba ocurriendo, los más sagaces incluso debían ya sospechar *qué* era lo que estaba ocurriendo y *qué* era lo que sucedería a continuación. La conversación iba a ser por lo menos incomoda, probablemente tortuosa.

Finalmente el criador hizo tripas corazón, colectó de su interior todo rastro de hombría que pudo encontrar, giró en redondo y se encaminó al corral. Se desvió ligeramente para ir hasta la vaca y acercarla al corral para asegurarse de sufrir el comunicado una única vez. Con displicencia notó que el animal se dejaba conducir con soltura, como si ésta fuese una tarde cualquiera; evidentemente el vacuno no necesitaba explicación alguna, cada uno de sus relajados pasos iba impulsado por la resignación de quien ya ha comprendido a la perfección el pasado, presente y futuro de su situación. Era realmente difícil tomar desprevenido al portentoso mamífero, poseía un aguzado intelecto que a Gerug le solía sorprender gratamente. El saber popular rezaba que el ganado más astuto era, sin lugar a dudas, el porcino; sin embargo él sabía que su vaca era mucho más despierta que cualquiera de sus exquisitamente cultos cerdos. Y eso lo llenaba de orgullo. Tal vez fuese ese mismo orgullo el que hacía que la presente indiferencia bovina le pesará tanto en el alma. Finalmente el apesadumbrado peón llegó hasta el corral y dio una larga y profunda inhalación antes de hablar.

–Bueno, todos se habrán dado cuenta ya de que algo ha pasado aquí –expresó, sin coraje suficiente como para levantar la mirada–. No soy hombre de rodeos así que se los digo simplemente; les he vendido a ese hombre de Monte Curtido.

Hizo una pausa para aferrarse con más fuerza a las trazas de su valor y buscó, ahora sí, los ojos de los animales que le observaban con atención. Las miradas le dolieron, pero más le dolió ver las cabezas giradas de los que se la negaban.

–Ya les expliqué a todos cuales son mis planes –retomó la dialéctica con un semblante mucho más defensivo–, y ya habíamos hablado de la

inevitable separación que estos incluían. No puedo andar caminando por ahí con una piara y una vaca.

Tras esa última observación la vaca comenzó a pastar y algunos de los puercos a olerse entre ellos. Gerug tuvo que hacer fuerza para contener las lágrimas.

–A ver, cortemos con la pavada –dijo montado en recién nacida indignación–. Todos ustedes saben que esto es lo mejor para todos. Yo me los pensaba comer, todos lo sabemos perfectamente. Y a los que no me comiese yo los iba a entregar al ministerio para ser devorados por sus huestes. Eso ha estado claro desde el primer día.

–Y bueno, resulta ser que este buen hombre, este dulce ganadero, se ha quedado sin animales ¡Pero no sin comida! ¡Cualquier hijo de vecino que no sea un *redomado imbécil* se puede dar cuenta que los quiere para cría, NO para alimento! Para cuando ustedes no estén más en condiciones de procrear, sus carnes ya no estarán en condiciones de ser consumidas por gente de tan buen vivir, y venderlos no va a ser de mayor provecho. Acaso no se dan cuenta de que les he conseguido pasaje a la vejez ¡Por Dios, podría haberos vendido a cualquier banquete de la zona por el doble de lo que me dio este condenado!

Hizo una pausa para recobrar el aliento y el silencio fue interrumpido por un cavernario eructo. La cabeza del orador se desplomó sobre su pecho.

–Está bien, está bien. Les pido perdón, se que tienen razón pero traten de entender que esto es algo que tengo que hacer. Aparte, yo creo que les va a gustar el monte, es muy bonito en las cuatro estaciones y mucho menos monótono que nuestra pradera.

Los animales siguieron con sus actividades casi de la misma manera que hasta un momento atrás. *Casi* de la misma manera. Gerug pudo percibir un claro cambio de actitud; no fue un cambio mayúsculo pero sí real, el aire todavía estaba cargado de enfado pero ahora tenía algunos delicados tintes de aceptación. Era evidente que la palabra "perdón" había hecho la diferencia, saneando orgullos y sensibilidades, y salvaguardando el vínculo en peligro. Quien había llevado adelante toda la asamblea respiró aliviado, ya no tenía más energías para seguir pero sabía que su último aliento había surtido efecto; volvió a mirar a sus compañeros con una sonrisa de cariño y una mirada de tristeza, y se tomó un momento para acercarse a cada uno y acariciarlos tiernamente. Con cada nueva caricia acercándose, su corazón se hundía en cruel expectación, y luego estallaba de alivio por la falta de rechazo al contacto de su mano.

***

Mientras todavía prolongaba la despedida, el criador de los animales escuchó que por el camino se aproximaba lo que no podía ser otra cosa que un par de animados montagueces. Se acercó a la entrada de su campo y confirmó que, en efecto, dos carros tirados por cuatro caballos subían por la ruta. Los dos carros venían comandados por dos hombres de similar vestimenta, uno era Juan y el otro un desconocido. La vestimenta, el cantar y la compañía que traía el desconocido dejaban en claro que era compatriota del hombre del monte. Pero a medida que se aproximaban, Gerug pudo notar que la apariencia del extraño no cuajaba demasiado con la clásica descripción de los de Monte Curtido; su piel era bastante más gris, su pelo mucho más negro y su nariz sorprendentemente aguileña. Sin embargo, su cantar, era tan vivaz como el de cualquier hijo del monte. Ambos hombres venían trovando a viva voz. Las canciones eran indiscutiblemente distintas, concebidas por hombres distintos, en lugares distintos, en épocas distintas y por razones distintas. Aun así, manando de aquellas gargantas montaguezas se complementaban de manera tan maravillosa que parecían haber nacido para ser entonadas en conjunto. Cantando todavía estaban los dos hombres cuando llegaron hasta Gerug y, tras detener la marcha, descendieron de sus carros.

–Aquí estoy, peón querido, y como le he prometido, asistencia he traído –dijo el Señor Alombre y, señalando con los dedos extendidos y la palma en alto a su compañero, prosiguió–. Aquí a mi lado avanza, de mi entera confianza, Don Barungo Laganza.

–Es para mí un placer, a su señoría conocer, y mi ayuda ofrecer, en el presente menester –dijo con marcada, y algo inquietante efusividad el recién llegado, que extendió su mano a Gerug y apretó con fuerza la del campesino sacudiéndola sólo un poco más delicadamente.

Un último destello de remordimiento llevó al (casi) ex–dueño de los animales a propiciar una charla más con los dos ganaderos; para tratar de confirmar sus suposiciones de la índole moral del (casi) nuevo dueño de los puercos y de la vaca, y su recién llegado socio. Nada escuchó que le hiciera cambiar de opinión; Juan le seguía pareciendo un hombre aceptablemente bueno y su socio tampoco le generó mayores sospechas. Éste último era un hombre de carácter agradable pero un tanto explosivo, parecía estar sobradamente entusiasmado con la transacción del día, lo que confundía levemente a Gerug; si eran ganaderos, seguramente compraban y vendían animales

frecuentemente. El inquisitivo campesino concluyó que era la naturaleza poco legal del negocio lo que tenía tan excitado al hombre. Seguramente era uno de esos que romantizaban la astucia de quienes sacan provecho de darle la espalda (ocasionalmente) a las normas de la sociedad, y todo este asunto le hacía sentirse uno de ellos por un momento, sin el temor de tener que lidiar con las consecuencias de entregarse a la criminalidad. Finalmente Gerug concluyó que no había razones para demorar más lo inevitable, y les dijo a los hombres que ya era hora de poner manos a la obra. El encargo fue realmente trabajoso, hacer subir los cerdos y la vaca de amplio quilaje a los carros fue todo un desafío para sólo tres hombres; aun si los carros habían sido ideados especialmente para transportar ganado, y todos ellos tenían amplia experiencia en el manejo de animales de granja. Más allá del arduo proceder, la tarea llegó a buen término y los dos hombres de Monte Curtido emprendieron la marcha, no sin antes saludar afectuosamente al peón. Tan afectuosamente de hecho, que Gerug cuestionó largamente sus habilidades como negociante.

Fuera como fuera, el asunto estaba concluido, los animales se habían ido y ahora tenía recursos suficientes para dar inicio a su travesía de aventuras y emociones. Considerando el volumen de los recursos obtenidos, la travesía iba a tener que ser relativamente modesta y la mayoría de las emociones frugales, pero no por eso sentía menos deseos de emprender la marcha. Decidió salir la mañana misma del día siguiente, tan temprano como le fuese posible; quería detenerse a saludar a Manolo y su familia para contarles lo que había decidido hacer; también quería darle parte de su botín al viejo amigo para ayudar con la crianza de Camato, y como pequeño resarcimiento por toda la cerveza compartida amablemente a lo largo de los años.

Dentro de su casa se fijó cuales de sus pertenencias (técnicamente pertenencias del Ministerio) le podrían asistir en la empresa. Tomó un morral viejo que usaba para llevar los granos del alimento de los cerdos, lo vació, e introdujo en él una manta y todas sus vestimentas. Confirmando luego, que todavía había bastante espacio libre en la mochila, también puso un pedernal, un poco de yesca, algunos implementos de cocina y un par de frascos. Dado por concluido el equipaje, fue hasta el cobertizo para revisar entre sus herramientas de campo qué más podría servirle. Tomó el viejo e innecesariamente largo azadón, y le quitó la pala para usarlo de bastón. Había pensado más de una vez en partirlo al medio para que fuera más cómodo para el arado, pero sabía que eso era un camino sin retorno; todavía esperaba que el Ministerio le repusiera el cayado que le habían robado seis primaveras

atrás. En realidad pensó que le sería de más utilidad con la pala que sin ella, pero temía ser ridiculizado por los viajeros que encontrase a su paso y la dejó. Tampoco llevó el hacha o el facón, sabía que necesitaría llevar algo para protegerse de posibles bandoleros, pero se decidió por un disuasivo menos letal, y tomó una porra, jamás usada, que estaba tirada en el cobertizo.

Una vez terminados todos los preparativos, fue a la casa y esparció sobre la mesa las piezas de cobre y plata que había obtenido del ganadero, puso en una de las bolsas la cantidad que pensaba dejarle a Manolo y en la otra lo que pensaba llevar consigo. Después preparó la cena y el desayuno, y metió en el morral toda la comida que sobraba en la casa. Esperaba tener problemas para conciliar el sueño, pero a penas apoyó la cabeza contra el suelo se quedó profundamente dormido.

***

Una vez más en menos de una semana, Gerug recorrió el camino desde su casa hasta la Plaza Cívica. En rigor a la verdad, el *trayecto* era el mismo pero el *camino* había sido un tanto distinto en las tres ocasiones. No muy distinto en el aspecto corpóreo; en la primera vez había sido extenuante *debatir* con su carro la conveniencia de desplazarse por seis kilómetros de barro; en la segunda, sus frecuentes contemplaciones estelares dejaban desprovistos de tutelaje a sus pies, provocando profusos y dolorosos encuentros con el suelo; y para esta tercera, el cuerpo le recordaba constantemente su maltrecho presente, producto de la diplomacia de los hombres de la guardia del Ministerio. Ciertamente el lado físico de las caminatas había sido el mismo las tres veces: miseria. Pero el interior de Gerug había diferido cuantiosamente en las distintas oportunidades, confuso primero, reflexivo después y ahora esperanzado. Este último, un estado ya casi olvidado por las entrañas del peón, lo tuvo todo el camino realizando innumerables y contradictorios planes. Sólo al llegar a la puerta de la casa de Manolo concluyó el planificar implacable; una vez allí, su mente volvió a enfocarse y se dispuso a encarar la difícil despedida.

Había recorrido primero la plaza buscando a su amigo, pero la ausencia del comerciante, en conjunto con la perpendicularidad de los rayos del sol, le llevó a la conclusión de que el buen hombre habría vuelto a su hogar para almorzar, y así allí se dirigió.

–¡Dos veces en una semana! ¡Sí que somos afortunados! –le recibió el dueño de casa sin una mota de sarcasmo en su voz.

–También me da gusto volver a verte, a ti y a toda tu familia –respondió el recién llegado.

–Pues has llegado en el momento justo –anuncio Delmía acercándose a la puerta a saludar al visitante–. Camato estaba por servirnos la comida y hay más que suficiente para los cuatro.

El hoy menos campesino que ayer aceptó de buen grado la invitación, y todos se sentaron a la mesa a comer y charlar un buen rato. Un tanto inesperadamente, ni la razón de la visita ni el pesado equipaje del visitante, surgieron en ningún momento del almuerzo. Aunque cierto es que Gerug notó que, agotado un tema de conversación, la pareja amiga parecía quedar a la espera de que fuese él quien propusiese uno nuevo.

–Bueno, ya es hora de que me vaya –dijo Gerug levantándose de la mesa.

–Sí, pero la pregunta es ¿a dónde? –lo atajó Manolo.

–No lo sé –respondió el amigo tras una sonrisa apagada–, espero saberlo en algún momento. La verdad es que necesito averiguarlo y la respuesta no se encuentra por estos lares. Estoy resuelto, vendí los animales y abandone la granja…

–¡¿Vendiste los animales?! –interrumpió Delmía un poco confundida– Pero si no son tuyos.

–Al comprador no pareció importarle y todavía no recibí ningún comunicado del Rey al respecto.

–¿Quién lo hubiera dicho? ¡Gerug el delincuente! –bromeo sólo a medias Manolo.

–Yo no estoy seguro que haya sido un crimen. Yo crié esos animales y fueron paridos por animales por mí criados. Las TIERRAS son del Rey, y ahí están para él si las quiere.

Marido y mujer se miraron entre sí confundidos, e intercambiaron encogecimientos de hombros y cuasi sonrisas con los ojos bien abiertos por un momento o dos.

–Se volvió loco –le dijo finalmente Manolo a su esposa.

–Sí, Gerug está loco. Camato ¡Tú no le escuches! –ordenó Delmía a su hijo.

–Yo creo que tiene razón –acotó el niño desde la mesa.

–Razones varias te va a dar mi bota para que no andes diciendo, NI ESCUCHANDO sandeces ¡vete afuera a jugar! –mandó Manolo invocando toda su voz de patriarca.

Una vez que el chiquillo se había retirado Manolo volvió la vista a su amigo, sacudiendo la cabeza con una sonrisa.

–Quién te ha visto y quién te ve. Si hay una cosa de la que estoy seguro es que no tiene sentido intentar explicarte el delirio de lo que haces ¿Necesitas algo para el viaje?

–No gracias. A decir verdad, sin saber que estoy haciendo, no puedo saber que me pueda hacer falta para hacerlo.

–Los caminos son peligrosos Gerug, no puedes salir así como así –Dijo Delmía abandonando su animada consternación para dar paso a sincera preocupación.

–Llevó mi porra.

–¿Para darte con fuerza en la cabezota cuando vuelvas a tus cabales?

–Delmía tiene razón –confirmó el marido–. Nosotros somos gente dura, pero por los caminos del Rey hay cosas más duras que cualquier gente. El otro día conocí a unos montaraces honrados y hoy los vi todavía en la plaza. Ve a buscarlos y diles que te envío yo, seguramente te dejaran unírteles. Aunque tal vez necesites cobre, que no tienes, para convencerlos.

–No es mal plan –asintió el cada vez menos peón–. Me dará a mí quien me de charla, y a mi primer paso dirección. Quiero dejarte algo antes de irme, para ayudar con las cosas de la casa y para devolver algo de todas estas amables y gratuitas comidas.

Sacó así de su mochila la bolsa de dinero que había reservado para sus amigos y la ofreció. Delmía la tomó y con los ojos bien abiertos le mostró el contenido a su marido.

–¿Acaso tu locura no conoce límites? –exclamó con cierto enojo Manolo– Primero que nada, esto es cobre y plata mal habidos. Y segundo, esto es cobre y plata mal habidos que necesitarás en tu viaje.

Gerug miró largamente a su amigo estudiando la firmeza y consistencia de sus gestos, para después hacer lo propio con su amiga. Luego de un momento suspiró y dijo:

–No veo razón para tener esta discusión. Está claro que los dos piensan lo mismo y convencerlos de lo contrario arruinaría la despedida. Mejor dejémoslo así –concluyó, tomando de nuevo la bolsa y colocándola en la mochila.

Después de eso no hubo más palabra que el adiós, los dos residentes abrazaron con fuerza al pronto a retirarse y concluyó la visita. Gerug salió de la casa y fue hacía donde estaba jugando Camato, le explicó que se iba de viaje sin responder con demasiadas precisiones a las

preguntas del niño, y le dijo que volviese a su casa a consultar a sus padres al respecto.

Una vez que el chico estaba dentro de su casa, Gerug se puso en camino hacia la Plaza Cívica, pero sólo un minuto después, giró a la derecha y dio un largo rodeo que lo llevó nuevamente a la morada de donde provenía. Se acercó por la parte trasera hacia donde miraba la alcoba de la pareja y, asegurándose que no hubiese nadie dentro, metió sigilosamente la bolsa de cobre y plata por la ventana. Luego dio una larga inspiración, exhaló lentamente y se alejó tan rápido como pudo.

Mientras se alejaba, el viajero sintió con fuerza cuanto habían cambiado sus ánimos. Al acercarse a la casa de su amigo venía relajado y lleno de esperanzas, pero al alejarse traía un nuevo pesar en sus hombros. Ya durante el almuerzo, y con más fuerza ahora, había nacido en él, el freno etéreo de la preocupación y el miedo. Con toda su naturaleza reflexiva, fue sólo hasta que la despedida se hizo próxima que comprendió que, tal vez, fuese la última. Incluso si su travesía fuera exitosa existía la posibilidad de nunca volver, de dejar su vida atrás para siempre y nunca más ver a sus queridos amigos. Más aún, si su caminar le llevase al lugar equivocado podría, inclusive, llevarlo a la muerte.

Apretó el paso.

III.
Montaraz

A paso de evasión de pensamientos no le tomó a Gerug mucho tiempo llegar a la plaza. Una vez allí, comenzó a buscar a los nómades que le había mencionado Manolo. Recorrió la gran plaza de norte a sur y de este a oeste, pero no vio ningún grupo que le diera espina de indómitos héroes ambulantes; después de un rato comenzó a temer que los hombres se hubiesen retirado ya del poblado. De alguna manera, desde dejar la casa de su *equino* amigo la idea de emprender su trayecto acompañado, en vez de en soledad, le reconfortaba.

Tras meditar la situación un momento, recordó que Manolo le había hablado del cariño que la tropa había desarrollado por la taberna local y se dirigió en esa dirección. En efecto, al llegar allí, encontró en su interior un grupo de viajeros de bravío aspecto, vestidos y equipados con gran aptitud para el camino, fuera cual fuera. Los montaraces parecían estar alistándose para abandonar la taberna y no volver, colectando sus menesteres y poniendo todo su equipo en orden. Viendo que no tenía tiempo que perder él se enfiló hacia el que parecía estar dando las ordenes. Algunos pasos antes de llegar hasta el capitán del grupo, hizo una pausa. Una última pausa que él consideró casi imperceptible pero que claramente puso al otro bajo aviso.

–Saludos, mi nombre es Gerug, estoy enterado de que su grupo planea hacerse a los caminos del Rey y deseo unírmeles –los rodeos nunca fueron lo suyo.

El rostro del líder se mantuvo petrificado en la misma expresión dura que tenía desde que el expedicionario entrara a la taberna. El resto de los montaraces dejaron lo que estaban haciendo y prestaron su atención al extraño con sonrisas incrédulas.

–No pareces muy preparado para lo que mora más allá de las fronteras de esta provincia de campesinos –cuestionó el capitán–. Tampoco recuerdo haberos dicho que necesitásemos escolta.

–Soy amigo de Manolo, él me ha dicho que podría interesarte ensanchar tu tropa.

–La lengua de Manolo es más larga que sus cuernos –pronunció el hombre sin alterar su rígido semblante–. Es cierto que mi cuadrilla se ha visto reducida recientemente pero no sé cómo podría sernos de utilidad un labrador de la tierra.

–Puede cargar los trastos y cocinar la comida –acotó desde atrás del cuarto uno de los montaraces de facciones avejentadas, que no lograban esconder su juventud.

–Por más carga que lleve habrá que andar preocupándose de que sobreviva, Sir Surlo. No creo que nos sirva –dijo el capitán sin mayor mesura o modales.

–No le escuché decir que quiere venir con nosotros hasta el Oeste –insistió Surlo–, podríamos dejarle en Ciudad Tres Tuertos. El camino hasta allí no es demasiado peligroso, mientras no se tropiece y se parta el pescuezo no veo que podría pasarle.

–Hay menos guardia por los caminos últimamente –dijo una mujer que había entrado a la taberna arrastrando un pesado cofre detrás de Gerug–. De todas maneras no veo porque debemos cuidarle el pellejo. Ha dicho que quiere unírsenos, no que quiera vivir hasta viejo.

–Pretendo ver como mi cabello se tornar gris con los años, pero no espero mayor protección de ustedes que la que otorga viajar en grupo –la voz del postulante resonaba a orgullo herido–. De todas maneras puedo defenderme más de lo que me dan crédito, he transitado en soledad por aéreas mucho más peligrosas que cualquier camino construido por hombres. No hace tanto tiempo atrás forme parte de la Patrulla del Páramo y aquí me ven, vivo y entero.

–Lo de patrullero y vivo te creo –retomó las riendas de la conversación el capitán–. Manolo nos habló de sus épocas en la Patrulla, y recuerdo que nos dijo que el campesino demente, que quiso hacerle frente a la guardia del Ministerio, había estado allí con él. Sin embargo lo de "No hace tanto" y lo de "entero" me resulta falaz.

–Ni mis años ni mi cuerpo deben preocuparte, me cuidaré solo y si me canso y me atraso, o si me caigo muerto, puedes dejarme detrás y olvidarte de mi nombre.

–¿Acaso me crees un bravucón sin integridad? –demandó el capitán dejando por primera vez que sentimientos abandonaran sutilmente su inexpresivo rostro– ¿Crees que aceptaría un hombre bajo mi mando para luego dejarle morir abandonado? Mi honor jamás me lo permitiría.

La paciencia de Gerug comenzaba a agotarse. Viajar con estos arrogantes trotamundos prometía ser un suplicio; la descripción de Manolo había sido mucho más amena. Para el viajero la fuente de la discrepancia entre las dos encarnaciones de los montaraces era fácil de deducir, mas esto no le ayudaba de mucho; no tenía recursos ni intenciones como para cargar de vino a la tropa durante todo el camino. En efecto, si no fuera porque el miedo al camino solitario

todavía le acompañaba, hubiese puesto el altanero grupo a sus espaldas en ese mismo momento.

–Tal vez pueda pagar por nuestra protección –propuso Sir Surlo reincorporándose a la conversación.

Gerug anticipó algún grado de indignación por parte del *honorable* capitán ante la expresión tan directa de la idea. Pero este se limitó a mirarle a los ojos en silencio.

–Supongo que podría, pero soy peón no potentado –comenzó la negociación el cauto peregrino–. Así que no esperen gran recompensa de mi parte, especialmente si en el camino deberé cocinar su comida y acarrear sus trastos.

La negociación no fue particularmente extensa, todos sabían ya, que la decisión estaba tomada. Gerug pactó entregar parte de su capital, así como también cazar y cocinar para el grupo, y transportar el baúl donde la tropa guardaba el equipaje que no entraba en sus mochilas. Por su parte, el capitán dejaría que Gerug camine con ellos.

–Bien, sólo nos queda que yo te extienda la bienvenida a nuestra banda y que tú vayas a prepararte para el viaje. Apúrate, queremos salir cuanto antes.

–No me hacen falta más preparativos. Estoy listo para salir en este preciso momento si hiciese falta –explicó el nuevo miembro de grupo tratando de ignorar las múltiples cabezas de sus compañeros, que se sacudían de lado a lado.

***

Una vez concluido el peliagudo primer contacto, el flamante montaraz, o, para mayor precisión, el flamante *acompañante* de montaraces, procedió a presentarse ante sus nuevos compañeros. A la mayoría pareció sorprenderle que Gerug no tuviese apellido que ofrecerles, lo que era comprensible; por aquellos años del mundo, expediciones, travesías, andanzas y aventuras estaban reservadas para el nobiliario. Cierto es que los caminos del Rey presentaban una nutrida dotación de gentes sin nombre de familia, pero su andar era, por lo general, mucho menos que épico. Historiadores y juglares rara vez tienen tiempo para hombres con propósitos comunes y destinos mundanos, por lo que las crónicas de epopeyas de la época solían ser solitarias; en evidente contraste con las realidades de los viajes que las inspiraban.

La carencia de ascendencia noble produjo un cambio de predisposición en el grupo para con el caminante. La mayoría (excepto el capitán que ya sabía quién era Gerug) habían asumido que el hombre que tenazmente buscaba unírseles en su trayecto, sería un terrateniente local, plenamente capaz y solvente de entregarse a sus caprichos. Que no fuese un señor sino un sirviente quien acataba la voluntad de hacerse a los caminos, les hacia aflorar curiosidad y simpatía por el novato expedicionario.

–Lejos de poblados o ciudades es difícil hacerse respetar si has nacido carnicero o masón –le aconsejaría más tarde Surlo al inexperto Gerug–. Yo te diría que hagas el esfuerzo de recordar el nombre de tu familia, y si no lo tienes, que te *acuerdes* alguno que te guste. Hará que, cuando te presentes, la gente te vea como niño de cuna en vez de crio de paja.

Casi todos los miembros de la cuadrilla habían observado el consejo de Sir Surlo en algún momento de sus vidas. En total eran seis. Estaba el Capitán Gunares, hombre nacido en el Oeste cuya rígida mente parecía residir permanentemente en aquellos lares sin importar por donde transitase su cuerpo; Árgulo y Mérulo Edory, fornidos y silencios hermanos también del Oeste, forjados en el octavo destacamento de infantería de su señoría el Conde de las Planicies Playas; Esme Mores, solterona sin prisa que había nacido enamorada del mar en las zonas áridas del Norte; Canucio Trulo, letrado estudioso de los astros y de su magisterio sobre caminos geográficos y etéreos; y también Sir Surlo, intrigante sujeto de facciones poco memorables y ojos milenarios. Surlo había crecido en las remotas Montañas Eternas, donde seguramente había recibido su tradicional nombre de pila "Sir" y decía ser de ancestría élfica, aunque no aclaraba si ancestría de esbeltos elfos eternos o de laboriosos elfos de madriguera.

No mucho después de concluidas las presentaciones, el Capitán rugió monotónicamente a sus hombres para que regresen a sus tareas. Apurados como estaban, nadie tuvo tiempo de asignar tareas al nuevo integrante y le instruyeron que esperase sentado la partida. Gerug prefirió dedicar la prorroga a charlar con el tabernero, que se había pasado todo el rato con las manos y el ojo derecho en la taberna, y el ojo izquierdo en el inusual episodio.

–¿Vas a irte con ellos? Dios santo ¿Por qué? –cuestionó el anonadado patrón.

–No estoy del todo seguro. Cambiar un poco, conocer que es lo que hay allí afuera.

–¿"Qué es lo que hay afuera"? ¿Y tú qué crees? Fieras, bandoleros y las inclemencias del tiempo. Yo nací con dos piernas ¿Sabes? Pero el caminar innecesario se me llevó la izquierda.

–Pensé que te habías quedado dormido a la vera del camino de Plaza Cívica y un carruaje del ministerio te la pisó –rememoró Gerug como si no hubiese estado él allí para asistir al hombre y curar la herida.

–Dormía para recuperarme de un superfluo paseo hasta Monte Curtido –expuso su lógica el tabernero–. De todas formas no sé si elijes la mejor compañía para tus desvaríos.

–¿Tú crees? Yo les veo bastante preparados y profesionales –enunció el viajero mirando hacia sus diligentes compañeros–. Les ha llegado la hora de marcharse y preparan todo con competencia y celeridad. –¿Y por qué piensas que llevan tanta prisa? La hora de irse les llegó la mañana siguiente de las festividades de la cosecha. El día ese que decidiste hacerle saber a toda la plaza, que el inspector del ministerio era un redomado imbécil y un mentiroso –explicó el hombre sin dejar ni por un instante de estudiar el rostro de Gerug–. Imagino que fue una de las botas de los guardias lo te desbarató la cabeza y te metió la idea vagar por los caminos del Rey.

–El Día del Tributo fue hace ya varios días ¿Qué les retuvo aquí?

–Llegaron aquí temprano por la mañana –comenzó a relatar el dueño de la taberna–, estaban sedientos así que les ofrecí un poco de la cerveza que hace mi suegro. Estaba un poco añeja así que se las deje a mitad de precio. Parece que la barata les entusiasmo bastante, porque pasaron el resto de la mañana, la tarde y buena parte de la noche sacándomela de las manos. A la mañana siguiente los dos grandotes silenciosos que habían bebido más que el resto (al no alternar la función de sus gaznates entre la ingesta de bebidas y la producción de sonido), se despertaron en un estado lamentable. La clase de malestar auto infligido del cual no te extrae del lecho, ni la cercanía de una estampida de ñus pardos. Después de intentar sin éxito reanimarlos varias veces, el resto indagó si el precio de la cerveza había cambiado y ante la negativa concluyó que esa sería una buena forma de esperar que sus camaradas se recuperasen. A la mañana siguiente había, dos montaraces listos para partir, tres sepultados en las camas y uno aún ajeno a la lección de los licores. Luego, mientras se recuperaban los nuevos caídos, los recién recuperados y el inquebrantable sucumbieron nuevamente al encanto de la cebada. Así se fueron alternando los seis entre salud y remordimientos, hasta que, finalmente, esta mañana estaban todos en estado más o menos apto para estar de pie y el

Capitán les ordenó emprender la marcha. Ninguno pareció estar muy convencido de la sabiduría del plan pero, como la cerveza se había terminado la mañana anterior, ya no tenían razones para dilatar la partida.

–Veo ¿Qué tan añeja estaba esa cerveza? –dijo Gerug, que recién ahora lograba reconciliar sus impresiones de los montaraces con lo que le dijese Manolo.

–¿Qué estás intentando decirme? –se indignó el tabernero– ¡Mi cerveza es la mejor de toda la provincia!

El andante asintió con la cabeza bajando los ojos y cambió rápidamente de tema. Tuvo un buen rato para anoticiarse del Reino antes de que Esme le anunciase que estaba todo listo para partir.

***

La primera primera parte del viaje, hasta bien entrada la tarde del primer día, se hizo en silencio; los siete montaraces se encontraban sumidos en internas reflexiones, o simplemente, no tenían deseos de hablar con sus compañeros. Gerug, en particular, meditaba un problema de tipo práctico; había decidido que quería dar al primer paso de su viaje un ligero aire ceremonial, algo simple, como una profunda inspiración o una mirada al futuro, tal vez incluso ambas. Mas no podía decidir cuál era el primer paso del viaje ¿Era el paso fuera de la taberna? ¿Era el que le removía de la Plaza Cívica? Tal vez fuese aquél que lo llevase más lejos de lo que jamás había estado. El problema era aun mayor si se consideraba que, a estas alturas, había dado ya un sinfín de pasos ¿Y si la oportunidad se le había escapado ya? ¿Sería ese un mal augurio para su travesía? ¿Había condenado su aventura por no saber en qué momento la había comenzado?

Fue extraviado en recuerdos y planeamientos de pasos que una nueva duda lo encontró. Una que Gerug sintió menos urgente pero mucho más fácil de responder, ya que no era él quien debía responderla. A unos pasos a su izquierda marchaba el Capitán Gunares.

–¡Capitán! Necesito hacerle una pregunta –exclamó para obtener la atención del hombre.

–Dígame.

–Se me ocurre que con todo el ajetreo nunca tuve la oportunidad de consultarle hacia donde nos dirigimos. Más allá de dirección norte, digo.

La pregunta pareció desconcertar al Capitán que se detuvo por un momento, para contemplar al nuevo miembro de su tropa.

–¿Quiere decir que no lo sabe? –intentó esclarecer la extraña situación– Asumí que Manolo se lo habría dicho.

–No –respondió simplemente Gerug empujando el labio inferior contra el superior y sacudiendo mínimamente la cabeza–. No surgió en la conversación.

–¿Ósea que te largaste a caminar con nosotros sin saber a dónde terminarías? –se incorporó a la conversación Surlo, desde el otro lado del cofre que llevaban en conjunto.

–Me tomó mucho tiempo decidirme a emprender el viaje –explicó Gerug–, si hubiese tenido que decidir también hacia donde apuntarlo todavía estaría en casa. Además la oportunidad de iniciarlo se hizo presente sola sin que yo la llamase. No tuve otra opción.

La explicación pareció satisfacer a cuatro de los seis que la escucharon, y casi todos volvieron a sus propios asuntos.

–Vamos al Oeste –respondió finalmente el Capitán–, a Fortaleza Heroica. Tenemos asuntos urgentes que atender.

–Según sé, los únicos asuntos oficiales que se tratan en Fortaleza Heroica son los que atañen personalmente al Señor del Oeste –disertó el nuevo subalterno–, todos los asuntos de las provincias occidentales son decididos por los Ministros ¿Qué asunto concerniente al Virrey podría ser de urgencia por estos días?

–Nuestros asuntos son nuestros –heló el aire el Capitán–. Lejos estás de haberte ganado la confianza como para hacer esa pregunta y esperar respuesta.

–Entiendo –dijo Gerug sin darle mayor importancia al comentario o la disposición del Capitán–, sin embargo, la morada del Virrey está hacía el Noroeste ¿Por qué avanzamos en dirección Nornordeste?

–El único camino directo cruza el Paso de los Zorros, hace años que nadie transita por allí –respondió Sir Surlo dando sustancia al silencio del Capitán.

–¿Y por qué no? –insistió el novato– He escuchado de zorros astutos, pero nunca de zorros peligrosos.

–Los zorros del Paso eran muy astutos –acotó Canucio que acababa de decidir integrarse a la conversación–, lo suficiente como para haberlo abandonado mucho antes que los hombres. A decir verdad ya nada *vivo* transita el Paso. Lo que sí camina por allí se asegura de ello.

–Siempre escuché que los fantasmas eran bastante inofensivos –dijo Gerug que lo había escuchado una sola vez.

–Los fantasmas no son inofensivos –disintió Surlo–, te mantienen despierto toda la noche e irritado todo el día. De todas maneras, en el Paso no hay fantasmas. Ya he soportado este maldito trasto suficiente tiempo, mi turno ya se terminó, quiero relevo.

Esme se acercó y le quitó al montaraz la manija del cofre de la mano. Gerug contempló con resignación, las inertes expresiones del resto en referencia a la otra manija.

–A decir verdad nadie está muy seguro de que es lo que camina por el Paso –retomó su relato el letrado–, luego de los primeros reportes, y de que se confirmase que los animales de la zona huían despavoridos, se demolieron el Puente Sur y el Puente Norte.

–¿Así nada más?

–¿Qué más haría falta?

El Capitán Gunares había demostrado un interés nulo por la conversación (o tal vez una indignación omisa), adelantándose para subir una pétrea lomada al este del camino y obtener una mejor vista de la zona. Luego de inspeccionar los alrededores por unos momentos bajó la lomada al trote para reunirse con el resto de su grupo; una vez con ellos les informó que a unas dos horas de camino delante, había un pequeño encadenado de colinas donde podrían montar anónimo campamento. En principio, ni el término "horas" ni el término "colinas" causo mayor alegría a Gerug. Pero luego recordó que el cofre no era más pesado que el más ligero de sus cerdos y era más dócil que cualquiera de ellos, y que con ellos debería estar lidiando ahora de ser éste un día como cualquier otro. En rigor de la verdad, sabía que podría llevar el baúl por si solo si hubiese la necesidad; pero esa conclusión no la compartió con el resto del grupo.

Luego de un breve descanso la tropa encaró el último tirón del día. Los cálculos del Capitán resultaron ser de gran precisión, y en dos horas ya estaban recorriendo las colinas buscando donde acampar. Finalmente dieron con un pequeño grupo de árboles que ofrecía reparo suficiente para pasar la noche y levantaron el campamento, limpiaron el centro de forma de poder encender una lumbre y encargaron a Gerug el trabajo de encenderla, y de comenzar los preparativos de la cena. Los montaraces habían traído de Plaza Cívica carnes saladas y vegetales, por lo que esa noche el trabajo de Gerug no incluyó cacería o desoye, dejando al viajero preguntarse si recibiría para aquellas tareas, la misma ayuda inexistente que recibiera para la cocina. Evidentemente, el grupo estaba acostumbrado a que cada uno tenía tareas asignadas que le eran propias, y que no concernían en lo más mínimo a los demás. A lo largo del viaje el caminante se sorprendería

al ver que cada uno hacía lo suyo sin pedir ayuda, y sin ofrecerla en caso de que fuese labor de otro.

A pesar de las solitarias tareas rodeado de gente, el novel montaraz se sentía de buenos ánimos. Si bien todavía no estaba completamente seguro de que su viaje hubiese empezado, y se preguntaba sí aún tendría oportunidad de dar aquel ceremonial primer paso, su convicción de que hacia lo correcto había sido restaurada a niveles previos a la despedida con Manolo. Más aun, disfrutaba de la cocina y se entregaba plácidamente a la gestación de la cena; inclusive después de haber recibido seis indicaciones distintas de cómo debía prepararla.

La cena transcurrió de manera poco memorable, no obstante, al ser la primera cena de su viaje, fue para Gerug la cuarta o quinta más memorable de su vida. Los montaraces parecían deseosos de dar paso a la fase más nocturna y onírica de la noche, y se apresuraron a comer, deteniéndose únicamente para hacer comentarios de tipo práctico relacionados a los pros y los contras del proceder culinario del cocinero. Una vez terminaron de comer, y sin mediar mayor cortesía, los seis se retiraron a sus respectivos acurrucos y se durmieron por completo.

Gerug había planeado durante la cocina aprovechar el momento en que sus compañeros no le viesen, para subir a la colina más alta y mirar el horizonte, primero hacia su hogar y luego todo en derredor. Ésta sería la primera luna de su viaje, y deseaba dedicarle aquella mítica inspiración que no había podido ofrecerle a su primer paso. Decidió descansar un momento más antes de emprender el ascenso; si bien la caminata no había sido dura, sus huesos todavía resonaban a bota de guardia ministerial, dificultando el acarreo del cofre. Se acostó boca arriba, miró las estrellas por entre las copas de los árboles, cerró los ojos y los volvió a abrir para ver salir el sol.

Fue el primero en levantarse pero, apenas se incorporó, el descanso del resto de la tropa pareció ser perturbado y todos se incorporaron rápidamente. Tras los aseos y auto asistencias matutinas, todos se congregaron alrededor del caldero de la cena para dar lugar al desayuno de las sobras. Ya desayunados, el Capitán dio órdenes de retomar la marcha cuanto antes y así se hizo. El campamento fue levantado, las brasas enterradas, todos lo que hubiese sido desempacado empacado y Esme le indicó a Gerug que asistiera a Árgulo en su primer turno con el cofre. No había escapado el día anterior a la atención de quien siempre estaba asignado a llevarlo, que los integrantes del grupo habían pasado gran parte de su equipaje personal al baúl, y acarreaban consigo mochilas medio vacías y sin mucho peso.

–Esme ¿Para qué el cofre? –consultó Gerug– Me parece a mí que el peso podría repartirse fácilmente entre los seis.

–Sí, en realidad nos lo encontramos hace algunas semanas en un viejo puesto de vigía abandonado –respondió la mujer–. Pensábamos venderlo en Plaza Cívica pero estuvimos demasiado ocupados durante nuestra estadía. Antes de que llegaras, pusimos a votación si llevarlo o dejarlo ahí abandonado, pero fui la única que estaba ya harta de él y se decidió seguir turnándonos para trasportarlo.

–He notado que la alternancia de los turnos no parece afectarme demasiado a mí –dijo cortésmente Gerug– ¿Crees que habrá algún momento en que pueda dejar de cargar con él?

–Cuando estés cocinando –respondió Esme Mores sin ninguna malicia.

–O cazando –agregó Surlo tratando de colaborar.

***

Los días subsiguientes no fueron particularmente distintos al primero; el grupo avanzaba por los caminos transitados que llevaban al Norte conversando y turnándose para acompañar a Gerug en el acarreo del cofre. El Capitán insistía en que era menester llegar a Fortaleza Heroica antes de promediar el otoño, por lo que la marcha era rauda, o por lo menos más rauda de lo que Gerug hubiese deseado. Si bien las historias de los montaraces hacían ameno el andar, él hubiese querido explorar un poco más los alrededores.

No es que el viaje no ofreciese ya mucho para ver; el camino principal permitía observar viajeros de incontables destinos (algunos más exóticos que otros), lo que era de por sí muy interesante. Cierto es que no se veían caminantes de razas desconocidas para Gerug, pero esto no le sorprendía, siempre había sabido que solo dos razas civilizadas poblaban su provincia, hombres comunes y los cuasi equinos granyos cornudos como Manolo. Por fuera de su provincia, según tenía entendido, tampoco había muchas más, cuatro o cinco a lo sumo. De chico había escuchado leyendas de marineros en tierras lejanas, pobladas por miríadas de razas distintas, pero ningún adulto respetable les daba crédito a dichas historias. También había quienes consideraban a los animales parlantes como razas civilizadas, pero la mayoría consideraba que estos animales razonaban y hablaban por arte de magia. Gerug, por su lado, siempre había considerado que los animales *elegían* no hablar.

Entre la charla de los montaraces y la contemplación de transeúntes, el viaje era muy estimulante, mas no todo lo que el viajero hubiese deseado. Él hubiera querido recorrer los bosques y las elevaciones del terreno a los lados del camino, y más aún aquéllos que se observaban en la lejanía, pero esto no era posible; el Capitán sólo dejaba el camino principal para buscar donde acampar a la noche. Este proceder confundía bastante a Gerug, los caminos del Rey solían estar preparados para las necesidades de los viajeros, no había que caminar demasiado para encontrar una posada donde pasar la noche. De hecho, en algunas zonas las posadas estaban todas juntas, una al lado de la otra dando incluso, la posibilidad de elegir. Pero no, el grupo nunca se detenía en ninguna y cuando paraban a descansar buscaban zonas poco pobladas donde hacerlo. Cuando Gerug consultaba a sus compañeros él porque de dicha conducta, recibía poco más que evasivas; lo más cercano a una respuesta que recibió vino de Esme Mores que se encogió de hombros y le dijo "somos así, no nos gusta el gentío". Otra cuestión que recibía solo respuestas vacías, y que resonaba mucho para Gerug con la falta de sociabilidad de grupo, era el hecho de que ninguno se quitaba la capucha a menos que estuviesen lejos de cualquier extraño. Si fuesen criminales todo esto sería fácil de explicar, pero el caminante estaba seguro que los seis eran hombres honrados. Fuera cual fuera la razón de tanto secretismo, era claro que no iban a compartirla con él.

Así, entre poblados caminos de día, y retirados parajes de noche, transcurrieron los primeros días del viaje. Ya desde el quinto se habían terminado las provisiones que trajeron de la Plaza Cívica, en un principio esto también resultó extraño para Gerug, pero luego lo atribuyó a una probable limitada disposición de fondos del grupo. La falta de comida apta para el viaje había generado otra tarea, casi diaria, al último integrante de la cadena de mando: la caza. Ésta era la única labor que molestaba realmente a Gerug, la sentía como una pérdida de tiempo y le resultaba en extremo aburrida. Por lo menos le habían proveído arco y flecha, correr detrás de los animales hubiera sido un martirio. Finalmente decidió protestar al respecto:

–Capitán, no entiendo porque es necesario que cacemos nuestro alimento, el camino está repleto de posadas donde podríamos comprar comida de viaje que aguantase el paso de los días.

–Puede ser –respondió el líder–, pero no tenemos interés de entrar en ellas.

–Ustedes no, pero sí podría hacerlo yo.

La oferta pareció generar interés en el grupo, varias miradas se entrecruzaron en aprobación.

–Sí, eso es cierto –dijo Sir Surlo con ojos sugestivos–, *tú* podrías entrar en las posadas. Incluso podrías consultar por nosotros el estado de los caminos más adelante. Seguro que habrá más de un viajero dispuesto a compartir noticias del Reino.

A estas alturas, nada de eso extraño a Gerug que simplemente se contentó de no tener que andar persiguiendo liebres con el arco; especialmente cuando comenzaran a adentrarse en una zona de cordillera más escarpada que se observaba a la distancia. El próximo cambio de terreno era aún más buenas noticias para el ávido expedicionario, por un lado, entre las montañas sería más fácil encontrar donde pasar la noche escondidos, y por el otro, el paisaje se volvía cada vez más colorido.

IV.
Trifulca en las alturas

Varias decenas de kilómetros atrás la tropa había abandonado ya, las verdes planicies y suaves colinas que daban identidad a la provincia de Gerug, y el camino había comenzado un muy paulatino ascenso. Lamentablemente, él no había podido identificar el momento exacto, por estar enfrascado en una polémica con Canucio sobre los enredos diplomáticos de los animales de granja. Canucio Trulo parecía estar completamente seguro de que cerdos y vacas se ocupaban únicamente de lo que acontecía en las proximidades de su alimento. Sin importar cuantas historias le contase Gerug de los animales de su granja y sus confabulaciones con los patos del vecino, o sus pactos clandestinos con los zorros de la zona, el *letrado* (que jamás en su vida había pisado una granja) se negaba a reconocer dichas conductas que eran tan evidentes para el que había pasado años de su vida, con dichos animales como única compañía. En consecuencia, la extensa discusión había evitado que el experto en conducta porcina notase el cambio gradual del paisaje. Esto le había impedido determinar en qué punto abandonaron la provincia, último lugar donde se podía considerar iniciado el viaje y, por ende, ya no quedaba duda de que el escurridizo primer paso estaba detrás y no delante. Fue en este momento que el viajero decidió que su travesía no requería ceremonias por no ser cambio sino avance.

Las verdes planicies, habían dado paso a una menuda cordillera que crecía a ambos lados de un manso rio de amplios meandros, a veces más cerca, casi al borde del agua, y a veces más lejos, a varios cientos de metros o incluso kilómetros del curso acuífero. La cordillera parecía ser, en realidad, un conjunto de pequeños encadenados de picos de distintas naturalezas, ninguno de más de doscientos metros, que se alternaban uno detrás del otro entrelazándose en sus extremos. Había elevaciones color gris piedra y otras de un marrón arcilloso o incluso rojizo. Había cerros áridos y desnudos, y sierras cubiertas de vegetación de verde intenso. Se podía incluso ver cada tanto, picos solitarios que se elevaban en las planicies donde la chaparra cordillera no se atrevía a incursionar, o que se inmiscuían en los encadenados a donde no pertenecían rompiendo su hegemonía. Gerug había sido hechizado por el paisaje, sintió que jamás en su vida había visto algo más esplendoroso. No que de momento pudiese recordar haber estado

en lugar alguno que no fuese ése. Tampoco había visto en su vida tantos parajes como para comparar. Es sabido que el Páramo ofrece vistas sin igual a quien esté dispuesto a verlas, sin embargo, los peligros constantes que acechan allí a los viajeros, no suelen permitirles contemplar la hermosura del lugar por mucho tiempo o, por lo menos, no sin perder la capacidad de ver paisaje alguno después de ése a manos de alguno de los *habitantes* del Páramo.

El camino por el que avanzaban escoltaba en todo momento al rio, y sólo tras algo más de un día de apretada marcha, el obnubilado caminante fue finalmente capaz volver su atención al resto de sus compañeros. Ni siquiera durante la cena (o su preparación) había podido fijar su mirada en nada que estuviese, más cerca que el paisaje, o más lejos que sus manos. Ahora que miraba a los demás con atención notó algo curioso; todos presentaban un tenso caminar, miraban como él hacia los picos a su alrededor, pero rara vez posaban la mirada por más de unos instantes, como si no fuesen los colores o las formas lo que buscasen con sus ojos. Extrañado por la inentendible conducta, Gerug miró hasta el otro extremo del cofre donde marchaba Sir Surlo y lo interpeló:

–¿Por qué caminamos con tanta prisa? ¿Qué es lo que los tiene a todos tan preocupados?

–Éste no es buen lugar para andar relajado –susurró el de los Montes Eternos–, las montañas están demasiado cerca y es difícil ver qué las habita. Tampoco hay muchos lugares donde resguardarse si llegásemos a necesitarlo.

Sólo en ese momento observó Gerug que el camino ya no estaba tan transitado como antes, de hecho, no se podía observar ningún otro viajero hacia ninguno de los dos horizontes. También recién ahora se percató de lo abrupto de las pendientes de la zona; ninguno de los picos que podía ver, estuviese cerca o lejos, podría ser transitado fácilmente, muchos incluso, sólo podían ser escalados. Un escalofrío recorrió la espalda del inexperto montaraz y dejó detrás de sí, un cierto desasosiego ante la impenetrabilidad del territorio. El malestar no duró mucho. Primero, el precavido caminante razonó que si era difícil abandonar el lugar donde estaban por otro camino que no fuese el que avanzaba a la vera del rio, sería igualmente difícil acceder a él por otro camino que no fuese ese mismo, cuya lejanía se podía observar fácilmente. Después, el grupo pasó cerca de un solitario y alto cerro de un intenso color negro cuyas laderas habían sido cinceladas por los años. La inusual cresta que desentonaba por completo con el resto de

la cordillera atrapó la atención de Gerug, y éste rápidamente se olvidó de las preocupaciones de sus compañeros.

Esa noche, el nerviosismo de la tropa se tornó mucho más patente. El Capitán ordenó que sólo se consumiesen las raciones que no requiriesen ser cocinadas, y prohibió por completo encender llama alguna. Varios kilómetros antes de detener la marcha había enviado a Esme y a Mérulo a buscar lugar donde acampar. Los dos montaraces se habían lanzado rápidamente hacia las márgenes del camino y en un momento habían desaparecido entre los inhóspitos terrenos de montaña. El mozo de la tropa trató de seguirles con la mirada, tratando de detectarlos por entre los vericuetos del monte, pero le fue imposible. Una vez que se perdieron entre los cerros de la cordillera no los volvió a ver, hasta que regresaron caminando por el camino del rio por delante del grupo. No pudo comprender en un primer momento el inexperto hombre de caminos, si habían tenido éxito o no, simplemente se unieron nuevamente al grupo y marcharon con éste. Momentos después, pudo observar Gerug que la dinámica del grupo había cambiado, ya no era Gunares, sino Esme Mores quien guiaba la marcha y, tras conducir al grupo un trecho por la vera del rio, les hizo girar hacia el oeste y cruzarlo por un vado ancho y medianamente tranquilo pero un tanto pedregoso, que dio bastantes problemas a Gerug y Árgulo Edory que trasportaban el pesado cofre.

Una vez del otro lado del rio, la montaraz se adentró en las montañas y llevó a la tropa hacia un pequeño grupo de árboles que no podían verse desde el camino. Los árboles crecían allí bastante cerca unos de otros y el suelo del diminuto bosque era bastante irregular debido a las extensas raíces; lo que lo hacía menos que idóneo para recostarse y descansar.

–¿Por qué dormir aquí cuando hay tantos otros lugares más cómodos en las cercanías? –preguntó Gerug rompiendo el cuidado silencio de la fría cena.

–Los árboles niegan nuestra presencia –respondió el Capitán que parecía ser el único dispuesto o permitido para hacerlo.

–¿Y por qué…

–¡Silencio! –imperó siseando Surlo.

***

La mañana no trajo mayor distención que el día anterior. De hecho, todo el ritual matutino fue reducido a su mínima expresión por el

apremiado grupo, y en menos de un suspiro todos estaban ya cruzando el vado para volver al camino. Otro día de marcha y su noche transcurrieron de la misma manera, y el confundido viajero comenzó a sentirse irritado. A la mañana, después del desayuno y una vez recuperaron el ritmo de marcha, Gerug se dirigió a Surlo, su actual compañero de cofre, para retomar la interrumpida conversación de dos noches atrás:

–Entonces ¿De quién es que necesitamos escondernos por las noches y prevenirnos por los días?

Primeramente, Surlo intentó ignorar la pregunta, pero Gerug sacudió su lado del cofre y lo miró fijamente con las cejas en alto.

–Nadie en especial –concedió finalmente el montaraz–, estos caminos son peligrosos y nunca se sabe que puede andar acechando en ellos. Rara vez se usan a no ser que sea por absoluta necesidad.

–¿Y por qué los caminamos nosotros? ¿No hay acaso otras maneras de llegar a Fortaleza Heroica?

–No que nos sean de utilidad. El Paso de los Zorros fue cerrado hace años, los desiertos del oeste son infranqueables al calor abrasador del verano y la Ruta Meridional está a varios días de camino hacia el Este. No podemos permitirnos tardar tanto en alcanzar nuestro destino.

–Supongo que sigo sin ser digno de saber qué asunto les lleva hacia el Oeste de importancia tal como para arriesgar sus vidas –tanteó el viajero–, y la mía –agregó con cierto énfasis.

–Supones bien –confirmó Sir Surlo tras una brevísima mirada hacía su capitán.

La conversación fue interrumpida por la abrupta detención al unísono de los seis montaraces. Surlo dejó caer el cofre y todos empezaron a mirar en dirección de los picos más próximos, unos hacia el este y otros al oeste. Gerug no veía, oía, ni sentía lo que fuera que ellos sí, sin embargo, tampoco lo necesitaba; entendía bastante bien lo que estaba ocurriendo o, más precisamente, lo que estaba por ocurrir. Finalmente la amenaza se hizo presente, en lo alto de los cerros a ambas márgenes aparecieron jinetes de monturas aladas. No eran muchos, tres a occidente y dos a oriente, pero las criaturas que comandaban eran de un porte estremecedor, en ciertos aspectos parecían aves gigantes pero en otros evadían la identificación.

El cuerpo de los extraños animales, cubierto de coloridas plumas, evidenciaba su naturaleza aviaria; pero eran suficientemente grandes como para ser montadas por hombres y tenían cuellos tan gruesos como sus cabezas y casi tan extensos como el resto de sus cuerpos. Tenían largos y aserrados picos y, quienes los habían domesticado,

habían revestido con articuladas láminas de acero sus patas, las cuales mantenían extendidas por detrás de su cuerpo durante el vuelo. El atemorizado viajero ciertamente jamás había visto o oído descripción alguna de animales semejantes pero, y a pesar de lo sobrecogedor de su apremiante situación actual, reflexionó durante unos instantes que estos animales no había nacido para cazar, si no que habían sido entrenados para la batalla. Por un instante, sólo un instante, la alarma dio paso a la compasión dentro de Gerug.

Los bandoleros no se abalanzaron inmediatamente sobre la tropa; seguramente habían estudiado al grupo desde las montañas aledañas antes de aventurarse al asalto, aún así, antes del ataque tuvieron un último momento de planificación. Estos últimos instantes permitieron al grupo de montaraces prepararse para el combate, tres a cada lado con sus armas desenfundadas. El Capitán, Mérulo y Esme hacían frente al trío de occidente y Surlo, Árgulo y Canucio a la pareja de oriente. Gerug, por su lado, había quedado entre los dos grupos con el mango de azadón en una mano y el asa del cofre en la otra, no estaba del todo seguro por qué se aferraba todavía a su carga pero no por eso la sujetaba con menos fuerzas. Primero se sorprendió de que nadie en el grupo tuviese armamento de largo alcance, y luego se fastidió por haber perdido o roto todas las flechas que le diesen los montaraces para cazar la comida. Afortunadamente para él, y todos sus compañeros, ninguno de los asaltantes parecían disponer tampoco de arcos o flechas, la mayoría tenían largas lanzas de madera y algunos tenían también manguales de largas cadenas, con mazas pequeñas recubiertas de púas que apenas sobresalían del perímetro del hierro. Ciertamente maniobrar estas armas subido a las gigantescas aves sin golpearlas por error debía requerir una destreza suprema.

El patrón de ataque de los jinetes parecía estar altamente perfeccionado por la práctica. Se abalanzaban sobre sus oponentes a gran velocidad y, justo antes de alcanzarlos, las aves viraban violentamente sobre su eje transversal de manera de generar con el batir de sus alas, una poderosa corriente de aire que desestabilizaba a su presa. Luego, afirmándose con sus patas al suelo, y con coordinación coreográfica atacaban, las aves con sus picos y los jinetes con sus armas; negando así al rival la posibilidad de contraataque. Así, en cada ataque la victima enfrentaba los embates alternados mal parada, o incluso desde el suelo, obligada a defenderse torpe y desesperadamente, blandiendo su arma sin peso que pudiera dañar al rival.

Durante las primeras fases del combate los montaraces se vieron fácilmente superados por el estilo de combate, nuevo para ellos, de los bandoleros. Mérulo fue impactado directamente por el cráneo, duro como roca, del ave de uno de sus atacantes; Canucio recibió un corte profundo en su brazo izquierdo; y el pico de una de las aves cubrió la pierna derecha de Sir Surlo de laceraciones. Algunos montaraces tenían escudos pequeños y macizos con que defenderse, y todos tenían alguna armadura o vestimenta endurecida que les protegiese, mas todos recibieron heridas de mayor o menor envergadura.

Los atacantes repitieron la táctica varias veces con éxito pero sin lograr derribar permanentemente a ninguno de los atacados, y con cada nuevo ataque, el daño que impartían a la tropa era menor. Luego de unos momentos, y sin necesidad de órdenes, quienes se defendían rompieron la formación para dispersarse por el campo de batalla; aprovechando su mínima superioridad numérica para poder flanquear algún de los rivales en cada ataque de éstos. Los bandidos atacaban cada vez los cinco al unisonó, pudiendo los montaraces pasar al ataque, sólo con una de las aves en cada ronda. Todos los defensores mostraban estar altamente entrenados en combate y sus diestros ataques eran indudablemente certeros, pero las aves eran sorprendentemente resistentes y su tamaño hacia difícil acceder a los jinetes. El primer contacto lo logaron Árgulo y Esme; el atacante se dirigió a gran velocidad hacia Esme que se había posicionado de manera tal que fuese difícil percibir la posición de su compañero montaraz. Cuando el ave se enfrentó a la mujer, el sexto hombre, que no había sido objetivo de ningún bandido, avanzó con implacable celeridad hacia el animal y logró colar su espada entre las placas protectoras de la zanca de aquél. Inmediatamente, y casi sin estremecerse, el ave giró su prolongado cuello y buscó al montaraz con su pico. En ese momento, Esme asestó con dureza un golpe en el cogote del animal con su maza de armas. Este segundo embate pareció lastimar a la enorme montura que sacudió con fiereza todo su cuerpo, arrojando al suelo a los montaraces todavía próximos, y casi más a su jinete, para luego batir fuertemente sus alas y hacerse al aire seguro.

El segundo triunfo sobre los asaltantes vino de parte del Capitán Gunares. Él y Sir Surlo intentaron reproducir la exitosa táctica de sus compañeros y cuando el ave enfiló hacia Surlo, el Capitán se abalanzó sobre ella. No obstante este animal, con muchas menos plumas, no fue tan fácil de sorprender como su compañero. Cuando el fiero capitán se aproximaba a la carrera, y aprovechando que su jinete mantenía ocupado a Sir Surlo, el pájaro giró la parte superior de su cuello y

proyectó su pico a gran velocidad hacía quien intentaba sorprenderle. El líder de la tropa debió detener su marcha clavando los pies en el suelo. Sabiéndose sin distancia para operar su espada la dejó caer, liberando sus manos, al tiempo que daba un paso al costado para dejar pasar a su lado la veloz cabeza del animal. En ese momento, describió un amplio giro con sus brazos y torso, logrando poner sus manos abiertas sobre la cabeza del ave, presionó sobre ésta con todo el peso de su cuerpo la enterró en el duro suelo. El animal se incorporó rápida pero confusamente, dio algunos pasos hacia atrás, trastabilló y cayó embarazosamente al suelo. Tras un par de intentos fue capaz de iniciar el vuelo, dejando detrás a su maltrecho jinete, que sin ninguna pausa se dio a la fuga corriendo hacia las montañas.

Durante ninguna de estas iníciales contiendas parecieron los bandidos prestar mayor importancia a Gerug, tal vez porque su obstinación con aferrarse al cofre le hacía un oponente casi inmóvil. *Casi* inmóvil, mientras los montaraces combatían, el ni valeroso ni cobarde viajero arrastró el arca hasta un pequeño pedregal y comenzó a llover proyectiles sobre los atacantes. Los piedrazos no parecían tener mayor efecto si alcanzaban a las poderosas aves, pero sí llegaban a dañar a los jinetes que, a medida que la victoria en combate se les alejaba, comenzaron a mostrar mayor interés en las pétreas contribuciones de Gerug. Después de la conquista del Capitán Gunares sobre uno de sus adversarios, el resto de los bandoleros ejercitaron un cambio de estrategia; tres de ellos avanzaron en línea para formar una barrera entre el lanza-piedras y los montaraces, mientras que el restante se arrojó sobre el cofre y cerró las poderosas garras sobre éste para inmediatamente emprender el vuelo. Llevándose consigo el cofre y al terco contendiente que no lo soltaba.

Mientras el ave comenzaba a elevarse, Gerug intentaba evitar que se llevase el baúl. Primero trató de afianzar bien los pies y oponerse al vuelo del animal, pero luego, cuando sus pies parecieron estar del lado de la alada criatura y abandonaron tierra firme, comenzó a sacudirse frenéticamente para intentar, sin mayor éxito, arrebatar el arca a su adversario. También trató de golpear al jinete con su mango de azadón pero ni bien lo intentó, el ave se lo arrebató y lo lanzó al rio.

Aun sumido en su forcejeo, su mirada se depositó por casualidad en el campo de batalla y fue sorprendido por dos factores. El primero, que el combate había cesado, tanto los seis montaraces, como los tres bandidos estaban quietos, ignorando a los integrantes del bando contrario y mirando a Gerug, absortos en el bizarro espectáculo. El segundo factor en sorprenderlo, fue el reducido tamaño que los

hombres en tierra ocupaban en su campo de visión. Con la plena intención de cruzar los picos cercanos, el enorme pájaro había realizado un acenso empinado por el aire y se encontraban ya a muchas decenas de metros del suelo (sino centenas de metros). Tras la revelación de sus elevados problemas, una idea, o más bien una duda invadió la mente del terco montaraz ¿Por qué no había abandonado el condenado trasto cuando pudo? Hasta allí los únicos aspectos negativos del viaje habían sido: las frecuentes irrupciones de la duda por el trato que estarían recibiendo sus animales, y el pesado arcón. Era aparatoso e incomodo; las manijas respondían a un diseño poco feliz que le hacía doler las manos; y la zona media de su cuerpo, que todavía recordaban la golpiza en la Plaza Cívica, se quejaba constantemente del excesivo peso. Su dilucidación duro menos de un momento. La razón de su apego a la carga impuesta no era de importancia en este momento; pronto el ave estaría por encima de una cima montañosa reduciendo la distancia al suelo, y dándole la oportunidad de dejarse caer sin romperse la crisma. Incluso pudo ver que el trayecto del ave lo acercaba a una arboleda en la ladera de uno de los picos, si el vuelo se mantenía a la altura actual, la caída solo sería de unos pocos metros y las frondosas copas de los arboles amortiguarían el golpe. Decididamente ésta era su mejor chance de escape, pero para ello había algo que debía hacer. No sabía porque insistía en proteger el cofre odiado pero sentía que debía hacerlo. Si se iba a dejar caer sobre los arboles, el baúl iría con él.

Al acercarse al pequeño bosque Gerug sacó de su morral la jamás usada porra, apuntó, y la arrojó con fuerza hacía la unión entre una de las patas del enorme pájaro y el resto de su cuerpo. Habiendo pasado la mayor parte de su vida entre animales supuso que de acertar sería muy doloroso para la criatura. En la ejecución de su plan tuvo suerte por partida triple, la porra impactó directamente donde él esperaba; el golpe en efecto causó un torrente de sufrimiento en el ave, que le hizo soltar el cofre con esa pata; y la otra pata no tuvo el suficiente agarre como para sostener al pesado baúl y al pesado hombre que a éste se aferraba. Así como lo había planeado, el porrazo hizo que Gerug y el arca se precipitasen hacia las copas de los arboles, a cuyo encuentro, el terriblemente incompetente surcador de los cielos tuvo otra dosis de incalculable fortuna. No sólo su trayectoria difirió lo suficiente de la del baúl como para evitar impactos indeseados, sino que ninguna de las ramas de los arboles le hicieron mayor daño, que algunos rasguños en su piel y desgarros en su vestimenta. Para dar fin a la afortunada jornada del viajero, desde la sección del árbol en la que finalmente se

detuvo su caída, pudo observar como el jinete que hasta hace unos segundos lo remolcaba por el aire, seguía su camino sin intentar recuperar el botín. Mejor aún, el resto de los bandidos se hacían al aire en dirección contraria a la cual él se encontraba. Al verse finalmente libre del asedio de los criminales, el combatiente se sintió instantáneamente invadido por todo el temor que no le había alcanzado durante la batalla o el vuelo, durante unos aterradores instantes quedó totalmente petrificado. Mientras que en el momento que el peligro de muerte era real y creciente no había tenido tiempo de pensar en ello, ahora tenía todo el tiempo del mundo para reflexionar, y entendía a la perfección que estaba vivo únicamente por su extrema fortuna. Su piel perdió toda tonalidad y transpiró de golpe, prácticamente todo el liquido de su cuerpo. Cuando logró recuperar cierta medida de razón decidió descender del árbol, con sus manos y piernas aún temblando comenzó a asirse de las ramas cercanas para descender con cuidado. Dicho temblor le jugó prontamente al descendiente una mala pasada, como le jugaría a cualquiera que enfrentase el desafío de escalar un árbol en el estado que lo hacía él en ese momento. Dicha actividad requiere de extremidades firmes que transmitan confianza, haciendo del intento en su nerviosismo actual una decisión poco acertada. A mitad de camino perdió el equilibrio y siguió la otra mitad de descenso a los tumbos por entre las ramas, para finalmente aterrizar dolorosamente en el suelo. Se levantó profiriendo un sinfín de obscenidades a su situación y especialmente al cofre aborrecido, que vio a unos pocos metros a su izquierda, apoyado ordenadamente en el suelo del bosque rodeado de las muchas ramas que había arrasado en su paso por la copa del árbol. El arca estaba entera, no tenía rajadura ni rasguño alguno que pudiese apreciarse. Hecho que enfureció aún más a Gerug que continuó su catarata de insultos, pero ahora a viva voz y dirigiéndolos mayormente a su propia persona.

Enfurecido como estaba, caminó hacia el baúl, lo agarró de una de las manijas y comenzó a avanzar hacia donde creía que se encontrarían los montaraces. Para arribar al pico de la arboleda habían surcado otra cima menor que le obstaculizaba la visión del camino. El paso para retornar al rio fue verdaderamente penoso y en ningún momento dejó Gerug de maldecir a los bandoleros, al cofre, a los montaraces, a la montaña, a su suerte, a su propia imbecilidad y a Manolo por no lograr disuadirlo de emprender el viaje.

***

Cuando finalmente pudo divisar el camino, el dolorido peregrino vio que en él se hallaban sólo dos de los seis miembros de su grupo. Eran Canucio Trulo y Sir Surlo que se habían llevado la peor parte del combate, estaban sentados a la vera del rio atendiendo sus heridas cuando los llamados de Gerug les hicieron levantar la mirada y les inundaron de asombro. Si bien ninguno de los dos estaba en condiciones de hacerlo, ambos se incorporaron de un salto y corrieron en dirección del portador del baúl gritando y sacudiendo sus maltrechos brazos en el aire. Cuando llegaron hasta él, Gerug había dejado al arcón descender deslizándose por la ladera del cerro y había llegado al trote al pie del mismo. Los montaraces le recibieron con grandes alabanzas, palmeadas de espalda y risotadas; ninguno de los dos podía creer que, el alguna vez campesino, hubiese sobrevivido semejante hazaña y, para colmo, la hubiese concretado aun en posesión del preciado cofre. La animosa bienvenida cambió rápidamente el semblante del séptimo miembro del grupo, quien recuperó su habitual calma y comenzó a relatar toda su aventura desde el momento en que el ave posase sus garras sobre la casi arrebatada carga. Los dos montaraces le escucharon con atención acompañando la anécdota con sacudidas verticales y horizontales de cabeza, grandes aperturas de ojos y agudos silbidos. Concluido el relato, la conversación se enfiló hacia el paradero de los faltantes cuatro miembros de la tropa. Canucio explicó que, al escapar los bandidos en direcciones opuestas, el Capitán Gunares había dado órdenes a Esme y Árgulo de ir en busca de Gerug, mientras él y Mérulo perseguían a los otros jinetes con la intención de encontrar la guarida a la que seguramente llevarían a su prisionero. Siendo éste el panorama, no quedaba más alternativa que esperar que regresasen; se discutió brevemente encender una fogata de gran humareda para anoticiar a los otros de su posición, pero la posibilidad de atraer nuevos bandidos, o los mismos reforzados, llevó a la rápida conclusión de que no era una buena idea. Así, los tres se dirigieron a un pequeña zona resguardad entre los riscos que les protegiese de miradas inescrupulosas, y retomaron la charla.

–Jamás en la vida había visto esas aves jirafonas –informó sin pudor Gerug.

–No me sorprende –aseveró Surlo–, eran aunuros grises, propio de más allá de las nubes. Sí me sorprende que sepas de la existencia de las jirafas, yo jamás he visto una.

–¿"Grises"? –un recuerdo visual relampagueo en la mente de Gerug– A mí me parecieron bastante coloridos.

–Eran todos machos que tienen plumajes de vivos colores, las hembras son de tonos grisáceos y dan nombre a la especie. Existen también aunuros colorados, también llamados así por el plumaje de las hembras.

–Quienes entrenan estas aves sólo llevan machos al combate –demostró su sapiencia Canucio–. Las hembras son de mayor tamaño pero menos dóciles y más intransigentes.

–¿Qué crees que harían unos monta-aunuros por estos lugares? –interpeló Sir Surlo al letrado– No hay una montaña de verdad en centenas de kilómetros a la redonda.

–Tal vez vengan de las Montañas Negras, según he oído la vida en aquellos parajes se ha tornado difícil.

–¿Y donde no lo ha hecho? –se amargó el de los Montes Eternos– ¡Maldito rey! ¡Maldito sea el Rey y toda su corte!

–¡Silencio! –lo interrumpió Canucio Trulo alarmado.

–No se preocupen por mí –buscó calmarlos el expedicionario–, no le prestó mayor atención a los ires y venires del Rey; pueden maldecirle todo lo que quieran.

–Pues entonces le maldigo tres veces –Dijo Surlo mostrando su incrementada confianza en la palabra de Gerug–. Espero no seguir maldiciéndolo por mucho más tiempo, el día llegará en que tengamos un nuevo rey, digno y justo.

–Nuevo no lo dudo –acotó el no tan joven andante– lo de justo y digno habrá que verlo. En mi opinión, los reyes son todos más o menos lo mismo.

–Eso dices porque no sabes de los reyes de antaño, lideres honorables que daban la vida por su pueblo. Los que alguna vez tuvimos y sabremos volver a tener.

–Bueno, con alegría les recibiré si algún día llegan –dijo Gerug sin demasiada convicción y buscando concluir el tópico–. La noche ya casi está con nosotros, me preocupan los demás. Tal vez debiéramos encender el fuego antes de que se vaya la luz, esta noche no habrá luna.

–No te preocupes por ellos –aconsejó uno de los montaraces con una risita–, son aún más diestros en la montaña que en la planicie, no serán detectados si no lo desean. Prendamos de todas maneras un

pequeño fuego, creo que si cocinamos algo el olor les atraerá más que cualquier señal.

***

Luego de encender una pequeña lumbre, Gerug cocinó restos de comida que habían sido desperdigados por todo el interior del arca, y los tres hombres se sentaron a cenar. En un primer momento fue Sir Surlo quien se encargó de condimentar la cena con anécdotas, pero luego de pocos minutos, los dos montaraces quisieron escuchar nuevamente el recuento del viaje por los aires de su sorprendente compañero. Esa fue la primera pero no la última vez que Gerug repetiría la historia.

El resto de los montaraces fue llegando en el transcurso de la noche. El primero fue Árgulo Edory que llevaba en el rostro algunos resabios de la batalla. Inmediatamente después de llegar mostró alegría por la presencia del viajero perdido, pero luego se fastidió al saber que su búsqueda podría haber concluido hace horas, si sus compañeros no hubiesen decido no señalizar el regreso del cofre y su cuidador. Sí pareció muy interesado en escuchar el relato de la hazaña aérea. Luego retornó el Capitán Gunares que por alguna razón, traía tras de sí el cadáver de una cabra de monte. Gerug no pudo determinar si la expresión del Capitán era de alegría, pero seguramente mostraba interés. Luego de escuchar los acontecimientos del combate en las alturas extendió la mano al afortunado caminante y le dio un fuerte apretón; apretón que fue duramente criticado por la dolorida palma de Gerug. Tercera en reaparecer fue Esme Mores, que recibió al simple cocinero con un movimiento oscilatorio de aceptación de su cabeza y un significativo elevar de cejas, incluso le dio una palmadas en la espalda cuando Surlo le indicó en dirección al cofre. La espalda de Gerug estaba tan dolorida como sus manos pero no pareció objetar. Aún antes de sentarse a comer, Esme exigió que se le dijese que había pasado después de que el hombre del Sur abandonara la tierra. Por último volvió Mérulo Edory que tras saludar efusivamente a Gerug se quedó esperando que éste repitiera, no por última vez, los acontecimientos de esa tarde.

A la mañana siguiente el grupo retomó la marcha. A pesar de su victoria en la trifulca de la víspera, el grupo no avanzaba relajadamente; todavía quedaban unos días de marcha para abandonar la cordillera y asumían que podría haber más de un grupo

de bandidos al acecho en las montañas, o que los seis que los habían atacado podían formar parte de un grupo más grande. La única que no parecía preocupada era Esme.

–Este paso está muy poco transitado –explicó–, no hemos visto viajeros desde que lo iniciamos. No hay mucho negocio para asaltantes profesionales, seguro que los jinetes de aunuro eran sólo unos pendencieros oportunistas que pasaban por aquí de camino a algún otro lado.

–En estos días todos los caminos, nuevos o viejos, se encuentran más transitados que de costumbre –disintió el Capitán–, puede que haya malhechores acechando comitivas oficiales.

–¿"Comitivas oficiales"? –cuestionó el curioso aventurero– ¿Más de lo usual dices? ¿Es por los asuntos que los llevan al Oeste, o por el llamado del Rey a los Nobles a acudir al Consejo Real en la Capital?

–No sé de qué llamado hablas –el hecho de que Gerug estuviese en posesión de aquel dato (que le fuese otorgado por Manolo) pareció incomodar a toda la tropa.

–Y yo que creía que finalmente me había ganado su confianza –dijo con marcada ironía el foráneo compañero.

–Confiamos en ti, pero no en el viento –aclaró Esme desde el otro extremo del baúl.

La explicación no pareció convencer a Gerug, que prefirió guardar silencio y permitir a los demás discutir la posibilidad de nuevos ataques en el camino.

Los días que restaban para abandonar el paso de montaña no dejaron demasiado que recordar; la marcha fue apresurada, las pausas escasas por miedo a nuevos ataques y no se presentaron otros inconvenientes o sobresaltos. El entusiasmado expedicionario entretuvo sus pasos intercambiando historias con el resto de sus compañeros, mayormente de sus días en la Patrulla del Páramo, ya que sólo Canucio parecía interesado en oír sobre las intrigas y los pareceres de animales de granja. Finalmente, el grupo abandonó la zona cordillerana a algo más de una semana de iniciar su cruce (dependiendo de donde y cuando se considere el inicio de la misma). Aún antes de dejar atrás el último pico del cordón montañoso, el camino se había tornado mucho más transitado; los viajeros no se aventuraban en dirección sur pero se apreciaban múltiples trayectos que intersecaban la ruta que traían los montaraces. Si bien los tumultos de gente no resonaban apropiadamente con la visión mental que Gerug tenía de su viaje, el aliviado caminante recibió de buena gana la compañía, que le hacía suponer que las posibilidades de

nuevas emboscadas se reducían estrepitosamente. Por otro lado, con el transito reaparecieron las posadas de camino donde el inconspicuo compañero de los montaraces podría abastecerse de alimentos, sin necesidad de recolectarlos del suelo o cazarlos; además podría conocer viajeros de tierras lejanas y conversar con ellos.

Varios días de marcha más allá de los cerros, un camino muy amplio y con un gran volumen de transeúntes cruzó el paso de la tropa. Era la principal ruta de conexión entre las prosperas ciudades del Oeste y la Capital del Reino en el Este. Siendo Este y Oeste las dos regiones más ricas del Reino, la vía era transitada a diario por numerosos individuos y caravanas de incontables locaciones. Una vez allí el grupo se incorporó a la traza en dirección oeste. Esto alegró aun más a Gerug; por un lado le permitía observar e interactuar con gentes de los más exóticos y desconocidos orígenes; y por el otro, le inspiraba la seguridad de que el peligro de ser asaltados había quedado ya detrás de sus pasos. El resto de su grupo no pareció compartir la liviandad de su espíritu. Así como fuese en el camino desde la Plaza Cívica hasta la pequeña cordillera, los montaraces parecían sentirse extremadamente incómodos entre los desconocidos; todos llevaban sus rostros cubiertos y eran en extremo recelosos de quienes se les aproximaban, platicaban entre ellos y con Gerug, pero lo hacían sin alzar la voz y siempre con extremo cuidado de lo que se decía.

El renacido secretismo cayó de muy mal grado al ávido expedicionario que sintió que ya había tenido suficiente de todo eso.

–¡Capitán! Necesito hablar con usted y con el resto de la tropa –clamó seguro pero poco feliz.

–No es éste el lugar ni tenemos tiempo para eso, Gerug. Cuando hagamos campamento hablaremos –respondió el Capitán con firmeza.

–Pues es ahora o nunca, no iré con ustedes hasta Fortaleza Heroica ni al Virreinato del Oeste –contendió el resuelto viajero.

El anuncio hecho a viva voz hizo parar en seco al grupo de montaraces, que miraron a quien hablaba para luego intercambiar miradas confundidas.

–Me apena de sobre manera, pero ustedes saben que inicié esta empresa más por sentimiento que por razón. Y ahora mismo, siento que no es la voluntad de mis pasos conducirme hacia el Oeste.

–¿Es por algo que hicimos nosotros? –preguntó el Capitán para luego agregar en un tono de voz completamente distinto– De seguro eres libre para hacer lo que desees, no haremos entonces más que desearte suerte y agradecer los servicios prestados.

–¿Si no es con nosotros al Oeste donde es que piensas ir? –consultó Sir Surlo.

–No lo sé, y estoy empezando a pensar que eso es fundamental a mí viaje. Por ahora voy a seguir esta ruta pero en dirección opuesta.

–No vayas hasta la Capital –aconsejó el montaraz– es un lugar peligroso, lleno de gente ruin y sinvergüenzas.

–Hoy en día no hay muchos lugares seguros –argumentó Esme–, no creo que sea aconsejable que vayas por ahí por tu cuenta y sin compañía ¿Por qué no viajas con nosotros un poco más y meditas tu decisión?

–Gracias por preocuparse –dijo Gerug tiernamente– pero ésta no es el tipo de decisión que se cambian meditando. Quisiera también recordarles a todos que tengo muchos inviernos a mis espaldas, no seré un guerrero pero se cuidarme solo.

–No estoy segura que los inviernos de granja te preparen para los caminos traicioneros del Este.

–El hombre tiene razón –interrumpió el Capitán sin inflexión alguna en su voz–. Es nuestro compañero no nuestro protegido, y nos acompaña por voluntad propia. Si esa voluntad le lleva por otros caminos será respetada. No falta mucho para el anochecer, haremos campamento aquí para que nuestro amigo parta con el sol iluminando sus pasos; descansado y alimentado.

Como habían hecho antes, el grupo buscó lugar donde acampar que los alejase de los ojos y oídos de los caminantes. La última noche con los montaraces pasó tranquilamente, sin grandes algarabías o tristezas. El Capitán Gunares devolvió a Gerug la parte del pago que correspondería al trayecto que ya no harían juntos; Sir Surlo pasó gran parte de la velada explicando al compañero como llegar a los Montes Eternos, y donde ir y qué hacer una vez allí; Canucio Trulo ofreció un montón de consejos sobre qué evitar a toda costa a lo largo del camino; y el resto del grupo acompaño más o menos en silencio.

A la mañana siguiente Canucio intentó proveerle un arma a quien se despedía. La porra de Gerug, con su único uso (pero un ciento por ciento de efectividad), se había perdido en el altercado aéreo con el aunuro y el vencedor había sentido pocos deseos de recuperarla. Canucio le ofreció una espada corta de buen corte e incrustaciones de bronce pero Gerug, la rechazó.

–Gracias, pero prefiero defenderme sin filos. Compraré una nueva porra en la primera posada que me cruce –explicó.

Por fin llegó el momento de alejarse por caminos distintos. Las despedidas se dieron con muchas sonrisas, apretones de mano, algunos

abrazos y sin palabras. Y así, con una pequeña inclinación de la cabeza, Gerug dio media vuelta y abandonó el grupo para continuar su viaje en soledad.

***

De momento "soledad" era un término relativo; si bien Gerug ya no tenía colegas de caminata, estaba en todo momento rodeado de gente. Gente de todas clases y orígenes transitaban el camino que unía el Este con el Oeste; y a él le interesaban casi todos. La experiencia era similar a la del camino que lo alejase de la Plaza Cívica, al inicio del viaje, pero en escala mayor; se podía ver a simple vista que los viajeros provenían de los más diversos parajes. Si bien las modas del Reino no eran particularmente coloridas (a excepción de algunos curiosos rincones del Sur), si eran lo suficientemente variadas como para saber que aquel camino estaba repleto de extranjeros; y lo estaría sin importar en que tierra se encontrase Gerug en ese momento en particular. Había representantes de las tres razas más populosas del Reino, hombres, de variadas costumbres, conductas y valores; elfos eternos, esbeltos, hermosos y, por lo general, irritantemente pedantes frente a las demás criaturas de la naturaleza; y follejos verdes, más emparentados con las enredaderas que trepan que con los animales que caminan.

El fascinado peregrino jamás había visto follejos verdes que, amantes de los climas húmedos y cálidos, rara vez se aventuraban por el Sur de donde él provenía. Mas había escuchado muchas veces hablar de ellos de boca de comerciantes que viajaban hacia el norte en busca de mercaderías. El contorno del cuerpo de estas vegetales criaturas se parecía bastante al de los hombres pero, con una rápida mirada se les podía distinguir de cualquier otro ser del Reino. Estaban cubiertos de innumerables hojas verdes un poco más grandes que la yema de un pulgar y, a pesar de moverse de forma similar a todos las demás razas civilizadas, sus extremidades no poseían articulación alguna; todo su cuerpo era capaz de flexionarse en la dirección que así lo deseasen.

Si bien durante la primera parte de esta nueva etapa de su viaje Gerug inspeccionó y estudió todo lo que tenía a su alrededor, fueron sin lugar a dudas esos peculiares follejos verdes lo que más le llamó la atención. Luego de unas horas de camino pudo corroborar varias de las historias que había escuchado de ellos. Por un lado, sí usaban vestimenta; cuyo estilo, como el resto de los transeúntes, denotaba más

su lugar de procedencia que su raza. Los follejos del Oeste vestían atuendos del Oeste y los del Norte atuendos del Norte. También comprobó uno de los más fascinantes aspectos de estos seres, si bien tenían algo así como una cabeza coronando su torso, ésta no poseía rostro alguno. Había una mayor variedad de formas y colores en las hojas de sus cabezas que en el resto de sus cuerpos, pero nada que se pudiese identificar claramente como ojos, boca, nariz u orejas. Dato particularmente curioso ya que eran capaces de ver, hablar, oler y oír. Esta aparente contradicción era producto de interminables discusiones entre aquellos que alguna vez habían pasado tiempo entre estos curiosos seres; habían quienes decían que el follaje les escondía la cara; quienes argumentaban que los órganos faciales se encontraban en las partes del cuerpo que les cubría la ropa; y, por supuesto, quienes decían que hablaban oían y veían por arte de magia.

Por supuesto la manera más sencilla de resolver la cuestión sería simplemente preguntándoles. Mas cuando Gerug buscó entablar conversación con algunos de ellos, pudo apreciar otra característica muy típica de la raza; eran sin lugar a duda muy sociables y ávidos de plática pero siempre se negaban a hablar de su raza y sus misterios. En los cientos de años de historia que había registrada en la bibliotecas del Reino, ningún erudito había logrado jamás plasmar cómo nacían o dónde se criaban. Por lo demás, eran como se contaba, preferían (por lo general) las aéreas rurales a las grandes ciudades; tenían vidas y trabajos como cualquier otro; se alimentaban quedándose quietos con *manos* y *pies* firmemente apoyados sobre la tierra; y, según le contaron, sus cabezas florecían en primavera (así como otras zonas que se negaron a especificar).

Otro aspecto positivo de transitar por el principal camino que unía Este con Oeste fue el de poder interactuar con algún que otro elfo eterno. Las historias que se contaban de ellos eran de lo más variadas; en algunos casos se los representaba como seres de inquebrantable moral y honor, dignos de la más reverente admiración, y en otras versiones se los retrataba como seres taimados y sedientos de poder, que en todo momento buscaban manipular a quienes los rodeaban en pro del beneficio propio. Había sin embargo un hilo común a todas las historias que había escuchado Gerug: la arrogancia. Siempre se decía que los elfos eternos (llamados así por su naturaleza imperecedera), en absoluta contraposición con sus pequeños parientes los elfos de madriguera, trataban con el más irritante desdén al resto de las criaturas vivas. Hermosos, fuertes y dotados del conocimiento que ofrecen años incontables, se conducían con la misma convicción de

superioridad de quien ha vivido la mayor parte de su vida con su cabeza enterrada en un espejo.

En un primer momento el fastidiado peregrino creyó por ciertas las historias. Cada vez que se aproximaba a un grupo de elfos para entablar conversación era recibido con algo de desprecio, con respuestas frías como la nieve y cortas como la lluvia de verano, o simplemente con indiferencia y silencio. No obstante, luego de varios intentos descubrió que el resultado era marcadamente distinto si lo intentaba, no con los elfos que marchaban en grupo, si no con aquellos que lo hacían por su cuenta. Si bien no se podía describir las respuestas como "cálidas" (a excepción de un elfo de noble estirpe y vestimenta que transportaba varias botellas vacías en su morral), si se podía apreciar con claridad que los elfos que avanzaban en soledad acogían de buen grado, *cauto* bueno grado, la posibilidad de intercambiar noticias con los desconocidos. Fue así que Gerug supo que los elfos eternos preferían, a diferencia de los follejos verdes, no involucrarse en asuntos de hombres y que, si bien frecuentaban el Este y el Oeste por razones políticas o comerciales, preferían establecerse en el salvaje Norte donde los asentamientos de los hombres tendían a ser menores y más aislados. Supo también, de boca del verborrágico elfo de las botellas vacías, que los elfos eternos ciertamente estaban emparentados con los elfos de madriguera, aunque, en rigor de la verdad, el elfo también dijo estar emparentado con las montañas, los arboles, la vid y la cebada.

Sí hubo una gran desilusión para el ávido viajero en su paso por la populosa vía; no pudo conocer ningún animal que hablará. Es plenamente sabido que los animales capaces (o dispuestos) a hablar con hombres son extremadamente raros, y en ningún caso lo hacen en zonas tan pobladas como aquella. Gerug lo sabía perfectamente pero no pudo evitar esperanzarse con la posibilidad de encontrar alguno allí; tornando un tanto decepcionante el que ningún animal del camino respondiese a sus saludos. En más de una ocasión se acercó a las criaturas que tiraban de los carros, transportaban las cargas, acompañaban las caravanas o simplemente deambulaban por la traza, con la intención de iniciar una conversación y probar si le respondían; pero los animales se limitaban a mirarle con cierta curiosidad sin pronunciar palabra. Ante los extraños saludos del caminante los dueños de los animales, por su parte, no hacían mucho más que preguntar "¿Estás hablando conmigo?" y distanciarse un poco ante la respuesta negativa.

Gerug caminó por aquella cargada vía por un total de seis días. Al principio la experiencia le resultó harto placentera. Caminaba despacio mirando todo lo que hubiera para mirar; miraba viajeros; miraba caravanas; miraba animales; miraba tiendas y posadas; y miraba el paisaje. En efecto, miraba todo. Cualquier cosa le resultaba interesante y no tenía mayores problemas en preguntar a quien fuera por lo que fuese. Su forma de actuar claramente no pasaba desapercibida; los viajeros que recorrían el camino frecuentemente, hace ya mucho tiempo que habían dejado de encontrarlo digno de ser admirado, y algunos parecían sentirse algo fastidiados de que el novato expedicionario opinase distinto. Por supuesto que Gerug ni era niño ni era tonto, se daba cuenta del efecto que su fascinación tenía en la mayoría de los que le rodeaban; escuchaba los murmullos venenosos, veía las miradas despectivas y notaba lo pesado y dentelleante de las respuestas monosilábicas. Mas nada de eso parecía afectarle. Él caminaba pausado y ellos apurado. Por el lado positivo, si bien algunos transeúntes se irritaban con el lento y contemplativo caminar de Gerug, la mayoría ni siquiera le prestaba atención, lo que permitía estudiarlos en un estado mucho más natural; y, para mejor aún, algunos parecían disfrutar del estado alegre y despreocupado del inquisitivo peregrino. Fue así como pudo conversar con follejos verdes y elfos eternos (sólo con los que caminaban solos), y enterarse de las noticias del Reino.

La mayoría de la gente le narraba acontecimientos de sus tierras de origen y, curiosamente, todas las historias eran similares sin importar que tan disimiles fuesen los lugares en que acontecían. Pero también había otros eventos con capacidad de soltar la lengua de la gente del camino; no eventos pasados, sino rumores de eventos presentes y futuros. Rumores que, por lo general, involucraban de una manera u otra al Rey. Aparentemente existía un sin fin de historias de distinta índole que ponían en duda la legitimidad de su derecho al Trono, y a raíz de dichas dudas, muchos Señores de la Tierra (especialmente en el poderoso Oeste) comenzaban por lo bajo a agitar banderas de revolución. Había quienes apoyaban al Rey y quienes lo rechazaban, quienes añoraban la revolución y quienes temían a la guerra; todos tenían una opinión al respecto. Todos menos Gerug. El había vivido el suficiente tiempo y lo suficientemente al Sur como para saber que estos asuntos no le incumbían, quien estuviese sentando en el Trono no cambiaba en lo absoluto la vida de gentes como él y, si bien nada deseaba menos que la guerra, sabía que ésta llegaría sin preocuparse demasiado de lo que desease él.

Si bien los primeros días de viaje por el transitado camino fueron de una dulzura envidiable, caminando, contemplando, aprendiendo, charlado y durmiendo en cómodas (y caras) camas de posada, para beneplácito de su primero golpeado y después aterrizado en árboles cuerpo, con el pasar de los días el incansable caminante comenzó a sentir que no era ésta la vía que buscaba. Poco le interesaba lo que ocurriese en la capital del Reino hacia donde aquel camino lo conducía, y la omnipresencia de las masas hacia que su aventura fuese bastante menos intima de lo que él sentía debía ser. Decidió que debía abandonar la gran traza y hacerse a lo desconocido. En el preciso instante en que sintió la irrefutabilidad de su conclusión, viró hacia la izquierda y se adentró en el bosque que rodeaba el camino. Lo hizo sin que le temblasen las piernas, con hidalguía y convicción; caminó a paso seguro por más de veinte minutos antes de dar media vuelta y volver a la gran traza. Su morral contenía poco más que unos trozos de carne seca y su cantimplora estaba por la mitad. Evidentemente no tenía provisiones suficientes como para hacer frente a lo oculto y lo ignorado. Una vez de vuelta en el camino, entró a una posada y se proveyó de todo lo que le parecía necesario para pasar largas noches a la intemperie (principalmente comida); luego, parado en la puerta de salida de la posada miró a la distancia en dirección del disco solar, entendió que pronto sería de noche, y encargó una habitación.

V.
Una piedra en el camino

Despertó cerca de las siete de la mañana (con la edad ciertas costumbres se vuelven difíciles de romper) y se incorporó inmediatamente de la cama. Había dormido toda la noche sin soñar y se sentía completamente descansado, listo para dar inicio a esta etapa verdaderamente solitaria de su gran aventura. Tenía provisiones suficientes para varios días y, si hiciesen falta, implementos aptos para la caza; aunque prefería no usarlos, planeaba mantenerse atento a comida que se mantuviese en un mismo lugar mientras uno se le aproximaba. La mayoría de las camas de la habitación estaban libres, y las que no, soportaban el pesado sueño de quienes prefieren viajar de noche, por ende, Gerug no tardó mucho en alistarse para el viaje y dirigirse al salón común para el desayuno.

Decidió ordenar un desayuno suntuoso para conmemorar la finalización de otra fase exitosa de su epopeya. Ordenó leche de cabra, dos huevos (tres le pareció un exceso), pan (no del día sino de la noche anterior, después de todo para eso tenía dientes) y un poco de carne (consiguió convencer al mesero de que le vendiese la carne que sobrará de la mesa de al lado, no le gustaba desperdiciar). Luego de pagar por la comida, el entusiasmado viajero comprobó aquello que sospechase algunos minutos atrás mientras juntaba su equipaje; los días de caminata junto a la muchedumbre de múltiples orígenes, con exquisitos almuerzos de sabores desconocidos y cómodas noches en camas de posada habían tenido un indeseado efecto alivianador en sus arcas. Pensó por un momento, o dos, que tal vez no había hecho todas las cuentas que debía en casa de Manolo o en las negociaciones con los montaraces. Pero tampoco era esto un gran problema, alejarse de la gran traza reduciría la hemorragia de sus bolsillos y, siempre y cuando escogiese caminos con comida que pudiese recogerse en vez de pagarse, seguramente podría sobrevivir sin dinero un buen tiempo.

Terminado el desayuno decidió someter a su nuevo plan a una pequeña prueba. Llamó al mesero, un hombre casi anciano de espalda bien ancha, e inicio el coloquio.

–Sabe buen hombre, estoy planeando abandonar el camino para adentrarme en los bosques hacía el Norte ¿Cree que debería saber algo antes de internarme en ellos?

–¿Ir por el bosque? ¿Por qué querrías hacer semejante cosa? No hay nada ahí dentro –respondió el viejo un tanto extrañado.

–Mmm… –pausó Gerug que esperaba otro tipo de respuesta– ¿Nada de nada?

–Nada… nada con árboles, eso sí.

–¿Y qué hay más allá del bosque? –interrogó el insistente parroquiano con renovados bríos.

–Nada… pero sin árboles.

–En el bosque hay más que sólo árboles –corrigió un vetusto cliente desde la mesa de atrás–, hay lobos, y pumas. Yo que tú dormiría subido a las ramas.

–¿Por qué dormiría arriba de los árboles para evadir pumas? –dijo el mozo con cierto ridículo en su voz– Los pumas trepan árboles.

–No, no lo hacen –se indignó el otro.

–¿De dónde te crees que aprendió la gente a dormir en los arboles? –buscó la estocada definitiva el anciano.

–Bueno, puede ser, pero hay más lobos que pumas –agregó sin retroceder demasiado el comensal–. Dormir en los árboles le mantendrá a salvo de los lobos,… y de las ánimas.

–Eso es cierto, las ánimas no trepan árboles –concedió el camarero.

Se hizo un tenue silencio.

–Bien, será mejor que vaya partiendo –terminó Gerug con un respingo y dos sonrisas.

Tomó sus cosas y se encaminó hacia la salida dejando a sus dos interlocutores discutiendo de pumas, árboles bajos, árboles altos, y osos. Sin darse tiempo a más dudas se encaminó directamente hacia la arboleda y se adentró en ella con paso seguro.

El bosque era un poco más lúgubre de lo deseable para entremezclar con soledad; los árboles, a los que parecía importarles poco el calendario, tenían copas frondosas y verdes que dejaban pasar la luz solamente en pequeñas cascadas aquí y allá, dando a las zonas menos iluminadas un cierto aire sospechoso. No es que el bosque estuviese oscuro a media mañana, pero el sol ya no era tan tenaz como supiese ser durante el verano, y la diferencia entre las zonas más abiertas y las más tupidas del follaje se hacían notar. Gerug, de hecho, y sin saber muy bien por qué, avanzaba de haz de luz en haz de luz. Actitud poco recomendable en lo que a orientación y navegación respecta.

El cambio de escenario fue una interesante mezcla de sensaciones; el suelo del bosque rebozaba de vida y Gerug se detenía de vez en cuando a inspeccionar plantas que le eran nuevas; había también una

refrescante abundancia de frutos, algunos de ellos desconocidos, y los conocidos tenían sabores algo distintos a los esperados; los pájaros se dejaban ver y escuchar sin mayores preocupaciones; y había frecuentes destellos de otras muchas pequeñas criaturas del suelo, incluidos unos zorros de pelaje gris oscuro, que parecían ser algo más tímidos que los que recorrían el rancho de Gerug pero igualmente astutos y osados para revisar el equipaje ajeno.

De seguro el desvió (o tal vez encause) había sido provechoso desde el punto de vista del conocimiento y la experimentación. Pero dentro del cauto viajero todavía se escuchaban con sutil constancia las palabras escuchadas en la posada del camino, que resonaban con incertidumbres propias. Incertidumbre de las que se sienten pero no se ven; de vez en cuando se podían percibir movimientos en las cercanías más pesados y meticulosos que los propios a simpáticos roedores o pequeños zorros; entre las correntadas de bosque, una que otra vez se advertían brisas más frías que las que la acumulación de vida permite; y los silencios, eran inusualmente sonoros.

Más allá de las abstractas incomodidades (que eran de por sí poco frecuentes), Gerug disfrutó de sus pasos bajo las ramas. Dormía sí, subido a los árboles, pero para la tercera noche su espalda había olvidado lo mullido de las camas y ya no protestaba, y su espíritu se había acostumbrado a la profunda e inquietante quietud de las noches, entregándose al arrullo de los distantes aullidos de los lobos. Tras la cuarta jornada de camino empezó a preguntarse qué tan grande sería este bosque del cual no había ni atisbo de sus lindes. Si ésta era una zona poco poblada como el mozo de la posada había insinuado, el bosque sería tan grande como así lo desease; sin contar que el extraño patrón de avance de quien guiaba sus pasos por la luz, hacía que decir con exactitud dónde estaba el norte fuera tarea compleja. Tampoco por esto se preocupó demasiado Gerug, no llevaba rumbo fijo ni prisa y la abundancia de frutos hacía que sus raciones no acusasen final próximo. Aun así, el viajero no se había dejado la cautela olvidada en la casa de Manolo, las garras del aunuro o en alguna posada de camino, y decidió mantener los ojos abiertos por señales cardinales.

Ya que no era capaz de leer las estrellas, su único indicador de dirección podía ser el sol que los árboles no le dejaban ver. Pensó en trepar alguno hasta ver el disco dorado pero le pareció mucho menos agotador, ver en qué dirección sobre el suelo avanzaban los rayos que se abrían camino entre las ramas y caían cerca suyo. Fue en ese momento que se percató de un extraño fenómeno; no todos los haces de luz avanzaban sobre el suelo del bosque en la misma dirección con el

paso de los minutos. Esto hacía que determinar con ellos en qué dirección se desplazaba el sol fuera cuasi imposible (sin contar la desconcertante realidad de que no se suponía que pudiesen desordenarse de esa manera). Comprendió entonces el extraviado peregrino que solo el Astro Mayor mismo le indicaría el camino a seguir; o buscaba un claro donde lo pudiese ver pasar, o se afanaba en trepar hasta superar las copas de los árboles, lejos, lejos del suelo.

Al quinto día de marcha finalmente divisó un área sin árboles donde podría saludar al sol, y enterarse donde yacía el norte que perseguía. El claro estaba tapizado de altos pastos y no era particularmente grande, tenía forma más o menos circular y, de extremo a extremo, no alcanzaba los cien metros. El reducido tamaño de la locación proponía un problema para las intenciones del ya no tan despreocupado excursionista; la tarde estaba ya bastante avanzada y la señorial altura de los arboles impedía observar el sol; más aún, la baja altura del astro extendía las sombras de los arboles más allá de los limites de claro haciendo imposible la deducción de su posición celestial. Firme en su decisión de no confiar en los caprichosos chorros de luz que iluminaban el bosque, Gerug decidió esperar allí que el próximo día trajese consigo, al sol nuevamente atravesando el firmamento por sobre esta pequeña interrupción de la bóveda arborescente.

Notó también una pequeña formación rocosa que irrumpía en el claro cerca de su periferia. Tres aspectos de dicha formación llamaron la atención de meditabundo viajero, por un lado que su forma puntiaguda le hacía imitar una pequeña montaña; por otro, que su cúspide se elevaba más de un metro por encima de la cabeza de Gerug (la palabra "pequeña" siendo relativa a los árboles, no al observador); y la tercera característica notable, que en su base había una zona grande y plana que imitaba un lecho. El hecho de que la loza plana le hiciese recordar un lugar para dormir no fue casual, luego de decidir pasar la noche en el claro, había comenzado a buscar en los alrededores un árbol con ramas apropiada para pasar la noche. Si bien su espalda se había resignado al sueño en las alturas, esto simplemente le permitía al caminante dormir, no le inmunizaba contra la contractura; además a su edad, conocía ya las ventajas dorsales de recostarse en superficies duras y lisas; por todo ello, la roca se le presentaba cada vez más y más *cómoda*. Así, olvidando todo temor que le instigase la posibilidad de ser devorado durante la noche, se recostó sobre la piedra con la plena intención de permanecer allí hasta la mañana siguiente.

–¿No estarás pensado pasar la noche aquí, verdad? –Dijo una voz pausada y profunda.

Gerug se incorporó lentamente y miró en derredor. Se encontraba completamente solo. Dio la vuelta a la roca para ver si alguien se escondía detrás pero no había nadie allí.

–¿Quién eres? ¿Por qué te escondes? –Cuestionó a su interlocutor a viva voz sin saber muy bien dónde mirar.

–*Yo* soy; y no se a que te refieres con lo de esconderse –respondió la gutural voz con un poco de fastidio.

–Lo siento, no puedo verte, tu voz parece provenir de la roca –explicó Gerug.

–Y sí ¿De dónde más? –buscó evidenciar la obviedad el otro (fuera quien que fuera).

–Entonces ¿Estás dentro de la piedra? –continuo intentando entender la situación el perplejo viajero.

–¿"*dentro* de la piedra"? –repitió la voz con cada vez más fastidio– Tanto como tu *dentro* de la carne, hombrezuelo.

Un mutuo silencio ocupó los siguientes segundos, hasta que finalmente Gerug concluyó que no existía otro significado para esas palabras.

–Tú ¿*eres?* La piedra.

–Para servirte –respondió la piedra con cortesía pero sin convicción.

–Esto es verdaderamente fascinante –chispeó la excitación del hombre– ¿Y hace cuanto que eres piedra?

–¿"hace cuanto que soy piedra"? ¿Qué clase de pregunta es esa? –ladró la piedra cuya paciencia acababa de quebrarse– ¿Y tu hace cuanto que eres idiota? ¡Desde siempre, por supuesto! ¿Desde cuándo más?

–No sé, pensé que alguien te habría transformado en piedra –explicó Gerug inmune al hastió de su interlocutor.

–¿Y cómo se supone que trasformes a alguien en piedra? –Cuestionó la roca con incredulidad.

–¿Magia?

–¿"Magia"? No sé nada de eso.

–¿Si no eres mágica como hablas sin boca?

–¿Y tu como lo haces sin cerebro? ¿Acaso es magia?

Se hizo un profundo silencio mientras la roca daba un largo suspiro (o lo más parecido a un suspiro que puede dar una roca parlante).

–Disculpa –dijo con una voz mucho más relajada–. He estado con algo de malhumor desde que me partí a la mitad –Recién ahora notó Gerug una profunda fractura que cruzaba todo a lo alto de la gran

piedra–. Además, hace tiempo que no hablo con nadie, mis modales están un poco oxidados.

–No hay por qué –dijo Gerug demasiado fascinado como para ofenderse–. Lamento escuchar que hayas tenido problemas ¿Pasó recientemente?

–Sí, sí, hace muy poco –respondió la roca con cierta melancolía–. Acababan de germinar los primeros árboles del bosque.

Gerug necesitó un momento para ordenar sus pensamientos; esos dos enunciados no parecían tener sentido juntos.

–Veo. Y dime –indagó sin todavía entender del todo la respuesta anterior– ¿Todas las piedras pueden hablar?

–Bueno, no podría aseverarlo por completo –respondió el pedrusco meditabundo–. Todas las que yo conozco por lo menos.

–Qué extraño, yo jamás escuche de piedras que hablasen.

–No tan extraño –proclamó tranquilamente la roca que parecía empezar a disfrutar la charla–, la mayoría de las piedras estamos aquí hace mucho tiempo; no hay demasiados temas de los cuales no hayamos hablado ya mil veces. Después de un tiempo te aburres de los mismos temas de siempre y prefieres guardar silencio, hasta que ocurre algo realmente interesante de que hablar. Los hombres como tú existen hace muy poco tiempo, no creo que hayan pasado ni tres cosas interesantes en este mundo desde que vi los primeros de ustedes. De hecho *eso* fue lo último de lo que recuerdo haber hablado.

–Si así fue, entonces deben de haber hombres que sepan que hay piedras que hablan –dedujo el sagaz caminante–, esos primeros hombres con los que hablaste seguramente lo contaron a otros.

–No, no lo creo. No les dije nada a ellos, parecían algo sospechosos.

–¿Y entonces con quien lo hablaste? Aquí no hay más piedras.

–Mmm… la verdad no lo recuerdo –se escuchó la respuesta tras un largo silencio–. No lo sé, alguien más siempre hay.

Un nuevo silencio llenó el claro mientras Gerug meditaba sobre quien más podría haber. Ciertamente era sabido que los hombres eran la raza más joven del Reino. Pero ¿Y si la piedra no se refería a elfos o follejos?

–Y dime ¿Tú qué haces por aquí? –preguntó la roca con suma tranquilidad– Hace rato que no veo hombres por el bosque; estoy empezando a creer que le tienen miedo.

–Estoy de viaje y decidí cruzar por el bosque en vez del camino.

–Buena idea, me alegra que lo hayas hecho, no recordaba cuanto me gusta charlar ¿Y de viaje a dónde?

–En realidad no lo sé –comenzó a explicar Gerug y sintió que la piedra le abría grandes los ojos (a pesar de no tener tales cosas)–. Un día simplemente me desperté sintiéndome raro; como si necesitara algo. Creo que simplemente estaba aburrido, pero de seguro me impulsó a comenzar a caminar y lo hice sin fijar rumbo.

–Ah, sí –asintió la roca como quien ya sabe–. Te entiendo, tuve algún que otro despertar de esos en mi vida, incluso una vez me deje llevar por el ansia ¡bien por ti!

–¿Entonces crees que encontraré lo que busco? –indagó quien sabía perfectamente que no sabía que buscaba.

–No, no lo creo. Bueno ¿quién sabe? Todo es posible. Pero ese no es el punto ¿o no?

–No, tal vez no –dijo Gerug con una mueca, más para sí que para su interlocutor.

–No es que quiera meterme, pero yo que tu iría hacia el norte.

–¿Por qué al norte?

–¿Por qué no?

–A decir verdad, me dirigía hacia el norte –explicó el andante un tanto confundido–. O eso creía.

–Perdón –busco disculparse la piedra–, es que el norte está a nuestra izquierda y tu entraste al claro por detrás de mí así que asumí que caminabas hacía el oeste.

–Sí, vine al claro porque no sabía bien en qué dirección caminaba –bajo la mirada Gerug–, planeaba guiarme por el sol. Iba a tener que esperarlo hasta mañana pero gracias a ti ya no me hace falta.

–En efecto el norte me parece bien, te recomiendo ir hacia el norte hasta salir del bosque y luego virar hacia el nordeste.

–¿Y por qué al nordeste?

–¿Por qué no?

–Ahora que recuerdo pareció molestarte que me acostará sobre ti ¿Por qué? –repuso el inquisitivo y algo somnoliento caminante, tras un corto silencio de aceptación.

–Ah, sí. Discúlpame por eso –comenzó a decir la roca ruborizándose sin cambiar de color en lo absoluto–, como te dije estaba un poco de mal humor. No es asunto mío, tú puedes hacer lo que te plazca, por supuesto.

–No hay por qué pedir perdón ¿Te molesta que la gente se te suba?

–No, no ¿Por qué habría de hacerlo? –se apuró a decir el cortés pedrusco– Es sólo que no me agrada demasiado que se derrame sangre encima de mí, es difícil quitarla. Pero de seguro que no fue mi intención meterme en tus cosas, discúlpame.

–Yo no tengo planeado derramar sangre, ni aquí ni en ningún otro lado –anunció con cierta inquietud Gerug.

–Bueno es cierto, no serías *tú* exactamente quien derrame tu sangre –trató de corregirse la piedra.

–¡No quiero que ni yo ni nadie derrame mi sangre! –exclamó el alarmado viajero– ¿Quién querría lastimarme aquí?

–En este bosque más de uno. Aquí mismo, yo diría que los pumas son los más probables.

–¡¿Pumas?! –chilló Gerug mientras que los últimos vestigios de color escapaban de su rostro.

–Sí, hay una manada que pasa seguido por aquí.

–¿"Manada" de pumas? –preguntó desconcertado el caminante– Los pumas no cazas en manadas.

–¿Y por qué no habrían de cazar en grupos? –discutió la sabia roca– Es mucho más fácil que hacerlo en soledad y este bosque tiene muchos animales suficientemente grandes como para alimentar varios pumas a la vez. Tú por ejemplo.

–En mi juventud vi personalmente pumas y te digo que no cazan en manada –proclamó el terco y alarmado viajero.

–¿En tu juventud? ¿Quieres decir que no los has visto ahora? ¿Hace cuanto que caminas por el bosque?

–Cinco días, creo –respondió Gerug inclinando un poco la cabeza hacia arriba en reflexión.

–Entonces todo el bosque debe estar enterado de tu presencia –analizó la roca–. Raro que no hayas visto ni a los pumas, ni a nadie más dispuesto a derramar tu sangre.

–He estado durmiendo en las ramas de los árboles –expuso el hombre.

–Bueno, este bosque está colmado de vida –comenzó a disertar en su profunda voz la formación geológica–. No hace falta andar subiéndose a los árboles para buscar comida. Tal vez estos pumas no sean de esforzarse de más y no les molesta demasiado tu presencia. Por otro lado, los lobos odian el sabor de la carne de hombre y los demás que podrían molestarse contigo o comerte no andan mucho por esta zona. Sí ése es el caso, dormir arriba de los árboles tal vez sea una gran idea, lo que sí, yo dejaría de caminar hacia el oeste. De hecho, creo que deberías subirte a algún árbol ahora mismo.

–¿Por qué? –preguntó Gerug un poco mareado.

–Ya no hay tiempo ¡súbete ahora mismo! –retumbó la orden.

Sin decir una palabra más, movido por una voluntad ajena a la suya, el hombre salió disparado hacía los árboles detrás de la roca,

buscó el árbol que le pareció más alto y comenzó a trepar. No se detuvo hasta llegar a las ramas más débiles que no podían soportar su peso, y se quedó muy quieto y en silencio esperando que algo ocurriese.

Ya era prácticamente de noche y, entre la falta de luz y lo tupido de la bóveda del bosque por debajo de donde se encontraba, Gerug casi no podía distinguir el suelo (se había alejado unos cuantos metros del claro buscando un árbol apropiado). Cerró los ojos para tratar de escuchar si algo se acercaba; creyó oír varios sonidos sospechosos pero le costaba distinguirlos entre los fuertes latidos de su corazón. A medida que pasaban las horas de la noche, aquellas percepciones incomodas que ya sintiera de vez en cuando en su paseo por el bosque se hacían cada vez más presentes. Regularmente le parecía escuchar cuidadosos pasos amortiguados que se desplazaban un corto trecho y luego se detenían a estudiar su próximo movimiento. Tenía mucho más frio que cualquier otra de las noches que había pasado en el bosque y en todo momento sentía la inquietante sensación de que había alguien más (o algo más) allí con él. El tipo de compañía que le hace a uno apreciar la soledad.

La noche se escurrió lentamente a su alrededor. Seguramente en su estado de alerta y temor le sería imposible conciliar el sueño; especialmente si se considera el frágil sostén que ofrecían al asustado peregrino las pequeñas ramas altas que había elegido para esperar el nuevo día. Sin embargo, abrió los ojos la mañana siguiente sin poder recordar en qué momento se había quedado dormido y sintiéndose completamente descansado, como si hubiese dormido toda la noche en una cómoda cama de plumas. Se tomó unos instantes antes de comenzar a descender del árbol para rememorar y analizar los hechos de la noche anterior. Se preguntó si realmente había habido razón para atemorizarse; no existía tal cosa como una manada de pumas, la roca desvariaba, o peor, se reía de él. El único peligro que podía haber en estos bosques eran los lobos y la mayoría se mantenía alejada de los hombres; mientras él se mantuviese alejado de su comida o sus cachorros no había por qué temerles. Ciertamente podía haber más que animales en el bosque, pero sí no se los había cruzado a estas alturas claramente no tenían mayor interés en él.

El viajero bajo del árbol y desayunó un poco de carne seca de su morral, el sonido cercano de un arroyo (que no había escuchado para nada durante la noche) le indicó dónde podría asearse. Luego decidió retomar la marcha en la dirección que le había marcado la piedra. Con el estomago lleno y el recuerdo de la noche anterior disminuyendo en su memoria, el peregrino de renovado espíritu concluyó que la roca era

ser de buena fe y que no se había burlado de él la noche anterior; fuera lo que fuera que le había hecho alarmarlo de esa manera, simplemente se había equivocado. Fruto de dicha reflexión decidió pasar a saludarla antes de recomenzar su viaje; incluso deseo tener uno o dos días para charlar tranquilamente con la extraña formación rocosa pero, por alguna razón, se sentía urgido por movilizarse lo más pronto posible.

Fue hasta el claro del bosque y se paró en la misma posición en la que había estado durante el coloquio del día anterior, para despedirse de la piedra (aunque se dijo a sí mismo que esto probablemente no era necesario ya que la roca no tenía ojos, oídos o boca).

–Buenos días –saludó Gerug–, voy a proseguir mi viaje y quería pasar a despedirme.

–Buenos días –respondió con su honda voz la piedra, de un humor mucho más alegre que el día anterior–, que grato de tu parte pasar a saludar, es raro que tenga la ocasión de disfrutar una charla ¿dormiste bien?

–A decir verdad, espléndidamente –dijo Gerug obviando todo lo previo a quedarse dormido.

–Sabía que así sería, hay muy buenos árboles en este bosque.

–Bien, en dirección norte entonces ¿algún consejo más para darme?

–Ya te he dado demasiados ¿Quién soy yo para andar dando consejos? –respondió humildemente quien habitaba el claro.

–Muy bien, entonces me voy. Prometo volver algún día para que hablemos con más calma.

–Aquí estaré.

***

Algunos pasos antes de abandonar el claro, se le ocurrió a Gerug que todavía no había hecho en ese lugar, lo que había ido a hacer. Ni una sola vez desde que reingresara al claro esa mañana había elevado la mirada para ver donde se encontraba el sol y hacia donde se desplazaba. Lo hizo entonces y pudo observar que en efecto el sol estaba a su derecha, aunque parecía estar algo más atrás de lo que él hubiera esperado de estar avanzando hacia el norte. Considerando que no sabía exactamente la fecha y no conocía el terreno, pensó que esta discrepancia podía ser un error suyo. La solución más sencilla era simplemente espera un rato y ver en qué dirección navegaba el sol, no obstante, le pareció que la roca podía sentirse ofendida de que no confiase en sus indicaciones y decidió no detenerse.

Ya de nuevo bajo las tupidas ramas el expedicionario trató, una vez más, de encontrar el norte siguiendo los haces de luz que bajaban desde la bóveda del bosque; mas nuevamente le fue imposible debido al caprichoso avanzar de los distintos faros de luz solar. Resuelto a salir del bosque, decidió confiar plenamente en las palabras de la piedra y tomar máximos recaudos en avanzar siempre en la dirección que ésta le había marcado.

A pesar de que le gustaba mucho el bosque (incluso con las extrañas inquietudes que a veces le producía) sentía ahora un cierto apremio por salir de él. No estaba del todo seguro por qué pero avanzaba a paso ligero, aún más rápido que lo hiciera al principio de su travesía arbórea y, definitivamente más rápido que por la arteria comercial entre el Oeste y el Este. Se detenía únicamente a recoger frutos del bosque, cargar su cantimplora en algún arroyuelo o para dormir. Esto último si le hacía perder algo de tiempo; seguía durmiendo subido a los árboles pero cada vez tardaba más en seleccionar el árbol apropiado. No es que a priori hubiese grandes diferencias entre los árboles, algunos parecían más viejos con ramas más grandes y otros más jóvenes y fáciles de trepar pero en sí, eran todos más o menos igualmente aptos para pasar la noche. Sin embargo, y sin saber muy bien por qué, Gerug no se trepaba a uno para dormir a menos que sintiese que era el apropiado; de hecho la tercer noche después del claro estuvo más de una hora buscando el árbol correcto. Aunque debe decirse que la mañana siguiente se despertó completamente descansado.

A media mañana del día siguiente pudo ver a lo lejos por entre los árboles, lo que le pareció era una gran cantidad de luz junta. Si era un nuevo claro debía ser bastante más grande que el de la piedra, pero sintió grandes esperanzas de que fuese el linde del bosque. Con gran alegría dio un paso muy optimista en dirección de la luz pero no dio inmediatamente el segundo. Escuchó nuevamente aquellas pisadas cuidadosas y eso le hizo detenerse en seco. Esta vez no eran sensaciones, de seguro no era su imaginación; podía escuchar los pasos claramente y podía escucharlos todo a su alrededor. Miró a sus costados y pudo ver aquello que no deseaba ver, por ambos costados e incluso por detrás suyo se le aproximaban varios pumas ligeramente agazapados. Los pumas eran más pequeños de los que él recordaba y no debían ser más de cuatro pero, considerando que un solo puma pequeño podía partirlo en dos, y que su única arma no tenía ni peso ni filo que pudiesen lastimar a los poderosos felinos, el aterrado viajero

comprendió que defenderse no era una opción. Los animales seguían aproximándose lentamente (casi demasiado lento, le pareció).

–¡Escúchenme, escúchenme! –clamó desesperadamente– Se que no me quieren aquí pero ya me estoy yendo, si me dejan, les aseguro que saldré de su bosque este mismo día.

Las palabras conciliadoras no parecieron tener mayor efecto en las feroces criaturas. En ese momento todo razonamiento se apagó en la mente del acosado. No habían más ideas, no habían más opiniones; la parte más primitiva de su cerebro tomó posesión plena de todas sus facultades de decisión; giró hacía la zona del bosque libre de pumas y comenzó a correr tan fuerte como pudo. Ciertamente Gerug no era un hombre joven y sus años en el Páramo habían estado signados más por la cautela que por la carrera pero, indiscutiblemente, corrió por el bosque casi tan rápido como cualquier otra criatura bípeda lo hubiese podido hacer. Los pumas lo seguían de cerca y cada tanto alguno se lanzaba sobre su presa obligándole a corregir el rumbo pero de momento no intentaban derrumbarlo. Muchos animales que cazan en manada prefieren cansar a su presa antes de dar la primera estocada, lo que le daba a Gerug un poco (muy poco) de tiempo para pensar que hacer. No que en ese preciso momento fuese capaz de pensar absolutamente nada.

Mientras corría desesperado pudo divisar delante suyo un espectáculo inusual, un zorro grande, más grande que ninguno otro que él hubiese visto, rojo y con largas patas negras, jugaba, saltando y chapoteando, en un charco de agua. Poco después de que lo viese, el animal lo miró directamente y, percatándose de lo que ocurría, comenzó a correr. Todavía sin pensar o entender lo que hacía, el incansable velocista corrigió su rumbo para seguirlo; a pesar de ir a toda marcha, el extraño animal de extraño, pero veloz correr, empezó a dejarlo atrás con facilidad y pronto se le hizo difícil a Gerug divisarlo entre los árboles mas, justo antes de perderlo, pudo ver como el zorro se escabullía por una apertura en el tronco de un gran árbol, más gordo y bajo que los que le rodeaban. Las ramas bajas del peculiar árbol le permitieron a Gerug treparse casi sin detener la marcha. Hasta el momento nunca había logrado dirimir la cuestión de si los pumas trepaban o no árboles; ahora, la voraz respuesta se acercaba a toda velocidad.

Luego de trepar un buen trecho bajo la mirada para ver si los pumas le seguían, los pudo ver a los cuatro en el suelo dando vueltas al árbol y mirándole; parecían un poco indecisos de que hacer. Tras unos momentos, apenas tiempo suficiente para que Gerug recobrase

(levemente) el aliento, la vieja duda quedó completamente respondida, dos de los cuatro pumas clavaron sus zarpas en el árbol y comenzaron el ascenso. La pausa había permitido al hombre en el árbol recobrar un poco la razón; el escenario era ahora muy distinto a lo que había sido antes, si bien los pumas podía subirse al árbol, el cuerpo de él, con largos y flexibles brazos y piernas, estaba mucho mejor preparado para esa tarea; y cuando se le aproximasen las fieras, tendrían sus zarpas ocupadas obteniendo sustento de las intrincadas ramas. Sacó la porra que había comprado luego de separarse de los montaraces del morral y la estrelló con fuerza contra el árbol, al tiempo que gritaba para intentar amedrentar a los pumas (y darse coraje a sí mismo), pero la táctica no pareció detener a los voraces felinos más que un momento. La contienda parecía inevitable. Extrañamente en este momento de tensión suprema se le ocurrió a Gerug que no deseaba lastimar a los animales, no sabía bien por qué le perseguían pero sin explicación alguna sintió que sus razones eran validas. No quedaba mucho tiempo pero al alzar la vista pudo ver que de la rama en la que se encontraba era posible saltar hasta el árbol más próximo.

No se puede decir que su cuerpo estuviese hecho para la faena aérea, pero de seguro estaba tan convencido como él de que podía lograrlo. Aterrizó en la copa contigua de una manera un poco menos estilizada de lo que hubiese deseado pero mucho más segura que aquella vez con el aunuro. Una vez allí, miró primero hacía los dos pumas que lo acosaban en el árbol y vio que empezaban a bajar, definitivamente incapaces de seguirle por los aires. No obstante, al mirar hacia abajo observó que los otros dos miembros de la manada comenzaban el ascenso de su actual refugio. Mirando nuevamente en derredor pudo ver que aquí las copas de los árboles se volvían mucho más tupidas entrelazando sus gruesas ramas, y por ende podría escapar por ellas sin necesidad de saltar. Se dedicó plenamente a la tarea, avanzando con gran presteza de árbol en árbol sin mirar atrás ni abajo. Luego de un buen rato y al borde de la extenuación se vio obligado a detenerse; miró hacia atrás y no vio a sus perseguidores; miró hacia abajo y sólo observó el suelo del bosque; cerró los ojos para tratar de oír el avance de los depredadores por suelo o por las ramas y no oyó nada que le preocupase oír. Recordó que la piedra opinaba que estos pumas no serían de hacer grandes esfuerzos y albergó en su corazón la fuerte esperanza de que hubiesen desistido en la persecución.

Mientras meditaba que hacer subido a aquel árbol, si bajar o si seguir avanzando por las ramas, notó que esa sección del bosque

estaba más iluminada de lo que se había acostumbrado. Notó también, que la luz no provenía de arriba si no de lado; a pocos metros a su derecha, se terminaba el bosque.

***

El sol estaba alto, los árboles quedaron a la espalda. A la distancia, el terreno se vestía de verde musgo y ocre tierra. Había salido del bosque. Y por extraño hechizo, todo lo que éste comprendiera se había terminado; la piedra, los haces de luz e incluso los pumas habían quedado atrás. Gerug se quedó un instante eterno parado debajo de la sombra del último árbol, contemplando todo lo que tenía por delante. El terreno se tornaba un tanto inhóspito más adelante pero tal vez sólo un corto trecho; a lo lejos se erguían majestuosas colinas que bloqueaban la visión de aquello que precedían y que él pronto viviría.

En éstas y otras cavilaciones se hundió el viajero de otoño al verse fuera de la espesura del bosque. Se sentía colmado por una sensación de logro, salir del bosque era el mayor éxito que hubiese conquistado. Al menos así lo sentía y esto le trajo una nueva reflexión inexorable ¿Por qué? ¿Por qué se sentía tan satisfecho de haber salido del bosque? Le gustaba el bosque, había disfrutado recorrerlo, conocer sus secretos y degustar sus frutos. ¿Entonces por qué se sentía tan contento de dejarlo atrás? ¿Era acaso por haber logrado escapar de los pumas? Fue en ese momento que dos nociones fácticas extinguieron la llama de todas sus abstracciones. La primera, que la terrorífica persecución de los feroces e iracundos pumas había concluido hace momentos nada más. Y la segunda, que le habían perseguido por el bosque que concluía a menos de dos metros de donde estaba parado. Sin demasiada protesta de su espíritu reflexivo se echó a correr tan rápido como sus cansadas piernas le permitieron.

Corrió mucho y sin tregua. Corrió hasta que se sintió lo suficientemente lejos, y luego buscó un escondite que le protegiese de las fieras. Finalmente escogió parar detrás de unas rocas altas que lo ocultaban de las miradas del bosque. Rocas donde sus sonoros jadeos le impidieron escuchar a su cerebro acotar que los pumas pueden encontrar a sus presas por el olfato además de la vista. Allí, y luego de correr, trepar y saltar más que nunca jamás en su vida, se sentó, recobró el aire, vomitó, y perdió el conocimiento. Horas más tarde el peregrino despertó en el mismo lugar, en la misma posición y, afortunadamente, con todas las mismas carnes unidas a su cuerpo; era

ya bastante tarde y el sol se escondía en el horizonte. Decidió que había viajado suficiente por un día y encendió una fogata bastante alta que, esperaba, mantendría a los depredadores alejados durante la noche (sin meditar demasiado que las luces nocturnas espantan algunos depredadores pero atraen otros). Luego cenó todos los frutos del bosque que quedaban en su mochila y durmió el resto de la noche plácidamente.

Cuando despertó, sintió que las sensaciones del día anterior no habían despertado junto con él esa mañana; el miedo, la excitación y la satisfacción le habían abandonado; aunque todavía le acompañaba la congoja de sus músculos, como lo haría por unos cuantos días más después de ése. Desayunó rápidamente, se tomó unos instantes para que las sombras del suelo le dijesen donde estaba el nordeste, y se puso en camino. Sabia hacia donde ir pero no cuanto le tomaría llegar a su destino (fuera cual fuera), y eso le generaba cierta preocupación; más adelante el terreno parecía menos apto para la vida y su vegetación menos digerible, por lo que le pareció que tendría que sobrevivir con las provisiones que traía consigo. Afortunadamente, durante su travesía por el bosque se había alimentado casi por completo de lo que la tierra le ofrecía, y todavía conservaba la mayor parte de que las raciones que comprara en la posada de camino días atrás. Revolviendo dentro de su mochila concluyó que, racionando lo más posible, tenía comida como para cinco días; con tal vez uno o dos días más de caminata sin sustento solido. Llevaba consigo más de una cantimplora y había tenido el gran tino de colmarlas cada vez que pudo. Si hubiese algún pequeño rio o laguna en el camino, tal vez podría marchar más de una semana sin reabastecerse.

El verdor del terreno no duró mucho y pronto llegó a ese paisaje más árido de colinas que observase desde el límite del bosque. A medida que el camino se volvía cada vez menos interesante, la cuestión del limitado alimento ganaba espacio en su mente. Tal vez moriría en aquel lugar, tal vez su aventura terminase allí, solo y olvidado. Cierto era que todavía podía dar media vuelta y retornar por donde había venido para volver al camino hacia la Capital; se sentía más preparado para enfrentar los peligros del bosque que los de la desolación, y por lo menos allí sabía con que podía encontrarse. Aún si más adelante había algo maravilloso que descubrir, si no se enteraba nunca que era, nunca se arrepentiría de no haber llegado.

Mientras seguía caminando hacia las colinas se puso a recapitular su gran travesía hasta ese momento. Dos veces se había jugado la vida ya y ahora, lo hacía una tercera. El paso de la cordillera y la gran vía

de Oeste a Este habían sido de seguro muy interesantes, se alegraba de haber conocido a los montaraces y a la piedra, había visto elfos, follejos y muchos animales que no conocía. Los altercados con aunuros y pumas habían sido desagradables, pero habiendo salido (mayormente) ileso de ellos, eran ahora grandes anécdotas. Además de todo eso comenzaba a extrañar su vieja vida, le gustaba ser peón, o por lo menos disfrutaba atender la granja y criar animales; pensaba regularmente en Manolo, Delmía y Camato, y estaba seguro de que deseaba volver a verlos. Tal vez su viaje ya era un éxito y podía darlo por concluido, tal vez, de darse la vuelta, ni siquiera era necesario retomar el camino hacia la Capital.

Ahora más que nunca puso un pie delante del otro; sin saber muy bien por qué.

***

Avanzó así, entre dudas y aburrimiento, por tres días. Se adentró en las colinas, que eran de cerca bastante menos imponentes que lo poco imponentes que eran a la distancia, y se entretuvo metiendo las narices en las distintas madrigueras que encontraba cada tanto para ver si había allí alguna criatura desconocida; estaba seguro de que escuchaba dentro algo escarbando pero nunca pudo confirmar que era. También mascó cuanta planta había allí, creciendo con esfuerzo en la tierra arcillosa.

Llegó así a la cima de la colina más alta y pudo ver que había del otro lado. Ambigua fue su sorpresa al ver que, no muy lejos en la dirección que traía, había un pequeño asentamiento de algunas decenas de casas. De hecho, desde la altura le parecía poder ver algunos poblados más, cercanos al horizonte. Al parecer había estado pasando hambre sin necesidad; sólo en ese momento se le ocurrió que podría haberle consultado a la roca o incluso a la gente de la posada sobre la existencia y cercanía de poblaciones civilizadas al norte del bosque. Luego, cuando el hecho de que podría haber comprado un mapa se hizo presente en su mente, el por lo general tranquilo viajero se profirió a sí mismo varias y obscenas palabrotas que le enronquecieron la garganta.

VI.
Pausa en el viaje

Alcanzar el caserío le tomó al esperanzado caminante prácticamente todas las horas de luz que le quedaban al día. Allí, la gente que le vio llegar parecía un tanto extrañada de ver un forastero acercarse desde aquellas colinas; más de uno le preguntó quién era y de dónde venía. Gerug ensayó distintas respuestas colocando su origen en distintos momentos de su viaje y antes de éste, pero los viajes por placer no parecían ser una costumbre muy difundida allí y su relato fue siempre recibido con incredulidad o chanzas. Luego de entretenerse un poco con sus propias historias, el renovado viajero recordó que había avanzado bastante sin comer demasiado y preguntó dónde podía pasar la noche. Siguiendo las indicaciones recibidas llegó a un almacén con algunas mesas, y aparentemente unas camas en el fondo.

Dado lo inusual de su presentación, el dueño del local optó por cobrarle la comida y la noche por adelantado.

–Dígame buen señor ¿no tendrá por casualidad alguna tarea pendiente que yo le pueda ofrecer a cambio de su hospitalidad? –ofreció Gerug aún antes de terminar de contar las piezas de cobre y plata que le quedaban.

–No, lo siento –respondió el almacenero sin rascarse la cabeza–. No en esta época del año.

–¿No habrá alguien en el poblado que necesite una mano? –volvió a intentar el visitante mientras entregaba el cobre requerido.

–No, no lo creo –dijo el otro tras alzar la cabeza hacia un costado con los ojos entrecerrados–. No hay mucho de eso por aquí. Si estas buscando trabajo tengo un conocido en una de las posadas de Aguas Rosas que está buscando mozo.

–Gracias pero no –aclaró muy convencido Gerug, que buscaba un trabajo más efímero–. Tomaré la cena ahora mismo y me iré a dormir, tal vez mañana vaya a Aguas Rosas a conocer ¿Tiene usted mapas?

–¿Mapas? No ¿Por qué habría de tener mapas?

La cena fue un estofado con poca imaginación pero aún así, le sabio a Gerug de maravilla; después de cenar quiso hablar un poco más con el almacenero pero se encontraba exhausto y pronto debió excusarse. Se quedó dormido ni bien apoyó la cabeza en la cama de paja. A la mañana siguiente se despertó cerca de las siete y se quedó un buen

rato tirado en la cama pensando que hacer. Cuando su hospedador le había mencionado la posibilidad de trabajar en una posada la rechazó instintivamente, pero mientras más lo pensaba, más le parecía una buena oportunidad. Por un lado, él no había iniciado este viaje en busca de grandes y memorables aventuras entre la vida y la muerte, si no en busca de algo nuevo (si hubiese sido honesto consigo mismo habría aceptado que todavía no sabía por qué había iniciado el viaje); y por otro, estaba el poco noble pero bastante real asunto de la falta de dinero. Algo que le generaba un cierto estado de incredulidad era que tan poco había durado el financiamiento de aquel oportuno montaguez. Cierto era que llevaba más de un mes de viaje y todavía tenía bastante dinero, pero no tanto como hubiese deseado y eso le hacía creer que había cometido algún error monetario; de seguro no se arrepentía de compartir su riqueza con Manolo y su familia, pero ahora que lo pensaba, le parecía que vender los cerdos al primer postor no había sido la decisión más sabía. Podría haber buscado mejores precios preguntando por la zona o incluso haber ido personalmente hasta Monte Curtido en busca de ofertas. También debía decirse que, si hubiese consultado suficientes personas, sus planes de vender los cerdos y la vaca podrían haber llegado a oídos del Señor de la Tierra o sus hombres. De estar enterado, su excelencia seguramente se habría asegurado que Gerug no viajase nunca más a ningún lado. Le despertó cierta curiosidad saber si la gente de su provincia se habría enterado de lo que había hecho. Él nunca había escuchado de nadie que diese por propio lo que el Señor reclamaba como suyo; tal vez sabiendo que era posible otros le habían imitado. En todo caso estas cavilaciones no le ayudaban en nada, el arrepentimiento no puede comerse ni beberse.

Después de la diecisieteava vuelta en la cama se levantó con una decisión inamovible; iría a Aguas Rosas e intentaría obtener el trabajo de mozo, así, si lograba subsistir con el sueldo e incluso engrosar un poco sus arcas, habría financiado parte su viaje con el viaje mismo. Una idea escandalosamente apropiada.

Luego de pedir el desayuno (cena recalentada), charló un rato con el almacenero sobre Aguas Rosas y la posibilidad de trabajar allí. El hombre no parecía recordar haber hecho la oferta al viajero, pero ya que Gerug parecía estar bien informado al respecto aceptó que probablemente la había extendido. Le dijo donde preguntar y como llegar; y luego se pasó un buen rato contando pormenores de las intimidades de la gente del asentamiento. El aventurero trató de contar algunas de sus anécdotas pero el almacenero no pareció muy

interesado. Finalmente, concluido el desayuno, Gerug saludó cordialmente a su hospedador y se hizo al camino.

Aguas Rosas estaba a un día de camino pero sus dubitaciones matutinas y la charla con el almacenero le habían hecho empezar la caminata algo tarde, así que razonó que llegaría al pueblo ya caída la noche. Le pareció que el dueño de la posada se sentiría más generoso por la mañana y decidió dormir por el camino. Ya que no llevaba prisa se tomó su tiempo para elegir su lecho nocturno; casi, casi, no pudo resistir el impulso de dormir en alguno de los solitarios árboles que se veían de tanto en tanto, pero temió que esto de alguna manera causara una mala impresión en su pretendido patrón. Eventualmente escogió una zanja natural, lo suficientemente profunda y alejada del posible transito como para ofrecerle una noche tranquila. Allí cenó sobras del desayuno (que alguna vez supieron ser sobras de la cena), y se quedó un buen rato tirado boca arriba mirando las estrellas hasta quedarse dormido.

El peregrino alcanzó su meta la mañana siguiente. El pueblo de Aguas Rosas tomaba su nombre de un arroyo contiguo de corrientes amarronadas (que se podía suponer habían sido más delicadas en el momento de la fundación); era bastante más grade de lo que Gerug había creído a la distancia, y tenía una dotación importante de visitantes. Luego se enteraría el caminante que varias vía importantes confluían en él desde distintas ciudades del Reino, incluso tenía un camino sur que llevaba directamente a la gran vía por la que caminara Gerug. Esto era, probablemente, lo que hacía su historia de cruzar el bosque tan poco fiable para quienes se había encontrado hasta el momento.

Camino un rato por el pueblo tratando de hilvanar las referencias que le diera el almacenero; primero el puente que cruzaba el arrollo, luego, después de los árboles gemelos, en algún momento, debía pasar por la municipalidad y virar a la derecha cuando viese a un hombre alto que parecía un elfo pero que no lo era. Mientras que esa última indicación fue más fácil de seguir de lo que él esperaba, se pasó un buen rato tratando de identificar cual casa pretenciosa pertenecía al ingrato primo del almacenero, o cual de los portales con rosas albergaba la boca-floja más chismosa del pueblo. Algo más fácil le fue encontrar la calle con olor a musgo o el poste de color *raro*. Después de un buen rato, cuando caminaba hasta el puente para iniciar el recorrido por tercera vez, pasó por la puerta de un establecimiento sobre cuya entrada colgaba un cartel que rezaba “posada de las tres esquinas”. Había llegado.

La posada estaba más o menos repleta, con una concurrencia bastante variada y poco bulliciosa (casi silenciosa). Corriendo de aquí para allá por entre las mesas se observaba un hombre de pelo negro y delantal marrón; tenía ojos y nariz pequeña pero manos descomunales. En realidad, a excepción de su cara, toda su presencia era de gran tamaño. Gerug se podía considerar alto en comparación a lo usual para los hombres del Reino (a excepción de la gente de Paso Elevado), pero este mesonero le sacaba por lo menos dos cabezas. Era también sorprendentemente habilidoso para atender las mesas; constantemente desaparecía por una puerta al fondo del salón y reaparecía con por lo menos tres bandejas repletas en sus manazas. Luego, sin consultar nada, repartía las ordenes velozmente, a veces sin siquiera depositar la bandeja en la mesa.

Evidentemente, éste era el hombre que le señalara el almacenero a Gerug. El expectante viajero, luego de observarlo un buen rato, llegó a la conclusión de que esperar una pausa en las labores del dueño de la posada, era prácticamente inútil. Se le acercó en un momento cualquiera y, tratando de seguirle el paso por el salón, dijo:

–Saludos ¿Es usted Aslo Froies?

–Sí, sí, sí –respondió una aguda y atareada voz–. Estaré con usted en sólo un momento, por favor trate de sentarse.

–No estoy aquí para consumir, venía a hablar con usted –aclaró Gerug serpenteando por entre las bandejas.

–Que alegría, hable nomas, yo le escucho –dijo el posadero en un tono que no dejaba claro si era sincero o irónico.

–Bueno, vengó del almacén de Cástulo, él me dijo que venga a hablar con usted.

–Aja, aja ¿De qué? –preguntó Aslo mientras rodeaba ágilmente al interlocutor para atender una mesa cercana, sin tiempo para pedirle que se corriese.

–Estoy buscando trabajo, pensó que a usted podría interesarle –proclamó el postulante sin rodeos.

Por primera vez desde que Gerug entrase en la posada, el dueño se detuvo por completo y volteo a mirarle; primero con sorpresa y luego de arriba abajo estudioso.

–Veo –dijo mientras retornaba al frenesí de su día–. A decir verdad, como podrás ver, me arreglo bastante bien yo solo. Espérame aquí –dejó las palabras todavía en el aire y salió disparado para la puerta del fondo.

Al volver miró a Gerug y comenzó a hablarle, aunque unos pasos antes de alcanzarlo, viró hacia la izquierda y se encaminó a unas mesas cerca de la ventana.

–No me malinterpretes –Aslo dejó tres platos en la mesa sin mirar a los comensales o dejar de hablar–. No es que no me vendría bien un poco de ayuda. Bueno, puede ser. Aunque tal vez termine siendo más un inconveniente que un alivio ¿Por qué querrías trabajar aquí?

–Necesito dinero –la respuesta de Gerug fue tan seca y honesta como sólo un hombre de campo puede dar.

–Veo. Bueno, supongo que ésa es una razón entendible –opinó Aslo ya desde el otro extremo de la habitación– No tan buena como, digamos, "amo servir a los demás" o "soy un fugitivo sin nombre", pero aceptable. Bien veamos, pareces bastante fuerte, podrías traer las provisiones del mercado o atender las mesas. No sé si das la talla para encargarte de los revoltosos.

–Fui peón de campo, el trabajo duro no me amedrenta –el pecho de Gerug se infló sin saber por qué.

–¿"*Fuiste*"? De chico tiraba del arado en una granja, no sabía que "peón" fuese el tipo de trabajo que se puede dejar –dijo el mesonero dejando nuevamente sus pies estáticos por un segundo para mirar a Gerug y meditar–. Supongo entonces que sí eres un fugitivo, eso está bastante mejor. Aunque todavía preferiría un servidor nato.

–Yo no he hecho nada malo –se exasperó el viajero sin saber muy bien cómo manejar la extraña sensación que le afloraba.

–Tranquilo, no tienes por qué ofenderte –se cuasi disculpó el posadero–. Quienes hacen las leyes a veces las hacen para que otros las acaten y ellos las disfruten.

El cometario, dicho a viva voz en un salón lleno de extraños, descolocó a Gerug; pudo ver claramente que la gran mayoría de los parroquianos lo había escuchado y oído. Aunque casi todos pretendieron no haberlo hecho, muchos no pudieron evitar que sus rostros expresaran reprobación o asentimiento. A Aslo no pareció importarle y siguió atendiendo las mesas de a dos o tres a la vez.

–¿Y cuánto tiempo planeas quedarte? –interpeló el posadero.

–No lo tengo muy pensado –se le ocurrió en ese momento al pretendiente que ésta era una de esas ocasiones donde convenía elegir las palabras con mayor cuidado.

–No, claro que no. Bien, ésta es una época del año ajetreada para mí, muchos no tienen que hacer y se apuran a llegar a donde quieren ir antes de que llegue el invierno. Este año encima estamos más transitados que nunca. ¿Qué te parece esto? Si es que das la talla, te

daré trabajo hasta que amaine la concurrencia. Te daré cama, desayuno, cena y algo para tus bolsillos. Discutiremos cuanto más tarde, para eso, necesito estar sentado.

–Me parece muy bien, se lo agradezco enormemente –el alivio escapó por entre las palabras de Gerug.

–Perfecto, siéntate en la barra y te llevaré algo de comer.

La comida llegó a la barra antes que el viajero, que la sazonó con un poco de complacencia.

***

El trabajo en la posada le sentó muy a gusto al renovado Gerug; la estratégica geografía de Aguas Rosas le hacía un pueblo muy transitado por la gente del Norte, por lo que la posada ofrecía una nutrida variedad de viajeros para conocer y conversar. No era tan espectacular como el camino entre Este y Oeste, pero daba mucho para ver y no requería de cobre o plata (por lo menos no para él). Además, la gente es mucho más receptiva a entablar conversación cuando sus pies no se encuentran en movimiento, muchos incluso parecían considerar a la charla como un servicio más de la posada. Si bien la labor tenía sus aspectos duros, como los bultos del mercado y las bandejas que estaban hechos para los brazos y hombros de singular talla de Aslo (poniendo a prueba a los rejuvenecidos pero no jóvenes huesos del mozo), la leña, que por alguna razón, sólo podía ser cortada de noche y la insistencia de Aslo en no permitir discusiones políticas o grescas en su establecimiento (siendo Gerug quien debía mitigarlas), el ahora en pausa viajero se sentía muy conforme con su hallazgo. Si lograba encontrar y aprovechar regularmente este tipo de oportunidades, su viaje podría no tener fin. Al alcanzar dicha conclusión, un estremecimiento, la imagen de sus amigos, y el olor de los cerdos lo cruzaron raudamente de pies a cabeza; en consecuencia, decidió que no era momento para planificar o rememorar y se entregó plenamente a su nuevo presente.

Tanto contacto con desconocidos hizo despertar en el ávido servidor, el gusto por relatar sus andanzas. Ñus pardos, bandoleros aéreos y pumas del bosque habían sido experiencias desagradables en su momento, pero ahora, trasformados en inofensivas anécdotas, hacían las delicias de quien las había vivido y superado. Si bien Gerug elegía con cuidado a quien relatar qué historia (por ejemplo excluyendo el asunto de la venta ganadera para oficiales y nobles), debe decirse que,

tal vez para su fortuna, la mayoría parecía encontrar inconsistencias difíciles de salvar en los relatos: "¿*Tú* en la Patrulla del Páramo?"; "¿De qué tan alto dices que caíste?"; "Así que te devolvió tu dinero así nada más…", "¿Cuántos guardias dices que te pateaban?"; "Las piedras no hablan"; "¿El *cerdo* opinó?"; "¿Por qué habrías de cruzar por el bosque si el camino es mucho más seguro?"; "¿Qué ganaría la vaca de aliarse con los zorros?"; "¿Una *MANADA* de pumas? Imposible". Esto no le molestaba en lo más mínimo al inexperto juglar; disfrutaba contar y pulir sus historias y, además, mientras más difíciles de creer más charla le daban sus interlocutores. Algunas veces entretenidos debates nacían entre quienes escuchaban y opinaban distinto sobre la plausibilidad o inverosimilitud de los hechos relatados. Cuando se generaban estos debates, agregaban un bienvenido color y sabor a los días del mozo; aún si el sabor era agrio en los casos en que se tornaban en discusiones y fermentaban a riñas que él, luego debía detener. No sin generarle nuevas anécdotas (y moretones) en el proceso.

Más allá de disfrutar gratamente de conocer nuevas gentes a diario, con el pasar de los días Gerug comenzó a apreciar más y más el tiempo con la habitantes del pueblo; si bien disfrutaba contar anécdotas a desconocidos, le empezaba a ser más ameno hablar con quienes ya las conocían todas. Muchas veces, al relatar algún hecho particular, sentía pequeños instantes de anticipación, como si esperase la opinión que sabía que Manolo, Delmía o alguno de sus cerdos hubieran ofrecido. Esto había comenzado a generarle dudas de hacia dónde debía avanzar cuando reiniciase su viaje; tal vez debiera avanzar hacia atrás.

***

–¿Está contando la historia de la piedra de nuevo? –preguntó Ega a Aslo con una mezcla de humor y fastidio en su voz.

Estaba ya bastante avanzada la media tarde y había en el salón comedor, unos pocos clientes en las mesas y algunos lugareños en la barra. La vorágine se adueñaba de la posada de las tres esquinas para el desayuno, el almuerzo o la cena, pero fuera de estos momentos solía ser bastante más tranquila, y era entonces que se podía intercambiar noticias e historias con los parroquianos; Aslo jamás habría permitido que su empleado interrumpiese su servicio para sociabilizar con la concurrencia cuando había mesas esperando. El masivo hombre era un fiel reflejo de su establecimiento, durante los atareados horarios de comida mantenía un ritmo casi frenético, caminando, cocinando,

sirviendo y hablando a gran velocidad, incluso ahora que una buena parte del servicio estaba a cargo de Gerug, pero cuando las exigencias de su clientela bajaban, se volvía un ser mucho más distendido. Charlaba con amigos, pasaba buenos ratos sin hacer demasiado, y sus movimientos eran mucho más suaves y fluidos; a veces hasta se quedaba quieto sin decir ni hacer absolutamente nada por largos periodos de tiempo. Ahora, mientras Gerug entretenía a los pasajeros que merendaban en el salón, el posadero charlaba animadamente con dos amigos en la barra.

Los amigos eran Ega y José. Ega era una joven mujer del pueblo que atendía uno de los puestos del mercado, tenía largos cabellos castaños y una peculiar belleza que comenzaba a ser desgastada por los años de trabajo. Estaba casada con un militar de carrera, que comúnmente se encontraba lejos atendiendo algún asunto oficial, y no tenía hijos; por lo que casi a diario entretenía sus tardes con amigos en la posada o alguno de los otros centros sociales del pueblo. José era un follejo verde.

–Así parece –respondió Aslo aguzando la oreja–. A mí me gusta ésa, por lo menos no lo excita tanto como la de los aunuros o la de los pumas.

–Por favor; prefiero escuchar por trigésimo sexta vez la de los pumas –difirió enardecidamente la mujer–. En realidad las que me gustan son las del Páramo, ésas por lo menos son un poco más creíbles.

–¿Las del Páramo más creíbles? Por favor ¿Y por qué no creer lo de la piedra? Hay muchas cosas de este mundo que no conocemos.

–La piedra *hablaba* –puntualizó Ega exagerando la modulación–. Incluso si no fuese una piedra realmente ¿Cómo podría hablar sin boca?

–¿Y por qué no? José habla y no tiene boca.

–¿Quien dijo que no tengo boca? –se incorporó a la conversación desde la barra el follejo, que acabada de sacar su *mano* de adentro del jarro de cerveza.

–¿Tienes? –chilló Aslo con exultante curiosidad.

–Tal vez –se limitó a no contestar José como tantas otras veces–. Puede que no fuera la piedra quien hablaba sino alguien escondido dentro.

–Imposible –disparó la mujer–. Gerug dice que la roca no tenía agujeros y que la superficie era bien solida. Alguien escondido dentro tendría que gritar cual cien olas rompiendo para que se le escuchase de fuera.

–Yo sigo diciendo que era una piedra mágica –proclamó el mesonero.

–Ella dijo que no era mágica –recordó Ega.

–Tal vez quien estaba escondido dentro de la roca, usaba magia para que su voz se escuche desde fuera –retomó su teoría José–. Una bruja por ejemplo.

–¿Y quién les dijo a ustedes que quien hablaba era mujer? –cuestionó Aslo.

–Por supuesto que era mujer –se indignó Ega–. Después de todo era piedrA no piedrO.

–¿Y eso que tiene que ver? –retrucó el animado posadero– Las piedras son piedras, no tiene aquello que distingue hombres de mujeres, por ende no son ninguna de las dos.

–A menos que no fuese la piedra quien hablaba –insistió el follejo verde–. Eso explicaría por qué hablaba de sí misma en femenino.

–En ningún momento se refirió a sí misma como mujer –dijo firmemente Aslo–. SI hablaba en femenino, y no recuerdo que así fuese, era porque la palabra "piedra" es en femenino. De todas formas nunca dijo que no fuera mágica, dijo que "no sabía nada de eso". No hace falta saber de magia para ser mágico.

–¡Claro que sí! –disintió la mujer–. No hará falta poder *hacer* magia pero seguro se tiene que *saber* algo de magia.

–Yo no sé nada de magia –dijo José casi para sí mismo.

–¿Eres mágico? –preguntó ella con los ojos bien grandes y chispeantes.

–Tal vez –fue la seca falta de respuesta–. En todo caso no hacía falta que la piedra fuese mágica, yo diría que lo mágico era el bosque entero.

Mientras los amigos recorrían la inevitable transición desde la roca hasta los árboles y sus pumas, se abrió la puerta de entrada y la traspusieron dos peculiares individuos. No era su apariencia lo que parecía distinguirlos del resto de los viajeros, gentes de todo tipo y procedencia transitaban Aguas Rosas; era su disposición. La gente, por lo general, estaba sólo de paso en el pueblo y tendían a ocuparse sólo de sus asuntos, buscando, sin necesariamente proponérselo, pasar desapercibidos. Los hombres que acababan de cruzar el umbral de la posada parecían querer asegurarse de que todos los notaran, caminaban con un aire muy señorial y, a pesar de que se movían a buen paso, parecían cruzar el salón lentamente como en un desfile. También buscaban interceptar con sus ojos los de todos los demás en la sala, deteniéndose un instante en cada mirada. Ninguno estaba

vestido con demasiada elegancia pero había algo en su andar que hacía difícil reparar en ese detalle. Lo abultado de sus vestiduras y los extraños pliegues que formaban, dejaban adivinar que ambos llevaban piezas de armadura protegiendo sus cuerpos. Aslo supuso que alguno de los grandes bultos que acarreaban encubriría también su armamento.

El menos joven de los dos era de estatura medía. Su piel gris y su tocado, que le cubría gran parte de la cabeza, hacían difícil determinar a qué especie pertenecía. Tenía profundos ojos élficos, pero por su cien cruzaban tenues arrugas, más propias de los hombres que de los por siempre lozanos elfos. El otro era mucho más joven; por su cara se podría pensar que no hacía tanto era todavía un crio, pero su semblante, definitivamente no pertenecía a un niño. Era algo más bajo que su compañero pero más corpulento y sus ojos parecían cargados de valentía y orgullo. Para cuando llegaron a la barra los tres amigos habían concluido abruptamente su discusión; incluso Gerug observaba en silencio a los recién llegados desde el otro lado del salón.

Los dos hombres se dirigieron directamente a Aslo (no sin antes intercambiar miradas con Ega y José), y el joven habló con voz cortés pero firme.

–Estimado señor, mí tutor y yo buscamos hospedaje por esta noche y tal vez la que le sigue ¿Nos será posible descansar en su establecimiento?

–En ningún otro dormirá usted tan plácidamente como en éste –respondió Aslo con cuidada formalidad–, y sí me permite la insolencia, dudo que haya otro donde se coma tan bien. Ofrézcanme por favor sus nombres y con mucho placer les mostrare los aposentos.

–Éste es mi tutor, Larso Múrilo, tan justo como sabio –respondió el joven antes de erguirse más de lo que ya estaba y proclamar–. Y yo soy Juan Pérez ¡Legítimo heredero al Trono del Reino!

Ningún ojo en la sala mantuvo su tamaño normal y alguna que otra risa nerviosa requirió ser ahogada.

***

Después del anuncio, el joven auto-proclamado heredero y su tutor pidieron ser llevados a su recamara. Aslo hizo una pequeña reverencia apuntando con su brazo extendido a la puerta que llevaba a las habitaciones de la posada, y hacia allí los condujo. El salón se mantuvo en silencio hasta que los tres lo abandonaron e inmediatamente

después se vio inundado de murmullos. Gerug, viendo que había perdido la atención de la mesa que atendía, volvió a la barra con sus amigos; cuando se reunió con ellos los tres intercambiaron miradas y ademanes de incertidumbre.

–"Juan Pérez, heredero al Trono" –dijo el mozo.

–"Juan Pérez" –repitió Ega.

–"Heredero al Trono" –completó José.

Un nuevo silencio se hizo del grupo por un momento o dos.

–¡Vaya! Eso sí que no me lo esperaba –reinició la charla Gerug– ¿Pasan mucho este tipo de cosas aquí en Aguas Rosas?

–No creo que pasen mucho en ningún lado –respondió José– ¿Un muchacho anunciando así como así en frente de todos que debería ser él el Rey, y no quien gobierna? Cosa de locos.

–Eso es seguramente lo que es –dijo la vendedora del mercado sacudiendo apenas la cabeza–. El muchacho debe estar un poco loco.

–No sé, no se lo veía muy desvariado –opinó el observador camarero.

–No, pero se lo escuchaba *de remate* –insistió Ega.

–¿No creerás que realmente que es el legítimo heredero? Verdad, Gerug –preguntó el follejo.

–No, claro que no –aclaró el mozo–. Sólo digo que no parecía estar loco, y su tutor parecía estar tan convencido como él de lo que decía.

Mientras todavía hablaba, Aslo volvió solo de las habitaciones.

–"Juan Pérez, heredero al Trono" –dijo.

–"Juan Pérez" –concordó Gerug.

–"Heredero al Trono" –se sumo José.

–"LEGÍTIMO heredero al Trono" –aportó Ega.

–¡Que locura! –analizó el posadero.

–¡Exacto! El muchacho no está en sus cabales –reiteró la amiga.

–Tal vez, tal vez no –dijo Aslo–. Igual te diré que no me molestaría ver un cambio de rey por estos días.

–Ni que lo digas –coincidió con entusiasmo José asegurándose que nadie más que sus tres compañeros lo escuchara–. Para mí estábamos mejor con el otro Rey.

–Mejor que esto no es mucho decir –dijo Ega con cierta jocosidad melancólica.

–No creo que hiciera mayor diferencia –discurrió Gerug.

–¿Qué? –cuestionó la mujer incrédula–. Este Rey ha sido un desastre atrás de otro.

–¿Y el anterior era una maravilla?

–Era mejor que éste –opinó firmemente pero sin alzar la voz Aslo–. A todos nos vendría bien deshacernos de él.

–No me malinterpreten –aclaró el apaciguado mozo–, me encantan los festines de derrocamiento. Pero más allá de las festividades ¿Cambió algo realmente con el nuevo Rey?

–Los impuestos eran más bajos –aportó Ega.

–Bueno, eso depende de donde vivieras –aclaró José *mirando* a la mujer.

–Los caminos eran más seguros –dijo Aslo pensativo.

–Sí, siempre y cuando no tengas en cuenta los peligros de cruzarte con una patrulla real –disparó mordazmente Ega.

–Así que todo era muy distinto pero esencialmente lo mismo –concluyó por los demás Gerug.

–No, no, claro que no –se enfadó Aslo–. Las cosas eran mejores, no todas, pero el balance era más positivo que ahora. Había menos disputas armadas, menos hombres disfrutando el oro mal habido durante la batallas y después de éstas. Los soldados son una cosa, pero a éste Rey le encantan los mercenarios.

–Deberías oír las cosas que se dicen de la Capital –dijo seriamente la mujer del mercado–, las cosas que dicen que él permite allí.

–Las que permite y las que hace –agregó el posadero tratando de que su voz no se alejase de la barra.

–Por el pueblo pasa mucha gente ¿Cuántos hemos visto pasar huyendo del Este? –aportó el follejo verde.

–De todas maneras aquí nadie dice que necesitemos que vuelva el viejo Rey –explicó Ega–. Lo que necesitamos es uno nuevo distinto a los dos.

–¿A los *dos*? –lanzó una pregunta colmada de ironía el memorioso mozo– Tengo unos cuantos años más que tú, muchacha, puedo recordar por lo menos cuatro reyes. Sabe que cuando era niño escuchaba a mis padres sufrir las mismas cosas de las que se han quejado ustedes hoy.

–Cierto, yo también me acuerdo de unos cuantos reyes y la verdad que siempre dan de que quejarse –rememoró Aslo–. Pero puedo asegurarte que el Rey de tus padres era mucho peor que cualquiera de los que le siguieron.

–Tal vez lo que necesitamos sea *no* tener rey –reflexionó con una sonrisa invisible José, siempre evitando que le escucharan más allá del grupo.

–No sería eso maravilloso –dijo entre carcajadas Gerug–. Cada granjero cultivando su propia tierra, cada soldado peleando su propia guerra. Me pregunto si siquiera hablaríamos todos el mismo idioma.

–La verdad que sería un caos –acotó el mesonero también entretenido–, aunque no estoy seguro si sería mejor o peor.

–¿mejor o peor? Sería exactamente lo mismo –remarcó lo que le era obvio la mujer–. Alguien tomaría el lugar del Rey y nos gobernaría a su antojo lo mismo. Insisto, lo que necesitamos es alguien nuevo, distinto a todos los que vinieron atrás. Uno bueno, simplemente. Un rey, un virrey, un señor, un senescal o lo que sea, no importa, pero uno BUENO.

–Sí puede ser –concedió Gerug–, pero este muchacho dice ser heredero al Trono. Para ser heredero debes ser descendiente de alguien que alguna vez haya sido Rey ¿Qué tan distinto va a ser entonces a su progenitor?

–Yo soy muy distinto a mis padres –interrumpió Aslo tranquilamente pero con gran seriedad.

–¡Sí, sí, sí, por supuesto que lo eres! –se apresuró a decir el arrepentido camarero– Pero tú no eres de la nobleza –aclaró–. Ellos son muy distintos, desde el mismo momento en que nacen se les enseña a adorar y honrar a sus antepasados ¿Alguna vez oíste un rey hablar mal de su Rey Padre o Rey Abuelo, sin importar que tan despiadados hubiesen sido?

–Nunca en la vida oí hablar a rey alguno –respondió Aslo con un ademan y un ligero sacudir de su cabeza.

–Ninguno de nosotros lo ha hecho jamás –coincidió José–. De todas maneras nadie aquí piensa que la solución sea este mocoso Juan Pérez.

–¡Silencio! No le digas así con su nombre –calló alarmado el dueño del local– ¿Acaso quieres que se vaya? De mis huéspedes vivo ¿Sabes?

–A decir verdad creo que no deberíamos hablar nada más de esto aquí –recuperó la cautela el cubierto de hojas–. Ya que estas aquí Gerug, hay algo que quiero preguntarte ¿Estás seguro que la piedra no tenía marcas de que se pudiera abrir? Digo, dices que tenía una gran rajadura ¿Qué tanto la revisaste?

–¡Y dale con eso! –protestó Ega.

La conversación volvió rápidamente a donde había quedado antes de la llegada de los extraños visitantes, sólo que ahora con un participante más. De aquellos orgullosos hombres no se vio más nada ese día; no salieron de su habitación para la cena o para ninguna otra cosa. Mucho se habló por la noche de quienes serían, con todo tipo de teorías surcando el salón de punta a punta. La mañana siguiente, para

el desayuno, el comedor de la posada está abarrotado de gente; había allí muchos más comensales que los que habían pasado la noche en el local. Ya cerca del final del desayuno en la puerta que daba a las habitaciones se dibujaron las figuras del heredero y su tutor. El silencio más expectante se hizo presente en la posada de las tres esquinas.

***

Sin pedir permiso, o mediar disculpa, el joven se subió a la barra de Aslo y se dirigió a la multitud.

–¡Escuchad buena gente, lo que os vengo a decir! –la introducción no hacía demasiada falta ya que todo el salón estaba ya contemplándolo en silencio– Mi nombre es Juan Pérez. Mi padre era Bulácio Chestro último Rey verdadero de estas tierras. Soy el legítimo heredero al Trono que usurpa desde hace años el Señor del Este. En mi niñez fui consagrado con la noble misión de liberar al Reino, y desde entonces me he estado preparando arduamente para liderara el cambio que comienza hoy mismo, aquí mismo.

–¿Tú? ¿Heredero al Trono? –llegó una voz cargada de ironía desde el medio de la sala– Apenas eres un hombre.

–Hace mucho ya que deje de ser niño, si a eso te refieres –contestó el heredero con toda la imponencia que se podía imprimir a la afirmación–. Más aún, aunque mis años no serán tantos pero cada uno de ellos vale por cinco. Desde el mismísimo momento en que nací han habido miserables tratando de darme muerte; primero los lacayos de la esposa de mi padre, quien no era mi madre; y luego los esbirros del asesino que derrocó a mi padre –cada palabra resonaba a furia y dolor–. He vivido casi toda mi vida escapando. He vivido en las cuatro puntas de nuestro Reino: Este, Oeste, Norte y Sur. En todas ellas luché por mi vida y en todas ellas escuché el clamor de la gente. Es movido por esa lucha y por ese CLAMOR que ya no escapo ¡Le haré frente al tirano! ¡Juntos lo derrotaremos!

Mientras la poderosa voz llenaba cada espacio ocupado o no del gran Salón, empezó a desaparecer el altanero joven y en su lugar comenzó a erguirse un orgulloso líder. Todos en la sala escuchaban con atención cada una de sus palabras (o casi todos).

–¿Y cómo planeas hacer eso? ¿Le vencerás tu solo a él y su ejército? –indagó un perspicaz anciano desde su mesa.

–Por supuesto que no. Un líder no es nada sin sus hombres –dejó asomar algo de humildad Juan–. Es justamente por eso que me presentó ante ustedes, fuertes y virtuosos viajeros. Busco hombres buenos que estén dispuestos a hacerle frente a la malicia. Busco padres sin hijos e hijos sin padres que hayan sufrido la injusticia de estos tiempos. Busco valientes desplazados. Busco bravos a quienes se les haya quitado lo que es suyo. Busco hombre que hayan visto sufrir a quienes les rodean y ya no puedan soportarlo más. No temáis uniros a nuestra lucha, pues no seremos únicamente nosotros quienes hagamos frente a las huestes del usurpador. Marcho hacia el Oeste a reunirme con el Virrey, allí le haré reconocer mi noble ascendencia y sin dudas él se unirá a nuestra honorable causa. Seguramente sabéis cuanto ha sufrido el Oeste los perversos designios del Señor del Este. No tengo duda que una vez que la noticia viaje al Norte y al Sur también ellos se nos unirán.

–¡El Rey va a hacerte pedazos! ¡Miserable muchacho! –inundó el salón un grito desde el fondo de la sala.

–¿Por qué habría de recibirte el Señor del Oeste? Mucho menos reconocerte como heredero al Trono –objetó Aslo desde el otro lado de la barra.

–Como os he dicho, éste es mi destino y me he estado preparando para él toda la vida –la férrea determinación del pretendiente al Trono parecía crecer con cada cuestionamiento–. Antes de encaminarme hacía el Oeste iré hacía el Norte, allí visitaré al Oráculo de los Montes Eternos. Su infinita sabiduría revelará mi magno pasado ni bien ponga un píe en su morada; y me proveerá, seguramente, los medios para probarlo ante el pueblo.

A cada pausa en el discurso del heredero el salón se llenaba de voces y cuestionamientos a favor y en contra. Al principio era meros murmullos pero a medida que la proclama se extendía se volvían más y más sonoros. Gerug intentaba mantenerse al margen de todo, mirando más a la multitud que al orador, donde pocos hacían como él. Pero aún con su opinión formada antes siquiera de que el muchacho abriese la boca, algunas de las palabras que éste pronunciaban resonaban muy en lo profundo de su ser; en aquellos rincones que se empeñaba en ignorar.

–¡Guerra! De eso es de lo que hablas –se alzó una voz tejida entre la furia y el temor–. Quieres sumir al Reino en otra gran guerra, ya hemos tenido suficientes de ésas ¡Vete tú a pelear si así lo deseas!

–¿Y qué otra solución propones? ¿Sentarnos y dejarle que haga lo que le place? –preguntó una mujer con gran enojo.

–¡¿Hacer lo que le PLACE?! El Rey es nuestro noble soberano, hace aquello que sabe mejor para todos nosotros –defendió al monarca otro parroquiano.

–¡¿Acaso no habéis tenido suficiente ya?! –así como nacía el clamor en cada pausa, así se ahogaba cada vez que la atronadora voz de Juan se hacía oír– ¿No habéis sufrido y visto sufrir lo suficiente como para hacer algo al respecto? ¿Cuántos de ustedes han visto a los hombres del Señor del Este llegar a un poblado y hacer con la tierra y la gente lo que les place en absoluta impunidad, para luego irse dejando tras de sí ruina y miseria? ¿Cuántos derechos nos han sido arrebatados para satisfacer los caprichos de los aliados del tirano? ¿Cuántos de ustedes pasan sus días trabajando hasta romperse las espaldas para que el producto de su labor ensanche los vientres de quienes no mueven un dedo? ¿Cuántas sangrientas batallas han sido libradas para aplacar la resistencia de aquellos que por valor o por necesidad no cumplen los perversos designios de quien usurpa el Trono? ¿Cuánto más nos deben quitar? ¿Cuánto más nos deben imponer? ¿Cuánto más nos deben herir para que gritemos "BASTA"? Os digo que la hora ha llegado, el comienzo del fin de la injusticia es ahora. Los injustos tienen los días contados. Juntos nos aseguraremos de ellos, derrocaremos al cruel tirano y yo tomaré su lugar. MI lugar. Juro gobernar con la sabiduría y compasión propias de un VERDADERO Rey.

–¡MALDITO SEA EL REY! –chillaron varias voces del más abrasador y puro odio.

–¡MALDITO SEAS TÚ, MISERABALE TRAIDOR! –tronaron voces en respuesta forjadas y consumidas en el mismo odio.

En un segundo casi todas las personas del salón desaparecieron; sólo había allí aliados y enemigos. La furia se hizo carne en la multitud y todos buscaron descargar su ira en fuera cual fuera el *enemigo* que tuvieran más cerca.

–¡SILENCIO! –la enorme voz de Juan se volvió tan colosal y pesada que fue imposible desobedecerle. La orden penetró en cada uno de quienes la escucharon y se tornó voluntad– ¡Éste no es el lugar para eso! ¡La pelea pertenece al campo de batalla! Con honor e hidalguía. ¡Éste no es el momento de pelear! ¡Es el momento de ELEGIR! Elegid cual es la vida que queréis vivir. Elegid que camino queréis seguir. Aferraos fuertemente a vuestros valores y elegid a quien os dictan que le otorguéis vuestra lealtad. ¡ELEGID! Yo estará aquí mismo, mañana por la mañana listo a iniciar mi viaje al Norte con quienes estén dispuestos a unírseme; esparcid la voz de propuesta a todo aquél que quiera escucharla. ¡Aquí estaré esperándolos!

Si hace sólo unos instantes el fragor amenazaba con destruir la posada entera, el silencio más profundo la llenó ahora por completo. Todos los presentes miraron por última vez al pretendiente al Trono y luego debieron desviar la mirada; sumidos en un torbellino de emociones, recuerdos y esperanzas perdieron toda noción de qué era lo que hacían sus cuerpos y estos, librados a sus propios designios, se sentaron en las mesas o apoyaron en las paredes a esperar el retorno de la razón. Luego de un buen rato los parroquianos comenzaron a hablar nuevamente con aquellos que tenían cerca. Hablaban únicamente de monarcas, el actual, el anterior, Bulácio Chestro y cualquier otro que se les ocurriese, hubiese existido o no. Hablaban ahora en la voz tenue propia de la confabulación, agotados, indecisos y temerosos. A pesar de que Juan se había sentado en una de las sillas de la barra era como si ya nadie pudiese verlo. O casi nadie, Gerug se le acercó con una jarra de cerveza con ánimo de hablar.

***

El joven heredero pareció un tanto sorprendido por la actitud de Gerug que se le sentó enfrente como si nada hubiese pasado.

–Así que planeas ser rey ¡Todo un desafío! –Dijo el calmo mozo con liviandad.

–El más difícil y el más importante de nuestros tiempos –respondió solemnemente Juan.

–Cierto, cierto, *tú* sí que eres importante ¿no te preocupa andar por ahí proclamando que planeas derrocar al Rey? Sus hombres seguramente se enteraran y no les caerá muy a gusto –indagó el mesero.

–Me he entrenado para enfrentarles desde niño y ya lo he hecho en innumerables ocasiones. No tengo miedo –respondió el orgulloso muchacho–. Además éste es mi destino, no podrán detenerme.

–A bueno, entonces sí. Si ya está destinado a ocurrir seguramente no vaya a ser *tan* difícil –Juan heló la insolencia en las venas de Gerug con una mirada–. Y dime, veo a tu tutor caminar por las mesas –cambió rápidamente de tema el cauto mesero luego de ensayar una muda risa– ¿Está tratando de convencer a la gente de que se te una?

–Les está ofreciendo dinero para acompañarnos –respondió secamente el heredero.

–Entiendo –dijo el confundido mozo sin saber muy bien que decir.

–La gente ha vivido bajo el yugo del Señor del Este demasiado tiempo, algunos tienen miedo y otros están acostumbrados. El oro y la plata funcionan mejor que las palabras para reanimar las voluntades –por primera vez desde que le viera, Gerug pudo observar una fugaz tristeza en el semblante del muchacho.

–Y bueno, las palabras no se comen –trató de ofrecer consuelo el hombre de la posada.

–¿Y qué hay de ti? –preguntó el joven, otra vez confiado y orgulloso– ¿Vendrás con nosotros?

–¿Yo? –la sorpresa agrandó los ojos del pacífico mozo– No creo que les sirviera demasiado, no soy hombre de armas.

–Eso no significa que no puedas ayudar –la voz de Juan recuperó todo la imponencia que tuviera durante su proclama– ¿Vas a quedarte aquí sin hacer nada mientras el Reino entero sufre?

Por un silencioso momento Gerug se sintió avergonzado; sintió la necesidad de probarse digno ante el extraño, y seguirle a donde fuera. Pero cuando las palabras se alistaban en la garganta del mozo, recuerdos cruzaron su mente a la velocidad del rayo y endurecieron la expresión de su rostro.

–No te has ganado el derecho de juzgarme, *muchacho*. Pocas cosas desearía más que saber qué hacer para solucionar los problemas que tú dices conocer, pero he vivido lo suficiente como para saber que esos problemas no han cambiado con los reyes. El Rey es Rey; la vida es lo que es; cambiar lo primero jamás ha cambiado lo segundo. Ni lo hará.

–Tienes razón, me equivoqué al juzgarte, y por eso me disculpo. Pero tú te equivocas en pensar que las cosas no pueden cambiar, y seré yo quien te lo demuestre. Pelearé por ti aunque tú no pelees por mí, y con mi triunfo verás nacer esa justicia que crees imposible.

–¡Gerug! ¡Deja ya de molestar a nuestro huésped y ponte a trabajar! –gritó Aslo desde el salón– ¿Acaso no ves que la posada está repleta?

Sin despedirse, pero mirando una última vez al heredero a los ojos, el mesero se incorporó y se dirigió raudamente hacía las mesas para atender pedidos. Aunque el horario del desayuno había pasado ya hace un buen rato, el salón seguía casi lleno de gente sumida en privadas conversaciones. Gerug pudo ver que el tutor seguía yendo a hablar de mesa en mesa. No se detenía en todas las mesas, casi como si supiera donde era bienvenido y donde no. Después de un buen rato fue hasta donde el pretendiente al Trono y ambos abandonaron la posada hacía la calle. Ya sin la presencia de Juan Pérez el salón comenzó lentamente a vaciarse. Y se vació por competo, aún al llegar el horario del almuerzo no había ni una sola persona allí. O casi ninguna

persona, José y Ega habían dejado sus labores diurnas y se habían apresurado a llegar a la posada para hablar con los testigos del singular espectáculo.

–El pueblo entero habla de tu singular y *venerable* huésped, Aslo –dijo José ni bien se sentó a la barra–. Dicen que se toma muy a pecho aquello de "legítimo" heredero.

–Ciertamente, hubieras escuchado el discurso que dio –respondió el posadero entusiasmado–. El salón estaba completamente lleno y la mitad de la gente quería jurarle lealtad aquí mismo, mientras que la otra mitad se contenía con dificultad de rebanarle el pescuezo.

–Uno a veces se olvida de cuanta gente apoya aún al Rey –acotó Ega con cierta amargura–. Escuché decir que casi estalla la batalla en el salón pero que el heredero la contuvo con una sola palabra.

–Ese chico seguro que sabe usar las palabras –aportó Gerug, con la conversación con Juan todavía resonando en su interior.

–Por lo que he escuchado y lo que he visto no me parece que sea ningún chico –corrigió la mujer.

–Ayer le creías un desequilibrado y hoy no aceptas que le diga "chico". Eso sí que es hablar –lanzó un comentario punzante el mesero.

–Yo tampoco creo que sea un chico, y ayer no lo creí un loco –aclaró el mesonero–. Acepto que posee el don de la palabra, pero debo decir que si sus palabras reflejan siquiera una parte sus intenciones, sería una gran mejoría al actual monarca.

–¿y qué obtendremos de todo esto? –retomó la palabra el testarudo camarero– Una nueva guerra y un nuevo Rey, y el resto todo igual. Una vez que se siente en el Trono sus nobles intenciones darán paso a su opulenta realidad. Igual que cualquier otro rey se olvidará rápidamente que sus súbditos somos también personas.

–¿Cómo puedes decir esas cosas? –se indignó Ega– Cuando es tan evidente que necesitamos un nuevo Rey.

–Necesitamos un nuevo Rey –coincidió el follejo verde–. La pregunta es si necesitamos *este* nuevo Rey. Dice ser hijo de Bulácio Chestro, eso lo hace nieto del Rey de tu niñez que recordabas ayer, Gerug. Ése que sufrieron tus padres, ése que dicen, fue el más cruel gobernante que se haya visto en siglos.

–Yo era chico por aquel entonces pero no tan niño como Gerug –comenzó a decir Aslo–, así que recuerdo bastante. Es cierto que ese hombre era un déspota maligno pero también es cierto que su hijo, Bulácio, fue completamente distinto, lo más cercano a un buen rey que he conocido.

–O tal vez recuerdas lo malo de uno y lo bueno del otro –prosiguió sin dar brazo a torcer el mozo– ¿Me pregunto qué dirá nuestro valeroso heredero si te escuchara hablar de su *noble* abuelo como un "déspota maligno"?

–Por lo que entiendo Juan Pérez es hijo y nieto de los Chestro sólo de nacimiento –repuso Ega–. Su padre murió a poco de nacer él y nunca conoció al padre de su padre. Se crió entre la gente común como nosotros. Eso lo hace distinto a todos.

–No es tu niñez lo que te hace Rey sino el Trono –insistió Gerug.

La conversación se extendería hasta la noche y sería retomada varias veces en los días sucesivos; incluso logrando aplacar las polémicas sobre la oralidad de las rocas o la sociabilidad de los grandes felinos.

En todo el día no se los volvió a ver a Juan Pérez o a su tutor, pero cada tanto deambulaba algún transeúnte por la posada, que daba cuenta de que el heredero se encontraba en alguna otra posada o plaza o centro social, insistiendo en sus pretensiones reclutadoras. En todas las locaciones se repetía el escenario de la posada de las tres esquinas; la multitud era poseída por la furia a punto tal de alistar los puños, pero la intervención de la ineludible voz de mando del heredero frenaba la muchedumbre antes de que se inflamase. Sin embargo la voz del heredero viajaba con éste, y él sólo podía estar en un lugar a la vez. A poco de pasado el mediodía ya comenzaban a aflorar en todo el pueblo grescas, trifulcas y bataholas. Incluso dentro de la posada, Gerug debió intervenir varias veces para separar grupos que intentaban trenzarse por los puños; y, como era usual en estas circunstancias, alguno de esos puños se las ingeniaba para aterrizar en la humanidad del pacificador. Tan caldeados estaban los ánimos que a veces más de una pelea estallaba a la vez y Aslo en persona debía intervenir. Gerug no pudo evitar sentir una cierta satisfacción al ver a su patrón experimentar algunas de las consecuencias más contundentes de la tarea que siempre reservaba para él.

A pesar de que los cuatro amigos continuaron charlando y discutiendo hasta bien entrada la noche, no volvieron a ver a los dos revolucionarios hasta la mañana siguiente. Ya desde que se despertase, Gerug pudo ver como una multitud de viajeros llegaba hasta la puerta de la posada alistándose para un gran viaje. El tutor y el heredero estaban allí preparando provisiones y equipamiento para la tropa que, por la dimensión de esas provisiones, claramente esperaban fuese muy numerosa. En efecto los postulantes siguieron arribando durante toda la mañana, llegando a colmar las calles que

desembocaban en la posada. Contemplando la gran cantidad de gente que había decidido unirse al viaje de Juan, Gerug se asombró de la magnitud de dos insondables atributos del pretendiente al Trono: su poder de convocatoria, y la abundancia de las arcas de su tutor.

Luego del almuerzo, la legión de Juan se puso en camino y Aslo y Gerug se quedaron solos en el gran salón; inclusive gran parte de las habitaciones estaban ahora completamente vacías. Los dos hombres retomaron sus quehaceres como si nada hubiese pasado, aunque cada tanto, al cruzarse, intercambiaban algunas palabras sobre los insólitos acontecimientos que habían presenciado. Prontamente el heredero pasó a ser un bonito conjunto de anécdotas y los hombres de la posada de las tres esquinas consideraron a "Juan Pérez legítimo heredero al Trono del Reino", como un capítulo concluido en sus vidas.

VII.
Otro primer paso

Largos días pasaron desde la partida del heredero, y la vida en Aguas Rosas finalmente volvió a su ritmo y peso habitual. A medida que transcurrían las noches, Gerug comenzó a sentir cada vez más presente la necesidad de tomar una decisión; qué hacer a continuación. Si se acercaba la hora de reemprender el viaje necesitaba decidir hacia dónde, pero esa no era la decisión que más le preocupaba. Originalmente, cuando había conversado con Aslo los términos de su ocupación, el mesonero había ofrecido plaza hasta fines del otoño, cuando la demanda de hospedajes transitorios en Aguas Rosas hubiese disminuido junto con la afluencia de viajeros. Sin embargo, él tenía la sospecha de que el posadero no se opondría a darle lugar por más tiempo, hasta creía que su patrón y amigo lo había insinuado en alguna ocasión. No se sentía inclinado a hacer de la posada de las tres esquinas el destino final de su travesía pero, hurgando dentro de su ser, la posibilidad tampoco le disgustaba. Disfrutaba del trabajo de mozo, conociendo nuevas gentes con distantes anécdotas cuando así lo deseaba, y mezclándose con los amigos cuando no. Por otro lado esas dos opciones no eran necesariamente excluyentes, tal vez podría retomar su viaje y aún así concluirlo en Aguas Rosas. Por supuesto también existía una tercera opción a continuar o establecerse: retornar.

Si bien le gustaba su nueva vida en la posada también extrañaba la vieja en la granja. Deleitarse del constante ir y venir de ruidosos viajeros no implicaba que no llenasen su espíritu los silenciosos ratos de soledad. Y el rancho de eso tenía mucho. Extrañaba también criar a los animales y cuidar los campos, sin olvidar por supuesto a la familia de Manolo. Ya desde hace un tiempo, para curar un poco su añoranza, había empezado a escribir cartas a su antigua provincia. Manolo y su familia estaban deleitados de todo lo que el aventurero les contaba. Guiándose por las cartas que llegaban de réplica la vida en el viejo terruño no había cambiado demasiado; Gerug intuía que había algo que el amigo no le contaba, pero, sin importar lo que escribiese, no lograba hacer que éste lo comunicase. Algo que si logró el mozo, sin mayor esfuerzo, fue que su amigo fuese a Monte Curtido a ver qué había pasado con sus viejos animales; en rigor a la verdad fue Camato, no Manolo, quien hizo el viaje. La buena nueva era que, como lo había

esperado el en su momento granjero, el ganadero montaguez había reservado a sus animales para la procreación y ninguno había ido al matadero. La carta de Manolo concluía: "¿Por qué tanta preocupación? ¿No ibas a comerte tu a esos cerdos?".

Así era que, así como sentía Gerug menester el tomar una decisión, era incapaz de hacerlo. Una noche que no habían parado por la posada ni Ega ni José, ni ningún otro de los pobladores que trababan amistad con el mesero y su patrón, este último pareció adivinar la irresolución que preocupaba al primero.

–Debo decir que te has acoplado a la posada de gran manera –comenzó la exploración con ligereza–. No sé qué iré a hacer la próxima temporada de peregrinos cuando tú hayas retomado tu caminar y ya no estés.

Gerug miró al posadero y tardó algunos largos segundos en responder.

–Bueno –dijo todavía un poco vacilante–, seguramente podrás encontrar quien te eche una mano. Tal vez no vaya a ser tan simpático como yo, pero bien dispuesto seguro.

–¿Y confiar mi negocio, que es también mi hogar, a algún desconocido? –espetó Aslo– Eso ni pensarlo.

–El día que encontré trabajo yo aquí no me conocías demasiado –acotó sonriente el mesero.

–Sí, ese fue un día raro. Venías recomendado de Cástulo pero aún así no sé que me poseyó para darte entrada. Cuestiones de la providencia supongo. De todas formas tú mantienes entretenidos a los comensales, eso los hace menos demandantes y más pacientes; y por ende me aligera la vida a mí.

–A decir verdad no estoy muy seguro de que hacer con mi viaje –se confesó Gerug–. Creo que deseo proseguir pero quedarme aquí también estaría bien. Incluso creo que me gustaría volver a casa, con mis animales y mis cultivos.

–¿No abandonaste el campo y vendiste los animales? –preguntó elevando la voz con cierta retorica el posadero.

–Sí –respondió alargando la "i" el tal vez todavía granjero– pero en mi provincia todavía hay tierras que no tienen quien las cultive. Mientras ninguno de los hombres del Ministerio recuerde mi rostro puedo establecerme de nuevo y criar otros animales. Incluso podría de vez en cuando ir hasta Monte Curtido a visitar a los viejos. Si no lo habían hecho ya cuando me fui, seguramente me habrán perdonado a estas alturas.

–Bueno, yo diría que quedarte aquí no es mala opción –acometió con suavidad Aslo–. Trabajo en la posada siempre hay y desde aquí siempre puedes reemprender tu viaje fácilmente.

–Cierto –dijo Gerug ensimismado–, si me quedase no necesariamente significaría abandonar mis viajes, podría retomarles más adelante.

–Claro, claro, además hay otras razones por la que te podría convenir quedarte –insinuó sin dar detalles el mesonero.

–¿Cómo cuales?

–Bueno, tú sabes. Ega y tú se llevan bastante bien –respondió Aslo haciendo pausas sugerentes–, tal vez podrías considerarla para el matrimonio.

–Creo que su *esposo* podría molestarse.

–Ese "esposo" es un redomado imbécil. Cada vez que llega siento ganas de pedirle que se marche, y hacerlo preferentemente con mis botas. De todas maneras es militar, si el muchacho ese Juan Pérez llega de aquí al Oráculo, y del Oráculo al señor del Oeste, tal vez su opinión no sea problema por mucho más tiempo.

Gerug respondió simplemente con una sonrisa chueca.

–De todas maneras no creo que el matrimonio sea para mí –agregó con un dejo de nostalgia–, creo que ya estoy un poco viejo y mañoso para eso.

–¡Vamos hombre! Que estás en la flor de la edad –animó el posadero–. Pero bueno, si no quieres no quieres. De todas maneras Aguas Rosas es buen lugar para no tener mujer, por aquí pasan muchos viajeros y entre ellos algunas mujeres, que así como llegan así como se van. Mírame a mí, soy más grande que tú y nunca me case, no por eso paso frio de noche. Definitivamente ÉSTE es el pueblo para no tener esposa.

–A decir verdad lo que más extraño de mi tierra son mis amigos –volvió a sus propias reflexiones el indeciso mozo–. Y ellos viven de fabricar y vender chucherías, seguramente que en la plaza de aquí con tanto transito les iría muy bien. Tal vez pueda convencerlos de que se vengan.

–¿Qué demonios es una "chuchería"? –preguntó confundido el mesonero.

–¡¿Ves?! Aquí encima no tendrían competencia –se entusiasmo Gerug.

–Claro, claro, seguro que no –coincidió el posadero todavía no del todo seguro de con qué coincidía– Bueno piénsalo, al fin de cuentas es tu decisión. Ahora ponte listo que llegan clientes.

Algunos días fueron pasando y la conversación con el posadero, y algunas otras con otros amigos fueron teniendo efecto. Si bien Aslo todavía encontraba de vez en cuando a su empleado en el cuarto de cocina mirando intensamente los platos, como esperando ver manar una respuesta de los restos de comida, Gerug se sentía cada vez más cerca de una decisión. Había aceptado que la incertidumbre nunca lo abandonaría, fuese cual fuese el camino que eligiese siempre se preguntaría que hubiera pasado si hubiese tomado otro. Y quedarse allí le parecía la opción más segura; no había aunuros, pumas, revoluciones o delegados del Ministerio de quienes preocuparse.

La noticia de su decisión no pareció asombrar a ninguno de sus amigos, pero sí algunos parecieron algo aliviados (pidiéndole infructuosamente a sus rostros mantener el secreto). Luego de unos días más, Gerug ya casi no pensaba en futuras posibilidades y se acomodaba plácidamente en el presente.

Una tarde mientras terminaba de asear los trastos se le acercó su patrón y con cierta incomodidad le dijo.

–Gerug, he decidido despedirte.

–¡¿Qué?! –aulló el desprevenido mesero– ¿Estás hablando en serio? ¿Por qué?

–Bueno, creo que es lo mejor para ti –respondió con algo más de firmeza Aslo– empezaste tu viaje por algo y servir la cena a extraños no fue la razón.

–Empecé el viaje porque estaba aburrido, y aquí no me aburro.

–Por ahora –aclaró el posadero–. Aun así no estoy tan seguro de que sea esa la razón de tu viaje. Además debes emprender la marcha cuanto antes. Las personas son como los árboles, mientras más se quedan parados en un lugar más profundo crecen sus raíces. Tu ya has comenzado a echar raíces aquí, mientras más esperes más difícil te será partir.

–No estoy muy seguro de que se supone que haga –dijo Gerug contemplando el borde del abismo de sus cavilaciones.

–Afortunadamente no eres tu quien decides marcharte; si no yo quien te echa.

***

Pasaron un par de días más hasta que Gerug salió de su estupefacción, pero finalmente, despertó una mañana cerca de las siete y sintió la voluntad volver, con fuerza a su ser. La decisión había sido

tomada, tal vez no por él, pero tomada al fin. Debía reemprender el viaje. Ahora surgía una nueva cuestión menos compleja que la anterior pero, tal vez, aún más urgente: hacia dónde.

Se incorporó sin mayor esfuerzo y encaró las tareas matutinas de su faena diaria, buscando priorizar aquellas que podían realizarse en soledad con la esperanza de que ésta le trajese respuestas. Se le ocurrían tres opciones y de momento cualquiera parecía viable. Ya había bastante menos gente en la posada y con ayuda mínima Aslo podía encargarse del desayuno en el salón, por lo que Gerug en su búsqueda de reflexión solitaria se encargó más que nada de asear los cuartos. Finalmente, concluido el desayuno, los dos hombres se cruzaron carca de la barra del salón.

–Has estado evitándome toda la mañana –inició la charla el posadero con cierta levedad– ¿Estás todavía enojado?

–Nunca estuve enojado –respondió cálidamente con una pequeña risa el pensativo mozo–. Entiendo tus razones y hasta, a veces, creo que las comparto. No, estoy tratando de decidir a donde ir.

–¿No se supone que tu dejas que el viaje sea el que decida eso?

–Puede ser, pero para que mi viaje decida cualquier cosa. Necesita estar ocurriendo. Y eso requiere dar un primer paso en alguna dirección.

–¿Todavía estas aquí? –preguntó José que acababa de entrar a la posada– Pensé que el viejo Aslo te había echado hace dos días.

–Yo le eche hace dos noches. Pero no se a que "viejo" te refieres –aclaró el posadero poco presto a la chanza.

–Parece que no eres demasiado bueno para esas cosas –prosiguió alegremente el follejo verde–, el hombre sigue aquí como si nada. Seguro que hasta todavía le pagas. ¡Ya está! Olvidemos todo el asunto y que se quede.

–Voy a irme José –dijo el relajado camarero con una sonrisa–. Lo que no quiere decir que no vaya a volver. Estoy todavía en la posada porque estoy tratando de decidir hacía donde emprender mi caminar.

–¿Así que te vas? Y yo que pensaba que ya tenía enfilado segundo marido –dijo en un tono completamente indescifrable Ega que acababa de sentarse a la barra.

–Es culpa de Aslo –acusó José luego de un pertinente silencio incomodo–, Gerug había decidido quedarse, y el otro va y lo echa.

–¿Acaso no trabajan ustedes dos? –cuestionó el mesonero ligeramente fastidiado.

–No hay nadie en el mercado, o casi nadie –se dio por entendida la mujer–. Y creo que jamás he visto trabajar a José ¿trabajan ustedes los follejos?

–Tal vez –no respondió José–. Así que no sabes hacía donde ir. Yo que tú iría hacia el Norte, está repleto de montañas misteriosas y, según entiendo, criaturas extravagantes. Todo el mundo dice que en el Norte hay más magia que en cualquier otro lado. Si te fascinó el bosque que cruzaste para llegar aquí, con su caprichosa luz y sus piedras parlanchinas, espera a ver el bosque que crece al pie de los Montes Eternos. Dicen que hasta los árboles hablan allí.

–¿No eres tú algo así como un árbol que habla? –preguntó el sagaz mesero un tanto extrañado.

–Tal vez.

–Sí, el Norte es una opción –retomó la palabra Gerug luego de aceptar que no recibiría respuesta–. Lo único que tengo seguro es que no quiero ir al Este, con todo lo que he escuchado, y lo que puede llegar a pasar allí en el futuro, no me atrae demasiado. De momento tengo tres opciones: El Norte salvaje y sus insondables misterios; el poblado Oeste y sus grandes ciudades; o volver al Sur, a casa.

–No te despedí para que te vuelvas a tu casa –dijo el ya no patrón con cierta disensión–. Desearía que no lo hicieses; pero no puedo decidir por ti, por lo menos ya no más.

–No, no. No es hora de volver –anunció Ega–. Has estirado tus anécdotas bastante estos meses pero ya las hemos escuchado todos demasiadas veces. Es hora de que te hagas de nuevas.

–Sí, a pesar de que siento ganas de volver, todavía no me abandona del todo aquella extraña sensación que me hizo iniciar la marcha –explicó el mozo más para sí mismo que para sus interlocutores–. Desde que Aslo dijo que tenía que irme cada vez me siento más seguro de que debo seguir avanzando.

–¡Vieron! –aulló el posadero en un arranque de reivindicación– Yo diría que sigas caminando hacia el oeste, por algo lo venías haciendo.

–¿Oeste? No camine nunca hacía el oeste.

–¿Cómo que no? La cordillera donde volaste con los aunuros no puede ser otra que la Cordillera Gárula, y eso está al este nuestro. Cuando estabas en el bosque debes haber caminado la mayor parte del tiempo en dirección oeste.

–¿Hacia el este? –dijo el desorientado mozo, bastante asombrado– Yo pensaba que por el bosque caminaba hacia el norte.

–Mira tú, una anécdota más, sin dar ni un solo paso –se rió Ega.

–Como sea –dejó entrever el más leve de los fastidios Gerug–, mejor aún, mientras más lejos del Este mejor.

–Bien, norte entonces –concluyó el follejo–. El Oeste está demasiado lleno de gente del Oeste de todas maneras.

–Eso es cierto –comenzó a coincidir el dubitativo camarero justo antes de que un recuerdo estallase en su mente–. Aunque… ahora que lo pienso, no estoy muy seguro de que voy a hacer en el Norte si me quedo sin dinero, está bastante despoblado por allí, no sé si podré conseguir trabajo.

–¿Y para que quieres trabajo? –insistió José– No necesitaste trabajo en el bosque, y con los montaraces te proveías de tu propia comida. Si puedes dormir en un árbol puedes dormir en cualquier parte.

–Sí –dijo casi de acuerdo Gerug–, pero esta vez estaré caminando en invierno, proveerme mi propia comida y dormir a la intemperie ya no será tan fácil.

–Los inviernos por aquí no son tan crudos como en el Sur –intervino Ega que también parecía preferir la opción septentrional–, menos aún en el Norte. Además, si no quieres ir al Este por evitar la posible guerra, el Oeste es donde probablemente empiece.

–Puede ser –opinó Aslo–, pero en el Oeste están las grandes ciudades, él ya conoce la vida salvaje y, si bien no conoce la magia centellante del Norte, algo de magia ya conoce; y en todo caso, si es por la magia, en el Oeste es donde hay más magos, aún si los buenos son difíciles de encontrar. Ve hacia el oeste, seguramente si debes de ir hacia el norte el camino mismo se encargará de corregirte la dirección. Probablemente lo ha estado haciendo desde que partiste de Plaza Cívica.

Gerug no dio respuesta pero contempló al posadero un buen rato con un ligero subir y bajar de su cabeza. La decisión estaba tomada.

El tema del sentido del viaje no volvió a mencionarse ese día; todos entendían que ya no hacía falta. El resto de la noche se pasó entre cervezas contando historias propias y ajenas. Y durante el resto de la velada, a los cuatro amigos se les unieron otros tantos al enterarse que ésta era la última noche que el peregrino pasaba en Aguas Rosas. Tanta charla y cerveza fluyeron en la posada de las tres esquinas entre el posadero, el ya no mozo y los locales, que la mayoría de los visitantes se vieron en la imposición, por cuarta vez en toda la historia del ilustre establecimiento, de aguardar para ser atendidos. Tanto así que ya entrada la noche más de uno se vio en la necesidad (y libertad) de servirse a sí mismo. Al posadero, que dormía sentado hace ya buen rato, no pareció molestarle.

***

A la mañana siguiente Gerug retomó finalmente la marcha. Esta vez, gracias a la ayuda de la gente de Aguas Rosas, lo hizo con mucha mayor presteza que aquella lejana mañana otoñal en que abandonara su meridional hogar. Estaba vestido y calzado para el viaje, tenía a su disposición ropaje ligero pero abrigado que le protegiese del casi presente invierno; incluida una capa de color marrón musgo sorprendentemente cómoda, que le regalase Ega negándose a explicar de qué material era o de donde provenía. Llevaba también una copiosa provisión de comestibles para viaje, carnes saladas, frutas secas y galletas de camino, y capital suficiente como para proveerse de más vituallas por un buen tiempo de ser necesario (el hambre era un prospecto que difícilmente quería repetir). Como lo hiciera ya anteriormente, rechazó los ofrecimientos de armas recias y temibles, insistiendo que prefería los bordes poco letales de su porra, pero sí aceptó un pequeño arco y algunas flechas por si se veía en la necesidad de cazar alimento durante su travesía. En fin, a pesar del cada vez más frio clima, se podía decir que en esta ocasión el solitario camino no sería una amenaza en sí mismo; de hecho podía suponerse que mientras más solitarios fuesen sus pasos, más entero los concluiría.

Luego de algunos últimos adioses con extensos y cálidos abrazos, Gerug puso la posada, el pueblo y a sus nuevos viejos amigos a sus espalda, y comenzó a caminar. Esta vez, con la más absoluta certeza de cual había sido el primer paso que lo separaba de su actual vida.

La primera parte de la segunda parte de su viaje progreso con lentitud, no porque sus pasos fuesen lerdos o su carga pesada si no porque frecuentemente se detenía para mirar atrás en dirección a Aguas Rosas. Y cada vez que lo hacía, veía gente que lo saludaba a la distancia; haciéndole perder algún que otro rato agitando su brazo en señal de despedida. Finalmente, después de un buen número de arranques y paradas, una pequeña colina se interpuso entre él y el poblado bloqueando su visión y tornando en extremo superfluo cualquier gesto de saludo. Así, el peregrino apretó finalmente la marcha hacia su nuevo destino haciendo que las lejanas montañas fuesen cada vez más cercanas.

Si bien había sido él quien había decidido avanzar hacia el oeste, exactamente hacia *qué* oeste había sido un consejo de José. El follejo verde le había indicado que más allá de las montañas que se veían en

la distancia desde el poblado, había una sucesión de pequeños asentamientos que lo guiaría hacia el Virreinato del Oeste sin darle mayores chances, a su poco espabilado sentido de orientación de torcer la procesión de sus pisadas en alguna otra dirección no deseada. A pesar de las ventajas direccionales Gerug no se sentía del todo conforme con seguir el consejo amigo. Definitivamente vadear las montañas sería arduo, y más laboriosos que la más cauta opción de evitarlas por completo, aún si estas montañas no eran lo suficientemente imponentes como para ameritar un nombre memorable (se las conocía como las Montañas Chichonas). Pero decidió seguir dicho consejo por falta de mejores opciones. Además tenía provisiones suficientes para el desafío, y del otro lado de los cerros, el follejo verde juraba que habría donde proveerse de más.

El trayecto hasta las montañas demando varios incidentales días que fueron bastante amenos para el solitario caminante. El frio del insipiente invierno no era rival digno para las nuevas y abrigadas vestimentas de Gerug y la marcha era placida y relajada; disipando las dudas sobre el reinicio del viaje y fortaleciendo, metro a metro, la voluntad de las piernas del viajante. Para cuando llegó al pie de las pequeñas cumbres el pasado era sólo nostalgia y el futuro volvía a ser conquistable.

A pesar de ser relativamente bajas, las montañas se presentaban algo más agrestes que lo que los pies de Gerug hubiesen deseado. Estaban abarrotadas de vegetación y no se podía observar en sus frondosas laderas, sendero alguno que evidenciase el paso de viajeros inexpertos o prometiese tregua a sus sólo por el momento descasadas piernas. Antes de adentrarse en las desafiantes elevaciones se tomó un momento para planificar su procesión. Había en el cumulo montañoso cinco picos que sobresalían del resto y afortunadamente dos de ellos eran únicos en apariencia, prometiendo ser fieles puntos de guía durante la travesía. El mayor era mucho más imponente que cualquiera de sus compañeros; su pico se encontraba ya blanquecinamente cubierto de nieve a pesar de que el invierno recién germinaba. Por su colosal presencia probablemente se sentía un tanto ofendido del mote que los lugareños le habían dado a él y sus compañeros, aún si su milenaria existencia le exigía no demostrarlo. Para fortuna del viajero el gran monte se encontraba claramente desplazado hacia el norte del camino esbozado en su mente; esto significaba que, de perder el rumbo, podía buscar la omnipresente cima y caminar con ésta siempre a su derecha.

El segundo pico con identidad única era aún más provechoso que el monumental nevado, a diferencia de todo el terreno circundante, cimas, laderas, valles y planicies, su cresta era completamente yerma. Algunos cientos de metros antes de llegar a su ápice el suelo se volvía gris, y pétreo en demasía como para albergar vida alguna. La utilidad de la inhóspita cumbre radicaba en que se encontraba en una línea perfecta entre Aguas Rosas y el occidente, mantenerla a sus espaldas haría de perderse algo casi imposible. Cierto era que no sobresalía particularmente entre sus cinco hermanas de mayor porte, pero ayudado de la siempre visible y nevada cresta rey, Gerug podría subir alguna cúspide menos desafiante y dar caza visual a la estéril cima. Habiendo mapeado en su mente estas dos montañas referenciales, y creyendo haber identificado otras tantas, el peregrino consideró que sabría darle rumbo seguro a su marcha evitando los ascensos innecesarios o las caminatas inconducentes.

El primer destino era, evidentemente, aquella oscura y desolada cima que marcaba con certeza la dirección oeste. El cerro era en efecto de poca monta, apenas más elevando que sus compañeros más próximos; ascenderlo sería una tarea relativamente sencilla. Si bien la copiosa vegetación hacía que cada paso debiese ser cuidadosamente calculado, el explorador consumió sólo un poco más de una tarde en alcanzar el límite donde la vida parecía concluir en la cresta. Una vez allí pudo confirmar con patente inquietud que el suelo no era realmente rocoso. La tierra, tan fértil sólo unos metros más atrás, tomaba un color gris oscuro y una textura granulada. Parecía liviana y poco compacta, como si fuese una lúgubre duna de arena muerta. Mientras Gerug intentaba comprender como esta polvorosa cubierta no era desplazada por completo por los vientos de la zona, notó que la fauna del lugar evitaba cuidadosamente entrar en contacto con el extraño fenómeno; incluso las aves viraban violentamente en el aire ante el prospecto de sobrevolar el solitario pico. En contraposición, el viajero sentía verdaderas ansias de pisar el desértico suelo gris. Más aún, sentía deseos imperiosos de tocar ese suelo con las manos, de recostarse en él y sentir la suavidad de la cama de arena. Mientras todavía se debatía entre adentrarse en la cima o bordearla, un pequeño ratón salió despavorido de la jungla circundante huyendo de un raudo gato salvaje que lo acosaba por detrás. Justo antes de alcanzar el límite de la gris arenilla el astuto roedor giró con extrema agilidad y se escabulló en una pequeña madriguera, desapareciendo en el suelo. El cazador intentó imitar el exquisito viraje, pero la inercia de su mayor peso lo traicionó y sus zancas traseras siguieron su camino para ir a

cruzar a los tumbos el límite del yermo. Tan pronto como éstas se posaron sobre la arena, el animal completo se incineró explosivamente tornándose en una finísima nube de ceniza gris oscura que se depositó apaciblemente sobre el suelo circundante. La cima sería bordeada.

***

Varios días transitó Gerug por esas montañas, pequeñas a la vista distante pero gigantes al paso local. Siempre tratando de seguir los valles para evitar los difíciles ascensos por la exigentes laderas abarrotadas de vegetación, la orientación se presentaba algo más peliaguda de lo que había presupuesto. Si bien era fácil ubicar el gran pico blanco, dar con el no tan grande pico gris (mucho más importante para lograr orientarse) era bastante más desafiante; ya que requería subir lo suficiente por los vericuetos de los cerros circundantes como para poder verlo. En cada ascenso observatorio el inexperto viajero intentaba mapear picos, crestas, valles y ríos como para poder reubicarse sin necesidad de subir de nuevo alguna otra montaña. Incluso por las noches observaba con detenimiento la posición de los astros, que esperaba le sirviesen de inmutables puntos de guía. Sin embargo, cada mañana se veía en la penosa tarea de subir una nueva montaña para intentar redescubrir aquel yermo pico del este. Eran justamente las estrellas las que cada noche, antes de que el andante se fuese a dormir, se mostraban en locaciones distintas a las esperadas; evidenciando que en algún punto del día que acababa, el paso se había torcido, y presagiando la necesidad al alba siguiente de ascender nuevamente por alguna sierra próxima, en busca de uno de los dos únicos puntos de referencia que se negaban a cambiar de posición.

Nada de esto parecía quebrar los espíritus de Gerug que tiempo atrás había aceptado ya, que la orientación no era su fuerte. Sin importar que tanto le estuviese costando, el pico mayor se mantenía a la derecha y el menor era cada mañana más pequeño a su vista; la suma final de todas las direcciones que tomaba debía ser, sin lugar a dudas, occidente. Era así, de buenos ánimos, que el peregrino avanzaba por el terreno montañoso, siempre deteniéndose a observar la vida que pululaba a su alrededor (y no siempre retomando la marcha en la misma dirección que traía antes de detenerse). No había perdido las esperanzas de encontrar animales dispuestos a intercambiar palabras con él debido a lo cual, frecuentemente, se embarcaba en extensos relatos y alocuciones con la fauna de lugar.

Tiempo después se le ocurrió que, siendo que estas *charlas* solían concluir con la fauna en cuestión marchándose, tal vez el error era no dar con tópicos que resultasen de interés a los habitantes de la zona. Sólo porque los parroquianos de la posada de las tres esquinas disfrutasen escuchar de la paliza que él había recibido en la Plaza Cívica, no quería decir que esa anécdota en particular fuese a seducir a las aves y las liebres de las Montañas Chichonas. Por ello decidió cambiar de estrategia y pasar de los relatos a las preguntas. Si bien estas parecían ser mejor acogidas por los animales de la zona, ninguno parecía (o quería) responderlas.

Luego de varios días por las montañas, durante un silencioso fragmento de su caminata escuchó en las cercanías el frecuente sonido del agua corriendo, entremezclado con uno más bajo, o tal vez más distante, pero más imperioso. Acercándose hasta el arroyo por donde fluía el sonoro líquido pudo identificar cual era ese otro sonido: agua que caía. Había encontrado una cascada. La idea de bañarse en aguas profundas hizo pie con mucha fuerza en su mente y el viajero se decidió a llegar hasta la catarata, y pasar allí el resto del día.

Llegar a la caída de agua fue mucho más trabajoso de lo que esperaba. El arroyo cuya naciente perseguía Gerug, ascendía por una escarpada pendiente haciendo que la única forma concebible de alcanzar el objetivo deseado, fuese escalando. Mientras trepaba por la intrincada ladera comenzó a notar algo un tanto inusual del agua que bajaba por el arroyo; parecía ser de colores. En un primer momento esto le resultó un tanto difícil de creer y luego, observando con más detenimiento, pudo ver una realidad más simple; el agua no era de *colores*, era verde. Evidentemente allí arriba, donde él se dirigía, musgos y algas proliferaban en el líquido tiñendo su curso. Esto era malo por un lado, evidenciando que el agua no podría ser ingerida, pero, por otro, confirmaba que al pie de la cascada debía haber una laguna o una olla lo suficientemente grande como para que agua se calmase y la vida vegetal la invadiese. Bañarse, o incluso nadar, podía prácticamente darse por hecho.

Luego de un extenuante asenso Gerug alcanzó el tope de la escalada. El murmullo de la cascada ya no era tal; si bien el sonido distaba de ser atronador, llenaba todo el ambiente alrededor del trepador, dando clara cuenta de que una gran cantidad de agua caía por la ladera. Afirmando sus piernas en el último segmento de la pendiente, el viajero empujó todo su cuerpo con los brazos y rodó por el borde para concluir la tarea ascendente. Luego de tomar aire, levantó la cabeza y confirmó todas sus sospechas y deseos; ante sí, se extendía

una gran explanada ocupada casi en su totalidad por una gran pileta de agua de treinta o cuarenta metros de extensión. Todo a lo ancho del extremo opuesto de la olla, la montaña continuaba su asenso por muchos metros más, pero lo hacía de una manera mucho más empinada, en una serie de caprichosos escalones alternados. Cada una de esas salientes de la montaña estaba bañada por un chorro del agua que caía sobre la grada, estallaba al impacto en una nube de espuma, la recorría revoltosamente hasta el borde y volvía a caer formando un nuevo salto; lista para aterrizar con fuerza en el siguiente escalón de la pared de piedra. El espectáculo ofrecía un sinfín de pequeños detalles en los cuales detenerse y el viajero decidió inmediatamente pasar la noche allí, tal vez incluso dos o tres días enteros. Seguramente no sería una pausa solitaria, los bordes de la montaña y del gran cuenco de agua estaban aún más rebosantes de vegetación que las laderas circundantes; y en cada uno de los arboles que crecían allí, anidaba un sinfín de aves de distintas formas y tamaños, que cada tanto echaban a volar y surcaban las aguas que caían en alguno de los saltos de la colina, o se zambullían, con una elegante pirueta, en las tranquilas aguas del piletón.

Nuevamente pudo observar Gerug como el agua, y en particular la espuma de la cascada, tenía un intenso color verdoso. Evidentemente allí arriba, de donde provenía toda el agua de los saltos, debía haber una gran laguna donde el agua podía esperar mansamente que la vida vegetal le proliferase, antes de lanzarse raudamente colina abajo. Contempló el explorador por un momento subir el resto de la montaña para admirar aquella necesariamente real extensión de agua, pero las laderas, más allá de su posición actual, parecían insondablemente escarpadas para el inexperto montañista, y la idea de rodear todo el cerro para ascender por el otro lado, le parecía totalmente inaceptable. Había algo en el pacifico bullicio de aquella cascada que le proponía no dar un solo paso más.

Varías veces mientras se maravillaba de algún antojadizo jirón de agua o miraba con detenimiento algún pájaro nunca antes visto por él, le pareció volver a notar algo en extremo inesperado en el agua del lugar. Al dejar de mirar directamente la cascada, por el rabillo del ojo, la espuma que manaba de ésta parecía cargarse de tonalidades violáceas; pero cuando Gerug giraba la cabeza para ver la espuma violeta, ésta, indefectiblemente, aparecía verde ante sus ojos. En un primer momento, y como lo había hecho ya durante el asenso por la ladera, achaco este extraño fenómeno a caprichos de la luz del lugar o desvaríos de su, vieja para algunos joven para otros, mente. Sin

embargo, luego de un buen rato recorriendo el llano de la laguna tuvo que aceptar que, fuese por la razón que fuese, cuando él dejaba de prestarle atención, el agua del lugar se tomaba la libertad de mudar su presencia a un, poco natural, violeta profundo. El juego de colores le pareció harto interesante por un cierto tiempo pero, luego de examinarlo un buen rato, el recuerdo del pobre gato espolvoreado en la cumbre de la gris y yerma cima del este, por el mero contacto con la inusual superficie, le hizo reflexionar que sería mejor no entrar en contacto con el inexplicable incidente acuífero. Aún así, decidió montar campamento y descansar el resto del día allí.

Maravillado por la multitud de colores y sonidos que lo rodeaban, Gerug fue sorprendido por el caer de la noche que, en su profundo estado de contemplación, llegó casi sin que él se diera cuenta. Entonces, el asomar de la luna le trajo otra agradable sorpresa; el pequeño oasis montañoso no se dejaba penetrar plenamente por el frio invernal. La verdad era que el invierno había iniciado ya hace tiempo y se dejaba sentir por las noches. Esto no atemorizaba al recio y bien provisto viajero pero tampoco lo eludía; y allí radicaba la nueva peculiaridad de su presente locación. A pesar de que la pequeña laguna, expuesta a la noche en la ladera de la montaña, no debía por lógica ser capaz de ofrecerle reparo alguno ante los aires fríos de invierno que por allí decidiesen deambular, la noche se hizo presente fresca pero agradable. Bastante menos fría que cualquiera de las otras que había transitado desde que abandonase la posada de las tres esquinas, la noche invitaba a dormir plácidamente escuchando el agua caer y las aves roncar. Así, Gerug buscó un recoveco acogedor entre los árboles y, casi sin decidirlo, se quedó profundamente dormido.

A la mañana siguiente, se levantó dulcemente descansado, y se dispuso a desayunar con mayor copiosidad de que la que hasta ese momento se había permitido. Mientras miraba las caídas de agua sólo de reojo, para poder disfrutar del colorido espectáculo, decidió que pasaría allí por lo menos un día entero más. Ese día lo dedicó a familiarizarse con las bellas y coloridas aves del lugar. Por supuesto que también allí intentó hablar directamente con todas ellas, a la búsqueda del elusivo animal que se dignase a responderle; si bien ninguna palabra más que la suya fue oída en aquel escondido paraje, el caminante creyó ver en las expresiones de los pájaros que se prestaban a oírle, la clara intención, más que en ningún otro lugar (incluido su ya lejano terruño), de contestarle. Hasta fue invadido por la duda de si no sería él quien era incapaz de escuchar la respuesta, en vez de las aves quienes se negaban a responder.

A medida que progresaba el día, el peregrino se sentía cada vez más cómodo y menos deseoso de peregrinar. La dulce música que regalaba la cascada con el ocasional acompañamiento de las aves del lugar, y las refrescantes brisas con olor a hierba, relajaban los músculos y la voluntad de Gerug proponiéndole a cada momento recostarse a descansar un poco más. Sólo una cosa le impedía a su mente entregarse por completo al silencio, algo que no provenía del ambiente en el que se encontraba si no que manaba, cada vez más fuerte, de su interior; las ganas de beber el agua de la cascada. Obviamente el viajero sabía que ingerir agua de colores no es decisión sabia, y su cantimplora todavía ofrecía una opción de sustento mucho más salubre; además, hasta el momento, el recuerdo del vaporizado felino le había incluso prevenido de siquiera *tocar* el agua; pero con el paso de las horas su mente se volvía cada vez menos critica y más permisiva. Ya próxima la noche llegó a la conclusión de que dejarse llevar por los caminos que su travesía le proponía era, no meramente correcto, si no un requerimiento intrínseco a la travesía misma ¿No habían sido acaso sus deseos de nadar en aguas calmas lo que lo había traído hasta estas encantadoras aguas, calmas? Superando cualquier objeción esbozable, la realidad se manifestaba innegable; debía beber el agua. Más aún, debía beber el agua desde dentro del estanque; nadando plácidamente por siempre en sus profundidades. Sin prisa ni pausa se quitó todas sus ropas y se dispuso a zambullirse en las aguas de la fuente y adentrarse en sus verdes (o tal vez violetas) nubes de espuma. Ni bien ingresó en la laguna, sintió como los pocos músculos que todavía se resistían a entregarse al laxo existir del lugar comenzaban a silenciar sus quejas. Nadar en aquel líquido parecía no exigir el más mínimo esfuerzo, todo se realizaba con delicadeza y contención. Al colocarse directamente debajo de las caídas de agua, está recorría su cabeza, hombros y brazos como una tierna caricia. Bajo una de esas dulces caídas, sin siquiera tomar la decisión, alzó la cabeza y bebió a gusto el agua que descendía desde la piedra. El sabor era difícil de describir, no era dulce pero era de un delicado amargor que resultaba placentero sin ser invasivo. Largo rato pasó Gerug allí flotando e intentado determinar a qué le hacía recordar aquel impreciso sabor; le hacía pensar en sus años del Páramo, pero le provocaba sensaciones un tanto distintas a las que siempre le habían traído los recuerdos de aquellos lejanos y agrestes territorios. Sensaciones amenas y translúcidas.

Pronto, incluso aquella trivial inquietud lo abandonó. Nunca se hizo presente la más razonable inquietud de que tan inteligente es dar

grandes sorbos a un agua de la cual, no se puede determinar exactamente cuál es su sabor pero, por ende, sí se puede determinar que *tiene* sabor (sabor y color). Así, Gerug continuo la noche nadando y bebiendo a sus anchas. Ya avanzada la hora comenzó a sentir un delicado sueño que lo llamaba a cerrar los ojos y entregarse por completo a la quietud. Tan relajado estaba, tan satisfecho de encontrarse allí, que si alguien alguna vez le preguntase, el juraría haberse quedado dormido allí mismo, bajo los canturreantes flujos de agua, en el medio del profundo estanque.

***

Al despertarse, el viajero, se encontró en lo alto de una colina. Estaba seco, lo que lo sorprendió; vestido y en plena disposición de todas sus posesiones (a excepción del arco y las flechas), lo que lo extraño; con el pico gris a sus espaldas, lo que no lo tranquilizó; y mirando fijamente al elevado pico blanco a su izquierda, lo que apagó su mente, desplomó su mandíbula y le ablandó las rodillas. Mientras meditaba sentado en aquellas nueva e inesperada cima, con los ojos recorriendo todo las lejanías que había allí para ver, y deteniéndose cada tanto en aquellos dos pedagógicos picos del ¿este? y (hasta ahora) norte, una serie de preguntas desfilaban por su interior ¿Cómo había llegado hasta ese lugar? ¿*Cuál era* ese lugar? ¿Cuánto tiempo le habría tomado llegar allí? ¿Identificaba correctamente los picos direccionales? ¿Qué había ocurrido en aquella extraña cascada? ¿Se había realmente quedado dormido en medio de agua? ¿Había realmente despertado? ¿Había olvidado el camino hasta su presente locación o nunca lo había conocido? Y, más que nada ¿Cómo DIANTRES lograría volver a estar del lado correcto del inexpugnable monte coronado de blanco?

Luego de meditar su actual situación extensamente, llegó a la evidente conclusión de que no le era necesario responder ninguna de esas preguntas; la más elevada de las ventajas de caminar sin rumbo fijo. Estaba allí, no importaba como, y si todavía deseaba avanzar hacia el oeste, todavía podía (más o menos). Tenía sí que decidir hacia donde caminar, o mejor dicho, si quería avanzar hacia el oeste tenía que determinar aunque sea un punto cardinal. Bajo ningún concepto iba a intentar bordear aquella ilustrativa, pero imponente montaña de blanca cúspide, para dar nuevamente sentido a sus dos antiguos puntos de referencia. La casualidad había marcado nuevamente su

camino y él no tenía pensado contradecirla tratando de volver el tiempo atrás.

Se paró sintiéndose de maravilla y, luego de un frugal desayuno, emprendió la marcha dando la izquierda al pico blanco y olvidándose del gris; asumiendo que, si estaba del otro lado del pico nevado y todavía podía ver el ceniciento, este último ya no marcaba hacía donde era el este. En la dirección que llevaba, contigua a la colina en la que despertase y plenamente unida a ésta, había otra ligera ascensión de terreno que le ofrecería una mejor vista de qué le deparaba su nuevo camino. Al llegar a la cima pudo ver al pie del gran monte una vista totalmente inesperada; había allí una gran planicie encerrada por colinas, y en la planicie, había un modesto grupo de pequeñas granjas. El pequeño parche de civilización le pareció a Gerug una noticia estupenda, no sólo podría encontrar gente con quienes conversar, si no que podría obtener direcciones de donde estaba y hacía donde se dirigía. Más aún, tal vez lograse entender un poco cómo era que había terminado en este lado del pico blanco.

Mientras iba bajando la pendiente en dirección al poblado empezó a notar que, de cerca, la vista no era tan prometedora como de lejos; las granjas parecían estar completamente abandonadas, las construcciones sucumbían al paso del tiempo y los campos estaban acaparados por hierbas y plantas salvajes que creían a su antojo. Tampoco parecía haber allí ningún animal de forraje o domestico, aunque sí se podían ver implementos y maquinaria aptos para la actividad agrícola. Parecía como si todo hubiese sido dejado allí a la espera de un retornó que nunca se había concretado. Acercándose más y más al asentamiento el sagaz peregrino comenzó a perder las esperanzas; no podía saber que era ese lugar o por qué parecía estar abandonado, pero definitivamente estaba abandonado, seguramente no habría allí nadie para recibirle.

A la mitad de su trayecto, cuando el viajero ya había aceptado que no encontraría allí más que refugio nocturno, pudo ver en el extremo norte del poblado, antes oculto por los cerros cercanos, una pequeña chacra que sí parecía estar en actividad. El terreno de la granja se recostaba sobre la ladera de una montaña y estaba desnudo como si hubiese sido recientemente cultivado. En la parte más alta descansaba una casa lo suficientemente grande como para tres o cuatro personas, y alrededor de la misma entretenían sus días una veintena de cabras. La casa estaba claramente habitada, por lo que Gerug torció el camino y se dirigió directamente hacia allí. En el camino pudo ver cada tanto pequeñas trampas, que parecían haber

sido escondidas entre las plantas del suelo, y luego dejadas al descubierto por el paso de vientos fuertes o animales demasiado grandes para ellas. Ya más cerca de la granja, el viajero incluso se tropezó con numerosos de estos cepos. Evidentemente diseñadas para presas de mucho menor porte que su corpulencia, las trampas se cerraban con fuerza pero sin efecto alrededor de su calzado siendo poco más que una molestia. Algunas eran acompañadas por pequeños estruendos, con campanas u otros ingeniosos dispositivos sonoros destinados a alertar del accionamiento de la trampa; aunque de momento no parecía haber nadie prestando atención porque, hasta llegar a la entrada de la chacra, Gerug debió accionar más de veinte trampas sonoras sin que nadie se diese por enterado de su presencia.

Una vez cruzado el umbral de la granja y recorrida en su totalidad la extensión de su campo, el esperanzado viajero se encontró a la puerta de la pequeña casa; llamó con fuerza a la campana y saludó en voz alta a quien fuera que habitase aquella morada. Inmediatamente escuchó movimientos del otro lado del portal, y luego de unos instantes una voz enérgica pero añosa llegó desde el interior.

–¿Quién anda ahí? –preguntó el ocupante de la morada.

–Hola –respondió el entusiasmado visitante–, mi nombre es Gerug, soy un viajero que pasa por sus tierras y ya que usted parece ser la única persona en éstas por muchos kilómetros, me gustaría sentarme a charlar un rato antes de continuar con mi marcha.

–¿HE DICHO QUIÉN ANDA AHÍ? –insistió rabiosamente la voz dentro de la casa– Se creen muy graciosos ¿no? Enseguida buscó mi ballesta y salgo a mostrarles cuanta risa me dan.

–No, no por favor –se apresuró a decir alzando la voz el confundido peregrino–. Le digo que me llamó Gerug, soy un viajero, solo quiero conversar.

–¿Comerciar? ¿Acaso no ve que es invierno? No tengo nada que vender, ni hay nada que necesite comprar.

–¡CONVERSAR, CONVERSAR, QUE QUIERO CONVERSAR! –comenzó a desesperarse Gerug.

–Ahh, bien. Bueno ¿Por qué no? Ya le abro.

Desde el interior de la casa comenzó a surgir una extraña procesión de sonidos. Quien fuera que estaba allí adentro parecía estar deambulando de a un lado a otro revolviendo todo en la casa, en todo momento murmurando para sí mismo Dios sabe qué. Luego de algunos momentos se lo escuchó claramente proclamar "¡Ajá!". Después, esporádicamente se le escuchaba reír, en voz baja pero lo suficientemente fuerte como para rastrear su posición en la morada; en

vez de acercarse a la puerta, las risas parecieron dirigirse a la parte posterior de la morada donde se escuchó otra puerta que se abría, un insulto y a varias cabras salir despavoridas. Las risas luego bordearon la casa hasta detenerse justo antes de doblar la última esquina y aparecer donde Gerug pudiese verlas.

–¡Te agarré!

Desde un lado de la casa Gerug vio descubrirse con un salto a un anciano. Encogido por los años tenía una larga, acicalada y frondosa cabellera blanca que se entremezclaba con su frondosa, acicalada y larga barba blanca. Tenía también una gran ballesta, la cual apuntaba directamente a las espinillas del fascinado visitante, y una expresión severa que rápidamente fue mutando en incomprensión, mientras la mira de su arma recorría la longitud del cuerpo de Gerug y concluyó en desencantó, cuando la punta de la flecha se alineó finalmente con el rostro del hombre a la puerta.

–Otra vez será, supongo –dijo el anciano con cierta resignación bajando su arma– ¿Quién eres y qué quieres?

El destinatario de aquella pregunta tomó aire intentando inútilmente comprender la situación, exhalo, y comenzó nuevamente a explicarse.

–Me llamó Gerug, soy un viajero que está cruzando las montañas. En mi paso noté que su casa estaba habitada y vine a saludarlo; y tal vez pedirle algunas indicaciones antes de reemprender mi marcha.

–Así que eres un viajero que, *en pleno invierno*, ha decidido cruzar, *solo*, las montañas, en vez de usar los muchos y transitados caminos que las rodean. Y ahora has decidido detenerte aquí sin más razón que la de *conversar* conmigo –a cada momento el anciano se afanaba de exagerar el tono incrédulo de su voz– ¿Realmente crees que voy a tragarme esa chafarrinada?

–Bueno… sí –respondió Gerug tras otra pausa a boca abierta– ¿Qué más podría ser?

–¿Un mentiroso? ¿Un pillo? Un paparulo que piensa que puede ser más zorro que este viejo y despierto zorro. O tal vez eres uno de esos elfos ladinos jugándome una treta –apenas dijo eso volvió a levantar su ballesta y apunto directamente a las piernas del visitante mientras lo miraba penetrantemente a los ojos.

Gerug intentó responder abriendo la boca pero no había allí palabra alguna para ofrecerle al granjero. Cerró la boca y sus ojos se desviaron de su interlocutor para recorrer el perímetro de sus cuencas, desde el extremo superior izquierdo hasta el inferior izquierdo, y de vuelta al

anciano. Lo miró directamente al viejo y elevando el labio inferior se encogió de hombros.

–Está bien, está bien –rompió el silencio el dueño de casa bajando nuevamente su arma–, puedes pasar. Pero ni por un suspiro pienses que puedes ocultarme lo que te traes entre manos.

La casa era bastante pintoresca, la decoración parecía mostrar que, a lo largo de sus años, el anciano había tenido gustos cambiantes y encontrados, y en la actualidad se negaba a abandonar las expresiones acumuladas de ninguno de ellos; enfrentando gallardamente la insalvable tarea de combinarlos. En todos lados se veían pequeñas pilas de desorden que, probablemente, no habían estado allí antes de que el granjero buscara apuradamente su vieja ballesta.

–Siéntate, traeré algo de te –invitó el anciano y se encaminó hacia la concina.

–Muchas gracias ¿Sabe? todavía no me ha dicho su nombre.

–¿Qué? –se escuchó desde la concina.

–Qué no sé cómo se llama –insistió Gerug.

–¿QUÉ?

–¡Tu nombre, tu nombre, no sé cómo te llamas! –el paciente viajero comenzó a comprender que la conversación demandaría tiempo, energía y pulmones.

–Me llamo Hermenegildo Zu, he vivido y cultivado en este valle toda mi vida, deje de contar cumpleaños en el número setenta y tres, y puedo asegurarte que no existe ni existirá jamás hombre alguno que conozca mejor estas montañas –se presentó elegantemente Hermenegildo desde la concina, donde parecía trabajar afanosamente– ¿Y tú? ¿Quién eres extraño?

Gerug se detuvo un minuto en la pregunta, dudando de si el granjero pedía más datos de los que ya tenía; estaba poniendo a prueba al visitante para ver si de alguna manera contradecía su historia original; o si llanamente había olvidado que ya sabía su nombre. Sin embargo la pregunta, en ese ambiente cálido y hogareño, daba pie para que el alegre peregrino desempolvase la introducción que puliese a espejo en sus días de camarero. La presentación era concisa pero abarcativa, mencionando (e invitando a preguntar) distintos sucesos y episodios de la vida del viajero, antes y después de hacerse al camino. Puede que la presentación fuese concisa, pero lograr que cruzase los antiguos y cansados oídos del viejo, requirió de abundantes sonoras repeticiones y clamorosas reinterpretaciones. Aún así el humor de tranquilo invitado mejoraba momento a momento;

disfrutaba contar su historia y había sido dotado de una paciencia casi inagotable.

–Mmm… –dijo el anfitrión mientras traía dos grandes y humeantes tazas hasta la mesa– Yo si fuese tu no me fiaría demasiado de esa piedra; se aburren con facilidad ¿sabes? Después de todo, los pumas no te encontraron hasta que tú encontraste la roca.

–Pero me alertó de que venían, si no fuera por eso no hubiera escapado.

–Mmm… Bebe tú te –dijo el hombre mientras empujaba la taza hasta las manos del visitante con un extraño brillo en sus ojos.

–Gracias.

Gerug tomó la taza con la mano y la acercó a su rostro para beber el humeante contenido. Antes de alcanzar su boca, el vapor que manaba del cuenco hizo contacto con las mucosas nasales y los globos oculares del desprevenido comensal, incinerando unas y derritiendo los otros. El viajero soltó la taza que cayó en la mesa sin derramarse, y se alejó de ella con silla y todo, soplando violentamente por la nariz al tiempo que sacudía en desesperación la cabeza y se revolvía imprudentemente los ojos con las manos. Un terrorífico instante después el sufrimiento comenzó a ceder, y el cerebro de Gerug pudo comprender que un trapo húmedo con un olor salado, estaba siendo restregado por su cara, llevándose consigo el paralizante ardor. Cuando recuperó un poco más la sensibilidad al mundo externo, el sufrido hombre se percató de que el trapo era blandido por el anciano que estaba a su lado dando unas contenidas (no mucho) y agudas risotadas.

–Parece que no te gustó –le dijo cuando el corazón de Gerug volvía de zumbar a latir– ¿Sabes? A los elfos les encanta ¿Quieres más? –ironizó el sonriente y satisfecho granjero– Es te de lechuga veloz. Yo la cultivo y vendo; lo he hecho toda mi vida. Y habrás comprobado que la mía es la más *veloz* del Reino.

–¿Quiere decir que hay gente que consume esta tortura? –indagó el incrédulo viajero.

–Bueno, si y no –comenzó a responder el jovial anciano y dio un largo sorbo a su taza, relamiéndose los labios–. La gente usa un extracto de la lechuga que evita que se pudra la carne y, si se mezcla con ciertas arcillas, ayuda a bajar la fiebre.

–¿Y con ese extracto se hace este demoniaco te?

–No, no, sólo los elfos de madriguera saben cómo preparar el extracto. O eso dicen ellos. El te lo hago hirviendo las hojas de la lechuga pero casi nadie lo toma así. La mayoría son blanditos como tú –dijo terminándose su taza de un sopetón cual niño que desafía a su

interlocutor–. Por eso te lo serví, para asegurarme de que no fueses uno de esos taimados elfos tratando de robarte mis lechugas.

–¡Pero si te saco más de una cabeza! Los elfos son pequeños, "de madriguera".

–¿Qué?

–¡Que soy muy alto!

–¡¿QUÉ?!

–¡BAJOS, QUE ELLOS SON BAJOS!

–Eso *tal vez* sean –aceptó con severidad el viejo–, pero también son muy pillos, usan sus trucos mágicos para engañarme y llevarse mi cosecha.

–Tu campo está vacío, no tienes donde guardar la cosecha. Evidentemente la habrás vendido. Ya no hay qué robarte.

–Obviamente tengo reservas desecadas. Aunque claro que para llegar a ellas deberían entrar en la casa –tras decir esto el anciano cayó en un silencio, y empujó su labio superior con el inferior mientras clavaba sus desconfiados ojos en el visitante.

–A decir verdad siempre he querido ver un elfo de madriguera –comentó el reanimado caminante ya sin ardor en la cara–. He escuchado muchas descripciones distintas de cómo son.

–Bueno, yo en realidad nunca he visto ninguno –confesó el dueño de casa–, pero eran muy comunes cuando era chico; la gente siempre hablada de ellos.

–¿"Gente"? –se olvidó Gerug por un momento de los elfos– He notado que es usted el único por aquí pero que hay muchas granjas abandonadas.

–Sí, sólo quedo yo –dijo el hombre como para sí mismo, haciendo una pausa durante la cual su voz y sus ojos envejecieron tanto como su viejo cuerpo–. Durante la última revolución el Señor del Este apostó aquí algunas de sus tropas; sus soldados tomaron lo que necesitaban, luego lo que querían y luego todo lo demás. Sin nada de que vivir, la gente que quedó luego de la guerra tuvo que huir del hambre y la desesperanza. Sólo yo quede porque los hombres del Señor no soportaban el sabor de mis lechugas. Nadie ha vuelto aún, espero estar aquí cuando lo hagan.

Todo quedó en silencio, ambos hombres desaparecieron del mundo y se sumieron en un millar de recuerdos y reflexiones. Luego de algún tiempo Gerug volvió a la mesa, y viendo al anciano habló:

–Así que elfos –dijo colectando la alegría que le quedaba– ¿Quién lo diría? Siempre entendí que, a diferencia de sus primos de mayor porte,

eran habidos de la compañía de la gente y, por lo general, bastante honestos.

–¡"Honestos"! Sí claro –recuperó la vitalidad el cultivador de lechugas–. Puede que en el Norte; los de aquí son puros confabuladores. Te despiertas a la mañana y se han llevado dos o tres lechugas. Dejas el azadón a la mano y te los esconden en otro lado. Pones el agua a hervir y te apagan el fuego ¡Hasta se llevan las brasas!

–Robar las lechugas puede ser pero ¿Por qué harían esas otras cosas?

–¡Para jorobar! –remarcó lo obvio el viejo– ¿Para qué más? Son así, se aburren y vienen aquí a embromar ¡Pero a mí no, eh! Yo soy más vivo que todos ellos, he puesto trampas que hacen ruido por todos lados; suenan a penas se acercan.

–Pero ¿Tú escuchas las trampas?

–¿Qué?

–¡Qué si escuchas las trampas!

–¡¿QUÉ?!

Gerug dejó escapar un largo suspiro y dijo para sí mismo:

–Qué remedio.

–No, no es un remedio –retomó la charla el anciano–. El remedio es mi ballesta, las trampas me avisan que es el momento de buscarla.

–¿Sabe? Por el camino vi muchas trampas accionadas o fuera de lugar –buscó más charla el visitante– ¿Hace mucho que no sale a reponerlas?

–¿Reponerlas, eh? –los ojos del anciano fulguraron intensamente– Tal vez debería. Sí, tal vez debería salir de la casa e ir a revisarlas. Bueno, puede ser. Si no te molesta debo excusarme un momento.

Tras decir esto el viejo se levantó de la mesa y, sin sacar la vista un segundo de Gerug, salió por la puerta trasera. Se lo escuchó forcejear y refunfuñar por unos segundos y luego, rodear la esquina de la casa arrastrando algo antes de volver a entrar por la puerta trasera. Al ingresar en la morada tenía la cara roja y parecía algo agitado, aún así, se sentó a la mesa como si nada y continúo hablando.

–Así que vienes del Sur –dijo– ¿Y viviste allí toda tu vida?

–Bueno, más o menos –comenzó a responder animado el viajero anticipando la anécdota–. Verá, en mi juventud…

–¿Sabes? –le interrumpió apresuradamente el granjero– Después de preparar el te queda poca leña para el fuego ¿Te molestaría salir a buscar un poco?

–¿No acaba de salir usted al cobertizo?

–No.

–¿No?

–NO.

–Bueno, sí. Con mucho gusto traigo.

Gerug se levantó para salir a buscar la leña, una vez afuera de la casa escuchó lo que le parecieron pasos acercándose a la puerta y un leve crujido. Caminó hasta el cobertizo que estaba muy cerca de la casa, y notó que toda la leña había sido colocada en una repisa bastante alta, que él apenas alcanzaba con los brazos extendidos. Mientras miraba en derredor, buscando una escalera o un banco al que subirse, escuchó desde la casa unas picaras y agudas risitas. Miró hacia atrás y las risas se detuvieron; sólo pudo ver la puerta ligeramente entreabierta. Se volvió nuevamente y las risitas retornaron. Fue hasta los leños y alzando los brazos tanto como podía tomó un par. La risa se interrumpió con una apagada expresión de fastidio y un ligero portazo.

–Aquí tiene –dijo Gerug al volver a la casa entregándole los leños al anciano que parecía un tanto molesto.

–Gracias –expresó con sequedad el otro.

–Estaban un poco altos y no pude encontrar la escalera. Casi no los alcanzo.

–Bueno, afortunadamente *tú* eres alto –respondió con suspicacia el anciano, y agregó en voz baja–. O eso aparentas.

–¿Sabe? Ya que traje los leños, tengo algunas raciones que saben mucho mejor cocidas. Si me presta su concina puedo preparar suficiente para ambos.

–¿Qué?

–¡QUE SI ME PRESTA SU COCINA PUEDO PREPARAR EL ALMUERZO PARA AMBOS!

–¡Bien, bien! Escucho, escucho. No es mala idea, cocina nomas.

Así, Gerug se retiró a la cocina donde preparó un pequeño estofado con algunas de sus raciones, y tubérculos y especias silvestres que había ido recogiendo por el camino. El estofado sabía muy bien y pareció desaparecer las últimas desconfianzas del viejo, que insistió (muy a pesar de Gerug) en espolvorearle un poco de machacado de lechuga veloz disecada. El ardor del estofado resultó ser infinitamente más soportable que el del té, permitiéndole al visitante hablar durante el almuerzo. Ambos hombres lo hicieron animadamente discutiendo hasta bien entrada la tarde sobre piedras, cascadas, montañas blancas y grises, ñus pardos y elfos. Sólo por un momento se abordó la cuestión del Reino y sus noticias pero Gerug, viendo el efecto que el tema tenía

sobre el anciano, lo cambio rápidamente a los follejos verdes y sus misterios.

–Creo que es hora de retomar la marcha –dijo finalmente el peregrino–, pero estoy un poco confuso de hacia dónde. Venía marchando en dirección oeste pero ahora no estoy muy seguro de hacía donde sea eso.

–Es hacía allá –explicó el granjero con su dedo–. El pico gris que venías usando de guía no se ve desde aquí pero el blanco sí. Tal vez te convenga ir hacia el oeste siguiendo el valle que está del otro lado de aquella colina. Allí hace un gran codo y sigue derecho a la derecha del pico nevado; así es difícil perderte y en un día o dos llegaras a Cuenquillos. Un poblado en la ladera del valle donde podrás preguntar de nuevo hacia donde es el Oeste.

–Muchas gracias –dijo Gerug y se encaminó a la puerta. Tras cruzarla agregó–. Ha sido un placer conocerle, gracias por todo.

Extendió el brazo y apretó la mano del anciano, luego se dio la vuelta y se encaminó hacia el valle. Antes de concluir su primer paso, el granjero le dio una pequeña patadita en la pierna a la altura del muslo. Ni bien la sintió el viajero se dio la vuelta.

–¡Qué no soy un elfo! –dijo con un buen humorado hartazgo– Ni uno, ni dos, ni tres.

–Te creo, te creo –aceptó entre chillonas risitas el viejo.

***

Hacia el oeste, el valle se mostraba particularmente enrevesado a los ojos de Gerug, mientras descendía la colina desde la casa del anciano hasta la gran explanada. El viajero miraba el valle atentamente tratando, por un lado, de decidir si sería mejor caminar por el lecho seco del rio, o avanzar en línea recta subiendo y bajando las seccione montañosas que irrumpían en el cauce. Por otro lado, sentía la necesidad de no posar la vista en el conjunto de granjas abandonadas delante suyo; el paraje ya no le resultaba solitario, si no desolado. Al observar esas casas maltrechas se veía invadido por una sensación de vacío interior, como si su ser se ahuecase y amenazase con colapsar sobre sí mismo. La sensación retrocedía al pretender ignorar las granjas y concentrarse en la lejanía imperturbable; por ende lo hizo tanto como pudo. Una vez en el antiguo asentamiento, caminando por el que alguna vez fuese su camino principal, el entristecido peregrino clavó los ojos en el suelo y apretó la marcha,

intentando transportar su mente al futuro, lejos de donde se encontraba ahora.

En un primer momento habiendo salido ya de la explanada, apurado por sus entrañas, decidió cortar camino a los embrollos del valle, subiendo y bajando las laderas para avanzar en línea recta. Pero luego de algunos minutos por las montañas, el apremio por avanzar comenzó a ceder, y el caminante volvió a prestar atención a lo que lo rodeaba y a disfrutar de un paso más contemplativo. Así, abandonó la penosa tarea de subir pendientes acaparadas por la terca vegetación, y caminó con gusto las idas y vueltas del rio por su suave lecho que, si bien era bastante pedregoso, estaba formado mayormente por pequeñas piedras y guijarros, que se empacaban ordenadamente formando un suelo compacto y fácil de caminar. En las márgenes del cauce una buena parte de las laderas se veían lisas, como pulidas, y con poca vegetación; por ello Gerug intuyó que el rio no estaba seco durante todo el año e incluso, calculó que durante la temporada de lluvias sería de gran caudal.

Camino así por dos días y una noche. Si bien su paso era nuevamente liviano y alegre, la charla con el granjero había tenido algo de efecto en el viajero. Ya no se sentía tan *solo* como antes por las montañas e inclusive, a veces, casi juraba estar siendo observado; lo que le generaba sentimientos encontrados. Durmió un poco intranquilo y se escondió para hacerlo, abrazando con fuerza su morral durante la noche. Sin embargo, al despertar y ver que nada había ocurrido mientras dormía, y que todas sus pertenencias permanecían allí con él, no pudo evitar sentirse un poco decepcionado. Las palabras del anciano habían encendido su imaginación y esperaba (sin aceptarlo) alguna que otra sorpresa más que las montañas, de momento, se negaban a darle.

Cerca de caer la noche del segundo día desde que abandonase la casa del anciano, y bajo una copiosa lluvia, por entre el zigzagueo del valle le pareció ver los techos de algunas construcciones. La luz abandonaba rápidamente el valle calado entre altas montañas, por lo que era difícil distinguir si, aquellas visiones eran realmente edilicias, o un mero producto de la creatividad de las sombras. No obstante, al acercarse un poco más, pudo ver nacer por el contorno izquierdo de la ladera montañosa, resplandores naranjas quebrando la creciente oscuridad. Definitivamente había allí un poblado, recostado en la montaña saludando a la noche lluviosa. Ese debía ser Cuenquillos, el lugar que el anciano le había indicado y donde Gerug espera encontrar

un lecho, mullido y acogedor, donde recostarse y dormir el sueño profundo, que no se puede dormir a la intemperie.

Ya extinto hace rato el último rayo de sol, el caminante llegó finalmente al pie del poblado y pudo ver, iluminadas por prolíferos faroles, una gran cantidad de casas pequeñas, interrumpidas aquí y allá por opulentas construcciones altas y sin ventanas. Las casas eran todas de color naranja o celeste, sin obedecer ningún patrón apreciable, y todas las edificaciones mayores se vestían de ocre. Luego de estudiar el pueblo por un rato, Gerug se percató de una inesperada dificultad que se oponía a sus planes de descanso; la pequeña ciudad no llegaba al pie del valle, comenzaba cuatro o cinco metros por encima del lecho seco. Para peor, la ladera de la montaña entre el poblado y el suelo era groseramente escarpada, casi vertical, y con pocas salientes a las que asirse. Seguramente, razonó el cansado y mojado viajero, habría más adelante algún acceso al poblado; sólo era cuestión de encontrarlo, por lo que echó a andar. Llegó al otro extremo de Cuenquillos sin ver ninguno, no había escaleras ni pendientes que otorgasen entrada al colorido asentamiento. Pensó entonces que tal vez el acceso estuviese aún más adelante, en algún lugar donde la ladera volviese a encontrarse con el llano de una manera más cordial, y continuó su caminata. Varias horas avanzó sin ver nada que siquiera anunciase, que la pared de roca fuese a terminar alguna vez. Refunfuñando, se aseguró a sí mismo que no sería vencido por la adversidad, y se dispuso a escalar la indiferente roca.

La tarea no fue para nada sencilla; la piedra era lisa, con pocas salientes de las cuales asirse, para ejercer la fuerza necesaria como para elevar la humanidad del peregrino. En varias ocasiones, alguno de sus miembros cometió la imprudencia de tirar o empujar del cuerpo de Gerug antes de asegurarse un asidero firme, debiendo tantear desesperadamente las superficies próximas en busca de auxilio que impidiese el aparatoso desplome de su dueño (rara vez con éxito). Aún así, después de varios intentos y varios porrazos, el inexperto escalador logró salvar la pendiente. Al alzarse del lado superior de la pared de roca su cuerpo olvidó por un momento el dolor de sus recientes fracasos, y su corazón se llenó de alegría ante la culminante victoria. Mas la algarabía duró sólo un instante, ya que su mente, que hasta ese momento había callado, le hizo notar a las otras dos partes de su ser que habían ascendido la pared, varias horas al oeste del fin del poblado, y que ahora debían transitarlas por la difícil ladera. Su cuerpo gimió y su corazón visitó sus talones.

No era hombre de desesperarse fácilmente y, habiendo emprendió el regreso, recobró los ánimos, y a poco de que concluyera la lluvia, volvió a fantasear con dormir en una cama por primera vez en muchas lunas. Para cuando alcanzó el poblado, la noche estaba ya muy entrada y temió no ser recibido en las posadas del lugar. Si bien la posada de las tres esquinas tenía una campanilla en la parte de atrás (a la derecha de la ventana de su habitación), colocada en ese extraño lugar, justamente para dar opción a los visitantes tardíos de obtener entrada a cualquier hora de la noche, no había razones para esperar que las posadas del pueblo de la ladera, fuesen tan benévolas como aquella con quienes no respetaban la castidad de la noche.

El pueblo tenía calles y callejuelas, algunas se intersecaban en forma perpendicular y otras en ángulos mucho menos prácticos o comprensibles. La mayoría de las que cruzaban el pueblo del sur a norte, siguiendo la pendiente de la ladera, eran amplias y rectas invitando a ser transitadas; mientras que aquellas que seguían la dirección del valle eran más bien angostas, con caprichosas curvas e iluminadas esporádicamente por alguna solitaria farola. Luego de algunos fríos minutos de deambular por el poblado, Gerug escuchó un monotónico y cansado pregón que le prometió ayuda.

–Las tres y todo sereno.

Era evidentemente un sereno. Una costumbre que había caído en desuso allá en el Sur de donde era Gerug, pero que parecía mantener su vigencia en este escondido pueblo de montaña. El viajero decidió caminar hacia el sonido, pero en ese preciso momento estaba en la intersección de, ni más ni menos, seis callejuelas. Para peor, mirando por los distintos pasajes se podía ver que ninguno era recto, tornando imposible saber a dónde acabarían. En un arranque de desesperación, el viajero eligió un camino al azar y corrió raudamente por él, sólo para encontrarse, una centena de pasos más allá, con un muro elevando de color marrón que impedía su avance. Volvió atrás hacia telarañosa intersección y, mientras intentaba nuevamente elegir dirección, escuchó:

–Las tres y cuatro minutos y todo sereno.

–¿Las tres y *cuatro* minutos? –pensó para sus adentros.

Sí bien el sonido anunciaba que el sereno todavía estaba en la vecindad, ecos del mismo llegaron por varias de las callejuelas ante las que se encontraba el confundido caminante. Había tres opciones más o menos claras; por una de las callejuelas el sonido había llegado con más fuerza y claridad; luego había tres pasajes, uno al lado del otro, por el que la voz había llegado al unísono; y por último, había una calle

algo más amplia que las demás por donde Gerug creía haber escuchado al sereno, pero que estaba en el extremo opuesto a las otras cuatro. Luego de meditarlo un segundo, sin tomar decisión alguna, se lanzó instintivamente (o tercamente) por la misma callecita que había elegido la primera vez. Una vez de nuevo en el muro marrón lo escaló casi sin detenerse a pensar en ello. Desde lo alto del muro inclinó ligeramente la cabeza, cerró los ojos y esperó en silencio durante una eternidad.

–Las tres y diecisiete minutos y todo sereno –anunció la voz burlándose de las convenciones.

Desde la cima del alto muro, Gerug pudo identificar la fuente sonora. Si bien ecos de la misma llegaron de distintas direcciones, antes que ellos llegó la voz con claridad, directamente al frente del escucha. Al abrir los ojos y mirar hacia el sonido, el victorioso peregrino pudo ver un tenue resplandor que, a diferencia de los demás que iluminaban la noche pueblerina, se movía lentamente por la calle. Sin preocuparse por el descanso de quienes pudiesen habitar el edificio ocre cuya pared había escalado, Gerug se lanzó a la carrera por su techo. Del otro lado de la estructura, mapeo rápidamente las vías entre él y la luz y descendió hasta la calle (mitad del camino por la pared y la otra mitad por el aire), y se encaminó hacia aquel escurridizo sereno.

Su plan tuvo éxito, girando una esquina pudo ver claramente al hombre que caminaba lentamente sosteniendo su farol. A pesar de que los pasos del peregrino resonaron por toda la calle al acercarse al sereno, éste sólo pareció percatarse de la presencia del visitante nocturno al ser saludado.

–Buenas noches –inició la charla Gerug–, acabó de llegar al poblado y estoy buscando donde pasar la noche ¿Podría usted ayudarme con eso?

El sereno se detuvo y miró largamente al extraño, al punto de provocarle cierta incomodidad. Luego de inspeccionarlo cuidadosamente dijo con la misma monótona voz con la que pregonaba la serenidad de la noche:

–¿Cuándo dices que llegaste?

–Recién, menos de una hora.

Nuevamente el sereno se sumió en un estudioso silencio antes de preguntar:

–¿Y qué dices que buscas?

–Lugar donde dormir, alguna posada preferentemente –respondió el visitante con una voz que imitaba involuntariamente el tono plano de la del sereno.

Otro silencio, pero esta vez el sereno transitó todo el silencio con los ojos fijos en los de Gerug.

–No hay muchas por aquí –informó–, y la única que te recibirá a estas horas es Posada Cuenquillos.

Luego transmitió una serie de precisas instrucciones de cómo llegar y, sin esperar agradecimiento y sin saludar, continuo su camino. Le tomó algunos segundos al peregrino romper el embrujo de aquella melancólica figura, pero finalmente sacudió la cabeza y comenzó a caminar. Mientras lo hacía escuchó a sus espaldas al sereno pregonar a viva voz, pero sin jamás cambiar el tono de su locución.

–Las tres y treinta y ocho minutos, y un extraño camina las calles del pueblo. El aliento le huele a lechuga veloz y vino caminado por el valle. Por alguna razón trepó la pared del valle en vez de usar la escalera. Parece que viene de Aguas Rosas, donde fue mozo de posada, yo diría que las tres esquinas o Posada Vieja, pero no es de allí. Anduvo perdido por los bosques del camino entre Este y Oeste. Y antes de eso vino del Sur, de donde probablemente es, criador de cerdos o algún otro trabajo de campo. Es inofensivo.

Gerug había detenido la marcha y miraba en dirección al sereno, incrédulo, con la boca entreabierta y los ojos cada vez más grandes. Finalmente dijo en voz alta "¿Escalera?", se encogió de hombros y volvió a encaminarse hacia la posada, poco creativamente bautizada Cuenquillos. Llegó sin más problemas (las instrucciones del sereno parecían haberse grabado a fuego en su mente) y, aún antes de alcanzar la puerta, vio que allí lo esperaba un muchacho joven de no más de quince años con cara somnolienta.

–Vamos, vamos, hombre –dijo el muchacho–. Que no pienso esperarte toda la noche.

–Hola, buscó lugar donde pasar la noche –explicó el cansado caminante con una sonrisa.

–Y sí, aquí telares no vendemos –respondió el mozo, e indicó al confundido visitante que entrase en la mesón.

Pidiendo silencio con el dedo sobre los labios, el joven llevó a Gerug hasta una de las habitaciones, señaló una cama y lo saludó con un mínimo ademán y una sonrisa. Casi sin sacarse las ropas húmedas, el nuevo huésped apoyó la cabeza sobre la almohada y se quedó profundamente dormido.

***

Despertó cerca de las siete de la mañana y soltó un suspiro de fastidio. Le molestaba no haber descansado más y contempló la posibilidad de quedarse allí tirado un bueno rato. Sin embargo el enigmático pueblo, con sus casas todas naranjas y celestes, y sus caprichosas calles, clamaba con fuerza por ser recorrido. Finalmente el viajero se levantó y realizó sus aseos matinales. Luego, saludando a tanta persona como se cruzaba, se dirigió al salón principal donde tenía pensado desayunar larga y plácidamente. Al llegar allí vio al mismo joven de la noche anterior atendiendo las mesas con celeridad y presteza. Lo saludó con un ademán, y se sentó a una mesa cerca de una de las ventanas.

–Hola ¿durmió usted bien? –le preguntó el muchacho acercándose a la mesa.

–Espléndidamente, gracias –respondió con sinceridad el parroquiano– ¿Cómo te llamas muchacho?

–Carlo, señor, a su servicio.

–Bueno Carlo, es un gustó conocerte –dijo Gerug animado–. Yo me llamó Gerug y quiero que me traigas todo lo que haya a disposición para desayunar, y apreciaré largamente generosidad en las porciones.

–Enseguida señor.

Animado por las expectativas de nuevas cosas por conocer, Gerug pasó prácticamente toda la mañana desayunando y conversando con Carlo y algún que otro comensal, sobre el pueblo, sus calles, sus colores, su sereno y, sobre todo, su acceso desde el valle. Todos hablaban, como si fuese una obviedad, de una escalera que daba entrada al poblado desde el valle; insistían en que era imposible de pasar por alto y se reían con ganas ante la incredulidad del viajero, de su recuento del rastreo del sereno y, en especial, de su recuento de los intentos fallidos de escalar la ladera. Esto no pareció desanimar o fastidiar al ávido caminante que decidió hacer del borde del pueblo, donde supuestamente residía la dichosa escalera, la primer parada de su exploración del lugar.

Llegar hasta el límite con el valle fue verdaderamente simple. Si bien los pasajes que cruzaban el poblado de este a oeste eran de lo más intrincados, aquellos que lo hacían de norte a sur eran en extremo sencillos de encontrar y seguir. Eran amplios, rectos y lisos como el horizonte, y su pendiente dejaba en evidencia imposible de ignorar hacía donde estaba el valle, y hacia donde la cima de la montaña. Así llegó sin contratiempo alguno el visitante hasta el borde norte del pueblo, donde éste lindaba con el valle.

Una calle angosta cruzaba toda la frontera de Cuenquillos y estaba delimitada, del lado del valle, por una pequeña muralla de piedra de no más de un metro de altura. Gerug miró hacia una punta y hacia la otra, y no pudo ver en ningún lado, que el tabique se interrumpiese para dar lugar a la esquiva escalinata. Rascándose la cabeza, decidió recorrer toda la callejuela, asumiendo que el acceso al pueblo que buscaba debía estar algo escondido a la vista. Caminó primero hasta el extremo este del pueblo, donde el cerro subía de forma muy empinada interrumpiendo abruptamente la pequeña urbe, para luego caminar la extensión completa del límite del poblado con el valle. Regularmente durante su caminata, se asomaba lo más que podía más allá del muro, para comprobar si esta mítica escalera no pasaba por debajo de la calle, cual si fuese un túnel. Al llegar al extremo oeste del poblado, no había logrado obtener si quiera atisbos de lo que buscaba; por un momento sintió que la gente de la posada le había tomado el pelo pero, antes de abandonar la búsqueda, decidió consultar con algún transeúnte local.

En todo su recorrido por la calle limite no se había cruzando con absolutamente nadie, cosa que no era particularmente extraña, ya que en esa callejuela no había absolutamente nada. Por ello volvió a ascender por una de las calles amplias hasta poder ubicar, varios cientos de metros más arriba, alguien a quien preguntarle. La persona lo miró muy raro cuando Gerug le explicó que no podía encontrar la escalera y le insistió varia veces que estaba allí abajo, cerca del centro del poblado y que era imposible de no ver. Tras otro infructuoso viaje hasta el lugar donde supuestamente se encontraba la grada, el ofuscado visitante volvió a buscar a quien preguntarle y la misma escena de antes se repitió. Intentó varias veces sin éxito, incluso pidiéndole a la gente que lo acompañase allí y le mostrase (pedido que siempre fue rechazado). Luego de muchos frustrantes minutos se dio por vencido y decidió recorrer el resto del pueblo, tomando a todos sus habitantes por locos.

El pueblo era muy pintoresco y ofrecía alguna que otra recorrida interesante para el visitante. Las casas estaban todas pintadas con tintes que la gente de la zona, obtenía al pulverizar ciertas rocas y una variedad de plantas en calderos hirvientes. Extrañamente, no eran las rocas, si no las plantas elegidas, las que determinaban el color de la pintura (todas las plantas que había visto Gerug por allí eran verdes) y, aún mas extrañamente, considerando que no había casas de colores que no fuesen naranjas o celestes, los lugareños decían que con la vegetación local podían obtener cualquier color que quisiesen.

Cuestionados por el visitante por la constancia en los colores elegido para las moradas, la respuesta era, invariablemente, “no sé, yo no la pinté”.

Las moles marrones eran de adobe, pero nadie parecía poder explicar cómo se lograba que la superficie fuese tan suave y pulida al tacto. Eran todos edificios públicos, el municipio, hospitales, baños, casas de comedia, etcétera; y ofrecían algo de entretenimiento al rocíen llegado. Así, Gerug pasó todo el día caminado por el poblado, disfrutando las vistas y deteniendo lugareños para hacer preguntas, que casi siempre obtenían respuestas del tipo “no sé”. Al acercarse el ocaso, mucho después de que el sol se hubiese escondido detrás de los cerros lejanos, el peregrino concluyó que Cuenquillos no tenía más nada que ofrecerle y que reemprendería su viaje por la mañana; después de cenar y dormir en la posada, obviamente.

Durante la cena no tuvo mucho éxito en iniciar conversaciones con los pocos parroquianos de la posada, mucho más lúgubres que los que había habido allí esa misma mañana, y se retiró a su aposento relativamente temprano. Cuando entró al salón a la mañana siguiente para tomar su último desayuno antes de abandonar Cuenquillos, decidió hacerlo en la misma mesa luminosa de la mañana siguiente. Sin embargo, antes de llegar a ella, su vista se posó en un pequeño grupo de gente que capturó por completo su atención.

–¡Juan, Larso! –dijo casi a los gritos.

En efecto, sentado en una mesa de la pequeña mesón estaban Larso Múrilo y su pupilo: Juan Pérez, autoproclamado heredero al trono.

VIII.
Caminos entrecruzados

Juan y Larso parecían algo distintos a los hombres que el viajero recordaba. Ya no se presentaban tan señoriales como antes, y parecían algo más cansados. Sus ojos aún brillaban con la misma confianza y determinación que antes, pero evidentemente el camino había sido difícil. El joven pretendiente al Trono parecía haber envejecido diez años desde la última vez que le viera Gerug, y la piel de su tutor se mostraba de un gris más blanquecino y mucho menos élfico que antes.

A pesar de que no tenían puestos ninguno de sus fragmentos de armadura (que descansaban en el piso junto a la mesa), los dos daban la impresión de ir pesadamente cargados. Parecía como si sus mismos cuerpos se hubiesen vuelto más pesados en el camino, pero también más duros y resistentes. Tal vez otra evidencia de los sinsabores de su travesía era el tamaño de su escolta; al abandonar Aguas Rosas, Juan iba acompañado de una tropa de gran tamaño que había abarrotado las calles aledañas a la posada de las tres esquinas. Sentado allí a la mesa en Posada Cuenquillos estaban sólo él, su tutor y una mujer desconocida para Gerug. Para colmo, la mujer difícilmente pertenecía a la misión de Juan, era demasiado refinada como para pensar que anduviese por allí marchando a la batalla o uniéndose a revoluciones. Parecía, incluso, fuera de lugar allí en el pequeño pueblo de Cuenquillos, con un desenvolvimiento más propio de una mujer de la gran ciudad, o para ser más preciso, una *dama* de la gran ciudad. Era muy bella, lo que no pasaba desapercibido para el resto de los clientes del lugar, pero a Gerug le pareció que una buena parte de esa belleza era premeditada y exigía un esfuerzo diario.

Todo esto cruzaba la mente de Gerug a la velocidad del rayo mientras él cruzaba el salón hasta la mesa de Juan, que fue el único del grupo que pareció reconocer al antiguo mesero. El muchacho hasta se levantó para recibirlo y le dedicó una amplia sonrisa.

–Pero si no es nada más y nada menos que nuestro querido mesero lengua larga de Aguas Rosas –le dijo extendiéndole la mano alegremente e invitándole a sentarse.

–Pero si no es nada más que Juan Pérez, nuestro excelentísimo y legítimo… –Gerug iba a decir “heredero al Trono”, pero pudo percibir la inquietud de Larso ante la proclama y cambió rápidamente de planes– amigo de la posada de las tres esquinas.

Juan pareció agradecer la corrección con la mirada y siguió hablando.

–Así que has cambiado las tres esquinas por Cuenquillos –dijo bastante animado el heredero–. Pensé que te llevabas bien con el viejo Aslo ¿Has acaso preferido el encanto de las montañas?

–No, exactamente –respondió el viajero un tanto sorprendido de cuanto recordaba de él el otro–. Yo estaba de paso por Aguas Rosas. Creo. Parte de un gran viaje que estoy haciendo. Aquí no soy empleado sino huésped, de hecho hoy mismo estoy saliendo, voy camino hacia el Oeste, quiero ver las grandes ciudades del Virreinato.

–Que coincidencia –acotó la misteriosa mujer con una suspicaz sonrisa y una encantadora voz.

–Seguramente ustedes tienen cosas mucho más transcendentales para narrar –prosiguió Gerug sin poder quitar completamente la vista de la extraña–. Cuéntenme que quiero saber, todo cuanto les ha ocurrido desde la última vez que yo les viera.

–Este no es el mejor lugar para eso –se evadió el pretendiente al Trono tratando de alivianar su voz–. Cuéntanos tú tu historia. Según recuerdo la gente de la posada de Aslo disfrutaba de tus anécdotas, y yo sólo me conozco unas pocas. Sin contar que ya no estás en aquella posada y eso es digno de contarse también.

Nuevamente, la actitud de Juan sorprendía a Gerug. El joven que Gerug recordaba tenía una disposición mucho más solemne y severa; este sentado a la mesa parecía más alegre, aún si la alegría no había coloreado su rostro hasta ver y saludar al caminante. Antes de eso a Juan se lo veía, no sólo severo como antes, sino embravecido. Evidentemente, antes de la intromisión del despreocupado peregrino, el tema de discusión había sido mucho más apremiante; y ahora Juan acogía de buen grado, la bocanada de fantasía que aportaba la aparición de este hombre, ajeno a las realidades del Reino.

El sagaz novicio juglar comprendió todo ello sin necesidad de que nadie se lo dijese y comenzó su relato. Hasta eligió comenzar su historias por el Páramo, harto lejano en distancia y en tiempo. En sus épocas de la posada de las tres esquinas, Gerug había aprendido a hacer énfasis en los aspectos más polémicos de sus historias para atrapar la atención de quienes las escuchaban, y aquí, su técnica surtía efecto. Los dos compañeros de Juan también parecieron alegrarse de poder desatender el mundo de más allá de la mesa. El joven heredero rio con fuerza y golpeó la mesa cuando el relator le dijo que había vendido los cerdos que, según él, no eran del Señor de la

Tierra sino suyos. También enardeció con la "batalla" de la Plaza Cívica y con los aunuros y los pumas.

–¿Dices que la roca que hablaba era realmente una *roca común* como cualquier otra? –preguntó con sobrada incredulidad la mujer que miró al tutor a la espera de su opinión.

–Bueno –comenzó a decir Larso rebosante de saber–, nunca he escuchado que las piedras hablen, o por lo menos, nunca lo escuché de una fuente confiable. Sin embargo, creo haber visto cosas mucho más extrañas en mis viajes. Algún día tendré que buscar ese claro en el bosque y comprobarlo yo mismo.

El voto de confianza del docto tutor iluminó la cara de Gerug.

–Así que hablan sin boca, oyen sin orejas y ven sin ojos. De ahora en más tendré que tener cuidado de que hago en presencia de *piedras* – ironizó mordazmente la mujer.

Continúo luego su historia el peregrino hasta los hechos más recientes por la montaña, siendo cauto de no mencionar la parte de los revolucionarios en la posada. Los ojos del tutor brillaron cuando Gerug contó que el viejo granjero decía que había en la zona elfos de madriguera, y rio por primera vez (sólo un poco) con el pasaje del té de lechuga veloz.

–No entiendo ¿Por qué no usaste la escalera? –preguntó Juan a llegar al arribo a Cuenquillos.

–Me gusta escalar –respondió con sequedad el viajero tras una pausa de fastidio, y luego retomó su relato– ¿han conocido ustedes al sereno del pueblo?

Para cuando terminó de contar el peregrino todas sus aventuras, ya había pasado la hora del almuerzo, y los cuatro integrantes de la mesa decidieron seguir intercambiando historias allí mismo. Intercambio que, gracias al abultado repertorio de Larso y las valerosas contribuciones de Juan, se extendió hasta la noche. La mujer participó activamente de la conversación pero nunca con historias propias. No parecía tener mayor reparo en burlarse de los demás, pero lo hacía cándidamente y sin molestar a sus interlocutores que, visiblemente, se alegraban de escuchar su melódica risa.

Justo antes del horario de la cena y en una pausa en la conversación, Larso tomó la palabra.

–Juan, ya se ha hecho de noche, es hora de partir.

–Bien –dijo el heredero.

–¿No les conviene más esperar a mañana? Está noche no hay luna – preguntó el viajero intuyendo la respuesta.

–Llevamos ya bastante atraso, no queremos perder más tiempo –respondió el muchacho como si el apuro que decía llevar, no vedase el haber pasado la tarde contando historias.

–Bueno a decir verdad yo tampoco quería pasar una noche más aquí, y todavía quiero saber que fue de ustedes en el Norte. Partiré también esta noche –anunció Gerug con más sensatez en su voz que en sus palabras.

Tras intercambiar una mirada con su tutor Juan acercó sus labios al oído del peregrino y dijo susurrando:

–Nos vamos de noche porque nos es necesario. Acompañarnos se ha vuelto muy peligroso. Será mejor que te quedes aquí.

–Que la casualidad haga que nuestros pasos coincidan no significa que yo vaya a *acompañaros* –aclaró sin susurrar el caminante–. Sigo sin tener mayor interés en tus asuntos y así se lo haré saber a quién sea que quiera escucharlo. Si es que mis pies me dan tiempo de hacerlo.

–Como quieras –concedió el heredero tras captar la sonrisa chueca de su tutor–. Nosotros partimos de inmediato, pero te esperaremos unos minutos en el extremo sur del pueblo para que vayas a buscar tus cosas.

Y con eso, Juan le dio la mano y él y sus dos acompañantes abandonaron la posada.

***

A pesar de que juntó sus cosas y pagó por el hospedaje tan raudamente como le fue posible, al llegar al punto de encuentro, Gerug pudo comprobar que el trío ya había decidido no esperarlo más y se adentraban en el bosque de la montaña. Corrió hasta ellos y dijo:

–Vaya que sí llevan prisa.

–No es tanto la prisa como el desagrado de estar quietos a la vista de extraños –explicó Larso.

–Y supongo que es ese mismo desagrado lo que los hace abandonar el pueblo por la montaña en vez del valle –adujo el nuevo miembro de la reducida tropa.

–A ti sí que no se te escapa nada –acotó Juan con una sonrisa socarrona.

–Por el momento será mejor que marchemos en silencio –interrumpió la mujer.

–¿Sabes? Todavía no sé cómo te llamas –bajo su voz Gerug.

–Anastasia. Ahora guarda silenció –erradicó la conversación Anastasia.

El grupo marchó tenazmente y en silencio toda la noche, siguiendo recorridos irregulares destinados a esconder su paso, de quienes pudiesen estar mirando ahora, o pudiesen intentar seguirlos después. Varias veces durante la apretada marcha el caminante pensó que haber elegido unirse al grupo era una mala idea, considerando seriamente decir adiós, bajar al valle y seguir su propio camino. Pero cada vez que lo hacía, sus deseos de saber que había pasado en los Montes Eternos (y el germen de una razón que elegía ignorar), le convencían de seguir adelante. Recién al despuntar el sol y detenerse a desayunar, volvieron a estar permitidas las palabras.

–Bonita noche hemos tenido –se casi quejó Gerug–. Creo adivinar que no planeamos dormir demasiado el día de hoy.

–Adivinas bien –respondió Anastasia–. No pensamos volver a parar hasta la noche, así que será mejor aproveches este descanso lo más que puedas.

–Gracias por el consejo, pero mis piernas están acostumbradas a las empresas arduas. No escucharás protesta o sufrirás retraso por mi causa. Y bien Juan, Larso, estoy aquí para escuchar que fue de ustedes en el Norte. ¿Llegaron hasta el Oráculo?

–Lo hicimos –respondió el heredero, y su voz recuperó toda la severidad de la que era capaz–, pero el camino fue arduo en extremo. Al salir de Aguas Rosas llevábamos con nosotros muchos hombres fuertes dispuestos a pelear por la causa, y reclutamos otros tantos en otros pueblos que visitamos. Anastasia fue una de los últimos en unírsenos, y que gran fortuna fue esa. Pero el número de la tropa fue bajando con las sucesivas emboscadas; cinco enfrentamos antes de llegar a los montes y cinco repelimos con valor. En la última incluso había hombres portando banderas y uniformes del usurpador. Claramente noticias de nuestra misión le habían llegado a él o a sus lacayos.

–Tal vez te hubiese sido más conveniente avanzar con más sigilo hasta llegar al Oeste –opinó el cauto viajero.

–¡Soy el legítimo heredero al Trono! –proclamó con ira y arrogancia Juan– ¡Mi lugar es liderar no esconderme como un crío!

–Cierto, cierto –concedió Gerug alzando las manos para apaciguar al joven–. Lo había olvidado, perdón. Calma tus bríos Juan y continúa tu historia.

–Al llegar al pie de los Montes Eternos –prosiguió con más calma el que decía ser hijo de reyes–, entre caídos y desertores, el número de

mis seguidores se había reducido en un quinto, pero de momento no era un gran problema –contó con espíritu dolido–. El grupo seguía siendo numeroso y los que quedaban eran los más diestros y valerosos en combate. Con ellos a mi lado llegaría seguramente al Virreinato del Oeste, sólo tenía que entrevístame con el Oráculo para obtener su bendición. Fue entonces que apareció ese maldito esñacio.

–¿"Esñacio"? –preguntó Gerug– ¿Y eso qué es?

–Animas maliciosas de los bosques del Norte –respondió amargamente Larso–. Sátiros que se entretienen confundiendo la mente de los hombres. Adoptan múltiples formas por lo que son difíciles de identificar; aunque un mismo esñacio tiene siempre la misma apariencia. Este aparentaba ser un elfo de madriguera por lo que se ganó nuestra confianza rápidamente. Ni siquiera yo pude darme cuenta de lo que era realmente hasta que fue demasiado tarde –la voz del tutor iba cargada de reproches a sí mismo.

–Era gracioso y servicial, nos engaño a todos –prosiguió el líder de la otrora gran tropa–. Pero desde el principio empezó a poner en duda nuestro noble emprendimiento. Al principio eran sólo comentarios jocosos dichos en los momentos más oportunos (oportunos para sus pérfidos propósitos). Pero a medida que sus *chanzas* surtían efecto, sus cuestionamientos se volvían cada vez más virulentos. Antes de que entendiéramos lo que estaba pasando, muchos hombres, buenos pero susceptibles a la manipulación, comenzaron a abandonarnos. Perdimos más hombres por ese condenado esñacio que con cualquiera de los cobardes intentos del usurpador. Sólo después de ver al Oráculo, con los espíritus más altos, nos sentamos a hablar llanamente con él; entonces Larso comprendió la terrible verdad. Lamentablemente sus palabras siguieron envenenado las mentes de la tropa mucho después de que habíamos expulsado al pequeño canalla.

–¿Y cómo llegaron hasta el Oráculo? –indagó Gerug.

–Aceptamos la compañía del esñacio porque dijo saber cómo llegar hasta el Oráculo. Nos ofreció asistencia a cambio de algunas piezas de oro y cumplió con su promesa. Supongo que en su perversa mente socavar la voluntad de los hombres no era más que un juego.

–¿Y allí pudiste ver al Oráculo? ¿Confirmó tu *ilustre* ascendencia?

–Por supuesto que sí –respondió el joven inflando el pecho sin notar la ironía–. Pero fue mucho más difícil de lo que esperaba; el Oráculo me sometió a arduas pruebas que sondearon los límites de mi valor, mi carácter y mi razón. Difícilmente sea capaz de explicarlas a hombre alguno que no las haya vivido.

–¿Ustedes serán capaces de explicarlas o por lo menos darme una idea de cómo fueron? –preguntó Gerug, a Larso y Anastasia.

–No estaban allí para verlo –respondió Juan–, me entrevisté con el Oráculo yo solo. Ese momento era parte de mi destino y era mío solamente. De todas formas no estoy completamente seguro que, de haber estado allí, hubieran visto algo. Luego de las pruebas hablé con el Oráculo largamente, todo lo que me dijo fue verdaderamente revelador, pero sus palabras estaban destinadas a mis oídos únicamente. Luego logré lo que había ido a buscar, el Oráculo reconoció mi derecho al Trono y aún más, me dio los medios para convencer a los hombres del Reino. No es algo que aquí pueda mostrar pues no se puede observar, pero sé que los magos del Oeste van a reconocerlo de inmediato. Sólo nos queda llegar hasta ellos.

–Entonces –comenzó a decir el perspicaz andante–, nadie estuvo allí contigo durante las pruebas; sólo tú viste al Oráculo, al cual te condujo una maliciosa criatura; y te dio evidencia de su veredicto que no puedes revelarnos.

–¿Sabes? La primera vez que hablé con el esñacio me acordé de ti.

–Aja ¿Y qué pasó después? ¿Cómo perdiste el resto de tu tropa?

–Como te dije, el veneno de la duda siguió quebrantando la voluntad de mis hombres mucho después de haber dejado atrás al ponzoñoso rufián. Sufrimos más emboscadas después de dejar los Montes Eternos y, con el número decreciente de nuestro grupo, cada una era más difícil de repeler que la anterior. Y esa dificultad hacía que la tropa se redujese más y más con cada embate. Para colmo, algunos de los desertores, corrompidos por el espíritu perverso del esñacio, se llevaron parte de nuestro capital, haciendo aún más difícil retener al resto. Ya varios días de camino antes de llegar a Cuenquillos éramos sólo tres.

–Realmente ha sido arduo tu camino Juan, me sorprende ver que no ha hecho mella en tu determinación.

–Ya te lo dije alguna vez Gerug, me impulsa el sufrimiento de mi gente. Nada, si no la muerte, me hará claudicar.

***

Continuaron avanzando hasta entrada la noche, sólo entonces se permitieron descanso. Durante todo el camino, sin importar el talante de la tropa, los tres compañeros del despreocupado peregrino se mantenían siempre atentos al los alrededores, tratando de asegurarse

que no hubiese allí más que lo esperable. Cenaron animadamente pero no prendieron fuego para alumbrar o calentar la noche. Todo el asunto hacía recordar a Gerug el pasaje por la cordillera de los aunuros con los montaraces.

A la mañana siguiente, cuando se despertó, vio que el heredero y su tutor se habían apartado para conferenciar en secreto. A unos metros de donde estaba él, Anastasia preparaba el desayuno. Hacia allí lo condujo su estomago. La mujer comía en silencio, abstraída en sus pensamientos, pero cuando Gerug se aproximó le ofreció algunos frutos y carnes secas.

–Gracias –dijo el adormilado compañero–. Vaya desafíos que os habéis encontrado.

–Nunca confié en ese elfo bribón, se los dije pero no me hicieron caso.

–A veces las apariencias engañan –opinó el viajero preparándose para la pesquisa–. Tú, por ejemplo, no pareces la guerrera fiera que entiendo que eres.

–No ¿verdad? –coincidió Anastasia después de reír con simpatía– Pero es mejor así para mí. Me permite vencer rivales que de otra manera no podría. Rivales que se dejan llevar por las apariencias.

Algo en el tono de voz de la mujer inquieto profundamente a Gerug. Incluso su sonrisa que hace sólo un segundo parecía tan afable, ahora, a la luz la mirada que clavaba en él, hizo estremecer al viajero.

–¿Quieres decir, que no te prestan atención y se concentran en otros guerreros más *evidentes*? –preguntó el peregrino lento y con cautela, aunque intuía la respuesta.

–Bueno, supongo que podría ser, pero en el campo de batalla no me hace falta –respondió Anastasia con encantadora arrogancia–. Pocos hay en el Reino que me superen con la espada y soy más ágil que cualquier tosco y pesado "guerrero".

–Si no es en el campo de batalla donde tu contradictoria apariencia te es ventaja ¿Entonces donde? ¿Qué rivales te permite vencer?

Anastasia sonrió su intrigante sonrisa; la respuesta era ya, una mera cortesía.

–Los rivales que más importan de hecho, los que se esconden donde no se los puede alcanzar con espadas o flechas.

No eran sus palabras, el tono de su voz, sus ojos o su postura, lo que le robaba la tranquilidad a Gerug. Ningún aspecto particular de ella lo ponía en alerta, era el conjunto entero de su ser lo que provocaba escalofríos al hombre.

–Estas hablando de nobles. Tú los atacas cuando no saben que deben defenderse, cuando no esperan ser atacados –dijo él cuidadosamente, y luego de tomar aire, mirándola fijamente agregó–. Eres una asesina.

–Usted sí que es perspicaz, señor –se burló Anastasia del viajero como lo había hecho ya antes; con la misma voz, con los mismos gestos y la misma sonrisa, pero con un efecto totalmente distinto–. No tienes de que preocuparte, granjero –tranquilizó la asesina adivinando la preocupación más inmediata del caminante–. Todos aquí están a salvo, creo en Juan y en su causa, la tierra manchada de mi sangre lo demuestra. Yo no mató por dinero, lo hago por convicción.

–¿Y qué convicción es esa que justifica tus actos? –cuestionó Gerug que tras la conmoción inicial había recuperado el calor de su sangre y el brillo de sus ojos.

–Que prefiero un muerto en el jardín a mil en el campo.

Antes de poder seguir con las cien preguntas que tenía para hacer, el peregrino notó que Juan y Larso se acercaban hacía ellos para recomenzar la marcha. En efecto, a varios pasos de llegar hasta ellos y con ánimos renovados, Juan llamó a viva voz.

–Espero que hayáis sacado provecho de nuestro pequeño descanso, ya es hora de partir y tenemos mucho que avanzar el día de hoy.

Gerug fue a buscar sus cosas y se preparó para el camino como si nada hubiese cambiado desde día anterior. Hasta le dedicó una leve inclinación de cabeza y una fugaz sonrisa a la asesina, como si se hubiesen pasado el desayuno hablando de las nubes o los arboles. No estaba seguro si esta nueva revelación le resultaba interesante o preocupante, pero seguro sería una gran anécdota algún día. Luego, hasta razonó que, ya que se lo había contado con tal ligereza a él, seguramente el heredero y su tutor lo sabrían hace rato. Más aún, probablemente era una característica de lo más provechosa para los revolucionarios; seguramente la mujer se había ganado la confianza ciega que le profesaban. Al viajero esa *confianza* le parecía de seguro preocupante pero, no para él, él no tenía parte en este asunto ni mayor interés en los planes de Juan. Había venido con ellos por curiosidad, para buscar alguna nueva peculiaridad en su viaje, y vaya que si la había encontrado.

***

Con sólo una o dos horas de camino, sus inquietudes se habían disipado por completo, y el lugar de estas había sido ocupado por la curiosidad y las elucubraciones. Estudiaba continuamente a la asesina que, ahora, moviéndose veloz y hábilmente por el difícil terreno, o tal vez por haber revelado su siniestro cometido, ya no le transmitía a Gerug sensaciones de dama. El conjuro estaba roto, el viajero veía ahora en ella una feroz y peligrosa guerrera, buscando constantemente indicios de posibles enemigos en las cercanías, y siempre consiente de todo lo que ocurría a su alrededor (incluida la estudiosa atención que le confería el viajero).

También este día avanzaron por las difíciles y escarpadas laderas de la montaña. El tupido bosque que nacía en los límites de Cuenquillos continuaba allí, ofreciendo al grupo escondite de cualquier vigía que pudiese estar en lo alto de algún pico cercano. El cuarteto incluso se aseguraba de avanzar sólo por donde los arboles ofrecieran refugio de miradas ajenas, evitando las zonas despobladas de la arboleda. Esto tornaba difícil y lento el avance de la tropa; el bosque era muy frondoso y los arboles crecían muy próximos unos a otros, prácticamente nunca se podía avanzar en línea recta. El progreso resultaba particularmente dificultoso para Juan cuyo equipaje era inexplicablemente alargado.

Sabiendo nula la maniobrabilidad en la zona, la fauna del lugar se paseaba despreocupadamente por allí, pasando a los extraños como si estos fuesen totalmente inofensivos. Entre los relajados animales del lugar había, colgando de las ramas del bosque, unos peculiares "monos" alargados. O algo así; Gerug jamás había visto a estas criaturas (o a monos cualesquiera de hecho) y no sabía identificarlas. Tenían brazos y piernas alargados pero torsos bastante pequeños, o por lo menos pequeños en comparación con sus extremidades. Por lo general se los veía hamacándose placenteramente en las ramas de los arboles, hasta que veían llegar a la tropa. El extraño grupo de personas que avanzaba por sus tierras despertaba mucho interés en los curiosos "monos". Cada vez que les veían, interrumpían lo que estaban haciendo y se acercaban lentamente a observarlos; avanzaban un buen rato por arriba de los extraños mirando todo lo que hacían; y luego se perdían por las copas de los árboles, para volver al rato acompañados de más "monos" con los que compartían su inusual hallazgo. Había en todo momento por lo menos cinco criaturas por encima de las cabezas del grupo cuyos integrantes, a excepción de Gerug que se encontraba maravillado por estos animales, parecían bastante intranquilos de la compañía. Difícilmente pensarían que

aquellos simpáticos animales iban a delatarlos, pero parecían preocupados de que tanto movimiento pudiese llamar la atención, y a cada momento estaban más y más ansiosos. El viajero notaba la inquietud de sus compañeros pero le daba poca importancia. Él sí se percataba de que los "monos" eran mucho más silenciosos que la tropa.

La característica más singular de las simpáticas criaturas era la expresividad de sus rostros. Si bien las caras peludas eran bien distintas a las de los hombres (o incluso a las de los granyos), gesticulaban mucho y era fácil ver en ellas, por ejemplo, la curiosidad que sentían estas criaturas del bosque por los extraños. Esto llenó de esperanzas al viajero, si había un lugar para poder encontrar animales parlantes, seguramente sería este. Inmediatamente empezó a tratar de entablar conversación con los animales, saludando, presentándose y haciendo mil preguntas. Frente a esto, los "monos" se quedaban confundidos mirando al viajero, y de vez en cuando mirándose unos a otros buscando ayuda o complicidad en sus compañeros. Las confundidas caras no aquietaban las tentativas del expectante peregrino que albergaba en su corazón, la esperanza de que la confusión en los semblantes no fuese por incomprensión, si no por no saber que responderle.

Los animales sobre los arboles no eran los únicos con cara de sorpresa mirándose unos a otros; Anastasia, Juan y Larso caminaban a sólo unos pasos de Gerug y, si bien en un primer momento no le habían prestado mayor atención, ahora comenzaban a creer que el hombre desvariaba. Descontando cuánto el ruido incrementaba la ansiedad que les provocaba ser el centro de atención del bosque. Finalmente Larso fue quién se acercó al parlanchín compañero para hablar con él.

–¿Esperas acaso que te respondan?

–No sé si lo espero, pero me gustaría mucho –respondió el peregrino.

–Pues ya puedes parar, no van a hacerlo.

–¿No? ¿Sabes mucho de animales que hablan tú? –preguntó retóricamente y con cierto malestar el viajero.

–No sé si mucho pero lo suficiente como para saber que malgastas tu aliento –respondió con fingida humildad Larso.

–¿Realmente sabes de animales que hablan? –brillaron los ojos de Gerug.

–Sí.

–¿No responden porque no pueden o porque no quieren?

–Bueno esa pregunta es un poco vaga ¿no? Supongo que depende.

–¿Depende de qué?

–Pueden por favor callarse –interrumpió con la paciencia colmada Anastasia– ¿Acaso no recuerdan dónde estamos y qué hacemos?

–Sí, sí, un minuto –intentó ignorarla el peregrino.

–No, no, tiene razón –contradijo el tutor–, debemos hacer silencio.

El silencio impuesto fastidió a Gerug, que miró con furia a la asesina pero acató la orden. Se prometió a si mismo que, ni bien obtuviese las respuestas que buscaba, volvería allí a comulgar con estas expresivas criaturas.

***

Tras varias horas de silenciosa y expectante caminata, el grupo se adentró en una zona bastante menos boscosa de las montañas. Todavía había mucha vegetación en la cual esconderse de los indiscretos, pero los arboles estaban mucho más separados permitiendo caminar con libertad entre ellos. El nuevo terreno no sólo hizo la marcha más sencilla, sino que la hizo también menos concurrida; los animales que hasta allí habían acompañado al cuarteto, estudiándolo desde las copas de los árboles, habían desistido en su interés y ya no los seguían. Tal vez los espacios entre arboles que liberaban los movimientos de los hombres confinaban los suyos, tal vez no les gustaba esa zona de las montañas, o tal vez después de horas de contemplar el avance del grupo se había aburrido de esperar que pasará algo. Fuese la razón que fuese, los "monos" ya no estaban allí y eso hacía retornar la tranquilidad a los revolucionarios que, a pesar de estar visualmente más expuestos que antes, se sentían reconfortados por la recuperada soledad.

Siguieron caminando un poco más y finalmente Juan decidió que era hora de hacer campamento. Tan animados estaban por haber dejado atrás a los fisgones trepadores, que incluso decidieron hacer un fuego y quedarse un rato charlado; todos menos Gerug. El viajero sentía exactamente lo contrario de sus compañeros, había sentido fascinación y gran simpatía por aquellos animales y ahora estaba muy desilusionado de no haber podido interactuar más con ellos. Para peor, culpaba a Juan, Larso, y en especial a Anastasia de ello; por ende comió rápido y se fue a dormir aún más rápido, casi sin decir palabra. La noche de sueño le sentó bien y se levantó plenamente descansado. Al hacerlo vio nuevamente a Anastasia desayunando sola, pero esta vez no se veía por ningún lado al autoproclamado heredero o a su

tutor. Si bien todavía sentía cierto enojo con la mujer, más aún sentía curiosidad, y vio está como una oportunidad de obtener algunas de las respuestas que le habían prevenido de abandonar el grupo el día anterior, para quedarse a comulgar con los "monos". Así, fue directamente hacía la asesina para desayunar a su lado.

–Buenos días, no veo a Juan y Larso ¿Nos han abandonado ya? –inició relajadamente la conversación.

–No estaban del todo seguros de hacía donde debíamos avanzar y fueron a explorar la zona. Pero no te preocupes, me insistieron varias veces que sabían perfectamente donde estamos –respondió con picardía Anastasia– ¿Ya se te ha pasado la bronca?

–Ustedes tenían sus razones –trató de dejar el pasado detrás el peregrino, no era de eso de lo que quería hablar y cambio rápidamente de tema–. Así que asesina ¿Y cómo es eso?

–Vas con quien quieres asesinar, buscas la oportunidad de asesinarlo, y lo asesinas, simple –respondió con aire de obviedad la mujer.

–Sí bueno, pero ¿cómo lo haces? No el hecho en sí, digo ¿Escalas los muros de las fortalezas sin que nadie te vea, te escabulles dentro y los matas?

–Bueno, eso también, de hecho es más *divertido* así. Pero a veces las fortalezas están bien construidas y tengo que usar otros métodos. Después de todo es más fácil entrar por la puerta.

–¿Y lo haces así como así? ¿No te parece que matar está mal?

–No lo hago "así como así" –la pregunta cambio la disposición de la mujer que respondió clavando ojos cargados de una tenue furia en los de Gerug–. Sí, matar está mal, pero está igual de mal hacerlo en el campo de batalla; ya te lo dije: uno es preferible a mil. En especial si ese uno se toma libertades con las vidas de los mil. Alguien tan alérgico a las atribuciones que se dan los nobles como tú, seguramente puede entender eso.

–No es inusual que a una muerte la sigan otras tantas ¿Cómo sabes que esa muerte en el jardín no producirá detrás de ti mil más? O dos mil ¿Quién sabe? –redobló su embestida el desafiante peregrino.

–¡Yo lo sé! –proclamó Anastasia cada vez con mayor furia– Lo he hecho más de una vez en el pasado y soy muy buena para ello. Te aseguró que soy capaz de evitar batallas enteras, es sólo cuestión de entender cómo y cuándo. Tal vez recuerdes hace algunos años atrás que Sir Cópluno planeaba librar una sangrienta batalla en el Este, el combate nunca se dio. YO me asegure de eso.

–¿Sir Cópluno? –preguntó Gerug tras una pausa, sintiéndose algo confundido– ¿No era acaso un insurgente? Sublevándose contra el Señor del Este ¿No dices que peleas del lado de quienes quieren derrocar al Rey?

–Era un insurgente solo y un imbécil. Comandaba el pequeño ejército de una gran ciudad; el Señor del Este los hubiese masacrado a todos. Yo evité eso. En cuanto a de qué lado estoy, sabe bien que yo estoy de MI lado, y actuó siempre según lo dicta mi conciencia. No porque alguna falsa lealtad me lo demande.

–La batalla no se dio, pero tras la muerte del gobernante el Señor de la Tierra instauró su propio gobierno en aquella gran ciudad ¿Crees que la gente está mejor ahora? –insistió el viajero decidido a no retroceder.

–Mejor o peor, están vivos ¿O no? ¿Tratas de decirme que la alternativa era preferible? –disparó la mujer encolerizada– ¡Dime! ¿Es acaso mejor lo que tú haces? Caminas por ahí como si todo estuviera bien. Ves injusticia por doquier y no haces nada al respecto. Pasas de largo como si nada.

–Nunca dije que lo que yo hago esté bien. Pero tal vez no sea yo quien no hace nada al respecto, si no tú –las palabras de Anastasia habían logrado encender la ira en el corazón de Gerug, al atizar las dudas que contenía– ¿Cuantas guerras se han peleado para terminar con LA guerra? Y aún así, aquí estamos; a punto de iniciar otra.

Los ojos de Anastasia explotaron, la mujer se preparó para incinerar con sus palabras al insolente inquisidor, pero las llamas nunca abandonaron su garganta. Hizo una pausa, y por primera vez desde que la conociera Gerug, la sombra de la duda cruzó su semblante. Sin nunca dejar de mirarle a los ojos, dijo finalmente, casi con melancolía:

–Hacemos lo que podemos, supongo.

Y ambos callaron.

Después de un rato Gerug retomó la palabra:

–Ahora que lo pienso ¿Tú éxito no depende del secreto? –la ira se había disipado de su voz– ¿Por qué me lo cuentas así como así? ¿No te es un problema que yo sepa todo esto?

Anastasia le dedicó una sonrisa que él no pudo comprender.

***

Tras la corta pero intensa discusión se decidió tácitamente hablar de otras cosas. No se habían pronunciado ni diez palabras cuando reaparecieron Juan y su tutor.

–Buenos días –saludaron ritualmente los dos al viajero y la asesina.

–Buenos día –respondió Gerug–, se ausentaron bastante ¿lograron determinar dónde estamos?

–Eso nunca estuvo en duda –corrigió Larso–, pero necesitábamos saber cuál era la mejor ruta a seguir de ahora en más. Por fortuna leer las montañas ha sido bastante fácil así que estamos muy confiados de nuestra decisión.

–Cierto, pero llegar hasta un punto suficientemente alto ha sido bastante fatigoso –prosiguió el heredero–, así que hemos decidido descansar un poco antes de retomar la marcha. Espero no les moleste.

–No, no, no me molesta –asintió con cierto sarcasmo el peregrino que tenía pocos deseos de otra jornada de forzada caminata–. Siéntense nomas, tengo variadas hojas que he ido recolectando y podemos hervir algunas, para tener algo con gusto que beber y compartir.

–Bien –concordó Juan con ánimo y se sentó– ¿De qué hablaban?

–Crímenes, más que nada –declaró Anastasia.

–En estas épocas es un poco engañoso saber que lo es y que no ¿Verdad Gerug? –opinó el pretendiente al Trono.

–Crímenes son crímenes, diría yo –fue la respuesta.

–¿Sí? ¿Y qué hay de ti y esos cerdos que vendiste? Hay quienes dirían que eso fue ilegal.

–Los cerdos eran míos –dijo con pasión el ya no granjero–, ni el Ministro ni el Señor los criaron, alimentaron o cuidaron. Yo lo hice.

–No por eso deja de ser un crimen –acotó la asesina, más para molestar que para opinar.

–Pues yo digo que sí –reveló entusiasmado Juan–. La ley que ha rotó es la ley de un usurpador y eso no es ley alguna. Él no es el legítimo Rey, por ende no tiene derecho a imponer leyes. Sus *leyes* son insignificantes.

–Soy granjero y antes de serlo viví siempre entre granjeros, mucho antes de este rey. La tierra y lo que allí crece y nace siempre le perteneció al Trono, sin importar quien lo ocupase o mereciese –objetó Gerug.

–Pero las leyes emanan de gobierno –se incorporó a la charla Larso–. Gobernar no es un derecho, es un honor, y hacerlo justamente, un deber. Esto que sufrimos hoy en día, a manos del Señor del Este, no es justo y por ende, no es gobierno. Y sin gobierno, no hay ley.

–¡Exacto! –dijo el heredero– La Ley es justa, si no es justo no es Ley. La riqueza del Reino proviene de la tierra cultivada, de los minerales minados y de la manufactura labrada. Nada de eso existe sin cultivadores, mineros y labradores. Entonces ¿Por qué la riqueza le pertenece sólo al Rey y a sus subalternos? No es justo, y si no es justo, no es Ley. Hiciste bien en vender tus cerdos pues eran TUS cerdos. Yo no veo crimen alguno.

–Espero no olvides esas palabras cuando la ley diga que sean *tus* cerdos, Juan –llenó Anastasia, el silencio de Gerug–. Oye tú, Larso, asegúrate de usar esa imperecedera memoria élfica para recordárselo cuando sea rey.

–No hará falta tal cosa –aclaró el pretendiente al Trono poniéndose de pie–. No necesito que me recuerden, lo que pienso a diario. Ya hemos descansado bastante, es hora de partir.

–Que alegría –ironizó Gerug, y acercándose a Larso le preguntó– ¿Eres un elfo?

–Por supuesto que sí –dijo algo ofendido el tutor– ¿Qué otra cosa sería?

–Bueno, no sé. Mirándote no estaba seguro de si eras elfo u hombre. De hecho se me ocurrió que podrías ser mitad elfo mitad hombre.

Larso no respondió, pero echo a Gerug una mirada de desagrado tal, que bien podría describirse como repugnancia. Luego se puso en camino sin volver a mirar al viajero. Gerug por su parte, tras tal reacción, miró a sus otros compañeros buscando clarificación; ni el esquivarle la mirada de Juan, ni la risa de Anastasia le ofrecieron explicación alguna.

Luego de tres o cuatro horas de caminata salieron a un valle entre las montañas. Evidentemente, este valle no era otro que el que optaran por no caminar al partir de Cuenquillos. Según le fuera explicado a Gerug al principio del viaje por los bosques de la montaña, la idea era caminar en dirección sursuroeste para así, cruzar las zonas más recónditas y protegidas de las Montañas Chichonas y evitar, lo más posible, toda atención indeseable. El reencontrase ahora con el valle y, más aún el elegir transitarlo, admitía sólo una de dos posibles explicaciones. O bien el valle tenía un pronunciado viraje que alteraba su curso para hacerlo ahora paralelo al avance del grupo; o bien sursuroeste era sólo una de las direcciones en las que había avanzado el cuarteto. Fuera lo que fuera, el líder y su tutor ya no parecían temer al avance por el cauce seco a cielo abierto. Cambio de parecer que agradó de sobre manera al sereno peregrino; tras días de forzosa

marcha por escarpadas laderas, agradecía poder poner un pie delante del otro a la misma altura.

Caminar por el terso suelo del valle también pareció complacer al pretendiente al Trono, que aminoró la marcha. Continuamente el paso de Anastasia y Larso lo hacía adelantarse y debían dar la vuelta para esperar a Juan, y a Gerug que prefería seguir el ritmo más relajado del muchacho. Cada vez, Juan se apresuraba por alcanzar a sus compañeros (para displicencia del más pausado de sus co-viajeros), pero luego de un rato volvía a enlentecer el ritmo y retrasarse. En una de estas pequeñas divisiones del grupo, viéndose lejos de los oídos de la asesina y el elfo, el peregrino se dispuso a conversar con el heredero.

–Así que Anastasia les ha acompañado a través de todas esas grandes dificultades –empezó con algo de torpeza.

–Así es –respondió Juan echando una mirada suspicaz a su compañero–. Dudo haber conocido jamás guerrero más bravo y leal que ella.

–Cierto, cierto… leal –trató de coincidir Gerug–. Y dime ¿Has hablado mucho con ella? Digo ¿Te ha contado que otras cosas hace de su vida además de la bravura y la lealtad?

–No necesitas socarronerías, se perfectamente lo que ella hace. Se tomó su tiempo pero, una vez que logré ganarme su confianza, me lo dijo sin tapujos.

–¿No te preocupa eso en lo más mínimo? –indagó Gerug– La mentira está en la esencia misma de lo que ella es.

–Lo que ella *ES* –dijo con evidente indignación el muchacho–, es una mujer de bien, una persona de coraje y de principios. Aún si su profesión puede parecer poco honorable, hay nobleza en sus acciones pues son motivadas por la búsqueda del bienestar ajeno.

–Por supuesto, por supuesto. No me mires a mi si buscas quien te contradiga –contempló Gerug lo arduo de su empresa–. Pero, lo que trató de decir es que, tal vez, en ciertas, muy particulares ocasiones, sea conveniente repasar sus palabras y acciones para asegurarse que sus motivos no hayan cambiado. Coincido contigo fervorosamente que sus actos son siempre motivados por sus principios, y que estos son nobles. Pero la práctica de los principios es consecuencia directa de las opiniones, y esas varían de individuo a individuo e incluso de momento a momento.

–Amigo Gerug –comenzó a decir Juan entre sonrisas–. Entiendo tu preocupación y la agradezco de veras. Pero he visto, oído y estudiado innumerables veces sus acciones, y puedo decirte que en cada instancia

he llegado a la misma conclusión. Es una mujer honorable y somos afortunados de tenerla con nosotros.

–Entonces no tengo nada de qué preocuparme, seguramente así sea.

Proseguir la conversación no tenía sentido. Gerug había pasado suficiente tiempo entre animales de granja como para saber que había mucho más que gratitud y admiración de Juan para con Anastasia, y las palabras no lo cambiarían. Tampoco era una charla que le interesase continuar; el trió de revolucionarios era una compañía temporaria para el viajero y los problemas de ellos no eran los suyos. Además, los otros dos habían detenido la marcha para esperarlos y pronto estarían en condiciones de escuchar lo que decían. Al reunirse el grupo la mujer recibió al heredero con una sonrisa y al viajero con otra, pero bastante más chueca. La inquietud y fascinación que le comenzaba a provocar la peligrosa compañía, despertó en Gerug una morbosa intriga por el futuro del aspirante a Rey.

***

El progreso por el valle era mucho más palpable que por la ladera y, esa misma tarde, pudieron apreciar a lo lejos, los confines de las Montañas Chichonas. El próximo final de este tramo montañoso de su viaje, pareció inyectar una nueva dosis de ansiedad en el trío de revolucionarios que apretaron fuertemente la marcha. Gerug pudo observar que los otros hablaban entre sí con cierto nerviosismo por un rato, hasta finalmente concluir sus deliberaciones con unas pequeñas inclinaciones de cabeza y caer en silencio tras, seguramente, haber llegado a una decisión que él no apreciaría. Aferrándose a una ilógica esperanza decidió intentar confirmar lo que temía y, en realidad, ya sabía.

–¿Por qué avanzamos con tanto apremio? A este paso habremos abandonado el valle al caer la noche, no sería mejor dormir en las montañas.

–El poblado más cercano a las montañas hacía el oeste está a dos o tres días de marcha desde donde terminan –comenzó a explicar Larso–. Allí podremos ocultarnos fácilmente, incluso tenemos amigos que nos evitaran pasar por lugares públicos. Pero esos dos días de marcha son por el llano, donde nos será imposible pasar desapercibidos si hay alguien buscándonos.

–Van a hacerme caminar toda la noche ¿No es cierto? –preguntó con tono lúgubre el peregrino.

–Si quieres venir con nosotros sí.

Si bien la respuesta ofrecía una alternativa razonable al viajero, Gerug había aceptado hace rato que la intriga de saber que pasaría cuando Juan se entrevistase con el Virrey del Oeste, o siquiera si éste lo recibiría, había ya dictaminado el destino de este tramo de su viaje. Hizo tripas corazón y apretó con profundo mal humor la marcha.

En efecto, alcanzaron el final del valle cerca del ocaso y allí se detuvieron, hasta que la luz del sol hubiese abandonado la tierra. Una vez confiados en el manto protector de la oscuridad, se hicieron al camino; caminaban apurados y en todo momento oteando los alrededores, esperando recoger alguna pista de si realmente marchaban a oscuras del resto del mundo. Gerug por su parte repasaba mentalmente todos los escenarios posibles ante la llegada de Juan al Oeste. Su imaginación había sido encendida por la posibilidad de ver magos de cofradía, en vez de los de camino que pululaban por sus tierras, ofreciendo encantamientos y brebajes de dudosa efectividad. Magia había visto mucho en su vida pero no había visto jamás, hombre que pudiese manipularla o aprovecharla visiblemente. Los magos del Oeste eran de gran renombre, e historias de sus increíbles hazañas eran conocidas y repetidas por todas las esquinas de del Reino.

El Oeste era, en efecto, el mejor lugar para ver magia que manase de manos de hombres, o de cualquier otra raza de criaturas civilizadas (que no fuesen animales) y, ya que Juan planeaba reunirse con dichos magos, mantenerse a su lado era la mejor chance que Gerug tenía de ver este tipo de magia. En el pasado habían existido grandes escuelas de magia en el Este pero el poder de los magos, difícil de entender, y más aún de controlar, siempre había sido del desagrado del gobierno central (en todas sus encarnaciones). Magos, hechiceros, brujos y demás, habían ido abandonando la zona hasta que, en la actualidad, no se encontraba ninguno por allí. O por lo menos no, si no se sabía dónde buscar. El Norte tenía su sobrada dotación de magia, lo que incluía también a la magia de magos; pero se decía que los magos de por allí, eran más del tipo misterioso y ermitaño. También se aconsejaba evitarlos lo más posible. Aparentemente, comulgar demasiado con la magia salvaje del Norte hacia florecer comportamientos que no sentaban bien a las gentes civilizadas del mundo. En el Sur por su parte, se veían muchos magos ambulantes pero su magia, como se ha dicho, era más una cuestión de creer que de ver.

Entre lucubraciones, fantasías, recuerdos y contemplación estelar, se le pasó la noche a Gerug casi sin sufrirla. Cerca de despuntar el alba sus guías comenzaron a buscar algún lugar donde hacer un alto y dormir un poco. La tarea no era nada fácil, aquella zona era tercamente llana y no tenía arboles lo suficientemente grandes donde guarecerse; en todas direcciones se podía ver por kilómetros y kilómetros, y cualquier cosa que sobresaliese de terreno era evidente a la vista. Finalmente decidieron parar tras una pequeña ondulación de terreno que podría esconderlos, si se mantenían acostados, de la vista de quienes caminaran por una ruta medianamente cercana, que avanzaba hacía el mismo poblado que ellos. Si bien el grupo caminaba paralelo a la vía, preferían no unirse a ella hasta estar lo más cerca posible del pueblo. Gerug había tratado de objetar que el grupo dejaba una huella mucho más conspicua por el pasto que por un transitado camino, pero sus quejas habían sido (y seguían siendo) desoídas.

Llegaron hasta la pequeña lomada justo cuando la luz del sol irrumpía tiernamente sobre la llanura. Sin pedir permiso y con la mayor presteza, Gerug se dispuso a recostarse para dormir, mas muy a su pesar pudo oír que Juan planteaba la necesidad de apostar un vigía, que evitase que fuesen sorprendidos durante la dormida. Para peor, lo señaló a él como encargado del primer turno. El viajero abrió los ojos y luego la boca para objetar pero antes de que pudiese decir nada Anastasia habló primero.

–¿Sabes? Si te encuentran durmiendo con nosotros no te van a despertar para preguntarte si estas de nuestro lado o no.

No había otra opción que aceptar la faena. Tras una pequeña discusión de si el centinela debía apostarse sobre o bajo la lomada, Anastasia propuso una posibilidad que fue aceptada por una votación de tres contra uno.

–Tal vez debería caminar un poco por la zona, así no parecerá que este guardando algo, y más importante aún, será difícil que se quede dormido en el trabajo.

Rendido y entregado, el peregrino aceptó la decisión y mientras los otros se disponían a dormir, comenzó su patrullaje de la zona. Su malhumor no fue ayudado en lo más mínimo por el hecho de que, frecuentemente, podía observar a alguno de los tres revolucionarios alzar la cabeza y buscar donde se encontraba él. Evidentemente, su falta de fe en el compromiso y la habilidad de vigía de Gerug les hacía permanecer despiertos, haciendo el permanecer despierto de él, completamente innecesario. Finalmente al concluir su turno, volvió hasta donde estaban los otros, *despertó* al primero con el que se topó,

le dijo “te toca” sin esperar respuesta, y se fue a dormir. El sol estaba ya alto en la mañana, pero esto no fue ningún impedimento para las intenciones del extenuado peregrino.

Se despertó, o mejor dicho, fue despertado sintiéndose mucho mejor, y un desayuno abundante terminó de recomponerle el ánimo. Estando cerca de asentamientos donde podrían reponer sus provisiones, ya no era necesario racionar los alimentos. Fue así que, un par de horas después del mediodía, retomaron la marcha.

–¿No esperamos a la noche para seguir avanzando? –preguntó Gerug esperando que la respuesta fuese “si”.

–Si avanzamos sólo de noche tardaremos demasiado en llegar al Oeste –respondió Juan apremiado por la proximidad de su destino–. Además estar parados aquí en medio de este llano no nos dará refugio alguno, en especial si alguien nos viene siguiendo.

La mejor predisposición del peregrino hizo que el viaje se le hiciese más llevadero, a pesar del ritmo presuroso que llevaban. Incluso salpicó un poco de buen humor al resto del grupo que pasó gran parte del día hablando y, casi, riendo. De la misma manera falta de sobresaltos transcurrió el segundo día y, en medio de la oscura noche, el grupo llegó a un pequeño poblado de casas altas. Esto era por supuesto lo que habían planeado el heredero y su tutor, entrar al pueblo cobijados por la oscuridad de la noche evitando lo más posible atraer la atención.

Había a unos metros de la entrada del pueblo un guardia, apostado allí seguramente para registrar el paso de viajeros nocturnos. Esto tal vez fuese un problema pero, al acercársele Juan, una casi imperceptible inclinación de cabeza del guardia, hizo ver a Gerug que para el caso era lo mismo que estuviese o no allí. Evidentemente el pretendiente al Trono contaba con aliados a su paso, y su misión era mucho menos solitaria de lo que Gerug había creído.

***

Una vez dentro del pueblo Larso se hizo con la guía del grupo, avanzaba por calles y callejones con absoluta certeza en sus pasos. Tras avanzar unas pocas cuadras se detuvo frente a una casona, allí golpeo la puerta y ésta se abrió sin que nadie consultase quien llamaba. El cuarteto ingresó a la espaciosa morada y allí, esperándoles a la luz de una vela, encontraron tres hombres de avanzada edad. Larso se adelantó para hablar con ellos y, si bien Gerug no pudo

escuchar que decían, tras unas pocas palabras todos fueron invitados a sentarse a la mesa. Lo primero que hicieron los tres hombres fue comunicar las noticias del Reino a quienes, habiendo estado internados en el difícil y recóndito paraje montañoso, no habían podido conocerlas hasta ahora. La noticia principal no sorprendió a nadie pero sumió al peregrino en una profunda pesadumbre; había empezado la guerra.

Las noticias de que existía alguien en el Reino que proclamaba ser heredero de Bulácio Chestro, y más aún, que había visitado al Oráculo de los Montes Eternos para obtener corroboración, habían viajado mucho más rápido que el heredero mismo. Sin dar mayores explicaciones el Señor del Este había decretado en desacato al Virrey del Oeste y había declarado la guerra. Todavía no había noticias del Norte pero gran parte de las provincias de Sur se habían unido a la rebelión. Gerug no escuchó mucho más de lo que se decía porque inmediatamente empezó a pensar en Manolo, Delmía y Camato. Si bien confiaba en que su provincia estaba demasiado alejada del resto del Reino (en distancia y en trascendencia) como para que el combate la alcanzara, temía profundamente que su amigo y su hijo hubiesen sido conscriptos al ejército.

Se dijo a si mismo que Eduardo el Cauto, Señor de su provincia (y del todo el Sur de hecho), esperaría hasta el último momento antes de elegir un bando; y que la guerra había comenzado hace muy poco; y que Plaza Cívica estaba demasiado lejos de la Capital y del Virreinato del Oeste. Pasarían meses o incluso años antes de que cualquiera de los dos bandos tuviese que ir a buscar refuerzos tan al sur. Trató de recordar todas las veces que a lo largo de su vida se habían declarado guerras y que la noticia se había demorado largamente en llegar hasta su granja, inclusive hasta después de que la batalla había concluido. En cuanto a sus amigos de Aguas Rosas, la mayoría no calificaba como para ir a la batalla y, mejor aún, el pueblo estaba emplazado cerca de los límites de cuatro provincias por lo que nadie estaba muy seguro a que noble respondía, ni siquiera los nobles.

Seguramente sus amigos estarían a salvo siempre y cuando el conflicto no se extendiese demasiado. Pero necesitó repetirse el razonamiento varias veces antes de que el corazón dejase de latirle apresuradamente. Aún así, era imperioso que la guerra fuese corta, que concluyese tan pronto como fuese posible, mientras más rápido lo hiciese, más lejos se mantendría de su hogar. En un principio razonó que no le importaba como terminase mientras terminase, que ganara quien fuera pero que lo hiciese rápido. Sin embargo, al pensar de esta forma una sensación tenue despertó en su corazón; comprendió

entonces que había empezado a creer en Juan. Aún si lo resentía por traer consigo la guerra, creía en su causa, o por lo menos, en lo que buscaba obtener con ella.

Cuando salió de sus cavilaciones y volvió a la mesa, el grupo discutía los peligros del camino. La zona en la que estaban se hallaba en plena disputa, a su paso podrían encontrar fuerzas de ambos bandos, pero, peligrosamente, las cercanías del pueblo en el que se encontraban eran mayormente controladas por las fuerzas del Señor del Este. Debían avanzar con sumo cuidado y moverse sólo de noche. Lo mejor sería pasar allí el día y esperar a la siguiente noche para continuar hasta el pueblo siguiente. Los ancianos no tenían demasiados contactos en la zona, pero harían lo posible por hacer saber a algún integrante de las fuerzas del Virrey, que Juan y sus hombres estaban allí. La conferencia continúo algunas horas pero Gerug prefirió alejarse de la mesa y hacer el intento desesperado de pretender, que nada de eso estaba ocurriendo. Finalmente Anastasia se le acercó y le dijo:

–Es tarde, será mejor que descansemos todos. En el piso de arriba hay camas.

Poco, o más bien nada, pudo dormir el apesadumbrado viajero. Sus tozudos intentos de convencerse de que está guerra sería como cualquier otra, y que en nada lo afectaría a él, lograban calmarlo por unos momentos pero no lo suficiente como para conciliar el sueño. Tarde o temprano los miedos y la duda volvían para ponerlo en alerta. Algunas horas después, pudo oír que el resto de la casa estaba ya levantado y en preparativos. Aguzó el oído y escuchó que el guardia nocturno del pueblo estaba en la planta baja hablando con los ancianos y con sus compañeros. Le estaban dando instrucciones de ir en busca de fuerzas aliadas para intentar dar escolta a Juan y su gente. El peregrino se levantó de la cama y se dispuso a asearse y a desayunar. Bajando la escalera, trató de ignorar todo lo que pasaba allí, y vio con alivio que en la mesa había comida servida.

–Tal vez lo mejor sea que tú te quedes aquí –le dijo Larso que se había acercado a tomar un trozo de pan–. Es mucho más seguro que ir con nosotros. Puedes quedarte en esta casa y podrás continuar con tu viaje mañana o pasado. Aún en guerra nadie le prestará mayor atención a un hombre que vaya solo y no haga demasiado alboroto.

–Yo no voy con ustedes, sólo camino a su lado. De todas formas quiero ver qué pasa cuando Juan se reúna con los magos, y quiero saber que le dio el Oráculo –respondió sin ánimos el terco viajero.

–Como quieras –agregó el elfo y volvió a sus menesteres.

El resto del día fue muy ajetreado dentro de la casona y nadie le prestó mayor atención a Gerug. Todos discutían y planificaban, repetían una y otra vez lo que sabían y preguntaban a los demás las mismas preguntas que les habían hecho hace algunos minutos, llegando siempre a las mismas conclusiones. Los tres revolucionarios alistaban su armamento e incluso practicaban un poco de combate (como lo habían hecho en casi toda parada medianamente larga del viaje). Sólo el pretendiente al Trono y su tutor llevaban armadura, no tenían una protección completa pero llevaban petos que le cubrían gran parte del torso, y algunas placas de acero y cuero reforzado estratégicamente colocadas. Anastasia por su parte no llevaba ninguna clase de armadura rígida y, además de una daga, su única arma era una espada corta y angosta que parecía ser muy ligera y maniobrable. Juan contaba con un mazo pesado y de gran tamaño con mango de acero que podía hacer las veces de escudo (Gerug se había preguntado más de una vez en el camino por qué el equipaje del heredero era mucho más largo que ancho). Por último, Larso tenía una espada un poco más corta que su brazo y un escudo redondo ancho como sus hombros, ambos parecían ser exageradamente pesados.

Finalmente se acercó la hora de partir. Todos cenaron en silencio, inmersos en el desafío en el que estaban por embarcarse; cuando cayó la noche se dispusieron a partir. Una de los ancianos comenzó a dar indicaciones de cómo salir del pueblo pero Larso la interrumpió, diciéndole que era más conveniente evitar las calles amplias del centro del poblado. Conocía el lugar y podría salir sin problemas (no que el pueblo fuese lo suficientemente grande como para que hiciese falta conocerlo para salir de él). Todos saludaron ceremonialmente a los ancianos que los habían acogido en su morada e iniciaron la marcha.

No habían hecho ni cinco cuadras cuando el rumor de muchos pasos y el resplandor de antorchas les llegaron por ambos extremos de la calle. Estaban rodeados.

***

Dos columnas de hombres avanzaban desde los extremos de la calle; el número de adversarios era desesperanzador. Si bien la gran mayoría parecía haber sido reclutado en el pueblo y las cercanías y por ende, marchaban escasamente armados y tendrían, seguramente, poca experiencia de combate, la innegable realidad era que eran muchos; aún para los experimentados guerreros de Juan. Y por supuesto que

eran muchos muchos para el viajero, cuyas fuerzas, por más nutridas que fueran, provenían más del forcejeo con animales de granja que de la lucha. En su juventud había recibido entrenamiento de combate para la Patrulla del Páramo, pero ese pasado, era ya muy distante del apremiante presente.

Cada uno de los dos grupos de adversarios venía comandado por dos hombres que evidentemente no eran civiles. Venían vestidos con uniformes del Ejército de su Majestad, y las armas que traían desenfundadas no provenían de la forja de ningún herrero de pueblo. Además de su uniforme cada uno tenía su vestimenta adornada por detalles únicos, que seguramente los distinguían de cualquier otro militar del Rey. Esto, la exquisita artesanía de sus armas y sus adustas pero serenas miradas, hacían notar que estos hombres no eran simples soldados, sino tropas altamente entrenadas enviadas específicamente para dar caza a Juan y su gente. Uno de ellos, de gran tamaño y que, a diferencia de sus compañeros que iban con la cabeza descubierta, llevaba un pequeño casco que cubría gran parte de la suya pero dejaba al descubierto su gallardo rostro, se adelantó antes de que su grupo llegase hasta los revolucionarios y habló con voz profunda y desafiante.

–¡Juan Pérez, miserable alimaña sin honor! ¡Te ordenamos en nombre de su majestad, que pongas fin a tu vil traición, y que nos acompañes a la Capital! Donde su benevolente sabiduría ha dispuesto que seas enjuiciado para que todo el pueblo pueda ver el ultraje de tus mentiras. Si obras dignamente y te entregas sin resistencia, haciendo honor a su venerable eminencia, te llevaremos sin hacerte daño alguno y perdonaremos la vida a tus ruines compañeros para que también ellos sean enjuiciados.

El hombre no obtuvo respuesta alguna. Juan, Anastasia y Larso se preparaban para el combate, estudiando en silencio la situación y midiendo las fuerzas de sus oponentes. Gerug, por su parte, trazaba su propia estrategia, que no incluía desenfundar su porra.

–¡Oigan, oigan! Yo aquí no tengo nada que ver, no estoy con esta gente, arreglen sus problemas entre ustedes –gritó tan fuerte como pudo para que todos lo escucharan y echó a correr por un espacio entre dos casas que lo alejaba del combate.

Nadie le prestó mayor atención.

Gerug tenía un plan, y éste no era abandonar a sus compañeros. Pero astuto (y cauto) como era, sabía que lo que podía aportar en el combate era más bien escaso. Más rápido de lo que hubiese corrido jamás en su vida (incluyendo escapando de ñus pardos o pumas), fue

directamente a la casona de los tres ancianos. Mantenía ridículas esperanzas de que el guardia nocturno hubiese regresado con buenas nuevas o que, un poco más razonablemente, los ancianos pudiesen indicarle hombres en el pueblo dispuestos a unirse a la causa de Juan y engrosar sus filas. Llegó raudamente, y aún antes de detener por completo la marcha, comenzó a golpear la puerta con fuerza tal que casi la derriba. En un primer momento no hubo respuesta alguna.

–¡Rápido! Estamos siendo atacados, necesitó hombres del pueblo que nos socorran –clamó desesperado.

–¡Silencio! –llegó la respuesta cargada de miedo– Hemos hecho todo lo que hemos podido, nadie va a ayudarte ¡Vete de aquí! ¡Nos pones en peligro!

Gerug no tuvo tiempo de enojarse (parte de él incluso compartía la postura de los ancianos), el clamor de la batalla llegaba ya por la calle. Analizó rápidamente sus opciones y supo que tenía sólo dos: huir o combatir.

Mientras volvía a la carrera estudió una nueva estrategia. Su única ventaja de momento, y probablemente la única que tendría, era el factor sorpresa; seguramente nadie esperaba que regresara, por lo menos nadie en el bando contrario, y todos estarían con su atención plena en el combate. Debía aprovechar esto para maximizar el impacto de su primera embestida, que fácilmente podría ser la única. Una primera posibilidad era trepar las casas aledañas al campo de batalla y descender con furia desde lo alto. Si bien esa opción aportaría una buena dosis de dramatismo a su asalto, difícilmente sería de gran eficacia, a menos que justo uno de los cabecillas de la tropa enemiga estuviese parado cerca de la pared, de la casa que escalase. Por otra parte existía la posibilidad de un aterrizaje poco elegante que le quebrase al viajero un tobillo (o el cuello). Una opción menos memorable era adentrarse caminando en las filas enemigas y elegir a quien atacar. Nadie le había prestado mayor atención al inicio del combate y seguramente, nadie habría reparado en su rostro. Si le reconocieran como extraño inmediatamente alarmaría a los atacantes, pero eso requería que le mirasen a la cara, y para eso tendría que llamar la atención, cosa que Gerug no hacía.

Cuando estuvo en línea visual de la contienda pudo atestiguar, por primera vez, la extrema destreza de combate del trió revolucionario. Si bien estaban en una inferioridad numérica mucho más que preocupante, peleaban con gran coordinación en una formación compacta que, ayudados por la angostura de la calle, les permitía atacar y protegerse las espaldas al mismo tiempo. Llegando al pie de la

escaramuza notó que Larso se había separado un poco de sus compañeros y que, concentrado su atención en un rival un segundo más de lo aconsejable, había quedado mal parado para hacer frente a dos formidables adversarios. Uno era el soldado que había increpado a Juan, y el otro era un hombre de gran tamaño, una cabeza más alto que cualquier otro allí y de contextura terriblemente maciza.

Gerug tuvo la fortuna de haber apostado correctamente a sus recursos. Llegó hasta las espaldas de los hombres que acosaban a Larso sin que nadie lo notase y, en un momento de gran premura para el elfo, alzó su porra y descargó un golpe tremendo en el casco del soldado. A pesar de la gran fuerza del porrazo que había recibido, el militar, hueso duro de roer, no cayó, pero si quedó momentáneamente aturdido. Aún mejor, el ataque sorpresa (o rastrero según quien lo vea), hizo que el otro hombre se distrajese por un instante. Tiempo suficiente para que Larso se deshiciese de ambos. En rápida sucesión, primero clavó su espada en la zona entre el hombro y el pecho del gran hombre, dejándolo fuera de combate. Y luego, con la espada todavía hundida en la carne del hombre, hizo rotar todo su cuerpo desde la cintura para acompañar la extensión de su brazo y poder propinar con su escudo, un golpe de fuerza descomunal al hombre del Rey. La fuerza del impacto fue tal que, a pesar de ser hombre de gran tamaño y de llevar varias placas de pesada armadura, el militar fue arrojado metros por el aire antes de caer aparatosamente al suelo; inconsciente ya, desde el momento de recibir el brutal ataque. Ésta era la clave de la técnica de combate del viejo elfo: la fuerza bruta.

–Muy honorable de tu parte –le dijo Larso a Gerug y, sin darle tiempo de determinar si había sido sincero o irónico, lo tomó del brazo y lo llevó hasta donde estaban Juan y Anastasia.

Al incorporarse Gerug a los otros, los experimentados guerreros acomodaron su formación de manera automática y continuaron luchando. El viajero requirió algo más de tiempo para acoplarse al combate. No demasiado, pero lo suficiente como para que uno de los adversarios, le lanzase un hachazo con destino de éxito. El curso del hacha, sin embargo, fue interrumpido a pocos centímetros de la cara de Gerug, por un hombrazo terrible de Juan que desplazó la humanidad entera del atacante.

–No deberías haber vuelto –le dijo severamente el heredero al cuarto integrante de su grupo.

Cada uno de los tres revolucionarios tenía una técnica de combate completamente distinta, pero a su vez, complementaria a la de los otros dos. Larso era todo potencia, de lentos movimientos, parecía ser

capaz de resistir cualquier embate, y los respondía con la fuerza de la marea. Anastasia era pura velocidad y precisión, sus agiles movimientos, continuos y entrelazados, confundían a sus rivales dificultándoles elegir un objetivo para la estocada; mientras que sus ataques de sorprendente exactitud, siempre hacían blanco certero en alguna articulación o tendón. Juan por su parte, era de desplazamientos medidos que precedían verdaderas explosiones de asalto, a pesar del gran peso de su mazo, lo blandía en ráfagas enceguecedoras que privaban al contrincante de toda capacidad de respuesta. Gerug, hacía lo que podía.

Como podría esperarse, del lado de los revolucionarios quien estaba llevando la peor parte de la contienda, era el pobre peregrino. Si bien era hombre recio, sus conocimientos de combate eran algo limitados y, para peor, estaban más bien oxidados. Afortunadamente, la diferencia entre sus habilidades y las de los otros era evidente para todos, y la mayoría de los combatientes concentraban su atención en los guerreros, dejando que los más inexpertos y menos preparados se encargasen de él. Aún así, lo atacaban de a varios, con piedras y garrotes, propinándole muchas y dolorosas tundas. Con gran ligereza de piernas (y de cerebro), el viajero comenzó a desplazarse para aminorar su desventaja. Se mantenía en constante movimiento buscando generar pequeños instantes de combate uno contra uno, con el adversario que lo alcanzara primero. Su táctica estaba teniendo éxito y, lentamente, estaba reduciendo el número de oponentes que le hacían frente.

Peleando de par a par con los dos últimos pueblerinos (de los que se habían concentrado en él), Gerug no se dio cuenta de que sus evasiones le estaban alejando demasiado de sus compañeros. En cierto momento, mientras daba unos pasos hacia atrás buscando distancia, uno de sus adversarios cargó contra él. Gerug describió con su brazo un gran arco ascendente que asestó un fuerte porrazo en la quijada del atacante, haciéndole caer inconsciente entre el viajero y el segundo atacante. Gerug dio unos pasos más hacia atrás con la mala fortuna de tropezar con algo en la calle y caer de espaldas. El bulto que le había hecho trastabillar era el cuerpo sin vida de uno de los pueblerinos. La visión conmocionó al viajero. Durante el combate había notado que los tres diestros guerreros se tomaban la precaución de despachar a los combatientes que no portaban insignias del Rey, sin darles muerte. El hombre muerto ante sí tenía apariencia de mampostero y evidentemente no era un soldado; por un instante Gerug no pudo evitar sentir pena por él, preguntándose si habría tomado parte en la

emboscada por convicción o por necesidad. Su instante de compasión resultó ser fatídico, al verlo caer, el atacante que restaba se apuró hasta el caído para dar la estocada final. La mente de Gerug retornó al campo de batalla justó cuando el adversario levantaba su espada por encima de la cabeza. Inundado por el pánico, quien yacía en el suelo alzó su brazo en señal de defensa y la espada enemiga se hundió en él, por debajo de la muñeca, hasta prácticamente cercenarlo. Gerug lanzó un fuerte grito de dolor y se sacudió violentamente, arrancando la espada, que por un instante se había atorado en su brazo, de la mano del atacante. El arma luego se soltó también de su herida y cayó al lado del alguna vez granjero. Éste, levantó la cuchilla y apuntándola hacia su contendiente logró incorporarse.

Su primer instinto fue avanzar en venganza, pero rápidamente pudo ver que su grito de dolor había llamado la atención de varios de los atacantes que, olfateando una primera victoria frente a tan prodigiosos adversarios, se dirigían ahora en grupo hacía él. Dominado por el miedo y el dolor, soltó la espada y echó a correr, siendo seguido por seis enemigos, entre ellos uno de los diestros y entrenados hombres del soberano. No pudo correr muy lejos, durante el combate, sus piernas, su espalda y su cabeza habían sido aporreados repetidas veces y su cuerpo empezaba a ser incapaz de ignorar los efectos. Jadeando, tropezó nuevamente y cayó de bruces; giró sobre su eje y pudo ver que la tropa enemiga se le venía encima.

La calle era amplia y por uno de sus flancos un hombre adelantó al grupo de atacantes, llegó de un salto entre ellos y Gerug y les hizo frente. Era Juan que también había escuchado el grito de dolor del viajero y había llegado en su ayuda.

–¡Rápido, levántate! ¡Huye! ¡Huye! –gritó con fiereza el guerrero a Gerug.

La imponente y jerárquica voz de Juan suplantó por completo la voluntad de Gerug, y el viajero inició el grave esfuerzo de ponerse de pie. Sin embargo, el extenso combate, los cientos de golpes y la gran pérdida de sangre, en especial de su mano que colgaba por el pellejo separada del resto de su brazo, fueron demasiado para el maltrecho físico del hombre que finalmente se rindió y perdió el conocimiento. Lo último que llegó a ver Gerug, fue llegar a tres hombres más que los rodeaban por detrás.

***

Poco recordaría de los siguientes días de viaje el malherido Gerug. Sus compañeros, habiendo logrado repeler la emboscada, se afanaron por salvarle la vida. Las heridas eran muchas y la pérdida de sangre considerable, sin embargo, no había nadie allí al cuidado de quien se pudiese dejar al viajero mientras se recuperaba, y el grupo se vio en la necesidad de llevar con ellos al convaleciente por el difícil y peligroso camino. El transporte y la apurada atención médica hicieron inevitable la infección de las lesiones de Gerug. Larso poseía grandes conocimientos de medicina pero no tenía, ni el tiempo, ni los implementos necesarios para curar apropiadamente a su amigo. El viajero deliraba de fiebre y su conciencia constantemente entraba y salía de este mundo. Finalmente, fue sólo por terquedad que sobrevivió el traumático ardid; y despertó, muy a su beneplácito, a una jornada de llegar a Fortaleza Heroica. Se incorporó en una cama desconocida, en un cuarto desconocido; a su lado Juan leía en silencio.

–¡Bueno, bueno! ¡Pero miren quien ha decidido dar por terminada su siesta! –le dijo el heredero con evidente alegría y exaltación– Nuestro valeroso guerrero, él, que nada tiene que ver con la guerra o los acontecimientos de nuestra época.

Gerug quiso responder pero la cabeza todavía le daba vueltas. Juan volvió a recostarlo y le hizo beber agua, luego preparó una aromática infusión de numerosas hierbas y le hizo beber eso también. El extraño brebaje tuvo un efecto revitalizador en el viajero que, a pesar de las protestas de su cuidador, se incorporó nuevamente, y suspiró a medida que los recuerdos de lo acontecido llegaban a él. Juan trató de hablarle un par de veces más pero el convaleciente estaba en su propio mundo y parecía incapaz de escuchar lo que se le decía. Luego de un segundo suspiró, miró a su compañero y dijo:

–Estoy vivo.

–¿Que comes que adivinas? –le dijo riéndose Juan cual niño.

Hubo otro silencio reflexivo de Gerug, y luego el viajero levantó el brazo y se miró los vendajes sanguinolentos que ocupaban el lugar de su mano.

–Lo siento mucho –dijo el heredero y la alegría se drenó por completo de su voz–. No había forma de salvarla. Pero Larso es un médico excelente y realizó todas las curaciones que tenía a su disposición, dice que, una vez que haya terminado de cicatrizar, nunca volverá a dolerte.

Viendo la angustia en el rostro del joven líder, Gerug trató de sonar animado y dijo:

–No es para tanto, uso la otra mano para rascarme la espalda.

–Te juro por mi vida que nunca olvidaré lo que pasó –aseveró con gravedad el heredero–. Nunca olvidaré nada de lo que ha pasado. Descansa ahora, iré a buscar a los demás y en un rato vendrán a saludarte.

Se levantó de la silla y, sin mirar a Gerug, se encaminó hacia la puerta.

–Juan –lo llamó el viajero–. Si no fuera por ti estaría muerto. Yo, nunca olvidaré eso.

El pretendiente al Trono le dedicó una sonrisa y salió de la habitación. Ahora en soledad, el incompleto peregrino se sumió en largas reflexiones sobre todo lo que había pasado. La perdida de la mano era, como podía esperarse, sobre lo que más pensaba. Las curaciones de Larso y el brebaje de Juan hacían que el dolor de esa herida, y de las decenas de magulladuras que llevaba, pudiesen ser desatendidos. Aún así, a pesar de las palabras del heredero, le preocupaba que retornase el dolor que había experimentado al perderla, y que ya nunca lo abandonase del todo. Reflexiones y lamentaciones de su mente exigieron su aún convaleciente físico, y se quedó dormido de nuevo.

Al despertar vio que su vendaje había sido cambiado y que a su lado descansaba una nueva taza con restos de la aromática infusión, que él no recordaba haber bebido. Era de noche; o el grupo había decidido esperar allí un día más para evitarle una recaída o había partido sin él. El espíritu naturalmente relajado y esperanzado del peregrino había obrado su magia durante la noche, se sentía mucho más animado y ahora no se arrepentía de haber emprendido el viaje. Nunca había podido determinar con plena certeza por qué lo había iniciado pero, si la monotonía de su vida era la causa principal, en sus andanzas había logrado cosechar emociones de lo más variadas. La perdida de la mano era seguramente un gran sinsabor, pero la anécdota seria gloriosa.

Pronto podría recorrer Fortaleza Heroica y el resto de las míticas ciudades del Oeste. Eso, era digno de celebrarse. Intentó levantarse de la cama y comprobó, para alimento de su orgullo, que la fuerza no había abandonado por completo sus piernas, hasta podía caminar. Decidió que ya era hora de explorar este nuevo y desconocido lugar y, no del todo vestido, salió de la habitación. Afuera, en el salón, estaban los tres revolucionarios, los tres ocupados en distintas labores de la cena, que más bien parecía un festín. Al verlo los tres dejaron lo que estaban haciendo y fueron hacía el. Larso abandonó por completo su

usual solemnitud y lo abrazo con fuerza; bastante más fuerza de la que el maltrecho cuerpo de Gerug hubiese deseado.

–No sabes cuánto me alegra verte despierto –le dijo el elfo apoyándole la mano en el hombro con una gran sonrisa.

–Gracias, a mí también me alegra volver a verte –devolvió la sonrisa el andante.

–¿Qué haces afuera de la cama? –cuestionó Anastasia con un tono de reto que dejaba en claro que la pregunta era una orden.

El recientemente inflado orgullo de Gerug no estebaba dispuesto a permitir semejante osadía.

–Evidentemente mis fuerzas me lo permiten –respondió el soberbio sobreviviente–. ¿Sabes? Pasé largos años de mi juventud patrullando el páramo, terreno inhóspito si los hay y repleto de criaturas voraces –recordó hinchando el pecho–. El resto de mi vida lo pasé trabajando el duro campo y criando tercos animales varias veces más pesados que yo. Eso al hombre lo endurece no lo ablanda. Es hora de que entiendan que soy más recio y resistente de lo que me dan crédito –concluyó con todo el desafío que su débil presente le permitía.

–De eso no me queda ya la menor duda –contestó con tono de picaresca concesión la asesina, luego recuperando la severidad de su voz agregó–. Ahora, puedes volver a la cama caminando o la rastra ¿Qué prefieres?

–Vuelve a descansar amigo –dijo Juan lleno de sonrisas–. Necesitaras todas tus energías para enfrentar la cena de celebración que te estamos preparando.

–Bueno, bueno. Me recuesto un rato más –aceptó recuperando el humor el dolido hombre.

–¿Necesitas ayuda? –preguntó Anastasia.

No después de semejante discurso –concluyó Gerug, y se retiró gallardamente a descansar.

En efecto, un par de horas después Larso vino a buscarlo para la cena. Primero le revisó meticulosamente las heridas y realizó todas las correcciones que le parecieron necesarias. Insistiendo a cada momento que estaban sanando espléndidamente y que, a la luz de la evidencia, no parecía que las heridas internas fuesen críticas, con cuidarlas un poco sanarían pronto. Gerug aprovechó la ocasión para recordar sus desventuras en la Plaza Cívica con los hombres de la guardia del Ministerio, haciendo especial hincapié en que eran bastante más grandes que cualquiera de los pueblerinos que había enfrentado él en la batalla, y con botas de mucho más acero. El fuerte elfo intentó ayudarlo a salir de la habitación y llegar hasta la mesa, pero el orgullo

de Gerug no lo permitió. Al sentarse a la mesa el viajero quedó maravillado de todo lo que había allí para comer; carnes adobadas de todo tipo, exóticos platillos de vegetales que no reconocía ¡Y cerveza! Bendita, bendita cerveza. O el pueblo donde se encontraban era un sumidero de productos de todo el Reino, o alguien se había adelantado hasta Fortaleza Heroica para procurar los variados alimentos. Con los ánimos por las nubes, el viajero se sentó a la mesa salivando profusamente. Con cierta ternura y un poco de tristeza notó que todo había sido cortado en pequeños trozos, para que no hiciese falta usar el cuchillo.

La conversación fue muy alegre aquella cena. Los guerreros contaban con lujo de detalles lo que había pasado desde la batalla. El hambriento viajero, por su parte, prefería comer a hablar, no teniendo energías suficientes para ambas labores en simultáneo. Pero sí escuchaba atentamente y hacía preguntas cada tanto. La batalla había sido ganada sin que los demás recibiesen heridas de gravedad. No en menor medida, coincidían los tres insistentemente, gracias a los aportes de Gerug, dispersando al enemigo y cargándose numerosos adversarios. El resto del camino había sido muy difícil, si bien habían logrado encontrarse con tropas aliadas, habían tenido que resistir tres emboscadas más, antes de llegar a zonas plenamente en control de las fuerzas del Virrey. Incluso después de eso no había concluido el peligro, Juan salvó la vida dos veces de asesinos que se infiltraban sin ser vistos. Pero todo estaba bien ahora, se encontraban en una atalaya a menos de un día de camino de Fortaleza Heroica y allí la ciudad, y su gobernante, los esperaban con ansias. Este último retraso de un día más había sido difícil de explicar, pero algunas cuasi verdades habían calmando a los hombres del Virrey.

También había noticas del Reino para compartir. Si bien la declaración de guerra del Señor del Este había sido sorpresiva y unilateral, no había tomado completamente desprevenidas a las fuerzas del Oeste. Afortunadamente, el Virrey había incrementado recientemente el número de sus tropas, y, ya hacía años, había ido apostando en reserva en las provincias del Oeste algunos de sus principales batallones, que históricamente siempre habían permanecido cerca de la Capital. En este punto del relato la mente de Gerug retornó en suspicaz silencio en la palabra “afortunadamente”. A estas alturas lo único que hacía falta era un líder para la rebelión, apuntó Juan.

–Raro que el Virrey del Oeste, que lidera el ejército que marchara a la guerra, no quiera liderar el resto de la revolución –manifestó Gerug, fallando en controlar su lengua.

–El Virrey del Oeste no tiene derecho al Trono –explicó el heredero como si le explicase a un niño pequeño–. Esto él lo sabe y por ende, comprende que para triunfar en su empresa necesita alguien que pueda gobernar el Reino entero. Por supuesto que debe tener sus intereses personales, pero es hombre noble, y enfrentar un enemigo tan nefasto nos hace a todos ver la necesidad de alianzas.

Gerug y Anastasia intercambiaron inexpresivas miradas mientras Juan, continuaba su relato del estado actual de la contienda. Pocos minutos después, el cansancio empezó a hacerse visible en el magullado viajero y sus compañeros insistieron en que se retirase a descansar. A la mañana siguiente partirían para Fortaleza Heroica y pensaban llevarlo con ellos.

IX.
Heredero al Trono

Para el viaje desde la atalaya hasta Fortaleza Heroica, el Virrey había dispuesto una gran escolta para Juan y su gente. Si bien esto aportaba la confianza de que el tramo sería transitado en absoluta paz, Gerug sentía un gran fastidio por ello. Debido a su convalecencia era llevado en camilla, y los hombres del Señor del Oeste insistían en que los revolucionarios permaneciesen en el centro de la tropa que avanzaba en cerrada formación. Esto significaba que al mirar a izquierda o derecha, Gerug sólo veía armaduras y uniformes. Se encontraba finalmente cerca de las grandes ciudades de Oeste y no podía ver nada. Seguramente Fortaleza Heroica se podía contemplar ya en la distancia y, aún incorporándose, él no veía más que la nuca del soldado que lo transportaba. Indudablemente estaba agradecido de aquellos valerosos hombres que protegían sus vidas, pero se preguntaba si no podrían, tal vez, ser invisibles. Mal humorado y desilusionado, decidió hacer lo único que podía: dormir.

Cuando despertó la tropa avanzaba por un camino empedrado. Por entre los hombres, y por encima de estos, se podían ver, de vez en cuando, construcciones que anunciaban la cercanía con a la gran ciudad. Invadido por la desesperación el ansioso viajero dijo a viva voz:

–¡Alto! ¡Alto! Ya estoy bien, gracias. Quisiera caminar el resto del camino.

La tropa se detuvo y los soldados se miraron unos a otros encogiéndose de hombros. Los compañeros de Gerug comenzaron a discutir con éste la cordura de su pedido, pero el terco peregrino no daba brazo a torcer. Finalmente el capitán de la tropa, un hombre cetrino y de pocas palabras dijo:

–Si quiere caminar que camine, bájenlo.

El duro viajero se incorporó con fingida facilidad e hizo ademanes de retomar la marcha; y el pelotón se puso en camino sin esperar opiniones de los tres revolucionarios. La altura de Gerug le jugó en ese momento una buena pasada, si bien no era más alto que la mayoría de la tropa, sí lo era lo suficiente como para ver por encima de las cabezas de algunos soldados y por entre las del resto. Mirando hacia adelante, hacia la anhelada urbe, se arrepintió inmediatamente de su decisión. Estaba realmente cerca, pero lo único que se veían era un gigantesco muro que ocultaba la ciudad por completo. Pensó en pedir que lo

recostasen en la camilla nuevamente pero su recientemente encontrado orgullo se lo impidió. Su cuerpo se quejó amargamente.

La ciudad de Fortaleza Heroica era la capital del Virreinato del Oeste, y la ciudad más grande y más occidental de todo el Reino. Originalmente había sido la primera línea de alerta y defensa contra las invasiones de las Naciones de Ultramar, pero ya hace doscientos años el comercio había remplazado a las invasiones como único contacto entre el Reino y los pueblos más allá del Mar. Construida para resistir cualquier embate, la ciudad se situaba al borde del agua en lo alto de un gran acantilado, lo que hacía casi imposible alcanzarla desde el mar. Estaba rodeada por completo por una serie de formidables muros concéntricos; cada uno había sido levantado ante una oleada de crecimiento de la urbe. A medida que la población crecía, algunos, por necesidad, se instalaban fuera de la muralla exterior. Una vez que la población fuera de los muros era suficientemente grande, se comisionaba la construcción de una nueva muralla. Así, la ciudad crecía concéntricamente como un árbol. Y, siendo que la ciudad desde sus orígenes había sido emplazada al borde del acantilado (para hacer las veces de puesto de vigía), el crecimiento se daba formando una serie de medialunas con eje en el primer y antiguo asentamiento. La costumbre se había mantenido aún tras el cese de las invasiones marítimas, para protegerse de invasores que proviniesen del Reino mismo. Ya que los muros viejos no se derribaban, en el caso de que alguna fuerza lograse penetrar uno, lo único que debía hacer la gente de la ciudad para mantenerse protegida, era pasar a un semicírculo más interior de la urbe.

El comercio con las Naciones de Ultramar, en conjunto con su inexpugnabilidad, habían traído gran prosperidad a la ciudad de Fortaleza Heroica. Tanto, que las riquezas habían comenzado a fluir por toda la provincia haciendo florecer otras ciudades de gran tamaño por el Virreinato. Las Grandes Ciudades daban identidad a la provincia y al Oeste entero. Y siempre habían sido contempladas con recelo por el poderoso Este.

Hacía esa gran maravilla de la civilización se encaminaba Gerug, y a su lado, Juan lo hacía hacia los destinos del Reino. El dolor del magullado viajero incrementaba paso a paso, apagándole lentamente los ánimos y las ansias de conocer; aún así, avanzaba a paso firme con la frente en alto, escondiendo su sufrimiento de cualquiera que lo mirase. Cerca de entrar a la ciudad, mientras el peregrino intentaba distraerse con la fachada del imponente muro y los infinitos detalles de la decoración del portal que lo interrumpía, Anastasia se acercó a él.

–Una vez que estemos dentro de la ciudad dejaremos atrás la escolta, entonces podrás, si quieres volver a la camilla –le susurró de cerca.

–Gracias –fue lo único que logró decir el dolorido viajero.

En efecto, a unos veinte metros del portal de muro la tropa se detuvo. El capitán ordenó a sus hombres que montasen campamento y esperasen allí su retorno. Luego, dirigiéndose a Juan y a su tutor se dispuso a conducirlos hasta la morada del Virrey. Mientras todo esto ocurría Gerug se sentó en el suelo a recuperar el aliento. Afortunadamente para él, Juan se tomó un largo rato para despedirse de los hombres que lo habían escoltado hasta allí, prolongando su descanso. Cuando llegó el momento de retomar la marcha el viajero llamó a sus compañeros.

–¿Puedo volver a la camilla ya? –les preguntó un tanto quejumbroso.

–¿Ahora? –indagó la asesina– Todavía pueden verte.

–¿Por quién me tomas? –contestó Gerug con cierta dificultad– Yo sólo quería poder ver el camino.

***

Habiendo traspuesto la entrada principal a la gran ciudad, el grupo se detuvo en una feria de alimentos para una merienda (casi cena). Allí, aprovechando la buena disposición del tendero, le prepararon a Gerug una taza de aquel brebaje revitalizador, que le dieran el día anterior. El pequeño descanso y el retorno a la camilla ya habían obrado bien al viajero, y la combinación de la aromática infusión y un buen caldo de pollo, terminaron de levantarle los ánimos, lo suficiente como para que pudiese disfrutar las vistas de aquella urbe cosmopolita.

Por sus calles, el maravillado peregrino pudo ver gentes de todos los rincones del Reino e incluso, muchos que parecían venir de más lejos aún. Había allí ejemplares de todas las razas civilizadas de las que tenía conocimiento Gerug. Había hombres, elfos, granyos cornudos, follejos y, para el deleite del viajero, moradores de sombras, que parecían aún más misteriosos que sus nombres y las historias que se contaban de ellos, y hombres toro, que, taxonómicamente hablando, no tienen relación alguna con toros o con hombres. Cruzando los límites del deleite para entrar en el territorio del éxtasis, ante los ojos de Gerug desfilaron algunos individuos cuya raza le era imposible

determinar; ya sea que fueran mestizos o razas de más allá del Reino, su presencia incendiaba la curiosidad del peregrino que sentía la necesidad imperiosa de ir a hablar con ellos. Sin embargo, Dado su convaleciente estado actual se vio en la obligación de contener sus ansias.

Otro que parecía muy feliz de la caminata por Fortaleza Heroica era Larso. Las incesantes preguntas de Gerug que habían empezado a irritar a los demás (que se preguntaban de dónde sacaba las fuerzas para hacerlas), le permitían hacer gala de sus enciclopédicos conocimientos. Fue por gracia del antiguo elfo, que el reciente peregrino se pudo percatar de una de las características más sobresalientes de la ciudad; las culturas que allí acontecían no se podían encontrar en ningún otro lugar del reino. Cada semicírculo amurallado de la urbe era producto de un determinado momento de crecimiento poblacional, y cada crecimiento había estado acompañado por el influjo de gentes de variadas procedencias. Por caprichos de la historia, cada expansión de la ciudad había sido puntual, temporalmente separada de las demás y con una concurrencia de pueblos distintos. Así, cada semicírculo tenía su propia cultura y arquitectura distintiva, única en el Reino y producto de la particular alquimia entre las variadas costumbres que llegaban y las que las recibían desde los semicírculos más internos. Tal era la variedad de cosas que había allí para ver y conocer que mente, cuerpo y espíritu del viajero olvidaron por completo sus penas.

–Entonces si hay un lugar en el Reino donde puedo ver animales que hablen seguramente será aquí –le dijo Gerug esperanzado en un determinado momento al erudito elfo.

–¿Animales que hablen? ¿Aquí? –respondió con preguntas Larso– No lo creo, todo puede ser en esta ciudad, pero los animales que hablan tienden a evitar los grandes tumultos. La mayoría, o por lo menos la mayoría de los que yo he conocido, no se acercan a las ciudades.

–La última vez que hablamos de esto, nos interrumpieron –recordó repentinamente Gerug la charla pendiente–. Tengo muchas preguntas. Pero la primera es ¿Sólo algunos animales pueden hablar, o sólo algunos eligen haciendo?

–Tus preguntas tendrán que esperar, amigo. Hemos llegado –fue la respuesta del elfo, precedida de una palabrota del hombre.

Aparte del camino de alegre contemplación que recorrieron el viajero y el elfo por la ciudad, estaba la ruta de expectación y ansiedad que recorrió a su lado el resto del grupo. A medida que Juan y su gente se había ido encontrando en el camino con tropas del Virrey, raudos

mensajeros a caballo se les habían adelantado para informar al gobernante del Oeste de la situación. En consecuencia, la ciudad ya sabía de su llegada y se había estado preparando con anticipación. Adentrándose más y más en la urbe, el paso de los revolucionarios no había pasado desapercibido y mucha gente había comenzado progresivamente a seguirlos. La noticias se regaban por las murallas como la lluvia, ya prácticamente todos sabían que el Señor del Oeste estaba preparado para la llegada del Pretendiente al Trono. El mandatario había reunido a su concilio de magos a la espera de que el heredero pudiese demostrar, cuanto antes, lo que le dijese el Oráculo. Incluso se decía que el gobernante del Oeste estaba listo para jurar lealtad al nuevo Rey allí mismo.

Finalmente el grupo llegó hasta lo morada del Virrey. Aquello a que se denominaba comúnmente como "morada del Virrey" no era otra cosa que el círculo amurallado más antiguo de la ciudad; todo el terreno del asentamiento original había sido transformado en una gran mansión. Esparcidas en una llanura pavimentada había elegantes construcciones de recargada decoración que hacían las veces de edificios de gobierno. El palacio del Virrey, la municipalidad, delegaciones y ministerios, todos se encontraban allí en el espacio de la ciudad original. Y en el centro se alzaba la Torre de los Magos. La esbelta construcción se elevaba solitaria unos setenta metros desde el suelo, en el centro de una circular explanada, y no poseía puertas o ventanas, a excepción de un gran púlpito cerca de la cima que rodeaba todo el perímetro de la estructura. Sus simples paredes de ladrillos eran violetas pero, según le explicaron a Gerug, podían cambiar de color para transmitir mensajes secretos o, más comúnmente, para transmitir la magnificencia de los magos que la habitaban. La falta de puertas a la calle despertaba todo tipo de historias referentes al acceso a la misma. La mayoría de la gente parecía opinar que sólo se podía ingresar por voluntad mágica. Los ciudadanos más viejos, por su parte, parecían opinar que el acceso era subterráneo conectado a túneles por debajo de la ciudad. A dónde iban esos tuéneles, nadie sabía.

Directamente atrás de la torre estaba el palacio del Virrey, probablemente la más decorada de las edificaciones de gobierno (obscena tal vez, según el gusto de quién). Y parado en sus escalinatas, rodeado de su guardia personal estaba el Señor del Oeste en persona, y con él, los cinco Grandes Magos del Oeste. La apariencia de los hechiceros le resultó al atento peregrino de lo más curiosa. Todos parecían prestar un meticuloso cuidado a su apariencia, en especial a sus largamente acicalados rostros; llevaban además largas túnicas de

particulares y coloridos diseños que llegaban directamente hasta el suelo arrastrando los bordes. La elección de la particular vestimenta era lo que más llamaba la atención del visitante, no había visto a nadie en las calles vestido de tal manera y le parecían de lo más imprácticas. Si bien estaba al tanto de que aquellas extrañas túnicas eran mágicas, también sabía que eran los mismos magos quienes las confeccionaban "¿Por qué no pueden hacerse unos *pantalones* mágicos?" pensó mientras avanzaban.

Juan avanzaba delante de todos, detrás suyo, Larso y Anastasia llevaban a Gerug en camilla, el elfo por delante. Al llegar hasta donde estaba el Virrey del Oeste, éste recibió al pretendiente y su tutor con máxima ceremonia (al resto los ignoró). Luego invitó a Juan a entrar en su palacio. Viendo que no avanzaba, Gerug llamó la atención de Larso con un pie y le hizo un gesto con la cabeza para que entrasen también ellos.

–No somos nobles ni es necesaria nuestra presencia. Solamente debe entrar Juan –explicó el tutor al en ese momento no tan convaleciente.

–Así que nadie más que *ellos* va a ver lo que pasa allí adentro –dijo el sarcástico viajero sin que nadie le prestase atención.

Varias horas pasaron en anticipación, más y más gente llegaba a la morada del Virrey, y de lo único que se habla era de la revolución. La gente de Fortaleza Heroica, y en general la gente del Oeste, siempre había sentido gran rechazo por el actual monarca, convencida que sería lo mejor para el Reino si éste abdicase. El problema era, según lo veía la mayoría, que el heredero del Señor del Este era aún peor que su padre; gobernaba una de las provincias más ricas del Este, pero desde su apuntamiento, la riqueza del lugar había ido siendo traslada de la tierra directamente a sus arcas. Para colmo, tenía la misma predisposición belicosa y la misma diplomacia brutal del padre, por lo que nadie, en el Oeste, Este, Sur o Norte, esperaba grandes cambios en el Reino cuando sucediese a su progenitor.

Estaba, por supuesto, la opción de que el Rey fuese depuesto. Muchos de los ciudadanos de la ciudad habían vivido por lo menos una destitución real y, vivir dentro de tan magnífica fortaleza los hacía inmunes a los aspectos menos celebrados de las guerras; por ende la mayoría consideraba las insurrecciones armadas como meros pasajes de la historia. No obstante, esta opción tenía también su contrapunto para la mayoría de los habitantes de Fortaleza Heroica; el Ejercito Real era uno de los más grandes de la historia del Reino y el más grande de la historia pertenecía a Sir Juárez, yerno del Rey.

Ciertamente para montar una ofensiva con alguna posibilidad de derrocar al Señor del Este, hacía falta una alianza entre tantos como fuese posible de los nobles disidentes del Reino. Y eso sólo ocurriría con un noble fuerte, comandante de una armada poderosa tras de quien aliarse. Actualmente había un sólo noble capaz de ocupar ese lugar: El Virrey del Oeste. Y allí yacía el principal problema de la opción revolucionaria. La gente del Oeste quería más bien poco a su Virrey.

El Señor del Oeste era conocido por emitir ordenanzas poco populares entre su gente. Por aquella época, vivir en el Oeste era trabajo duro; la gente no vivía peor que antes del actual gobernante, pero tampoco vivía mejor y seguramente, trabajaba mucho más. Esto hacía que el noble fuese bastante impopular de por sí y, empeorando la situación, hacía que la gente no mostrase demasiado interés en unirse a su ejército. Para amasar su gran armada, el Virrey del Oeste había tenido que echar mano de dos recursos: mayores salarios y enrolamientos forzados. El primero de estos recursos implicaba mayores impuestos y el segundo, no sólo no era exactamente gratuito para el pueblo, si no que, lógicamente, era rechazado por la mayoría de la gente lábil a ser enrolada. En resumen, el Virrey era un noble muy poco apreciado. Hete allí la razón de que la gente del Oeste tampoco fuese partidaria de la insurrección; no lo querían de Señor, mucho menos de Rey.

La situación en el resto del Reino era similar. Después de que el Señor del Este proclamase traidor al Virrey del Oeste, una alianza poderosa entre los nobles del Oeste, la mayoría de los del Sur y algunos pocos del Este, había sido formada para hacerle frente al despótico Rey. Pero la gente había tardado bastante más en responder voluntariamente al llamado de sus nobles en grandes números.

Todo esto se enteró Gerug, mientras esperaba una resolución al encuentro de Juan con los magos. Por lo general trataba de no hacer caso a estos asuntos, pero estaban siendo discutidos todo a su alrededor y no tenía manera de alejarse de allí. Sin contar que por supuesto tenía gran curiosidad de saber lo que estaba por acontecer.

***

Horas después de que el pretendiente al Trono desapareciese tras las puertas del palacio, con la noche iluminada por antorches y piras, la morada del Virrey se encontraba abarrotada de gente esperando ansiosa saber qué pasaría. Mientras que todos mantenían sus ojos en

el palacio, un fuerte y grave sonido manó de la cúspide de la Torre de los Magos, esparciéndose lentamente por todo el círculo amurallado. Cuando la gente se volvió a mirar hacia la torre pudo verla iluminada por una inexplicable luz y a los cinco grandes hechiceros salir al púlpito, detrás de ellos veían Juan y el Virrey. Antes de que nadie emitiese palabra, dos de los cinco magos se acercaron al borde del púlpito y comenzaron a realizar unos extraños ademanes con los brazos extendidos sobre la multitud. El aplastante silencio que rodeo a la dolorida risa de Gerug la aplacó inmediatamente.

Después de que los magos hubiesen terminado su estrafalario ritual, el Virrey del Oeste se acercó al borde del púlpito y se dirigió a la gente en la explanada.

–Estimados ciudadanos de Ciudad Heroica y pueblos del Reino entero –comenzó con solemnes gritos–. Os presentó a Juan Pérez, legítimo heredero al Trono de Bulácio Chestro y por noble sucesión, único Rey verdadero de nuestro Reino.

Tras la proclama, el flamante Rey se acercó al borde del púlpito y saludó a la multitud. El fragor de la algarabía fue tal, que pareció como si la ciudad entera clamará por Juan, y duró un lapso casi eterno. Cuando el ardor de la gente comenzaba a amainar, se pudo ver que en lo alto de la torre se iniciaban preparativos para algún tipo de ceremonia. Gerug les pidió a sus amigos que lo ayudasen a ponerse de pie para poder ver mejor lo que pasaba.

Finalizados los preparativos, con el absoluto silencio de la muchedumbre, comenzó la ceremonia. Juan fue dispuesto justo en el borde de la plataforma para que todos lo viesen. El viajero pudo ver que el rostro del heredero había vuelto a cambiar; el muchacho había desaparecido por completo, el rostro del hombre que se alzaba ante sus ojos acusaba una sabiduría milenaria. No era sólo su rostro, todo en la actual presencia de Juan proyectaba fuerza y liderazgo. Difícil hubiese sido para cualquiera cuestionar que este hombre no era un verdadero monarca. Inclusive Gerug, que siempre había albergado sus grandes dudas, sintió que era aquél un espectáculo sobrecogedor. Rodeando al heredero, y mirando hacia él, se dispusieron los cinco magos que comenzaron a realizar unos ademanes muy similares a los de antes. Asistentes salieron entonces de la torre, y primero le colocaron a Juan una gran capa de seda. Luego le entregaron una magnifica espada de metal celeste engalanada con gemas rojas, un cetro de oro y una piedra gris. Esto resultó ser un poco desafiante para el heredero ya que tenía dos manos para tres emblemas. Un cinturón con funda para la espada

hubiese sido de gran ayuda pero, aparentemente, a nadie se le había ocurrido.

Concluido este tramo de la improvisada ceremonia. El Virrey del Oeste se acercó hasta el heredero y se hincó ante él, luego, los cinco magos al unísono le tomaron juramento de lealtad al nuevo Rey. Al ver esto Anastasia, que estaba parada delante del Gerug, se volvió a mirar a éste con una expresión que parecía decir "¿Viste?".

–Veo, veo, estoy verdaderamente anonadado –le dijo con sinceridad el peregrino–. Igual, que curioso que los que realizaron la proclama sean los únicos que estuvieron presentes para ver la validación de la misma, y no nos den detalle alguno de ella ¿no?

Anastasia lo miró directo a los ojos, suspiró con una mueca, y se volvió nuevamente para ver lo que pasaba en lo alto de la torre.

Finalizado el juramento, Juan, el Virrey y los magos, desaparecieron nuevamente en el edificio y un ejército de servidores del Señor apareció casi de la nada, transportando alimentos de todo tipo, tarimas e instrumentos musicales. Así se dio inicio a suntuosos festejos que coparon la ciudad todo aquel día y su noche. Festejos como nunca había visto ninguno de los habitantes de la ciudad, y que nunca pudo ver el pobre de Gerug. Bajo órdenes y amenazas de la asesina y el elfo, una habitación del palacio del Virrey fue dispuesta para que aquel se recostase para continuar su convalecencia. El terco peregrino protestó fuertemente la disposición, pero la sangre que había empezado a manchar todos sus vendajes habló mucho más convincentemente, y sus quejas fueron desoídas. Anastasia y Larso prometieron alternarse los siguientes días para traerle comida y hacerle compañía, luego, salieron y cerraron la puerta con llave.

***

Gerug recuperó la conciencia a la mañana siguiente. A pesar de su insistencia de participar en los festejos, ni bien apoyó la cabeza en la almohada había perdido el conocimiento. Ahora se sentía bastante mejor y sólo pensaba en comer. Como si hubiese escuchado su llamado, Larso entró en la habitación llevando una bandeja; lo saludó mientras la apoyaba al lado de su cama, y se puso a cambiarle los vendajes. Gerug, por su parte, se abalanzó sobre la bandeja con entusiasmo, que mutó en tenue desilusión tras comprobar su contenido.

–Supongo que no debe haber quedado mucha comida después de los festejos de ayer ¿no? –le dijo al elfo con algo de sarcasmo.

Larso lo miró entrecerrando los ojos algo confundido.

–¿Otra vez sopa? –preguntó sin más rodeos el convaleciente viajero– Ayer fue sopa mañana, tarde y noche.

–No es bueno en tu condición, andar atiborrándote de comida –le dijo con cierto cansancio el otro.

–Se te ve algo pálido esta mañana –cambio de tema después de un suspiro el peregrino–, y note que te costó un poco de trabajo llegar desde la puerta. Como si hubieses tenido que corregir el curso un par de veces ¿Pensé que los elfos eran inmunes a los despertares del vino?

–No bebo vino. Fue cerveza. Un concejo entre amigos, no creas todo lo que elfos dicen de elfos.

–Bien, bueno saberlo –se rió Gerug–. Me alegra que la fiesta que termina pero no te deja no te haya saboteado los ánimos. No quiero perder un día más sin recorrer la ciudad, y tú y tu eterna memoria son la compañía ideal para eso.

–Me encantaría poder hacerlo, pero no –contestó Larso volviendo a ser el solemne tutor de Juan–. La fiesta ya terminó, ya no hay tiempo que perder. Debemos trazar estrategias, ordenar las tropas y afianzar la alianza. Debemos hacer saber que Juan ya es Rey, todavía hay muchos nobles neutrales que podrían unirse a la resistencia.

Las palabras de Larso robaron la alegría de Gerug.

–¿Sabes de dónde puedo enviar una carta? –le preguntó el andante apesadumbrado.

–No, pero lo puedo averiguar –fue la respuesta–. No te desanimes tanto, de hecho he venido para llevarte a que te curen, y en el camino te contaré todo lo que quieras. El Virrey me ha dicho que hay aquí una cofradía de médicos brujos, cuyo conocimiento y colección de hierbas mágicas no tiene rival en todo el reino. Seguramente pondrán fin a tu convalecencia.

Después de limpiar las heridas y cambiar los vendajes de Gerug, el antiguo elfo hizo entrar a dos guardias que traían una camilla, y se pusieron en camino. Tomó un buen tiempo llegar hasta la morada de los médicos brujos, en el camino, la pequeña comitiva pasó frente a algunas de las innumerables curiosidades de la gran ciudad. Y a cada nueva visión, Larso comenzaba a contarle a su compañero qué era lo que hacía peculiar a esa particular peculiaridad. Gerug escuchaba con interés apagado, otros asuntos más importantes ocupaban sus pensamientos.

Por una maraña de enrevesadas callejuelas, llegaron hasta el edificio de la famosa cofradía secreta de médicos brujos. Era un edificio bajo y tenebroso; construido contra uno de los grandes muros, y

rodeado de altos y lúgubres edificios permanecía prácticamente todo el tiempo envuelto en las sombras. Tenía dos entradas a la calle una, más grande, roja y adornada de extraños jeroglíficos. La otra bastante más genérica y con diez o doce personas haciendo fila.

Fueron hasta la gran puerta roja y los guardias bajaron allí a Gerug, acto seguido se fueron apresuradamente. Mientras el viajero se incorporaba, Larso hizo algunos ademanes frente a la puerta y golpeo una única pero potente vez. Luego de que se intercambiaran algunos susurros con alguien del otro lado del portal, ésta se abrió, aunque apenas lo suficiente como para que entraran los dos visitantes. El elfo pasó sin decir nada, Gerug saludó con la mano a la gente que hacía fila y entró (también en silencio). En el interior del edificio se abría un gran salón, estaba iluminado por muchas menos antorchas de las necesarias y era bastante difícil ver algo más allá de fulgurantes resplandores. El hombre que había abierto la puerta era algo más visible gracias a que llevaba en su mano una lámpara. Llevaba el rostro cubierto por una capucha y el cuerpo por una capa, ambas completamente negras pero adornadas con numerosas hojas y ramas de muchas formas y colores. Una vez que la puerta volvió a cerrarse, Larso le entregó al hombre un pequeño bolso un poco más pequeño que la palma de una mano, éste se dio la vuelta sin mirar el bolso y sin decir una palabra, y comenzó a caminar. Mientras lo seguían por el salón, Gerug intentó decirle algo a su compañero pero éste lo hizo callar llevándose el índice a los labios.

Recorrieron los tres todo el gran salón y luego se internaron por una serie de angostos corredores; siempre iluminados por pequeñas antorchas, demasiado alejadas una de otra como para iluminar apropiadamente el pasaje. Después de algunas vueltas poco lógicas; bajaron unas escaleras; caminaron hasta el final de un corredor; bajaron unas escalinatas; dieron algunas vueltas más; y descendieron por una larga serie de peldaños. Llegaron así a una sala un poco mejor iluminada que el resto del edificio. En el centro había un altar completamente cubierto de enredaderas y con una almohada en una punta. El encapuchado que los había conducido hasta allí, le indicó a Gerug que se recostase en el altar. Mientras el viajero caminaba hacía el extraño lecho, pudo ver que había en la sala otro hombre vestido de forma muy similar al primero. Una vez que el dolorido peregrino se recostó en el altar, el segundo brujo se acercó y comenzó a inspeccionarlo arrojándole de tanto en tanto unos extraños polvos de colores sobre el cuerpo.

–¿Sabes? Yacer sobre estas ramas no me resulta muy medicinal –empezó a quejarse Gerug– ¿No podríamos hacer esto en otro lado ¿O en el suelo, tal vez?

–Silencio –habló con mortecina voz el médico brujo.

Luego de una larga inspección y aún más polvos, el extraño personaje se dirigió a Larso.

–Sí, podemos curarle. Tardará mucho en sanar por completo pero para el día después de mañana ya podrá moverse con libertad –dijo sin énfasis alguno.

–¿Podré movilizarme pero aún estaré herido? –consultó algo confundido el viajero– Eso sí que es magia ¿No me lastimaré aún más sin darme cuenta?

–No, sanaras en realidad. Pero sólo podemos ayudarte a sanar hasta cierto punto, tus heridas son profundas y numerosas. El resto tomará más tiempo.

–Ya veo –respondió Gerug decidido a presionar el asunto un poco más– ¿No hay acaso algo un poco más *mágico* que podamos hacer?

–No somos magos, ni hechiceros –explicó con su lúgubre voz el médico brujo–. No hacemos magia, Usamos la magia que la naturaleza almacena y nos ofrece.

–¿No es la naturaleza más mágica que cualquier mago?

–Ciertamente, pero no podemos manipularla como los magos, usamos sólo lo que nos ofrece.

–Veo, y… ¿No podríamos tal vez consultar un mago? –se negó a dejar el asunto el viajero.

–¿Quieres que molestemos a un mago para curar un simple soldado? –dejó por primera vez el médico brujo escapar, junto a sus palabras, una emoción: indignación.

–No soy soldado.

–¡Menos que menos! ¡¿A quién se le ocurre que un mago vaya a perder su tiempo con un Don Nadie?!–abandonó la compostura el hombre.

–Está bien, está bien –comprendió Gerug–. Supongo que estarán muy ocupados con todo este asunto ¿no? –dijo mirando hacia Larso.

–No con la guerra por lo menos –respondió el elfo–. Los magos les dejan el planeamiento de ese tipo de cosas a los militares.

–¿Y entonces que tienen para hacer que no pueden ayudar a la gente?

–Cosas de mago; mucho más importantes. Deja ya de molestar –ordenó el brujo, y recuperando la tranquilidad de su profunda voz agregó–. No tienes por qué preocuparte, no seremos magos pero

sabemos mucho de magia. Te trataremos de manera tal de acelerar tu sanación y de asegurarnos que sea completa. Ahora espera aquí, requerirás elixires, ungüentos y cataplasmas. Toma esto que te hará sentir mejor mientras tanto –concluyó acercándole un vial sin identificaciones.

–¡Muchas gracias! –dijo arrepentido de su comportamiento anterior Gerug, mientras el brujo se retiraba.

–¿Existe algo que no cuestiones? –preguntó Larso cuando el brujo se hubo retirado.

–No mucho, pero con tanto dolor parece que he perdido mi diplomacia. Por lo general trató de resérvame mis cuestionamientos lo más posible.

–¿Es sólo dolor? –preguntó el elfo amigo– Yo diría que otras cosas te aquejan más.

–Me preocupa la guerra, me preocupa que le pase a la gente que conozco.

–Bueno, hace muchos años que no se obliga a mujeres a marchar a la guerra, los follejos verdes rara vez responden el llamado y tu amigo el posadero es más útil atendiendo a las tropas que en el campo de batalla. De hecho dudo que alguien en Aguas Rosas vaya a ser llevado a la guerra –trató de tranquilizar Larso al viajero–. En cuanto a tus amigos del Sur, tu hogar está demasiado lejos de aquí o de la Capital; y a Eduardo el Cauto le llaman así por algo. No marchará tropas a menos que se quede sin alternativas. Nosotros por nuestro lado hemos elegimos nuestro camino. No creo que tengas demasiado de que preocuparte.

–Gracias, se todas esas cosas. Aún así no son sólo ellos los que me preocupan. Que ellos no vayan a la guerra no significa que no haya miles que si lo harán. Larso –tomó aire preparándose para la difícil pregunta que debía hacer– ¿Cómo sabes que Juan será un mejor rey que el actual?

–¿Cómo se que el hombre que te salvó la vida es mejor que el que mandó matarte? –respondió con mordaz sarcasmo Larso– Intuición élfica supongo.

–El Rey no mandó matarme a mí, mandó matarlos a ustedes y yo no corrí en la dirección correcta –corrigió socarronamente Gerug tratando de alivianar la charla–. No tengo dudas de que Juan es un hombre honorable y que sería un gran líder. Pero ¿Será un buen rey? En mi vida los reyes han sido todos iguales. Nos miran y no nos ven; ven pelotones; ven los impuestos a cobrar de la provincia; o ven

herramientas de labranza. Están sentados demasiado alto para ver que somos gente. Para ver que somos como ellos.

–Entonces lo que necesitamos es un rey que vea. Uno que se acerque lo suficiente para ver más allá de la masa. Y créeme que ahora la suerte está de nuestro lado –clamó el elfo cada vez más entusiasmado–. Éste es un rey que no necesita acercarse para vernos porque nos ha visto de cerca toda su vida. No creció en un alto y lejano trono, sino aquí abajo, entre nosotros. Esta vez será distinto.

–No nos prometieron con cada nuevo rey que esa vez sería distinto –insistió el viajero bajo el peso de sus años–. Yo he vivido cuatro reyes ya, las cosas cambian sí, pero al final son siempre igual.

–Yo he vivido muchos más reyes que eso *niño*, y te digo que éste es y será distinto.

–Ojalá –concluyó Gerug con absoluta sinceridad.

Luego suspiró largamente y trató de alejar su mente de preocupantes pensamientos.

–Así que… Anastasia. Mujer inusual si me lo preguntas –dijo finalmente cambiando una preocupación por otra.

–Seguramente lo es, por estos días el honor y la lealtad son inusuales. Pero algo me dice que no es a eso a lo que te refieres.

–Honorable y leal, sin ninguna duda –comenzó a responder el viajero aproximándose con cautela–. Pero hay otras cosas de ellas que también son inusuales ¿no?

–No para mí ¿a qué te refieres? –respondió Larso a la cautela con cautela.

–Nada, nada, sólo buscaba conversación –buscó concluir el asunto Gerug, sintiendo que continuar sería traicionar confianzas.

–Si te refieres al hecho de que además de guerrera es asesina, yo no veo nada *inusual* en ello.

–¿Eso no te parece raro? –preguntó Gerug incrédulo– Bueno, supongo que en tu vida has visto muchas más cosas que yo, pero no es sólo que se dedique a eso. No lo hace por encargo como un asesino cualquiera, lo hace de acuerdo a lo que le parece más conveniente ¿No te parece que eso la hace más peligrosa?

–Por supuesto que no –contestó con énfasis el elfo–. Todo lo contrario, es mujer de principios, eso la eleva aún más. Tenerla con nosotros siempre será de gran provecho.

–Siempre y cuando nunca decida que Juan ya no es lo mejor para el Reino.

–¿Por qué habría de pensar eso? Creo que entiendo tu preocupación –concedió Larso– pero es infundada. Juan es y será lo mejor para el

Reino, toda persona de bien podrá verlo. Y en particular, con respecto a Anastasia; ella ya eligió un camino, y su camino es él –y con cierto humor concluyó– ¿Sabes algo de mujeres?

–Ni lo que piensan, ni lo que quieren, ni por qué hacen lo que hacen. Y si me lo permites, no creo que tu infinito conocimiento élfico alcance para eso.

Mientras intercambiaban sonrisas chuecas de distintos colores, casi sin ser escuchado, retornó el médico brujo con dos asistentes. Los tres venían cargados de todo tipo de chucherías medicinales.

***

Las artes medicinales de los brujos de la cofradía resultaron tal cual le fueron descriptas al convaleciente. A los dos días Gerug ya había recuperado gran parte de su vigor, y podía ir de aquí para allá con libertad, aunque caminar mucho le hacía doler. Así, el viajero decidió aprovechar inmediatamente su cuasi restablecida salud para recorrer la maravillosa ciudad. Fortaleza Heroica era realmente, un manjar para su curiosidad. Cada una de las regiones amuralladas era distinta a las demás, haciéndola en si misma algo único para recorrer. No era que cada región fuese una ciudad distinta a las otras; todas respondían a la identidad propia y bien definida de Fortaleza Heroica, pero de formas absolutamente únicas. Era como si se hubiesen mezclado los mismo ingredientes, pero de maneras tan especiales, que los resultados eran irrepetibles. Para mayor deleite del visitante, dando la vuelta a alguna esquina siempre podía llegar a encontrarse alguna casa, negocio o reunión de gente que rompía por completo con la hegemonía de la zona y aún así, por algún misterioso designio, no desentonaba con lo que lo rodeaba.

Cierto era que los grandes tumultos de gente resultaban algo agotadores. Además de la abultada población propia de la ciudad, desde la proclama de Juan habían comenzado a llegar muchas personas que querían enterarse de lo que estaba pasando. Sin embargo, Gerug encontró rápidamente un cierto truco para lidiar con el gentío. La gente quería saber de Juan Pérez y Juan Pérez quería que supieran de él. El Rey de Fortaleza Heroica dividía su tiempo entre planificar guerra y recorrer la ciudad; haciéndole llegar sus palabras a la gente y respondiendo sus preguntas, recordando las crueldades e injusticias del actual gobernante, y explicando por qué eran injusticias y cómo él las corregiría. Esto significaba que, cuando

estaba hablando en algún lugar, la gente se reunía a su alrededor liberando las calles de la zona. Para gusto del viajero las calles no quedaban desiertas (disfrutaba de la gente en dosis apropiadas), quedaban todavía para conocer y charlar, apáticos sin interés en el nuevo Rey y trabajadores que no podían abandonar sus puestos. Gente del agrado de Gerug. Recorrer la ciudad de esta manera tenía una consecuencia no planeada, pero no del todo indeseada. El peregrino siempre estaba ahí para escuchar los discursos del flamante monarca.

Conocer las innumerables experiencias que ofrecía la ciudad no era la única preocupación del viajero. También ocupaba su tiempo algo mucho más apremiante; iba de correo en correo, de mensajero en mensajero y de oportunista en oportunista, buscando alguien que les llevase cartas a sus amigos. La guerra era cada día más real y necesitaba comunicarse con ellos. Lamentablemente la mayoría de los mensajeros no estaban dispuestos a llevar correo desde Fortaleza Heroica hasta más allá del Oeste. Y quienes si estaban dispuestos no tenían razón para ir tan al sur. Fue recorriendo la ciudad en busca de aventureros dispuestos a transportar sus mensajes, que se topó con un rostro familiar de hacía una o dos vidas atrás. Sir Surlo el montaraz estaba sentado solo en un bar bebiendo una cerveza.

–Así que finalmente lo lograron –saludó el viajero sentándose a la mesa.

–Gerug ¡cuánto tiempo sin verte! –se sorprendió el montaraz– Raro verte con los pies tan firmemente en la tierra.

–Es un gusto verte Sir ¿Estás solo? ¿Los demás llegaron también?

–Sí, sí, no te preocupes –tranquilizó Surlo–. Todos llegamos en un pieza, pero trabajamos para el Virrey, como seguramente ya sabías; todos hemos sido enviados a distintos lugares con distintas misiones. Yo acabo de volver de mi tierra sin grandes novedades.

–Cuéntame entonces de tus andanzas y las de los demás que quiero saberlo. Pero primero necesito hacerte una pregunta ¿Sabes cómo puedo hacer llegar un mensaje hasta el Sur o tal vez a un pueblo llamado Aguas Rosas?

–Lo veo muy difícil –respondió el montaraz sin dar esperanzas–, cualquiera que lleve mensajes desde aquí arriesga el pescuezo. Los únicos que están dispuestos a hacerlo lo hacen para llevar mensajes relacionados con la guerra. Conozco Aguas Rosas, es solamente una conexión con el Norte y hay formas más directas para llegar allí desde aquí. En cuanto al Sur, muchos de sus nobles han optado participar en la guerra, la mayoría de nuestro lado; aunque ninguno lo ha hecho con el beneplácito del Señor del Sur –su voz se cargó de amargo disgusto–.

Eduardo el Cauto está haciendo oídos sordos a todo el asunto, fingiendo que las noticias no le llegan y manteniendo su provincia neutral, sin importar lo que hagan las demás provincias del Sur. De reunirnos con su gente veníamos cuando te encontramos en Plaza Cívica, sabemos perfectamente que no se unirá a ningún bando hasta que sea evidente cual va a ganar. Probablemente espere a que la guerra haya terminado y luego diga que sus mensajeros se perdieron o retrasaron; no hay razones para comunicarse con su provincia.

Si bien era evidente que la actitud del noble del Sur le resultaba en extremo deshonrosa al montaraz, sus palabras fueron bálsamo para las preocupaciones de Gerug. Lejos estaban de aplacarlas, pero se sentía bastante más tranquilo (por el momento). Tanto así, que se pasó el resto de la tarde cambiando historias con el antiguo compañero. Si bien no dejaba pasar una oportunidad de sacar a relucir sus lustrosas anécdotas, está vez estaba más interesado por escuchar las de Surlo y saber que había sido del resto de la tropa. El camino desde que se separasen del peregrino hasta llegar al Oeste había sido poco memorable; el montaraz, habiendo ya escuchado algún que otro detalle del viaje del otro, felicitó a Gerug por su decisión de seguir por su cuenta.

En cuanto a los demás integrantes de su grupo: el Capitán Gunares y los hermanos Edory había sido reasignados a batallones del ejército del Oeste; Canucio Trulo formaba ahora parte del concilio de guerra de la alianza del Oeste; y Surlo y Esme Mores habían sido enviados a sus tierras natales en el Norte a recoger noticias y contactar nobles. No habían tenido gran éxito, la mayor parte del Norte se mantenía indiferente a la guerra entre en Oeste y el Este. Sir Surlo insistió apasionadamente que esto era totalmente distinto a la cobarde actitud del Señor del Sur; la gente del Norte se consideraba bastante independiente del resto del Reino y tenían sus razones más que comprensibles para no involucrarse en la batalla. “Creo que encajarías bien allí” le dijo a Gerug.

Los dos hombres pasaron el resto del día entre historias y cervezas. “Así que después de que *hablaste* con la *piedra* fuiste perseguido por una *manada* de *pumas*” dijo en montaraz en cierto momento, y en otro preguntó “¿el gato se incineró así como así?”

–¿Sabes? Una de las partes que la gente suele creerme menos es la de volar por los aires con el baúl –comentó el viajero entre risas–. Me alegra que hayas estado ahí para por lo menos creerme eso.

–Cierto, después de haber visto eso no se qué hago dudando de tus cuentos –concedió el montaraz–. Y dime ¿Has llegado al final de tu viaje? ¿Es Fortaleza Heroica el destino que buscabas?

–A decir verdad, no. Quiero continuar pero no me decido hacia donde.

Esa era otra cuestión en la mente del viajero, que hasta el momento había permanecido latente, lejos de la superficie. Pero ahora, que sentía que la guerra estaba lejos de alcanzar a sus amigos, se volvía más patente. Volvió esa noche a su habitación, después de despedirse varias veces de Surlo, con la clara sensación de que era hora de dar un paso que lo alejase de la gran ciudad. El problema, como lo había sido ya antes era, hacia dónde. Mientras caminaba varias posibilidades daban vuelta por su cabeza, incluida una que desconcertaba profundamente al peregrino. La desechaba enseguida pero volvía constantemente a sus cavilaciones.

Se despertó la siguiente mañana cómodamente, cerca de las siete. Mientras se desperezaba dos o tres veces, comprendió que la decisión había sido tomada mientras dormía y que, a estas alturas, era ya irreversible. Por más que no la comprendía del todo, sabía que carecía de sentido meditar mucho al respecto. Se incorporó; se aseo; y salió a buscar una tienda de enrolamiento.

X.
Sin ser visto

Convicción, lealtad o desesperación. Para acabar con el pasado llegar al futuro o para acortar el presente. Gerug no lograba comprender exactamente por qué estaba parado en esa fila, esperando para enlistarse. Así como sucediera al decidir emprender su viaje, no estaba completamente seguro de por qué lo hacía y no tenía la menor idea de que esperaba obtener de ello; tal vez buscaba algo específico o tal vez simplemente quería creer en una vida mejor. No lo sabía, su única certeza era que debía hacerlo.

Mientras se acercaba más y más a la tienda de enrolamiento pensaba, mucho en el porqué de lo que debía hacer, justo antes de entrar a la tienda lo invadió una duda nueva ¿Qué debía hacer? Evidentemente, ponerse al servicio de las fuerzas de Juan implicaba ayudarles a triunfar; pero eso no implicaba necesariamente enlistarse y volverse un soldado. Soldados eran soldados sin importar para quien luchasen, y él tenía malos recuerdos de los militares durante la guerra. Tal vez hubiese una manera de ayudar a la causa de Juan sin necesariamente ir a la batalla. Repentinamente recordó las palabras de Larso sobre Aslo "más útil atendiendo a las tropas que en el campo de batalla". Y qué si era esto en realidad lo que deseaba, ver un poco más de cerca la guerra pero no pelear. Siempre le había disgustado la idea de las grandes batallas, pero debía aceptar que debía ser una experiencia difícil de explicar. Inclusive, éste podría ser un trabajo más en su viaje, de donde obtener fondos para extenderlo. Si Juan ganaba él vería la revolución bien de cerca y, si era astuto y se mantenía lo suficientemente lejos de la batalla, de perder Juan, podría hacer como si nada y seguir su viaje. Sí, eso le parecía más razonable, a él no le interesaba en lo más mínimo la revolución, sus ideas no habían cambiado, sólo estaba allí a la caza de nuevas aventuras. Las ideas se movían en su mente a un paso vertiginoso, tanto que la cabeza comenzaba a darle vueltas cuando se dio cuenta, de que era su turno, y que se encontraba frente al delegado del Ministerio de Guerra del Virrey.

–¿Nombre? –preguntó el pequeño burócrata encargado de anotar los reclutas y dirigirlos a los distintos batallones.

–Gerug –respondió el viajero de forma automática todavía un poco mareado.

–¿Apellido?

–En realidad soy un peón de campo, no tengo apellido –respondió el candidato desoyendo el consejo que alguna vez le diera Sir Surlo.

–Ya veo –dijo el hombrecillo, mirándolo de arriba abajo deteniéndose en su mano faltante–. Estas un poco viejo ¿No? ¿Tienes algún tipo de entrenamiento militar o de combate?

–No –mintió quién alguna vez había sido patrullero del Páramo.

–Bueno, supongo que puedo enviarte a la reserva.

–¿Sabe? –se apresuró a decir Gerug– Estaba pensando que ya que, como usted dice, a mis años mozos los deje atrás hace mucho, y no estoy entrenado para la guerra. Además, como seguramente notó usted, tengo una mano menos que la mayoría. No creo que vaya a ser de gran ayuda en el campo de batalla.

–¿Te has arrepentido a mitad de la fila? –preguntó el delegado comenzando a impacientarse– ¿Me estás haciendo perder el tiempo?

–No, no, por supuesto que no –volvió a mentir–. Pero tal vez sea más útil en algún otro tipo de tarea.

–¿Cómo qué? El puesto de Rey ya está tomado.

–¿Qué le parece "cocinero"? Tengo mucha experiencia en eso –dijo el sagaz postulante.

El hombre del ministerio miró largamente a Gerug con cara de incredulidad.

–¿Y cómo es que piensas cocinar con una sola mano?

–Deliciosamente.

–Espera aquí un momento, se me ocurre algo que puedes hacer –indicó el hombre luego de una pausa, y se levantó para ir a hablar con otro.

Tras conversar un rato con el otro hombre, el delegado volvió a donde estaba Gerug esperando.

–Hay un trabajo que creo que hasta *tú* podrás hacer; mensajero –le dijo con una sonrisa diabólica.

–Esa, mi señor, es una GRAN idea –respondió el recluta colmado de satisfacción.

***

Luego de todas las cuestiones burocráticas, se le fue indicado al nuevo recluta que se reportase a una barraca cerca de los confines de la ciudad, para su entrenamiento. Hacia allí fue el hombre preguntándose si estaba seguro de en qué se había metido. Recordaba

ahora, tarde, las palabras que le dijese el montaraz, sobre por qué nadie querría llevar sus mensajes al Sur. Llegó al lugar indicado y al entrar, pudo ver en el centro de la sala un hombre, desconcertantemente similar al delegado encargado de los enrolamientos. El hombre estaba sentado en una mesa jugando a las cartas contra sí mismo.

–¿Qué quieres? –le preguntó muy tranquilo sin sacar la vista de las cartas en la mesa.

–Acabo de enlistarme –respondió Gerug–. Me han enviado aquí del Ministerio.

–¿Por qué? –preguntó un poco contrariado el hombrecillo, ahora sí, mirando al recién llegado– ¿Qué has hecho?

–Nada realmente. Me ofrecí para el puesto.

–¿Tienes la menor idea de lo que implica ser un mensajero?

–Más allá de llevar mensajes, no.

–Es un trabajo complicado –comenzó a explicar el hombre–. Es necesario que nadie se entere que lo eres. Para pasar desapercibido no podrás llevar armas y si alguien te descubre, te mataran.

–Bueno, pero por lo menos yo no voy a tener que matar a nadie ¿Cierto? –comentó el proyecto de mensajero.

–No, supongo que no –respondió el otro, contrariado tratando de entender el extraño razonamiento.

–Me parece bien, como le he dicho me llamo Gerug. Estoy listo para el entrenamiento.

–Bueno Gerug, tú a mí puedes decirme "jefe" –se presentó el hombre de pocas palabras–. A decir verdad no hay demasiado entrenamiento para esto. Te damos un caballo y un papiro, pergamino, rollo o carta con el mensaje y tratas de llegar vivo a dónde te decimos; simple. También te daré una pequeña cantimplora con un líquido que disuelve el texto, por si te parece que están por atraparte. Aunque debes saber que si vuelves aquí, o a cualquier otro puesto de mensajería sin haber entregado, te patearemos los dientes. En realidad la única condición para ser un mensajero secreto, es nunca jamás utilizar las palabras "mensajero" o "secreto" en conversación alguna –dijo golpeando la mesa con el dedo índice en cada palabra–. A las mujeres les gustara pero a los soldados no, y los soldados tienen espadas.

–¿Y para qué llevo el mensaje escrito? ¿No sería más conveniente para mi salud memorizarlo?

–Primero que nada, estas aquí porque no sirves para nada más que para viajar. Así que no confiamos en tu memoria –fue la dilapidaría

respuesta–. Además, el sello en los mensajes asegura, a quién los recibe, que son auténticos.

–Si fuese un enemigo intentando engañaros ¿No podría simplemente falsificar el sello?

El jefe miró por un momento a Gerug y luego volvió a su juego de cartas.

–Repórtate aquí todas las mañanas y todas las noches, si hay algún mensaje para que lleves te lo daré y partirás de inmediato.

Gerug salió del edificio y se encaminó a su habitación en la morada del Virrey. Decidió que la mejor manera de lidiar con los eventos de ese día, y con su repentina decisión, era no pensar más en ello. Lo hecho, hecho estaba. Sí sentía ganas de saber que opinarían sus compañeros viaje de todo el asunto. Desde la llegada a Fortaleza Heroica había tratado de mantenerse en contacto con sus atareados compañeros, y si bien los contactos habían sido bastante esporádicos, sabía dónde encontrarlos; a esas horas estarían seguramente en, o cerca del concilio de guerra.

Entrando al Ministerio de Guerra pudo ver que caminaba en su dirección uno de los Grandes Magos de la proclama. Desde que llegase a la gran ciudad había estado intentado, infructuosamente, ver uno de estos personajes realizando un acto de magia. Las cosas más mágicas de estos magos hasta allí, habían sido los ruidos imposibles de ignorar o identificar que salían de la torre, y como las paredes de ésta cambiaban de color cuando nadie las veía. Ahora existía la posibilidad de que fuese a abandonar la ciudad sin ver aquello que había venido a ver. Decidió hacer un intento desesperado. Se interpuso en el camino del mago y lo detuvo mostrándole ambas palmas.

–Hola, me llamó Gerug, llegue aquí con Juan Pérez y su gente, siempre quise ver magia a voluntad, le molestaría mucho ayudarme –soltó las palabras rápidamente apelotonándolas una detrás de la otra.

El mago lo miró como si no estuviese allí y prosiguió su camino. Enfermo por la desilusión Gerug corrió detrás de él e intentó detenerlo. En el preciso momento en que le apoyó la mano en el hombro, el mundo a su alrededor se desvaneció y de repente estaba parado fuera de la morada del Virrey.

–Gracias –dijo en voz alta.

–De nada –le respondió el viento.

Tras su exitoso incidente con el mago pudo finalmente reunirse con Juan y con Larso. Juan parecía estar en desacuerdo con la noticia de Gerug; “No es una buena idea, es muy peligroso” le dijo. Larso por su parte pareció bastante contento de saber de la decisión del mensajero;

“Creo que es justo para ti, me alegra que te nos unas” fue su respuesta. Nadie supo decirle donde se encontraba Anastasia, y durante los siguientes días no tuvo noticias de ella o de ningún mensaje que le tocase llevar.

Una noche, mientras paseaba por la ciudad iluminada de antorchas y luz de luna, ella apareció y se le acercó a saludarlo.

–Hola –dijo ella con una sonrisa.

–Hola, justo a ti te estaba buscando –se alegró Gerug de verla.

–Que coincidencia, yo te estaba buscando a ti –replicó Anastasia.

–¿Sí? –dijo él un poco extrañado– ¿Sabes lo que tengo para contarte y quieres hacerme cambiar de opinión?

–No, vengo a despedirme.

–Ah –fue lo único que logro decir el mensajero.

–Bien, me alegra saber que vas a extrañarme –prosiguió la mujer, nunca falta de palabra–. Concilios de guerra no son para mí, decidiendo sobre la vida de incontables extraños que nunca conoceré. No me gusta esconderme detrás de altos muros, ignorante de lo que ocurre del otro lado.

–No de muros amigos, tal vez –insinuó él–. No necesitas darme explicaciones, a mí tampoco me atraen las grandes batallas. Uno en el jardín, mil en el campo ¿Verdad?

–Exacto –respondió ella sin su habitual sonrisa.

–¿Has hablado ya con Juan y con Larso? Estoy seguro de que él preferirá que te quedes.

–Sí, Juan quiere que me quede, pero esa es mi decisión. No fue una despedida amistosa –agregó con algo de tristeza–. Esperaba que contigo fuese distinto.

–Por supuesto. Tampoco me alegra que te vayas pero tu camino es tuyo.

–Tal vez sí deberías quedarte tú –dijo ella tras recuperar su alegre semblante–. Con los amigos que tienes podrías llegar a obtener un título nobiliario.

–¿Noble, yo? ¿Contigo deambulando por el Reino? Hemos tenido demasiadas discusiones y a mí me gustan demasiado los jardines.

–Tranquilo. Tus opiniones son irritantes pero no ameritan más que discusiones.

–Siempre y cuando no las cambie o tú no cambies las tuyas –se acercó peligrosamente a los límites de la broma Gerug.

–¿Aún no confías en mí? –preguntó ella abandonando por completo la humorada.

–Te confiaría mi vida mil veces, pero no, no confío en ti –se sinceró él–. Sí te quiero, espero que eso alcance.

–¡Tendrá que alcanzar! –dijo Anastasia otra vez recuperando la sonrisa– Despedirme no es lo único que me tenía a tu búsqueda. También quería ver al flamante mensajero secreto del Rey. Pensé que en estos asuntos la acción más significativa era no hacer nada.

–No sé si no hacer nada. No hacer lo mismo que ya ha fallado tantas veces, diría yo. De todas maneras en este caso no creo que yo esté haciendo demasiado, los lleve yo o los lleve otro, los mensajes llegaran igual, que lo haga o no, no cambia nada –dijo Gerug tratando de convencerse a sí mismo. Y luego de una pausa agregó– ¿Crees que hago lo correcto?

–Sí –respondió ella evitando comentar el falaz razonamiento–. Me gustaba saber que había gente para la cual la guerra nunca sería una opción. Pero tu camino es tuyo.

–Bueno, ahora que estás aquí y que ya me has visto, creo que podrías ayudarme con algo –se reanimó Gerug necesitando cambiar el tema–. En mi nueva empresa tu experta opinión me será muy provechosa.

Luego le pidió que lo siga y la condujo varias cuadras hasta llegar a la puerta de una sastrería. "espérame aquí" le dijo, y entró en el negocio. Luego de un buen rato salió nuevamente. Los ojos de Anastasia se abrieron casi tanto como les era posible y sus hombros se encogieron en franca confusión. Delante de sí, Gerug aparecía vestido con una túnica sin magas que le llegaba hasta las rodillas. La extraña vestimenta era de color purpura oscuro y estaba decorada con unas inentendibles marcas negras.

–¿Te gusta? –le preguntó el extravagante mensajero– No está terminado, luego le agregaré algunas hojas y ramas.

–¿Si me gusta? No sé ni qué es –respondió la mujer aún estupefacta–. Parece la mitad de una túnica de mago. Y tú no eres hechicero, enteró o por mitades.

–¡Es un disfraz de mago ambulante! Bueno casi, me quede un poco corto porque los sastres de esta ciudad exageran un poco sus precios. De esta manera podré caminar por el Reino libremente sin que nadie sospeche de mí.

–Pero tú no puedes realizar hechizos. Si alguien te pide una muestra de magia estarás en problemas.

–Veo que no sabes mucho de magos ambulantes. En el Sur hay muchos –dijo Gerug con un tono entre burlón y petulante–, sus muestras de magia son mucho menos rotundas que las de los de

Fortaleza Heroica. No hacen hechizos, van de aquí para allá vendiendo pócimas, amuletos y encantamientos. Nunca se puede saber en el momento si lo que venden funciona o no. Con que mi acto sea convincente bastará. Mira.

Dio un paso atrás y comenzó a sacudir los brazos imitando los estrambóticos ademanes de los magos de la torre.

–Se ve un poco raro con una sola mano –opinó ella.

–¿Y con las dos no? ¿Les estabas prestando atención en la torre? –respondió él un poco indignado–. Mira a tu alrededor, todos me miran pero solamente tú te ríes.

En efecto, la gente que caminaba por la calle alrededor de Anastasia y Gerug se había detenido a mirarlo. Y todos parecían anticipar que algo estaba por ocurrir.

–Bueno, tengo que aceptar que es un buen plan –concedió la mujer empujando el labio superior con el inferior y sacudiendo arriba y abajo la cabeza–. Además te sienta muy bien a ti, siempre tienes alguna sorpresa más para ofrecer. Aunque sigo pensado que deberías tratar de tener mangas.

–Habrá que esperar a ver cuánto pagan los nuevos amigos de Juan.

Anastasia pensaba partir esa misma noche por lo que los dos fueron caminado hasta una de las entradas laterales de la ciudad. Allí, conversaron un rato más y finalmente se despidieron, con un abrazo cuya duración denotaba que ninguno de los dos creía que volverían a verse.

***

Justamente a la mañana siguiente le llegó a Gerug su primera misión; debía ir a la provincia más septentrional del Oeste a entregar un mensaje a uno de los nobles de la corte. Mientras le detallaba el trayecto, el jefe le repitió varias veces que el mensaje era exclusivamente para ese noble y que en ningún caso, debería entregarlo a otro miembro de la corte.

–Una cosa más –dijo el superior–. El sello debe llegar intacto, si está roto cuando llegues, pagarás por ello.

Esta instrucción (más amenaza que instrucción), reveló a Gerug la verdadera razón de que tuviese que llevar los mensajes escritos en vez de sabidos; el no debía enterarse de lo que decían. Le complació que así fuera. Luego le mostró al jefe la túnica de mago y le explicó su estrategia.

–¡Qué gran idea! –celebró el hombre para sorpresa del mensajero.

–Además hice que le hicieran algunos bolsillos interiores para esconder los rollos –se entusiasmo Gerug.

–¡Bravo! Pero no lo comentes demasiado –aconsejó el hombre–, si todos los mensajeros empiezan a disfrazarse será un desastre para los pobres magos.

Tras recibir la misión, y sabiendo que al llegar probablemente le asignarían una nueva sin retornar a Fortaleza Heroica, fue hasta la morada del Virrey a buscar a Juan y Larso para despedirse.

Como era de esperarse, Larso estaba allí reunido con el concilio de guerra. Juan, en cambio, había salido a caminar por la ciudad para dirigirse nuevamente a la gente, que en los últimos días había estado llegando a la ciudad en grandes números. Decidiendo ignorar la premies de sus ordenes, se quedó allí a esperarlo y charlar con Larso. Sintiendo algo de vergüenza decidió no contarle el asunto del falso mago y se anotició de los acontecimientos del Reino. Con gran alivió escuchó que Eduardo el Cauto seguía sin emitir opinión del asunto y que la neutralidad del Norte hacia irrelevante a Aguas Rosas. Aún así, le pidió al elfo un mapa para conocer las provincias neutrales desde donde esperaba poder enviar correo.

Tiempo después llegó Juan y tuvo lugar la dilatada despedida. Larso se despidió del mensajero con todo el cariño que los ojos de los nobles a su alrededor le permitían. Juan, por su parte, parecía algo más molesto en un primer momento, preguntó "¿Tú también te vas?" y se despidió fríamente. Aceptó luego, sin embargo, el abrazo de Gerug y le deseó buena suerte dándole algún que otro consejo. Así concluyó el tramo más *noble* de la travesía de Gerug; o por lo menos, el de mayor *realeza*.

Terminada la despedida, el mensajero anónimo se dirigió a la caballeriza norte de Fortaleza Heroica, donde debían proveerle transporte para el viaje. Se tomó más tiempo del necesario, decidiendo empaparse una última vez en la maravillosa multiplicidad de sensaciones de la ciudad, y llegó al establo ya entrada la tarde. El cetrino encargado de los caballos lo regañó por la tardanza y, cuando el novato intentó dar explicaciones, lo abofeteó (duro). Luego le trajo su montura. El animal parecía recio pero definitivamente no era joven, su pelaje enmarañado derramaba marrón sobre el blanco de su vientre y sus patas, y su crin y cola eran negras. Tenía una actitud apacible, se dejaba conducir dócilmente mientras parecía contemplar, el significado de su propia existencia. Dicha parsimonia equina agradó a Gerug, pero le resultó un poco preocupante para su nueva profesión.

–Lindo animal. Está un poco entrado en años ¿no? –intentó ventilar sus preocupaciones.

–Llevas una vida de demora –ladró el encargado–. Para llegar pasado mañana deberás marchar día y noche sin descanso, éste es el caballo para eso. De todas maneras es rápido cuando lo necesita, ya lo verás. Además, los caballos del Señor del Este van cargados de pesados soldados con pesadas armaduras, no te alcanzaran. Tal vez te echen perros encima pero Pasto tiene pesuñas poderosas. Mientras no te persigan monturas aladas estarás bien.

El escalofrió de un recuerdo recorrió la columna de Gerug.

–¿"Pasto"? –preguntó– ¿Así se llama? ¿Por qué?

–Le gusta.

–¿El nombre o la comida?

–Ambos ¡vete de una vez! –le ordenó el encargado con otra cachetada y dio media vuelta para irse, pero se detuvo y agregó– Una cosa más. Será mejor que le hagas caso, es más listo que cualquiera de los jinetes que ha llevado.

–¿En qué sentido? –indagó el mensajero con cierta esperanza.

–Él está aquí y ellos no. Ahora vete –concluyó el hombre y se fue.

A solas con el animal, el mensajero notó que éste lo miraba intensamente.

–No me mires así –se defendió Gerug–. No he dicho nada malo. La verdad es lo que es y no tiene porque ofenderte. A mí la gente me dice que ya no soy joven todo el tiempo y no ofendo.

El animal no se inmutó.

–Bueno, bueno. Perdón –concedió el jinete–. Confío plenamente en ti y le encargo a tu galope mi vida.

Parado allí, encargado de irse lejos con el animal y sin escolta, conjeturó que ofrecerse para el puesto de mensajero, era una buena opción para obtener montura sin precio alguno. Luego se montó en el gran caballo y comenzó a desempolvar sus habilidades ecuestres, sin uso desde hace décadas, y a adaptarlas a su actual realidad mono manual. Afortunadamente, Pasto era verdaderamente inteligente y podía reinterpretar, correctamente, las confusas órdenes que le daba la inexperiencia de su jinete.

Partieron raudamente y, una vez que consideró que estaban lo suficientemente alejados de Fortaleza Heroica para no ser vistos, Gerug se detuvo y se apeó para ponerse la túnica de mago. Una vez retomada la marcha comenzó a relatarle sus andanzas al portentoso animal. Desde que abandonase su lejano rancho, no había tenido la oportunidad de pasar demasiado tiempo en compañía animal, y ahora

estaba disfrutándolo. No sólo Pasto estaba dispuesto a escuchar sus historias y opiniones, sino que hasta parecía hacerlo con gran atención. Erguía un poco la cabeza durante los recuentos relativos a la actualidad del Reino, y la sacudió enérgicamente durante la trifulca en las alturas y la emboscada en el callejón, incluso relinchó con la proclama. Extrañamente, se mantuvo muy sosegado durante la historia del bosque y la piedra.

El largo día y extenso relató comenzaron a resentir el dolorido físico del mensajero. Si bien la pericia de los médicos brujos le había restaurado gran parte de su salud, el cuerpo del jinete aún tenía mucho trabajo hasta recuperar su pleno vigor. Habiendo cabalgado casi toda la noche, finalmente el cansancio pudo más que Gerug y el hombre se quedó dormido arriba del caballo. Al despertar, pudo comprobar con sorpresa que el gentil equino había seguido avanzando a buen paso durante todo su letargo. Contrastando el mapa que llevaba en su morral con los puntos de referencia que tenía a su alrededor, comprendió lo verdaderamente extenso del avance que el noble animal había logrado; sin necesidad de indicaciones y sin perderse. Decidió entonces detenerse para desayunar y para dar un descanso a su montura, felicitándolo efusivamente con caricias y zanahorias. Consultando el mapa nuevamente comprobó que estaban perfectamente posicionados para llegar a su destino a tiempo; cabalgando sin prisa el resto del día podrían pasar la noche en el "Bosque Encantado" sin retrasarse en lo más mínimo. Aun respetando los esporádicos hábitos de dormir de su caballo que, de vez en cuando, se hacía a un costado del camino y se dormía por unos minutos con su jinete encima.

A pesar de sus experiencias pasadas y del nombre del lugar, Gerug no sentía la menor aprensión de dormir en este Bosque Encantado. Conocía historias de todo el Reino y sabía que había decenas (sino centenas) de *Bosques Encantados*, era un nombre muy común que la gente solía dar buscando atraer visitantes. Si había una indicación de que un lugar era seguro para pasar la noche, esa era que los lugareños lo denominasen "Encantado". Justo como se lo esperaba, al acercarse al bosque, la gente empezó a horrorizarse cuando les decía que planeaba dormir en aquel lugar. Escuchó varias historias de individuos que se internaban en la arboleda de noche para nunca jamás volver a ser vistos. Pero, echando mano de su gran dote de terquedad, las desoyó todas y continuó impávido; a lo sumo, ante alguna insistencia mayor, ofrecía una rápida y cortante explicación, del tipo: "Señora ¿No se da usted cuenta de que soy yo un mago? No le

tengo miedo a los espíritus. No necesito pasar la noche en su posada. Gracias".

A pesar de su fuerte convicción, al caer el sol, justo antes de internarse en el bosque, prestó particular atención a la actitud de su sabia montura para con el infame lugar. Al ver que ésta avanzaba sin la menor objeción, tranquilizó sus ánimos y comenzó a buscar donde pasar la noche.

La decisión de dormir bajo los árboles y no en una segura posada de camino, fue una que Gerug lamentó largamente. No porque pasara allí algo fuera de lo normal o temible, sino porque hacía un frio maldito, aun habiendo prendido una pequeña fogata. Si bien llevaba más ropas que su túnica, entre temblores recordó el consejo de Anastasia sobre las mangas y creyó comprender, por qué los mantos de los magos de verdad llegaban más allá del suelo. Harto de la helada ventisca, y previó pedirle permiso, el entumecido mensajero desensilló a su caballo, se le subió, y se durmió abrazado al cálido animal.

Tras la poco feliz noche, el mensajero quiso abandonar el Bosque Encantado lo más rápido posible. Prontamente salieron los dos de él y, a unos pocos cientos de metros de distancia, Gerug pudo observar el destino de su primera misión: el Reino Josefo del Oeste.

***

Como se podría suponer, el Reino Josefo del Oeste no era realmente un reino. En el Reino existía un único reino: el Reino.

El Reino Josefo del Oeste era, en realidad, una pequeña provincia del Oeste limítrofe con el Norte, o por lo menos, eso era lo que aceptaba el entendimiento predominante de la época. Para ser veraz, no existían límites geográficos oficiales para Norte, Sur, Este y Oeste. Los cuatro sectores del Reino se diferenciaban principalmente por las costumbres de sus gentes; los misteriosos norteños, los nobles orientales, los educados occidentales y los sureños. En este hecho yacía la dificultad de delimitar los cuatro sectores. Las costumbres no varían entre los pueblos de forma repentina al cruzar algún accidente geográfico, sino progresivamente a lo largo de todo el territorio. Para complicar la vida de los cartógrafos aún más, hace siglos que los distintos idiomas del Reino habían sido amalgamados en lo que ahora se hablaba en esas tierras; desapareciendo así, la principal fuente de división cultural entre poblaciones. Quedaban sí, modismos y acentos, pero estos cambian muy paulatinamente con los kilómetros. Es imposible trazar

una línea en un mapa, a la izquierda de la cual se diga “desastrooso” y a su derecha “catastróficó”.

El mismo saber popular que lo posicionaba firmemente en el Oeste, rezaba que el Reino Josefo del Oeste se llamaba así porque alguna vez, en tiempos inmemoriales, había sido efectivamente un reino. A pesar de que en ningún archivo del Reino existía evidencia alguna de ello, se solía explicar que el Reino Josefo del Oeste había sido erigido por Josefa la Bella. Y había sido un reino independiente hasta su muerte a la edad de doscientos treinta y dos años en la Batalla del Ocaso Temprano. Era una provincia pequeña y sus fronteras yacían a menos de diez metros de los límites de su ciudad capital: Josefonia.

Todas estas, y otras tantas reflexiones compartía Gerug con su caballo mientras avanzaba hacía el Reino Josefo del Oeste y su capital Josefonia. Su misión comandaba rastrear allí a Alberto Coes, Escudero Primero del Marqués Jóse. Según le fuese explicado al mensajero, tras entregar el rollo, el mismísimo noble le daría nuevas instrucciones. Cómo haría un mago ambulante, foráneo a la provincia, para entrevistarse con un miembro de la corte del Marqués al que jamás había visto en su vida, y del cual no poseía descripción alguna, mantenía absorto al mensajero cuando llegó hasta el puesto de guardia de la pequeña ciudad.

–Eres uno de esos magos ambulantes ¿no? –preguntó el guarda para sublime satisfacción del embustero viajero– ¿Qué quieres aquí?

–Busco a Alberto Coes ¿Sabrá usted donde está?

Gerug era considerado por la mayoría de la gente que lo conocía, como un hombre astuto y sagaz. Él mismo se preciaba de ser capaz de pensar con rapidez en momentos de premura. Sin embargo, de todas las respuestas a su disposición ante la pregunta del guarda, había elegido en está ocasión, sin lugar a dudas, la más estúpida.

–Creo haberlo visto pescando en el parque –respondió el guarda sacudiendo arriba y abajo la cabeza ligeramente torcida, y mirando hacia un costado–. Camina derecho hasta el mástil y luego gira a tu derecha.

–¡Gracias! –contestó colmado de alivio el novato mensajero secreto, y comenzó a caminar.

–¡Espera! –lo detuvo a los pocos pasos el guarda– ¿Sabes? Desde que empezó el invierno me tiene a mal traer el lumbago ¿Tienes alguna pócima para eso?

–No, no –balbuceo el falso mago–. No traigo pócimas.

–Ahh –se desilusionó el otro– ¿Qué tal amuletos nocheprofunda o cuidaespaldas?

–No, no, tampoco tengo amuletos. Vendí los últimos que me quedaban en el poblado al otro lado del bosque –ensayó un rápido farol Gerug–. Vendí un traebesos al llegar, y fue tal su efectividad que la gente me compró todo mi surtido, sin siquiera preguntar que eran. La verdad ha sido un día esplendido, nunca he tenido uno tan provechoso ¡Una maravilla! Me los quitaban de las manos. Me he dejado más magia aquí que en la escuela. Ustedes los de esta zona sí que saben lo que es bueno ¿Dices que sufres el lumbago? ¡Qué lástima! Mi tío tenía eso. A veces me preocupo de que me venga a mí también ¿Es de familia? ¿Tus padres lo sufrían?

–Sí. Creo que no. La verdad no recuerdo –intentó contestar el mareado guarda–. Bueno, déjame pensar. Ellos no, pero tenían un amigo que a veces quedaba de cama.

–¡Un amigo! Uff. ¿Y a qué se dedicaba?

–Bueno, era minero. Allá por el Cerro Azul, aún lo recuerdo bajando de la montaña cubierto de polvo rojo. Esa sí que era labor difícil, solían…

–Amigo. No quiero interrumpirte pero deberás perdonarme, llevo algo de prisa. Pero si estás aquí un rato más, puedo volver y charlamos. Traeré unas cervezas ¿Qué te parece?

–¿Qué me parece? ¡Esplendido! –declaró animado el hombre– Ve, ve. Aquí te espero. Aunque, si no traes que vender ¿Para qué quieres ir con Alberto? El no sabe nada de magia.

–Encantamientos –largo de golpe Gerug–. Tengo unos muy buenos.

–¿Sí? ¿Y no tienes nada para la espalda? –le preguntó el guarda con tono suspicaz y mirada fija.

–Claro –dijo el mensajero secreto sin estar demasiado seguro de que hacer.

Falto de opciones, el falaz mago se paró delante del guardia y comenzó a repetir los ademanes, que les viese hacer a los magos de Fortaleza Heroica. Recordando que se suponía que practicase un encantamiento comenzó a repetir uno que creía recordar “Dolor arriba, dolor abajo, espalda curo, espalda cura, …, lmmargo”. La adrenalina del momento no le permitía recordar si se suponía que hiciese algo con sus piernas. Entregado al momento comenzó a doblar y extender rítmicamente la rodilla derecha (la izquierda tenía demasiada dignidad para seguir la patraña).

Mientras continuaba, los dos resultados posibles del ritual le hicieron preocupar; si el hombre le creía, tendría que cobrarle por sus servicios, estafándolo; y si no le creía, perdería la vida. A pesar de sus

preocupaciones, al terminar los canticos curativos, el guardia se irguió por completo y exhaló aliviado.

–¡Qué maravilla! Con razón te quedas sin nada para vender. Toma, te lo has ganado largamente –le dijo y sacó algo de cobre de su bolsillo que extendió al hechicero.

Gerug tomó el ofrecimiento y comenzó a llevárselo al morral hasta que la inspiración se le puso al corriente con el momento.

–Como te dije, he tenido un día de puro éxito. No necesito más. Te lo devuelvo que seguro lo necesitas más que yo –explicó y devolvió lo recibido.

Luego los dos hombres se despidieron y el mensajero fue en busca de su objetivo. Al llegar al parque, vio que en el centro del mismo, había una pequeña laguna rodeada de varios pescadores. Aceptando que nada de lo que estaba sucediendo era consecuencia suya, se acercó uno por uno a preguntar cuál era Alberto Coes. Resultó ser el tercero al que le preguntó. Gerug explicó la situación lo más conciso y bajo que pudo, y entonces el hombre le pidió que esperara unos minutos a su próxima presa. Luego lo condujo hasta su casa al otro lado de la capital. Ninguna de las miradas que recibió el falso mago en su espera o en la caminata ayudó a calmarlo.

Una vez en la casa, el noble abrió el rollo, lo leyó con tranquilidad y luego le agradeció a Gerug sus servicios con unas piezas de cobre y plata. Después le indicó que volviese al poblado del otro lado del bosque para obtener un nuevo encargo.

–¿Listo? –preguntó el mensajero un tanto contrariado– ¿Eso es todo? ¿Tuve éxito?

–Así es. Gracias. Vete ya –respondió con poca paciencia el noble.

***

Tras abandonar el Reino Josefo del Oeste por una entrada distinta a la que había utilizado al llegar (tratando de evitar al guardia en caso de que su *magia* fuese de corta duración), Gerug volvió a entrar al Bosque Encantado para retornar al poblado donde recibiría nuevas instrucciones. Esta vez no se molestó en estudiar la reacción de Pasto al entrar en el lugar; recordando su experiencia pasada se sintió seguro de que nada sucedería allí. A excepción de una manada de lobos que se cruzó por su camino, pero que no les prestó mayor atención, su corazonada fue correcta. El bosque era tan poco memorable de vuelta como lo había sido de ida.

Llegando al pequeño poblado del camino comenzó a seguir las indicaciones de Alberto, y llegó a una pequeña casa de adobe naranja con un portal de color negro. Llamó a la puerta, y fue recibido por un hombre de mediana estatura y rubios cabellos, que se mostró muy enfadado de que se interrumpiese la cena que compartía con su familia. Luego de que el mensajero le explicase quien era y que hacía allí, el hombre se enfadó aún más.

–Llegas tarde, espera aquí –le dijo con exteriorizado mal humor y fue hasta un cuarto aledaño.

Al volver traía un rollo bastante grueso con un sello distinto al del mensaje que Gerug había llevado a Josefonia.

–Es extremadamente importante que entregues este mensaje lo más pronto posible –le dijo con gran severidad–. Ve hacía el este hasta llegar a un rio de gran caudal. Síguelo hasta llegar a Paso Cerrado, allí busca al capitán de la guardia y entrégale el mensaje. Asegúrate de entregárselo a él únicamente –agregó mostrado que aún tenía más severidad guardada para ofrecer– ¡Nadie más debe ver este mensaje!

–Si señor –respondió obedientemente el mensajero–. ¿Podría darme alguna indicación de donde encontrarle o como reconocerlo?

–Lo encontraras en Paso Cerrado y lo reconocerás como el capitán de la guardia –contestó el hombre sondeando los límites de su mal humor–. Recuerda que es de extrema importancia que lleves el mensaje lo más pronto posible.

–Entendido. Saldré a primera hora mañana.

–¿Mañana? ¿Tienes acaso algún problema en los oídos? ¡Vete YA mismo!

–¿Ya? –preguntó con fastidio Gerug– ¿Y qué hay de la cena?

–Si te vas de una buena vez podré volver a ella –concluyó el hombre la conversación con la misma descortesía con la que la había empezado.

Afuera de la casa el mensajero fue hasta su caballo y le dijo:

–Busquemos algo rápido para comer y vayámonos. Creo que este trabajo no será tan entretenido como esperaba.

Habiendo dejado atrás el poblado, el viajero y su caballo siguieron las instrucciones recibidas, y llegaron hasta el pueblo de Paso Cerrado al caer la noche del segundo día de marcha. No había en la entrada guardia alguno y en consecuencia, pudieron ingresar casi sin problemas; algunas personas detuvieron al falso mago para pedirle servicios, pero éste se excusó diciendo que llevaba prisa. Luego de unas cuantas vueltas logró encontrar el edificio de la guardia. El capitán no estaba allí pero, echando mano de sus nuevos (y por el momento

escasos) dotes de infiltración, Gerug logró hacer creer a los guardas que llevaba un encargó mágico para él y estos le indicaron donde vivía. Golpear la puerta de la casa de capitán no surtió mayor efecto, obligando al intrépido mensajero a trepar una de las paredes para poder llegar a la recamara principal. Luego de algunos ruidos en la ventana logró que el capitán se acercase a ella. Espada en mano. Tras lograr vencer la somnolienta lentitud del hombre, Gerug pudo explicarle quien era y que hacía allí.

–¿Tienes acaso alguna idea de la hora que es? –preguntó el capitán indignado– Vete ahora mismo y vuelve mañana.

–Pero, es que me dijeron que el mensaje era urgente –protestó el mensajero.

–Y lo seguirá siendo mañana ¡Vete!

–¡Pero lo tengo aquí mismo!

–¡He dicho que vuelvas mañana! –ordenó el hombre. Y cerró la ventana con tal fuerza que Gerug casi perdió el equilibrio y cayó al suelo.

Tras bajar por la pared de la casa del capitán, el cansado mensajero dio un largo suspiro y volvió hasta su montura. Luego, buscó un establo donde ambos pudiesen pasar la noche. Eventualmente al otro día logró entregar el mensaje; el capitán lo recibió en la puerta de su casa sin invitarlo a pasar, y leyó ahí mismo el extenso rollo. Al terminar le dijo al mensajero que esperase allí y se internó en su morada, salió unos minutos después con un pequeño sobre en la mano, cerrado con un sello desconocido para Gerug. Tras darle el sobre y urgirle que lo escondiese rápidamente, le dio instrucciones al encubierto emisario de cómo llegar a una ciudad, tres días al suroeste de donde se encontraban. También dio una poco útil descripción de quien debía recibir el mensaje y remarcó varias veces la urgencia de la encomienda.

–¿Es realmente urgente este mensaje? –preguntó Gerug un tanto fastidiado– El mensaje que te traje también era urgente y pudo esperar que durmieras una noche más.

–Las estrellas se van a caer de cielo antes de que le dé yo explicaciones a un mozo de mandados –vomitó su indignación el capitán–. Vete ya.

Tras cerrársele la puerta en las narices, Gerug inhaló hasta inflar el vientre y suspiró con hartazgo. Sin embargo, a pesar de todo lo que gritaba su intuición, se subió a Pasto y se puso inmediatamente en camino.

Sus dos primeras misiones tuvieron mucho en común con el tono general de su labor de mensajero secreto. Todos los encargos eran "urgentes"; siempre era de vital importancia entregarlos con la mayor discreción a una persona que, usualmente, hacía falta hacer muchas preguntas para encontrar y, por lo general, daba al delegado una nueva asignación apenas terminada la anterior. Para disgusto del mensajero, los destinatarios no siempre compartían la opinión de los remitentes sobre la importancia de los mensajes de estos. Aunque siempre indicaban a Gerug que sus mensajes *sí* eran de vital importancia.

No pasó mucho tiempo hasta que el novel emisario comenzase a considerar que ninguno de los mensajes, era de mayor urgencia. Aún así, tal vez por algún impreciso pero ineludible resabio de sus vidas pasadas como peón o patrullero, siempre cumplía las ordenes al pie de la letra; si se le decía que debía partir inmediatamente, así lo hacía. Esta involuntaria precisión en la obediencia trajo consigo dos lamentables consecuencias. Por un lado, si bien estaba viendo gran cantidad de lugares en el Oeste, Este, Sur e inclusive el Norte, pudo conocer sólo unos pocos. A punto tal que, a las pocas semanas, todos los pueblos parecían ser en realidad el mismo y, sólo las ciudades íntegramente diferentes a Fortaleza Heroica excitaban su imaginación. Sí disfrutaba por suerte, del camino entre destino y destino, el Reino ofrecía los más diversos e inesperados paisajes, y los más curiosos y exóticos viajeros.

El otro problema con seguir meticulosamente las indicaciones de los hombres de las fuerzas revolucionarias, era que disponía de poco tiempo para hacer cualquier otra cosa. Seguía siendo una necesidad mayor para él, el comunicarse con la gente que había dejado detrás y, al ir apurado siempre de aquí para allá, nunca hacía a tiempo de encontrar la manera de hacerlo. Nadie parecía dispuesto a llevar cartas de desconocidos y, aunque lo hubiesen hecho, Gerug rara vez pasaba por el mismo lugar dos veces (nunca se le confiaba a un mismo mensajero el mensaje y su respuesta). Existía en su mente la posibilidad de incumplir con algún mensaje y aprovechar su fiel e incansable montura para llegar rápidamente a Ciudad Cívica o a Aguas Rosas pero, a pesar de pensarlo a menudo, nunca lo hacía. Su vida ahora mismo, era el camino, y los destinos meros accidentes.

***

Más de dos meses pasaron para el mensajero en constante movimiento. El fin de las inclemencias del invierno hizo que la guerra se desperezase, y las batallas aflorasen por todas partes. Desde que se declarase el inicio de las hostilidades hasta la llegada de la primavera, sólo algunas pocas contiendas se habían librado (aunque habían sido de gran envergadura). Ahora que las tropas podían marchar más y con mejor paso, gran parte del Reino experimentaba presencia militar de un lado u otro de la revolución. Esto generó cambios en las consideraciones del peregrino. Siempre había tenido una opinión bien definida sobre los hombres del ejército; si bien no les consideraba malignos, creía que era necesario mantenerse lo más lejos posible de ellos. Aunque cierto es que esta posición al respecto se basaba en algunas malas experiencias puntuales.

En sus viajes de emisario conoció muchos soldados (en ambos bandos), y los conoció mucho más de cerca que nunca antes. La realidad se presentaba ahora más difícil de dilucidar; había militares que resonaban fuertemente con sus recuerdos dolorosos y con la desolación del pueblo del viejo de las lechugas; mas había otros que se consideraban (y comportaban) como servidores de una causa noble. La mayoría parecía ser, algunas veces una, algunas veces la otra y otras tantas ninguna de las dos. Así, Gerug veía por momentos reforzarse sus sentimientos de aprehensión, y por momentos, nuevos, de respeto y aprecio nacer; a veces incluso para con la misma persona. Todo esto también le hacía cuestionar conceptos más elementales, aún en esta forma periférica él había elegido participar de la guerra, muchos de estos soldados no. Muchas veces se preguntaba sin encontrar una respuesta tranquilizadora, en qué forma eran distintas sus acciones a las de las tropas.

De todas maneras su rol personal en la guerra seguía pareciéndole ser de escasa importancia. Prestando atención a las pocas palabras y actitudes que recibía a ambos lados de un mensaje, había empezado a ser capaz de adivinar la naturaleza de los mensajes que trasportaba. Inclusive cuando llevaba un mensaje desde lo profundo del Oeste hasta lo aún más profundo del Oeste, se le decía que lo hiciese en el más absoluto secreto y con la mayor celeridad. Mas más allá de esa superficial igualdad, el tono del locutor variaba y la cantidad de recomendaciones que recibía también variaba. Si no detectaba preocupación en la voz de quien le otorgaba la encomienda y se le daban pocas y vagas referencias, sabía que el mensaje era de talante meramente administrativo. Como lo eran la gran mayoría de los rollos y cartas que transportaba.

Al recibir el sobre que llevaba actualmente escondido en su disfraz de mago, el oficial de alto rango que se lo entregase le había dado las más detalladas indicaciones que hubiese recibido jamás, y le había pedido un sinfín de veces que se las repitiese. Su misión está vez no concluía con una persona, si no con un lugar, una casa donde debía infiltrarse y dejar la carta en cierto cuarto especifico sin que nadie lo viese. No era la primera vez que se le encomendaba una tarea tan inusual y sabía, producto de los eventos que habían sucedido luego de sus anteriores entregas de máximo y verdadero secreto, que la carta no estaba destinada a un aliado si no que era probablemente un ofrecimiento para algún noble neutral.

Rastreando las indicaciones que había recibido con sus mapas, y cotejando estos con sus conocimientos de la situación actual de la contienda, Gerug pudo comprobar algo verdaderamente preocupante; su destino yacía más al este de lo que jamás había llegado. Había sido enviando antes a locaciones del Este, pero nunca jamás tan en lo profundo del territorio enemigo como está vez. No se podía esperar que hubiese allí nobles neutrales, el mensaje sólo podía estar destinado a algún noble que, habiendo jurado lealtad al Señor del Este, obrase en secreto en su contra; o tal vez que se esperaba comenzase a hacerlo. Si no lograba esta vez mantener oculta la verdadera razón de su viaje, su vida valdría bien poco.

Aumentando la peligrosidad de la labor, éste era un momento particularmente candente de la contienda. Las fuerzas del Oeste y el Sur, comandadas por Juan Pérez y sus hombres, habían tenido algunas victorias resonantes y avanzaba ahora a paso firme, hacia los dominios del Señor del Este. La mayoría de la gente anticipaba una gran batalla en el futuro próximo, batalla que podría decidir el curso de la guerra entera. Luego había opiniones encontradas de cuál podía ser el desenlace de tal masivo enfrentamiento. Había quienes consideraban que las sucesivas victorias de Juan eran evidencia clara del poderío e implacabilidad de sus fuerzas. Otros, cuestionando la facilidad de dichas conquistas, sospechaban que el artero monarca había mantenido la mayor parte de sus extensas tropas apostadas en el Este; oponiendo a las fuerzas revolucionarias batallones incapaces de vencerles pero si de desgastarles, y que los tentasen a seguir avanzando hacia el corazón del agazapado Ejercito Real. La sorprendente celeridad con que avanzaban las tropas de Juan le hacía temer a Gerug la veracidad de esta segunda opción.

El destino de su actual viaje era la ciudad de Llanura Frétil, el más norteño de los grandes centros políticos del Este. El viaje era largo de

por sí y, para evitar ser asociado con las fuerzas revolucionarias, el mensajero encubierto debía seguir un intrincado trayecto a lo largo del Reino, evitando todo territorio con presencia de tropas del Oeste. Esto a su vez implicaba que estaría constantemente rodeado de defensores del monarca, mas no era el camino hasta su destino lo que le preocupaba; desde que iniciase sus incógnitas travesías, había aguzado intensamente sus habilidades de falso mago. Había logrado recolectar algunos encantamientos básicos y había identificado con qué tipo de danzas acompañarlos para que fuesen más convincentes. Tenía algunos amuletos que había tallado el mismo de maderas relativamente mágicas. Y en uno de sus viajes había logrado recolectar algunos viales del agua de un manantial, que le habían dicho curaba los corazones rotos. Aún así, se seguía sintiendo algo culpable de sus artimañas y, de ser posible, buscaba siempre una escusa para no cobrar por sus servicios.

A pesar del ritmo incansable de su fiel montura, llegar hasta Llanura Frétil le tomó casi dos semanas. Para ese momento, la factibilidad de una gran batalla decisiva se volvía cada vez más latente. Las fuerzas revolucionarias se habían ya adentrado plenamente en el Este y, habiéndose agrupado en tres grandes ejércitos, habían adoptado posturas de defensa a la espera de refuerzos. Por su parte, se decía que las tropas del Señor del Este estaban listas para el combate y que, aún si los ejércitos de Juan se reforzaban, los superaban en número. Incluso había rumores que Trestu Vonel, uno de los más poderosos nobles del Norte, estaba dispuesto a involucrarse en la contienda a favor del Rey. De ser cierto, un triunfo de Juan y sus fuerzas implicaría una inteligencia estratégica como el Reino jamás había visto; y una inconmensurable dotación de suerte. Gerug se encontró a sí mismo esperando que su actual recado pudiese nivelar un poco la balanza.

En los últimos días de su viaje a Llanura Frétil, el peregrino pudo conocer el interior del Este. Fue sorprendido más de una vez por el variable ajuste que la realidad tenía con las muchas historias que había escuchado. Los territorios de mayor pobreza eran realmente duros para sus habitantes, pero no mucho más de los que había visto en el Oeste o que conocía en el Sur. Era cierto que parecía haber más que en el Oeste, pero seguramente menos que en el Sur. También parecía haber más poblados opulentos; como si la principal diferencia fuese una población menos concentrada. Sí se veía un contraste más violento entre la vida en un extremo y otro del espectro, pero todo el territorio parecía más antiguo y el viajero intuyó que aquí, dicho

contraste había tenido más tiempo para crecer. De todas maneras en sus viajes el peregrino había llegado a la conclusión que no era justamente el Este, si no el resto de los territorios del Reino los que sufrían más bajo el yugo del despótico monarca.

Habiendo llegado finalmente a Llanura Frétil, Gerug se maravilló de una forma muy similar a la que experimentase caminando por Fortaleza Heroica. La ciudad no estaba amurallada y, aún antes de ingresar en ella, se podían contemplar sus imponentes construcciones. A diferencia de la gran ciudad del Oeste, todo Llanura Frétil respondía al mismo estilo arquitectónico; antiguos y señoriales, todos sus grandes edificios se elevaban en ángulos rectos tallados en roca noble desnuda; también se completaban con decoraciones más austeras que las de la ciudad amurallada, pero de alguna manera mucho más soberbias. La ciudad se presentaba antigua e inmutable, había nacido para ser residencia de reyes.

***

Antes que nada, Gerug necesitaba entrar en la ancestral ciudad, para ello debía pasar el puesto de guardia de la entrada. Si bien la ciudad no estaba amurallada por una pared de piedra, todo su perímetro estaba rodeado de improvisados y equidistantes centros de vigilancia que estudiaban todo lo que entraba y salía de la urbe. No todos los puestos eran iguales, algunos eran poco más que un pequeño grupo de tiendas y otros eran edificaciones fortificada; algunos hasta tenía en el centro andamiajes de madera que hacían las veces de torres de vigilancia. El mensajero secreto decidió probar suerte por la entrada principal de la ciudad; confiaba en su coartada y es sus habilidades para el engaño. Además, aventurarse despreocupadamente por una zona tan custodiada, era propio de alguien sin nada que ocultar.

–Saludos –se le acercó un delegado de la ciudad a registrar su entrada.

–Saludos, buen amigo. Viva el verdadero Rey –Gerug había adquirido la costumbre de saludar a todas las personas con esa fórmula, confiado en que la ambigüedad del saludo le hacía ganar tiempo en la elección de sus próximas palabras, hasta conocer el parecer político de quien saludaba.

–¡Viva! –respondió el delegado– ¿Qué busca un mago ambulante en nuestra gran ciudad?

–No mucho más que conocerla y pasar la noche en ella –dijo con una sonrisa el falso mago–. He estado en el Norte cultivando mis artes y, al volver, me he enterado del mal que aqueja a nuestro Reino. A decir verdad estoy intentado llegar a la Capital donde espero encontrar refugio en estos tiempos turbulentos. Quisiera poder hacer más por mi tierra pero como podrás ver, no soy de mucha utilidad en la lucha –explicó levantando su brazo para que el guardia viera el muñón que coronaba su muñeca.

–No tienes de que avergonzarte, mucha gente pasa por aquí buscando la protección de nuestro gran Rey. Tampoco deberías preocuparte demasiado, el Señor del Este pronto nos devolverá la paz.

–¡Así sea! –dijo Gerug y se internó en la ciudad.

Había recibido indicaciones muy precisas que le permitían navegar la urbe con facilidad; sabía donde dejar a Pasto, donde pasar la noche, y como llegar desde allí hasta donde debía entregar el sobre. Luego de acomodar su caballo en el establo indicado, y antes de ir a la posada señalada, decidió recorrer un poco la ciudad; quería ensayar el camino desde la mesón hasta el edificio en el que se debía escabullir. De paso, también aprovechó para conocer la aristocrática ciudad. Todas las edificaciones, sin importar su función, estaban construidas con esmerada mampostería de piedras talladas en precisos ángulos rectos. Esta apariencia tan refinada hacía que todo en ese lugar parecía de importancia, uno podía imaginar con facilidad que, detrás de cualquier fachada, se llevaba a cabo una reunión de notables.

La pulida construcción presentaba un problema para el sagaz infiltrado; para dejar el mensaje en el lugar indicado debía entrar al edificio indicado sin que nadie lo supiese, y para eso planeaba trepar sus paredes. La falta de imperfecciones en los muros de la ciudad hacía difícil encontrar puntos de apoyo para un potencial asenso. Esta preocupación lo abstrajo de su paseo contemplativo y lo obligó a entregarse de lleno a la planeación de su cometido. El edificio en cuestión era una gran mansión, rodeada por un muro de casi cuatro metros de altura. En la entrada había dos guardias y dos más recorrían en todo momento su perímetro. Tratando de no llamar demasiado la atención, Gerug recorrió los alrededores de la casa hasta encontrar lo que buscaba, había varios lugares donde estructuras aledañas hacían posible saltar la pared. Habiendo recibido información de qué era lo que había del otro lado del muro, eligió el lugar que le permitiría entrar en la mansión con la menor probabilidad de ser visto. Dicha zona era la esquina noroeste de la construcción, lo que planteaba el problema de que debería cruzar todo el terreno para

llegar al cuarto donde debía dejar luego la carta. Aún así lo consideró el plan más sensato. Habiéndose decidido, creyó conveniente alejarse de allí antes de que más personas notasen su presencia.

A continuación fue hasta la posada donde pasaría la noche. Se le había explicado que no debía esperar encontrar ningún aliado en Llanura Frétil, y que debía asegurarse de que nadie sospechase de su procedencia. Debía cerciorarse de que tanta gente como fuese posible, escuchase y creyese su farsa. Tras registrarse en la posada y elegir un cuarto privado para pasar la noche, fue hasta el salón y comenzó a ofrecer sus servicios. Había desarrollado buenas aptitudes de vendedor y rápidamente se quedó sin amuletos o viales mágicos, prefirió fingir ignorancia de encantamientos para evitar atraer demasiada atención. El falso mago buscaba, por lo general, la manera de no obtener rédito monetario de sus embustes y de la candidez de la gente, pero esta vez, era menester convencer a todos de que éste era su oficio y su modo de vida. Trató de ofrecer precios que no lastimasen la economía de sus víctimas pero, aún así, al caer la noche, tenía más cobre del que podía llevar sin su morral.

Llegada la hora de la cena algunos de sus *clientes* le invitaron a cenar con ellos. Sabiendo que no tenía razones (expresas) para rechazar la oferta, se sentó a comer con los parroquianos. Eran tres comerciantes de granos que estaban allí esperando reunirse con los servidores de algunos terratenientes nobles de la zona.

–Así que buscas refugio en la Capital –le dijo uno de ellos llamado Pedro–. Es terrible pensar que debamos escondernos y temer por nuestras vidas. Después de las últimas batallas pensé que el Rey había logrado apaciguar el Reino, pero parece que siempre hay alguien más dispuesto a matar por adueñarse de él ¿Cuándo nos dejaran vivir en paz?

–Nunca diría yo –respondió Gerug con aire sombrío–. Con los años estoy empezando a creer que la paz no existe en realidad. Que es sólo una pausa entre batallas.

–¡Vamos hombre! –irrumpió jovialmente otro de los comerciantes, éste llamado Questor– No tienes por qué ser tan pesimista, las fuerzas del Rey son imbatibles, luego de esta insurrección el Oeste se alineará de una buena vez y ya no habrá más batallas.

–Esperemos que así sea –trató de coincidir el infiltrado.

–DEBE ser así –dijo Pedro–. No sé qué sería de nosotros sin el Señor del Este, aún recuerdo como eran las cosas con el otro Rey. Su locura voraz devastó estas tierras, la gente en los campos no tenía ni para comer.

Gerug pensó en los asentamientos más pobres que había atravesado para llegar hasta allí, y se preguntó si las cosas habrían sido realmente distintas con el otro Rey. O si lo serían con Juan. Ensimismado, se limitó a asentir con la cabeza por el resto de la charla. Tras concluir su cena se excusó y se fue a su habitación. Allí puso en acción su plan, cerró la puerta con llave, se sacó la túnica de mago, y se cambió la camisa por otra que le pareció más inocua. Luego se recostó en la cama, apagó la lámpara y se quedó allí esperando a que la noche se profundizara, lo suficiente para que no hubiese gente en las calles. Llegado el momento se deslizó por la ventana de su habitación y se entregó a las penumbras.

Bajar por las paredes de la posada fue tarea complicada; así como las del resto de la ciudad, eran demasiado lisas y no ofrecían agarre suficiente. Gerug tuvo que colgarse con el brazo extendido del marco de la ventana y columpiarse hasta un pequeño cobertizo, casi perdiendo el equilibrio al soltarse de la ventana. Mas tuvo éxito y logró bajar hasta la calle casi sin hacer ruido. Luego se condujo hasta la mansión. Eligió avanzar por las callejuelas y callejones de la ciudad evitando vías de mayor tránsito; se le ocurrió que si algún guardia nocturno o sereno lo viese, podrían preguntarle qué hacía allí y no estaba seguro de poder engañarlo. El secreto paseo le aceleró fuertemente el corazón, generándole fuertes miedos. Mientras caminaba, cualquier ruido, por pequeño que fuese, lo ponía en estado de alerta y lo hacía buscar desesperadamente escondite. A poco más de una cuadra de su objetivo, tras el maullido de un gato, corrió a esconderse acurrucándose detrás de un tonel bastante más pequeño que su cuerpo. En un momento de lucidez comprendió que, ya que en su actual escondite era perfectamente visible desde cualquier lado, si alguien le viese escondiéndose torpemente detrás de un pequeño tonel, eso generaría muchas más sospechas que cualquier cosa que pudiese hacer de pie y caminando. Todo eso sin contar el alboroto que habían hecho sus pasos apresurados buscando refugio. Obligándose a sí mismo a recuperar la calma que tan propia le era en otras circunstancias, comenzó a caminar despacio pero sin prestar atención a lo que ocurría a su alrededor.

Ahora llegaba el momento de la verdad. La calle en la que se encontraba llegaba perpendicularmente al muro de la mansión; en esa zona, la gran casona estaba casi pegada a una pequeña cuadrilla de casas aledañas, separada solamente por un pequeño callejón de no más de dos metros. De hecho, anteriormente, para rodear la mansión sin levantar sospechas, el infiltrado había tenido que rodear también

todas aquellas casas. Eran casi una extensión de la edificación mayor, y el plan del furtivo visitante era trepar estas casas, en vez del muro, y saltar el vacio para llegar a la cima de la muralla. Puso rápidamente su plan en acción; primero trepó el dintel de la puerta y, desde allí, se subió a una de las ventanas de la casa. Afortunadamente la habitación con la que comunicaba el ventanal estaba vacía. Desde la ventana saltó a un alero de la casa contigua y se trepó al techo de ésta. Allí esperó en silencio que pasará el guardia en su ronda y se dispuso al gran salto. Tomó carrera y corrió hasta el borde del techo, llegando al límite del vacío se arrepintió y se detuvo estrepitosamente. Decidió primero ensayar el salto donde hubiera siempre suelo firme bajo sus pies; tomó carrera y saltó varias veces de un lado al otro del techo, comparando la distancia lograda con la separación entre la casa y el muro. Afortunadamente para él, la casa en cuyo techo Gerug realizaba sus pruebas no tenía, de momento, habitantes que pudiesen escuchar el alboroto que producía un hombre adulto saltando arriba de sus cabezas.

Convencido ahora de que lo lograría, tomó carrera una vez más y saltó hacia la muralla. Su pie izquierdo hizo un buen trabajo y aterrizó (apenas) en la parte superior del muro. Su pie derecho intentó imitar al izquierdo, pero cuando fue a buscar apoyo, no encontró más que aire y se vio obligado a tirar de Gerug hacia la calle. La traicionera torpeza de su miembro derecho complicó al inexperto trepador de murallas, que, apoyándose en su pie izquierdo, logró plegar su cuerpo hacia adelante y hacer que sus brazos y pecho bajasen sobre la cima del muro, asiéndose a él y salvando la caída, quedando su cadera y pierna derecha colgando hacia la calle. La muralla tenía en su parte más alta, el ancho suficiente como para que un hombre se acostase en ella. Así lo hizo quien acaba de salvar el pescuezo tras terminar de trepar el muro, a la espera de que su corazón olvidase lo que acababa de ocurrir mientras él daba fuertes y sonoras bocanadas de aire.

Una vez recuperada la calma, llegó el momento de plantearse como bajar del otro lado de la muralla. Si bien no era de su agrado, el astuto viajero ya tenía un plan para esto. En sus viajes había tenido varias veces este tipo de descensos, y sabía que podría reproducir aquí el resultado que había obtenido aquellas veces. Asiéndose del borde de la muralla, bajó por ésta su cuerpo hasta quedar colgado de la mano (la que le quedaba); luego, se apoyo con los pies en la muralla y se impulsó con los brazos hasta que su cuerpo quedó suspendido en el aire paralelo al suelo y se precipitó hacia éste. El método era poco elegante, poco silencioso y bastante doloroso, pero el infiltrado sabía que era

altamente eficiente para llegar hasta el piso (además ya empezaba a acostumbrarse a ese tipo de dolores). Aún así, no pudo evitar emitir un quejido al incorporarse.

El intruso estaba ya dentro de la mansión. Dentro de sus muros, un gran edificio de tres pisos se alzaba en el centro de un parque meticulosamente cuidado, con algunas edificaciones menores desperdigadas a su alrededor. Sabía hacia donde tenía que dirigirse, tenía que llegar hasta la otra esquina de la casa. Primeramente, Gerug decidió avanzar por la pared exterior hasta ver la pared que necesitaba escalar. Lo hizo pegando la espalda al muro y avanzando lentamente con el mayor sigilo; sin embargo, pronto entendió que sus oscuras ropas de infiltración resaltaban claramente con el blanquecino gris del muro, y decidió ir hasta el edificio y avanzar por sus paredes que, a pesar de ser del mismo color que la muralla exterior, seguramente le esconderían de quienes estuviesen dentro de la morada.

Mientras avanzaba por el parque, escuchó un cierto alboroto proveniente de una de los bordes de la casa y vio, en esa dirección, con verdadera preocupación, un gran perro negro que corría a su encuentro. El animal no era lo que se dice "enorme" pero era bastante grande como para ser un problema. Gerug, sin embargo, era hombre de campo, y antes de eso había sido hombre de páramo, sabía cómo lidiar con este tipo de problemas. Pelearse con el perro hasta que éste desistiese de molestarlo no era una opción ya que alertaría a cualquiera persona cercana; mientras el animal se aproximaba cual bólido a la velocidad del rayo, el apremiado mensajero entendió qué era lo que debía hacer. Se paró agazapado de manera tal de poder recibir al canino con sus brazos y aprisionarle la garganta, luego, con un giro veloz, caería con todo su peso sobre el animal partiéndole el cuello.

A pocos metros de ser alcanzado, Gerug pudo ver directamente el rostro del animal y adivinar sus intenciones. Entonces, se incorporó por completo y puso la mano hacia adelante con la palma para arriba. El perro se impulsó con sus patas traseras y, apoyando las delanteras en la mano del intruso, empezó a olfatearle la cara.

Mientras que no tener que pelear con el perro *guardián* le alegraba de sobremanera, éste no dejaba de ser un problema para el infiltrado y su misión. Si el hombre dejaba de acariciar al can por sólo un instante, éste comenzaba a dar saltos y corridas a su alrededor a los ladridos. Afortunadamente, pareció que el perro solía ponerse algo inquieto durante las noches ya que, la segunda vez que empezó a ladrarle a Gerug, desde la casa llegó un fuerte grito de "¡Cállate!" que hizo que el

animal saliese disparado a esconderse en algún rincón. El grito hizo que el mensajero se abalanzase hacia los muros del edificio para esconder su posición, sin embargo, después de un rato, confirmó con alivio que nadie iba a salir a lidiar con el animal. Entonces, reinició su marcha y, apenas lo hizo, volvió corriendo el perro a exigir caricias dando saltos a su alrededor.

Una vez del lado correcto de la morada, quien se había escabullido en ella pudo ver la ventana que lo había traído hasta allí. Como le fuera indicado a Gerug había en ese lugar un cobertizo, desde el techo de éste se podría acceder fácilmente a la ventana. La tarea proponía dos desafíos; el primero era subir hasta el techo del cobertizo; y el segundo, era realizar el asenso y el despacho de la carta, lo suficientemente rápido como para que los ladridos del perro no alarmasen a los guardias, o a quienes dormían en la mansión. Gerug apoyó unas bolsas de semillas contra la pared del edificio contra la cual se alzaba el cobertizo, de manera de poder subirse a las bolsas y apoyar las manos en el techo del pequeño depósito, y así, impulsarse para ganar acceso al mismo. Una vez que el intruso estuvo arriba de la pequeña construcción, el can hizo algo inesperado. Primero se alejó un poco del cobertizo y luego, corriendo en una diagonal hacía la pared de la casa, saltó sobre ésta y, una vez allí, se impulsó con las patas traseras en el muro para ganar aún más altura; girando por completo su cuerpo en el aire, aterrizó con las cuatro patas en el tejado del cobertizo. Después, se quedó ahí sentado, mirando a Gerug en silencio, con cara de satisfacción y amistoso desafío por la comparación entre ambos asensos. El mensajero clandestino le festejó la pirueta al animal con algunas caricias y, empujando la ventana para comprobar que estaba abierta, se introdujo en la morada. El perro lo siguió con inusual sigilo.

La habitación era el estudio del noble dueño de aquella gran mansión, y lo único que tuvo que hacer allí el mensajero fue dejar el sobre en el escritorio del mismo. Luego, salió de la casa y bajo al parque para poder salir del terreno y concluir su peligrosa misión, sin olvidarse antes de acomodar todas las evidencias de su incursión. Salir sería un problema; se le había dicho que unas viejas casetas de guardia sin uso, le permitirían volver a escalar el muro, no obstante, dichas casetas parecían haber sido demolidas recientemente. No había manera de escalar la muralla desde el interior, y la única salida era la entrada principal que estaba cuidada por dos adormilados guardias. Mientras intentaba formular un plan de acción, el infiltrado notó que el perro lo había abandonado. El animal estaba dando vueltas y

olfateando una gran reja que se alzaba en el parque. La reja encerraba un hermoso jardín con un sinfín de flores y macetas. Entre la reja y el jardín había otras dos rejas; la primera era una empalizada de madera de no más de un metro de altura; la segunda, que también era de de madera pero mucho más alta, tenía algunas secciones rotas y rastros de pozos en algunas partes; la tercera en cambio, era de hierro, muy, muy alta, y parecía enterrarse profundamente en la tierra.

Mientras Gerug observaba el accionar del perro, éste levantó la cabeza y ambos intercambiaron una mirada. El sagaz intruso se dirigió hasta la entrada del jardín y abrió la puerta de la reja, corriendo hacia la entrada de la mansión mientras el perro se introducía en el enrejado. Luego, justo cuando comenzaba el alboroto de macetas rotas, el mensajero se escondió detrás de uno de los pilares del portón de entrada.

–¡El perro, el perro, se metió ese maldito perro de nuevo! –gritó alarmado uno de los guardias al otro– ¡Se logró colar en el jardín de nuevo!

–¡Condenado sea! ¿Acaso nada lo detiene? –respondió enfurecido el otro– ¡Vamos, vamos, que ya está rompiendo todo! ¡Esta vez nos matan!

Así, los dos guardias salieron corriendo hasta el jardín cercado, sin siquiera notar al hombre que se escondía detrás del pilar, y que pudo entonces escabullirse fácilmente de la mansión. Ya sin la incriminatoria carta en su posesión, Gerug caminó tranquilamente por las calles de la ciudad, e incluso entró a la posada por la puerta de enfrente.

***

Al despertar Gerug la mañana siguiente en la habitación de la posada, subido a la cama mirándolo de reojo, estaba el perro de la mansión. Por un instante el mensajero pensó que había sido descubierto y se incorporó de un salto. Recorriendo el cuarto con la mirada y asomándose a la ventana, comprobó que el can estaba solo. Le agradeció su ayuda de la noche anterior y trató de explicarle que necesitaba que se fuera o él corría peligro de ser descubierto. El perro, que había comenzado a dar saltos por la habitación, no pareció escucharle. Tras volver a ponerse su disfraz, el falso mago intentó salir del cuarto sin que el animal lo siguiese pero, ni bien entreabrió la

puerta, el canino salió disparado por el corredor. Segundos después Gerug lo vio salir como un rayo de la posada con dirección incierta.

Esperando que nadie hubiese notado nada, el mensajero de infiltración fue al salón en busca de su desayuno; quería abandonar Llanura Frétil lo más pronto posible pero no quería despertar sospechas, y tenía hambre. En el salón comedor estaban los comerciantes del día anterior que lo invitaron a desayunar con ellos, y le informaron de una bienvenida costumbre de la zona; desayunar con cerveza. El falso hechicero se sentó muy a gusto y comenzó a charlar animadamente con los hombres. El tema de conversación derivó rápidamente a la guerra y, una vez que comenzaron a hablar de ello, varias de las personas que estaban allí empezaron a opinar al respecto.

La mayoría de la gente apoyaba plenamente al actual monarca, y los que tenían alguna crítica para hacerle, coincidían que era mejor que el anterior y que temían a Juan. Casi todos parecían preocupados de que pasaría en la zona si se sentaba en el Trono un rey del Oeste. Todos esgrimían argumentos similares para decir que el actual Rey era mejor que el otro Rey; decían que la pobreza había bajado mucho; que el orden imperaba en el Reino; y que, no sólo se habían bajado los impuestos, si no que más que nunca el pueblo veía frutos de su tributo. Gerug por su parte, había cometido el error de comenzar a llenar su estomago de cerveza antes que de comida, y su cabeza comenzaba a sentir los efectos. Empezando a caer presa de sus instintos más básicos, comenzó a esbozar respuestas del tipo: "Bueno, cuando venía para aquí vi uno que otro pobre", "Yo creo que los impuestos nunca bajan, solo se redistribuyen. Aquí serán menores pero conozco gente del Sur, y allá son cada año más altos" "¿Más ordenado? Sí, pero a veces el que ordena desordena". El incognito opositor echaba sus comentarios al pasar y sin insistir en ellos, pero aún así comenzaban a atraer la atención de quienes no participaban de la conversación. Hecho que Gerug notó algo tarde.

Mientras escuchaba a un herrero hablar de los precios del hierro y el cobre, el falso mago vio por el rabillo del ojo, que dos hombres que habían estado mirándolo se levantaban e iban a hablar con el posadero. Allí intercambiaron unas palabras con el dueño del local apuntado en su dirección. La realidad y el foco volvieron de golpe a la mente del infiltrado, recordó donde estaba y que hacía, y entendió el peligro en el que se encontraba. Tan rápido como pudo, se levantó, se excusó, saludó a los comerciantes y fue hasta la puerta. Una vez fuera del local comenzó a caminar tan rápido como pudo tratando de no atraer atención. Momentos después escuchó detrás de sí "¡Oiga!

deténgase". Trató de ignorar la orden pero justo en ese momento el perro negro salió de una esquina y le saltó encima.

–¡Es el perro que entró en la casa de los Murfio! ¡Es él! ¡Atrápenlo! ¡Guardias! –se escucharon gritos detrás de Gerug.

Sin esperar y sin voltearse a ver lo que pasaba, el mensajero echó a correr tan rápido como pudo. El perro iba a su lado saltando, contento. Pronto comenzaron a volar las flechas, dos pasaron silbando a la izquierda del evadido y una le atravesó la túnica sin llegar a herirlo. El paseo del día anterior le había dado a Gerug cierto conocimiento de las callejuelas de la ciudad, e intentó perder a sus perseguidores por ellas. Sin embargo, el griterío había puesto en alerta a los ciudadanos de Llanura Frétil que apenas lo veían, daban voces de alarma llamando a los guardias. Tras adentrarse por algunas puertas ajenas, el fugitivo se vio finalmente en un pequeño taller vacio y sin que nadie lo hubiese visto llegar. Allí se deshizo de su disfraz de mago y se preparó para la huida final hasta la caballeriza. Tenía las esperanzas de que, sin el traje de mago, la gente no lo reconocería (por lo menos la gente que no lo hubiese visto ya). Temió que el perro lo delatase, pero a estas alturas sabía que el animal haría lo que quisiera sin que él pudiera hacer nada al respecto. Salió por la parte de atrás y tomó el callejón en dirección al establo. Apenas dio el primer paso, el perro lo miró y salió disparado en dirección contraria.

–¡Ahí va el perro! ¡Síganlo! –alguien gritó cuando el animal salió a la calle desde el callejón.

Así como lo había esperado, el intruso pudo llegar caminando a la caballeriza donde estaba Pasto, sin llamar la atención. Ahí le pagó al cuidador y se subió enseguida a su montura.

–Espera –dijo el cuidador–. Nos han ordenado que hagamos que todos los visitantes hablen con la guardia citadina antes de abandonar el establo.

–Bien, aquí espero –dijo Gerug y se bajó del caballo.

Cuando el hombre fue a buscar un guardia, el mensajero se subió nuevamente a Pasto y salió al galope de la caballeriza. Había elegido ese establo en particular, porque se encontraba en una zona poco vigilada del perímetro de la ciudad, y porque cerca había un bosque donde esperaba poder perderse. Aún así, cuando cruzó en velocidad la línea de los puestos de vigilancia, inmediatamente escuchó la voz de alerta y vio jinetes que salían a perseguirle; entonces, apuró a su caballo y ambos salieron a la carrera hacía la lejana arboleda. El perro de la mansión, que había vuelto a encontrar a Gerug en la caballeriza, corría a su lado con la lengua afuera, incapaz de seguir el presuroso

paso de Pasto. Viendo esto, el fugitivo hizo aminorar la marcha de su montura, agarró al can con ambos brazos y lo subió a la silla. Se dijo a si mismo que lo hacía porque el animal sería capaz de rastrearlo con su nariz, indicando el camino a sus perseguidores.

Al subir al perro al caballo, Gerug miró hacia atrás y vio, con terror, que sus perseguidores venían armados, pero no llevaban pesadas armaduras que entorpeciesen su acoso. Le imploró a Pasto que acelerase y éste lo hizo con tal violencia que jinete y perro casi caen por tierra. En sólo unos pasos el animal alcanzó una velocidad fenomenal. "Es rápido cuando lo necesita, ya lo verás", recordó el mensajero al ver a sus espaldas que los perseguidores se hacían cada vez más pequeños.

Al mismo raudo paso ingresaron al camino del bosque. Luego de que la vía describiese algunas curvas Pasto, sin que se le indicase nada, y sin dudarlo, aminoró la marcha y se adentró en la arboleda. Algo más rápido de lo que parecía posible, el ágil corcel navegó el paso entre los árboles, para detenerse por completo tras unos instantes de intrincada carrera. Parados allí, escucharon como sus perseguidores pasaban a todo galope por el camino del bosque. Suspirando para recobrar el aliento, Gerug se apeó del caballo y comenzó a felicitarlo. Viendo que el animal estaba exhausto, extrajo de su morral primero una cantimplora, y luego otra y le dio a beber. En el suelo a su lado, el perro se rascaba alegremente detrás de la oreja.

Ya que la ración de agua no había alcanzado para el gran animal, el viajero dejó a su caballo descansado y fue a buscar algún arrollo. En el camino comenzó a pensar en todo lo que había ocurrido. Pensó más que nada en los jinetes que lo perseguían, y las flechas que le arrojaron; "¡Me querían matar sin siquiera confirmar quien era o que hacia allí!" pensó. Recordó luego a los ciudadanos de Llanura Frétil que delataban su posición en la huida, y a los que defendían al despótico monarca en la posada. Su corazón montó en cólera.

–¡Querían matarme! ¡No les importaba nada! ¡Por supuesto que defienden a ese miserable! ¡Si son todos iguales! –pensó lleno de amargura– Que esperen nomas que lleguen Juan y sus fuerzas hasta aquí. Ellos les darán lo que se merecen. Si sólo hubiese elegido ir a la batalla en vez de llevar mensajes inútiles, entonces podría venir yo mismo a vengarme.

Logró finalmente encontrar un arroyo donde cargar sus cantimploras. El curso de agua era de caudal tranquilo pero bastante amplio, suficiente como para bañarse en él. Mientras observaba como el agua fluía y llenaba sus botellas, Gerug comenzó a reflexionar sobre sus pensamientos previos. La furia dio paso a la tristeza y a la

vergüenza. Volvió hasta su caballo y el perro (ahora también suyo, supuso), y después de darles de beber y de esperar un rato más, los condujo hasta el arroyo para que se saciasen. Mirando a sus dos compañeros beber del arroyo tomó una decisión, Abandonaría ahí mismo el servicio al Rey Juan Pérez. La guerra no le incumbía; no la había pedido ni la había querido; que se peleasen entre ellos y le dijesen luego a quién entregarle los frutos de su labor. Él volvería por donde nadie lo pudiese ver hasta Aguas Rosas. Desde allí, viajaría a su hogar a confirmar que sus amigos estuviesen bien, y a agradecer servir a un noble tan sensato como Eduardo el Cauto.

***

Volver a Aguas Rosas sin ser visto implicaba viajar por el Norte, aunque fuera por el Norte más próximo. Gerug nunca había estado allí y siempre lo había deseado. Pero viajar y conocer ya no ocupaban su mente.

Quería llegar a la posada de las tres esquinas lo más pronto posible, temía, sin embargo, ser descubierto por las fuerzas de cualquiera de los dos bandos. No tenía explicaciones ni excusas de que hacía allí y le preocupaba que quienes lo viesen en el camino iniciasen averiguaciones. Decidió entonces utilizar caminos poco concurridos y difíciles de transitar que lo mantuviesen alejado de las miradas del Reino. Así, tardó más de tres semanas en llegar al pueblo de Aguas Rosas. El camino había tenido numerosas aventuras y encantos para ofrecerle, pero él, estaba demasiado ocupado en alcanzar su destino como para detenerse a experimentarlos. Su viaje había terminado en aquel bosque a la vera del arroyo.

Llegó así a comienzos de la primavera al encrucijado poblado de Aguas Rosas. La estación le sentaba de maravilla al pueblo y todas las casas y los caminos estaban decorados de flores. Por todos lados había evidencias de grandes festejos que le hicieron sospechar a Gerug que se había perdido de algo importante. Demasiado ansioso por confirmar sus sospechas, detuvo a un hombre en la calle y le dijo.

–Dígame buen hombre. He estado talando árboles en el bosque por un buen tiempo y no sé bien que ha estado pasando en el Reino ¿Podría decirme usted que noticias hay de la guerra?

El hombre miró a Gerug como si éste fuese la cosa más rara de mundo.

–¿No lo sabes? ¡Se terminó por supuesto! –le dijo incapaz de esconder su enorme alegría.

–¿Y quién ganó? –preguntó Gerug llanamente incapaz de esconder su enorme preocupación.

–¿Qué quién ganó? Nosotros, por supuesto.

–¡Pero qué bien! ¡Qué viva el verdadero Rey!

–¡Qué viva! ¡Qué viva! –concluyó el hombre y siguió su camino.

Gerug se dirigió a la posada de las tres esquinas casi corriendo, tirando en todo momento de las riendas de Pasto que no parecía estar tan apurado como él. Al entrar por la puerta, vio a Aslo parado en la barra preparando unos platillos. El posadero lo vio y se le desplomó la quijada. El recién llegado fue hasta él y sin siquiera saludarlo le dijo:

–¡Aslo! Por favor, por todo lo que es bueno, dime quién ha ganado la guerra ¡Te lo imploro!

El mesonero no salía de su asombro y tardó en responder.

–¡Aslo! –se desesperó Gerug.

–¿Qué quién ha ganado la guerra? Juan Pérez ha ganado. Nosotros ganamos ¡El pueblo!

***

El enterarse que la guerra había terminado y que el Oeste había ganado, entregó a Gerug su primer momento de tranquilidad en catorce largos días. Recuperó su natural sosiego y pudo relajar sus cansados músculos. Pero no por completo.

–¿Qué hay del Sur? ¿Plaza Cívica? ¿Sabes si los ejércitos llegaron hasta allí? ¿O si fue reclutada la gente? –disparó sus preguntas Gerug con la voz tranquila pero los ojos llenos de fuego.

–Por lo que sé ninguno de los nobles del Sur que pelearon en la guerra sabían nada de Eduardo. Se dice que juró lealtad, pero nadie sabe bien cuando o por quién –explicó Aslo con cierto disgusto.

–Que hombre tan sabio –suspiró sus últimas preocupaciones el visitante.

Aslo miró a su amigo con cierta confusión y luego, cuando los recuerdos alcanzaron su mente, sacudió ligeramente la cabeza sonriendo y mirando al cielo.

–Y dime –habló amenamente– ¿Cuántas historias has vivido mientras el Reino se partía para batallar? ¿Lograste mantenerte tan alejado de todo el asunto como querías?

El hombre, que hasta hace tres semanas atrás servía fielmente al, antes revolucionario heredero al Trono y ahora único Rey del Reino, que lo había acompañado en el camino y la batalla, que había perdido su mano por él, que había atravesado el Reino de Oeste a Este incansablemente para llevar sus mensajes (importantes o no), y que había visto la muerte perseguir sus pasos cabalgando, habló de la siguiente manera:

–Bastante. Bueno, tanto como pude. Historias traje a montones. Y me atrevo a decir que podré sorprenderte alguna que otra vez –y diciendo esto se rascó la barbilla con el muñón de su muñeca.

–¡Por el cielo y la tierra! –exclamó el posadero sin poder cerrar los ojos– ¿Qué te ha pasado?

–¡Bah! Rasguños nada más. Tiempo para contártelo nos sobra, amigo mío. Pero antes hay cosas que necesito escuchar.

Luego Gerug le preguntó al mesonero por toda la gente que conocía en Aguas Rosas. La guerra no había marchado por allí pero si muchos habían marchado a ella, la mayoría por elección. El marido de Ega, teniente del Ejército Real, había marchado también; marchó hacia el Norte tan rápido como pudo.

–Tan rápido que sólo se llevó lo que podía cargar, dejando a su esposa, a la cual ni se molestó en despertar –remarcó Aslo con una mezcla de reproche y satisfacción.

Ega por su parte, tras verse abandonada por su hombre, marchó también hacia el Norte. Sólo que en una dirección distinta y con una gran sonrisa en el rostro.

–Dijo que ya no tendría porque envidiarte por salir a conocer el Reino. Dijo que quería saber que había más allá de los Montes Eternos.

José, por su parte, había remplazado a Gerug en el puesto de mozo de la posada de las tres esquinas y volvería más tarde con papas para la noche. Luego el antecesor de José quiso saber del desenlace de la guerra.

Como rezaban los rumores, las fuerzas de Juan habían marchado hasta donde el Señor del Este lo deseaba; tontamente hacia una trampa. Los líderes revolucionarios habían alistado sus ejércitos en tres grandes unidades que estaban listas para atacar al Ejército de su Majestad. Pero, el ahora depuesto monarca, contaba con fuerzas suficientes como para hacerlos pedazos. Tras varias batallas con las fuerzas revolucionarias, sus tropas y las de sus aliados del Este apenas superaban en número a los hombres del Oeste y el Sur, esto, sus enemigos lo sabían. Lo que no sabían, era que no eran todas las

fuerzas con las que contaba el Rey. Las noticias de que Trestu Vonel había decidido desoír los llamados del monarca, eran falsas; el poderoso noble del Norte alistaba en secreto sus tropas y estaba listo para enviarlas al Este, a tiempo para la batalla contra Juan y sus hombres. Sin embargo, las fuerzas norteñas nunca habían llegado. Asesinos invisibles habían ejecutado a Trestu Vonel y a varios de sus generales en una sola noche y sin dejar rastro.

–No creo que esos asesinos fueran parte de las fuerzas revolucionarias –dijo gravemente Aslo–. Probablemente eran ladrones y granujas. Además de acabar con Vonel secuestraron a una muchacha que el noble aparentemente cortejaba en su jardín.

Gerug sonrió una sonrisa que Aslo no pudo comprender.

Al rato llegó José que se quedó helado al ver al recién retornado. El resto del día, la noche, y parte de la siguiente mañana, los amigos de Gerug que todavía quedaban en Aguas Rosas se dedicaron a festejar su retorno, y a escuchar las difíciles de creer historias del antiguo mozo.

Gerug se quedó sólo cuatro días en la posada de las tres esquinas, todavía sentía la profunda necesidad de volver a ver a sus amigos del Sur. Antes de partir, aseveró al posadero y su mozo que planeaba volver y que de seguro les enviaría muchas cartas para mantenerse en contacto; estando ahora en tiempos de paz, los correos volvían al trabajo y era de relativa facilidad hacer llegar mensajes entre Plaza Cívica y Aguas Rosas. Este hecho fue de gran alivio para Gerug que, tan pronto como le fue posible, envió noticias de su buena salud a sus viejos amigos.

–¿Qué sentido tiene que les mandes mensajes por correo? –preguntó José al enterarse del accionar de su amigo– Si vas a caballo llegarás casi tan rápido como cualquier mensajero.

–Sí, mas quiero hacer un pequeño viajecito más antes de volver. Espero que me tome sólo un par de días –dijo el viajero–. Pero nunca se sabe.

Fin (casi).

XI.
Epílogo

Tras abandonar la posada de las tres esquinas, y subsecuentemente Aguas Rosas, Gerug, Pasto y el perro, emprendieron el camino del pequeño viajecillo extra del viajero. El peregrino deseaba, antes de dar por concluida su travesía, hablar una vez más con aquella afable roca. El recuerdo ardía vivamente en su ser, pero mucha gente había puesto en duda la veracidad del relato y Gerug sabía ahora, que lo que se ve no siempre es lo que es. Necesitaba confirmar el tramo más mágico de su viaje.

Así, al paso ligero que imprimía Pasto, llegaron al pie del bosque de la roca apenas el sol comenzaba a asomar por sobre el horizonte. Antes de entrar el peregrino debió enfrentar un dilema; la piedra estaba en el bosque, la piedra no se movía, para llegar a la roca hacía falta entrar al bosque, en el bosque habitaban los pumas. Él podría subir al perro a los árboles para escapar de las garras de los pumas, pero subir los quinientos kilogramos de Pasto le sería algo difícil y, si bien el animal era verdaderamente extraordinario, nada hacía suponer que pudiese trepar arboles. Mientras meditaba que hacer con su montura mientras él se adentraba en la arboleda, el sabio animal decidió por ambos y, sin esperar opiniones, dio un paso hacía los árboles y luego otro. Ya tiempo atrás el jinete había aprendido a confiar en las decisiones de su corcel, y así lo hizo ahora. Además, todavía recordaba con asombro la deslumbrante velocidad con la que el animal había avanzado por el bosque en las afueras de Llanura Frétil.

Si bien Gerug se sentía confiado de haber llegado hasta el punto exacto en que había abandonado el bosque (a pesar de que el paisaje se mostraba algo distinto al que recordaba), el camino desde allí hasta el claro de la roca se le hacía un poco borroso. Escapar por las copas de los árboles, para salvar su vida de voraces fieras, no le había permitido fijar apropiadamente las coordenadas espaciales. Pasto, por su parte, no parecía demasiado interesado en las opiniones de su jinete y avanzaba por la arboleda rápida pero tranquilamente según sus propios designios. Tenía la cabeza en alto y parecía estar inspeccionando con la mirada el oscuro y tenebroso bosque, iluminado únicamente por esos enigmáticos haces de luz, que se abrían paso entre la espesura de las ramas. El animal avanzaba siempre pasando

de un manantial de luz a otro, pero no por eso abandonaba su presuroso paso.

Pasado algún tiempo el viajero recordó para qué había vuelto a ese lugar.

–Detente –le dijo a su caballo mientras tiraba de las riendas.

El fiel animal obedeció, y los tres se quedaron un buen rato quietos mientras Gerug observaba el suelo.

–¡Lo ves! ¿Qué te dije? –exclamó exaltado el jinete– los haces de luz se mueven en distintas direcciones unos de otros ¡Ja!

El perro lamió la cara del viajero, luego la oreja del caballo, y los tres comenzaron a avanzar nuevamente. Lo hicieron en silencio por un rato mientras Gerug intentaba ubicarse en el engañoso bosque.

–Espera, espera, es por aquí –dijo el jinete en cierto momento– ¡Vaya! No puedo creer lo fácil que lo he encontrado. Es allí adelante ¡Vamos! Debemos haber estado avanzando rapidísimo, la última vez tardé como tres días desde el claro hasta el límite del bosque.

El equino emitió un relincho bajo y se puso en marcha. Al llegar al claro, efectivamente, había allí una gran roca justo en el lugar donde el viajero la recordaba. Fueron hasta allí y Gerug se apeó, Pasto comenzó a pastar tranquilamente, y el perro empezó a correr por todos lados.

–Hola –dijo el peregrino dirigiéndose a la piedra.

–Hola –respondió una profunda voz haciendo que un torrente de alivio fluyese por el viajero.

–¿Te acuerdas de mí? –preguntó Gerug.

–Por supuesto que me acuerdo de ti, si te fuiste hace sólo un instante –contestó amablemente la roca–. Veo que decidiste no alimentar a los pumas. Dime ¿Encontraste lo que buscabas?

–No lo sé, puede ser. Ya no me importa tanto. ¿Sabes? Después de aquí llegué a una posada muy bonita, pero no estoy seguro de haber avanzado hacia el norte y luego al nordeste como me habías dicho.

–Suena razonable. Avanzando sin rumbo es más fácil llegar a destino –opinó con su gutural voz el pedrusco para confusión del viajero.

Luego, fiel a sus costumbres, el peregrino relató a la formación rocosa todas las anécdotas de su periplo. La piedra escuchó atentamente, sólo haciendo, de vez en cuando, comentarios del tipo: “Y, sí”, “suele pasar” o “claro, claro”. Gerug sintió con un poco de desilusión, que sus andanzas no causaban en la roca la sorpresa que causaban en otros.

–La verdad que este perro no parece tan listo como para haber planeado lo del jardín enrejado –opinó la piedra, para alegría del

relator, mientras el perro mordisqueaba las patas del paciente caballo–. Pero bueno, los perros son raros.

Tras concluir sus historias, Gerug comenzó a formularle a la piedra un gran número de preguntas que la formación geológica respondió alegremente. No obstante, al ver lo avanzado que estaba el sol en el cielo, el hombre interrumpió la charla.

–Lo siento. Tenía deseos de venir aquí y hablar contigo por días pero me preocupa lo que esos pumas opinen de mi caballo. Creo que es importante que salgamos de su territorio antes de caer la noche –extraño plan siendo que él había sido atacado de día.

–No es un mal plan, siempre puedes volver otro día –concedió en su profunda voz la roca–. Para salir del territorio de esos pumas lo mejor será que vayas hasta el límite sur del bosque.

–"Limite del bosque" –repitió preocupado el viajante–. Eso nos llevará días.

–No creo que tanto –discrepó la piedra–. Por estos lugares de sur a norte el bosque es un poco flaco.

Luego ofreció al confundido viajero indicaciones de cómo abandonar el bosque y lo saludó afectuosamente. No muchas horas después de caer la noche, el trío se encontraba ya en el gran camino que comunicaba el Oeste con el Este. Gerug recordó con cierta vergüenza cuanto tiempo había estado vagando por aquella gran arboleda. Cierto era que Pasto trotaba mucho más rápido de lo que él caminaba pero, aún así, esto era humillante.

El viajero decidió pasar la noche en una de las posadas del camino. Estaba muy cansado, pero antes de irse a dormir, quiso confirmar con el posadero la posición del claro para poder retornar allí algún día. El hombre pareció extrañarse de las preguntas del recién llegado. Antes la insistencia dijo, algo malhumorado:

–Vivo aquí hace cincuenta y dos años, he transitado el camino de punta a punta y recorrido ese bosque más que nadie. Y te digo que no hay claros por kilómetros y kilómetros. Para ver un claro en estos bosques deberías avanzar por el camino por lo menos seis días antes de internarte entre los árboles.

Gerug exhaló un suspiro de cansancio, saludó al posadero, y se fue a dormir.

***

Desde su actual posición, para llegar a su hogar en el Sur, Gerug disponía de tres opciones; el Paso de los Zorros, bastante más al oeste de lo que estaba él ahora y, según le habían dicho, intransitable hace años; la Ruta Meridional al este; y, la opción más próxima, la Cordillera Gárula donde, según opinara Aslo, el viajero había tenido su aéreo descontento. El balance entre el miedo de un reencuentro poco amigable con los jinetes de aunuros y la necesidad de llegar a Plaza Cívica lo más pronto posible, decantó hacía la decisión de volver por el mismo camino por el que se había ido. Si bien la posibilidad de ser asaltado nuevamente por aquellos bandoleros le preocupaba, había cambiado su vara para medir los peligros y se sentía, arrogantemente confiado de poder hacerles frente.

Para inesperada desilusión del viajero el camino por la menuda cordillera no ofreció ningún sobresalto. No sólo no vieron rastro de aquellos bandidos del aire, si no que, a diferencia de la primera vez que lo cruzase, el paso estaba transitado por gente común y corriente del tipo reacio a la aventura. Algo había pasado allí y el camino de la cordillera era ahora, en lo que respecta al peligro, igual que cualquier otro. De todas maneras, no fue, ni en lo más mínimo, un desperdicio. Sin la tensión constante aportada por los montaraces, el peregrino podía perderse en los deleites de las muchísimas vistas que ofrecía la cordillera. Montañas de distintas formas y colores brotaban por todo lados, alternándose en forma desordenada y acompañando, a veces cerca a veces lejos, al caprichoso rio que moldeaba el caprichoso camino que el viajero recorría. Así, en sólo unos pocos días Gerug comenzó a recordar todo lo que la trifulca en las alturas había oscurecido en su mente. La próxima vez que contase la anécdota, ésta sería mucho más tornasolada.

Tras abandonar los cordones montañosos, e iniciar el concurrido camino hasta Plaza Cívica, los tres compañeros retomaron el paso presuroso que les imprimía la necesidad de Gerug. En unos cuantos días el viajero se encontró nuevamente, como si fuese un sueño, en la vieja y conocida Plaza Cívica, plaza central de la ciudad de Plaza Cívica y principal plaza cívica de la provincia. Parado en la vieja ciudad, el viajero dio una profunda inspiración, y se fue inmediatamente a la casa de Manolo, donde esperaba encontrarlo a él y a su familia. Una vez allí llamó a la puerta.

–¡Oiga! ¡Se me han perdido unos cerdos! ¿No los ha visto usted por aquí?

Desde el interior de la casa llegó un profundo silencio. Segundos después la puerta se abrió de golpe. Parado allí, con cara de sorpresa,

estaban Manolo y sus largos cuernos. El granyo se abalanzó sobre Gerug para abrazarlo y éste le rodeo con sus brazos. Al hacerlo, un grito ahogado llegó desde el interior de la casa.

–¡Dios santo! ¡¿Qué le pasó a tu mano?! –exclamó Delmía que no daba crédito a sus ojos.

Sin prestar atención a la sorpresa de su amiga, el viajero la abrazó a ella también y luego a Camato que estaba también en la casa.

–Les envié una carta ¿No les llegó? –preguntó Gerug tras concluir sus saludos.

–Sí, sí, llegó ayer, pero casi no nos lo creemos –contestó Manolo.

–Queridos amigos, no saben cuánto los he extrañado –proclamó el peregrino lleno de alivio–. Muero de ganas por saber todo lo que ha ocurrido aquí desde que me fui.

–El pelafustán desaparece casi un año en medio de una guerra, vuelve a caballo con cicatrices por todos lados y una mano menos ¡Y quiere saber qué es lo que nos pasó a nosotros mientras no estaba! –dijo la mujer a su marido que la miraba sacudiendo la cabeza enérgicamente en acuerdo– TÚ dinos que te ha pasado desde que te fuiste.

–Está bien, está bien, pero mi recuento requerirá de mucha cerveza, vayamos a sentarnos –pidió el viajero.

–¡Vamos! ¡Cerveza tenemos! –se animó Manolo– Lindo caballo, por cierto.

–¿Te gusta? –preguntó Gerug con tono picaresco y guiñando un ojo.

–Mucho deben haberte rejuvenecido tus viajes para que vuelvas a hacer ese tipo de chistes oxidados.

Los cuatro amigos se sentaron a la mesa mientras el perro recorría la casa a las corridas, oliéndolo todo toscamente (incluido el gato). El retornado se tomó dos jarros de cerveza antes de comenzar sus historias. Quería contarlas mejor de lo que las hubiese contado jamás, quería hacer sentir a sus amigos que habían sido ellos mismos quienes habían emprendido la travesía. Si el juglar disfrutaba que sus relatos generasen controversia, aquélla fue su tarde de mayor éxito. "¡Y justo te soltó cerca de unos árboles!"; "Abre los ojos, esa no era realmente un piedra"; "¿Cómo sabes que eran una manada y no pasaban por coincidencia todos por allí?"; "¿*Tu* trabajando de mozo?"; "¿Qué conociste a JUAN PÉREZ?"; "¿Estás seguro que no bebiste el agua *antes* de ver al gato estallar?"; "evidentemente debía haber allí una escalera, si no como entraba la gente"; "¿Esperas que te crea que no sólo conociste al Rey si no que trabaste amistad con él?"; "¿Qué persona en su sano juicio creerían que eres un mago ambulante?";

“¿Este perro idiota que se está comiendo la pata de la mesa?”; “¡Por favor! Ese caballos es casi un anciano”. Estos y muchos otros cuestionamientos le propinaron Manolo y su familia al aventurero. Aún así, disfrutaron y aceptaron las historias que se extendieron hasta la noche y pasada la cena. Tras concluir con su relato (y las numerosas discusiones que éste despertó), Gerug quiso saber que había sido de sus amigos durante la guerra.

–No, nadie de por aquí marchó a la guerra –comenzó a explicar Manolo–. La provincia estuvo muy convulsionada en los meses previos a la revolución. Se corrió el rumor de que algunos granjeros empezaron a negociar ellos mismos con los frutos de sus campos. A penas Eduardo supo de esto, mandó a sus hombres a hablar con esos granjeros. Aparentemente los peones intentaron razonar que, ellos hacían todo el trabajo y por ende, merecían parte del producto. Pero los delegados del Señor de la Tierra eran medio cabeza dura y se negaron, y hasta los llevaron presos. Luego, la gente de toda la provincia empezó a preguntarse qué tenía de malo lo que decían aquellos granjeros y a poner a prueba la dureza de las cabezas de los guardias del Ministerio. Cuando la situación se tornaba critica, Eduardo el Cauto emitió una proclama decretando que tanto quien poseía la tierra como quien la cultivaba eran dueños de su cosecha. Lo mismo para los criadores de animales y los artesanos; extendiéndoles derechos de “propietarios”. Después, estableció el procedimiento legal para que la gente comercie su trabajo. Cuando vino la guerra el horno no estaba para bollos y Eduardo no quiso pedirle a su gente que fuese a pelear. O por lo menos, eso se cuenta por aquí.

–¿Quieres decir que ahora la gente vende ella misma todo lo que crece y no solamente el sobrante que el Ministerio les deja? –preguntó Gerug con los ojos grandes y brillosos.

–Bueno. No. Eduardo sigue siendo dueño de buena parte de la cosecha. Y para venderla tienes que ir a la municipalidad con el comprador, pedir un turno, realizar toda la venta frente a escriba autorizado y luego, legalizar el proceso con el sellador real. Además de la parte de la venta que se lleva el Ministerio en nombre de Eduardo, debes pagar el sello, al escriba, el turno y al que te lo da. Al final es casi lo mismo llevar tu cosecha a los delegados del Ministerio, y pierdes menos tiempo.

–Ah.

–¿Y ahora que has vuelto qué piensas hacer? –preguntó Delmía para terminar el silencio– Has traído muchas nuevas aptitudes, tal vez el tabernero te quiera de mozo.

–A decir verdad, extraño un poco mi rancho, me gustaría volver a cultivar la tierra y criar animales.

–Bueno, con todo lo que pasó tu rancho sigue vacio –dijo Camato–. Yo creo que si vas, y haces como que no pasó, nada nadie te dirá nada.

Manolo y Delmía concordaron al unisonó sacudiendo las cabezas y empujando el labio superior con el inferior, luego la charla retornó a las inconsistencias de las anécdotas del peregrino. Gerug pasó la noche allí y temprano a la mañana siguiente partió para su antigua chacra bajo promesas de volver pronto. Antes de partir efectivamente, hubo una pequeña discusión y Gerug tuvo que aceptar que le devolvieran el dinero que había dejado allí al principio de su viaje.

Como sus amigos lo habían supuesto, el pequeño campo y su casucha seguían allí, tal cual los había dejado. Entrando en ella, Gerug pudo ver su antigua *cama* de paja, se recostó allí y se quedó profundamente dormido.

***

Despertó como siempre cerca de las siete de la mañana y se quedó inmóvil en la cama. La confusión vespertina duró solo un instante y, de repente, su cuerpo, espíritu y mente le recordaron los tres, que debían apurarse a cruzar el umbral de su puerta. Hoy, era el gran día. Tras asearse y desayunar apresuradamente salió a prepararse.

–¡Hoy es el día! –proclamó a viva voz a todo su rancho.

Los cerdos se ocuparon de su comida y la vaca lo miró con indiferencia.

Tras reinstalarse en su viejo terruño, el peón había ido hasta Monte Curtido a buscar a aquel risueño montaguez que le comprase los animales al principio de su periplo. Allí, luego de confirmar que efectivamente sus animales habían sido destinados a la cría y no al carneado, había explicado al hombre que deseaba recuperarlos.

–¡Qué alegría volver a verte! ¡Es en verdad para mí una suerte, poder este favor hacerte! –le dijo el montaguez lleno de sonrisas.

–¿Ósea que me venderás de nuevo mis animales? –preguntó entusiasmado el hombre de campo.

–¡Faltaba más! ¿Cuántos querrás?

–¡Todos! –se entusiasmó más y más Gerug.

El montaguez se quedó un rato pensado mientras canturreaba por lo bajo y luego habló.

–Dos pequeñas bolsas de plata, hoy estoy de barata –pidió con una gran sonrisa.

–¿Dos bolsas de plata? Tú me diste una de plata y una de cobre –se quejó el comprador sin recalar en el hecho de que las bolsas que había recibido no eran pequeñas.

–Las cosas han cambiado, desde que yo los he comprado. Además, a diferencia del anterior tratado, esta vez la ley está de mi lado.

Largo fue el suspiro que tuvo que exhalar Gerug. Finalmente aceptó los términos y también, la ayuda del ganadero montaguez para llevar los animales hasta el rancho (ayuda que también tuvo que pagar).

Ahora, habían pasado ya más de dos meses desde que se reinstalase, y el granjero sentía que sus animales comenzaban a perdonarlo. O por lo menos hacían menos ruidos cuando él les repetía alguna de sus anécdotas.

Contar anécdotas ocupaba ahora la mayor parte del tiempo del granjero, si bien quería poner su campo nuevamente en condiciones, se le había pasado la época de siembra, y ahora sólo podía crecer algunos vegetales de huerta. Ya que esto no demandaba mucha atención, solía sentarse en el umbral de su chacra a saludar desconocidos y contarles alguna que de sus historias y pedirles alguna que otra propia. Disfrutaba particularmente intercambiar narraciones con los magos ambulantes, siempre tenían algo interesante para contar y discutían fervorosamente lo que no creían. Siendo Gerug uno de los pocos que hacía uso de las nuevas normas de comercio de la provincia, incluso tenía de vez en cuando algo de cobre para comprarles chucherías (presuntamente) mágicas.

Ese día, la excitación matinal del hombre de campo tenía raíces en el lejano Oeste.

–Juan Pérez viene hoy a Plaza Cívica, y yo iré a buscarle –le contó a sus animales, que en su mayoría ni le miraron, a pesar de que el peón esperó unos segundos alguna palabra de respuesta–. No se preocupen, volveré en algunas horas.

Plaza Cívica era un caos. Gente de todas partes de la provincia había ido allí a ver pasar al Rey Juan Pérez, en su camino a entrevistarse con Eduardo el Cauto. Había dos larguísimas filas de gente, con un amplio corredor vacio entre ellas demarcado regularmente por hombres de la guardia de la provincia y la Guardia Real. Las columnas llegaban hasta la ciudad desde bien lejos hacía el oeste, la cruzaban entera y se alejaban hacía el sureste. Entre todo el gentío Gerug pudo encontrar a su amigos, Manolo, Delmía y Camato, que esperaban con ansias el paso del venerado monarca. Muchos

cambios en el Reino había iniciado Juan desde empezar su reinado. En el Sur la mayoría de estos habían sido bien recibidos por la mayoría de la gente.

Largo rato estuvieron allí el peón y sus amigos esperando el paso de la caravana real, intercambiando historias, noticias, chistes y opiniones. Finalmente se escucharon las trompetas reales y, un tiempo después, se pudo ver la cabeza de la galana caravana.

–Aquí viene tu *amigo* –se burló Manolo de Gerug.

–Hoy dejarás de dudarme. Ya lo verás –dijo el granjero rebosante de ánimos–, cuando pase por aquí me verá y me saludará. Obviamente no podrá acercarse para hacerlo pero cuando me vea me saludará. Ya lo verás.

Los cambios que el nuevo monarca había impulsado habían sido de especial agrado a Gerug; reconocía en ellos, algunas de las opiniones y el espíritu de su amigo Juan que en su momento él admirara. Sentía verdaderamente que este Rey sería distinto a todos los demás, y más de una vez había emprendido calmas pero largas discusiones con quienes parecían ver rastros del anterior gobernante en el nuevo. Ahora Juan venía a verles en Plaza Cívica. Gerug no tenía mayores pretensiones, sabía que, hubiese pasado lo que hubiese pasado antes de que ocupase el Trono, Juan era ahora demasiado importante como para detenerse allí a charlar con él. Por otra parte, conocía ahora bastante de protocolo y sabía que sería un enorme desatino pedirle que se uniese a la caravana. Lo único que quería era un gesto mínimo de reconocimiento de parte de este nuevo monarca que, si bien ahora ocupaba el alto Trono, en su vida había sabido ocupar el lugar del pueblo.

El Rey marchaba en la cabeza misma de la formidable y lujosa comitiva. Vestía ropajes dignos de su real posición, fabricada con las más delicadas sedas y adornados por incontables gemas de increíbles brillos; venía montado en un magnifico corcel; e iba protegido por guardias de armaduras doradas. Saludando a su paso, recorría con la mirada la multitud deteniéndola sólo para mirar a su radiante esposa que cabalgaba a su lado.

Finalmente el monarca llegó hasta donde estaba Gerug, y en uno de sus vistazos por la multitud cruzó la mirada con éste. Miró hacía el peón y éste pudo ver directamente su noble rostro. El momento duro sólo un instante pero para el peón ese instante fueron días. Primero le pareció que el semblante del viejo amigo permanecía inmutable, como si él no estuviese allí, esto hizo que su espíritu se precipitase por un vacio sin fondo. Pero justo en ese momento, vio que algo casi

imperceptible comenzaba a ocurrir en el rostro del monarca; vio primero una tenue sonrisa y luego la más leve de las inclinaciones de cabeza. Después, la mirada del Rey prosiguió su avance por la multitud, pero Gerug supo que lo había visto. Entonces el peón se volvió a sus amigos y, con el cuerpo rebosante de alivio y la cara de esperanzas, les echó una mirada que claramente decía "¡¿Vieron?! ¡Les dije!". Delmía y Manolo se miraron entre ellos, y se encogieron de hombros.

Ahora sí: Fin.

Índice

I. Despierta 4

II. El primer paso 18

III. Montaraz 31

IV. Trifulca en las alturas 43

V. Una piedra en el camino 63

VI. Pausa en el viaje 79

VII. Otro primer paso 100

VIII. Caminos entrecruzado 133

IX. Heredero al Trono 167

X. Sin ser visto 185

XI. Epílogo 220